W. PARROT

WHITEHORSE 4

LITTLE HORSE

Click EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
La Reina Madre. Sexto Grado
- Capítulo 1. Bombero
- Capítulo 2. Reclutadora
- Capítulo 3. Nosotros, superhéroes
- Capítulo 4. Rompe la competencia. Rompe el pacto
- Capítulo 5. Fiesta de pijamas
- Capítulo 6. La hija de Samuel
- Capítulo 7. Batalla de almohadas
- Capítulo 8. A rienda suelta
- Capítulo 9. El tío J. J.
- Capítulo 10. ¿Piadosa?
- Capítulo 11. Madame L'Mort
- Capítulo 12. Siete minutos en el cielo
- Capítulo 13. Blanca Navidad
- Capítulo 14. La leyenda del jinete sin corazón
- Capítulo 15. Coronación
- Capítulo 16. Mujer

La Reina Manca. Undécimo Grado
- Capítulo 17. Complejo de Edipo
- Capítulo 18. Metamorfosis
- Capítulo 19. Cumplemuerte
- Capítulo 20. Just like syrup
- Capítulo 21. Entre padres e hijos
- Capítulo 22. La esperanza de Pandora
- Capítulo 23. Líder natural
- Capítulo 24. Castigos y recompensas
- Capítulo 25. Humana caída
- Capítulo 26. Fogosidad
- Capítulo 27. El mundo de las sombras
- Capítulo 28. Día de los Enamorados
- Capítulo 29. Trono vacío

Capítulo 30. Veinticuatro horas
Capítulo 31. Alguien como Tobías Baker
Capítulo 32. Salvador
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos
Ediciones Click

Whitehorse - Parte 4

Little Horse

W. Parrot

A todos los que aún no saben que tienen dos alas creciéndoles en la espalda.

Prólogo

¿Cuánto dura esta historia?

Allí, donde aquel bosque se despejaba y los pinos y los abetos antiguos se esparcían lejos unos de los otros, el hombre corrió. Corrió por su vida y por su alma. Corrió intentando escapar del castigo que se había ganado en el mundo de los vivos, mientras su respiración agitada se acompasaba con los cascos de la yegua infernal que lo perseguía a todo galope.

Fiel a su naturaleza cobarde, el hombrecillo quiso ocultarse tras un tronco caído, pero tropezó y fue a parar al suelo. Tiritando de miedo se giró y cubrió su rostro con ambos brazos, pues no podía enfrentar lo que le estaba sucediendo. Sin embargo, cuando sintió las fauces de aquel animal maldito tan cerca, no tuvo más remedio que abrir los ojos. Lo hizo despacio. Primero uno, después el otro. Así, al fin pudo ver a la yegua blanca y monstruosa y, lo que es más importante para esta historia, a la jinete demoníaca que reclamaba su alma.

La criatura llevaba una venda que tapaba sus ojos y ni una sola palabra escapaba de su garganta muerta. Pero no necesitaba hablar. Su actitud, su guadaña en alto, el vestido sacado de alguna película de terror de los ochenta y su porte eran los de una reina infernal. La yegua blanca que montaba rugía mientras que ella iba serena, como si estuviese aburrida esperando que la función de un viejo teatro comenzara. Quizás esa comparación resultara extraña, pero así vivía Angelina Smith su vida como la Jinete de Fuego, aunque después de tantos años, ya casi nadie la llamaba por ese nombre.

Desde el suelo y aún temblando, el hombre se encandiló con el brillo de la diadema que la coronaba: la joya iba cargada de diamantes, rubíes y zafiros. Sobre el cabello claro, que de tan largo se confundía con las crines del animal, el adorno parecía algo que le hubiese robado a otra criatura de mayor jerarquía.

Al recorrerla entera con la mirada, el infeliz notó la delgadez de su silueta, la nariz un tanto puntiaguda y la mano tallada con arabescos antiguos, ajena al cuerpo claro y liso. Y cuando la figura coronada se la tendió, él supo que no tenía más remedio que aceptarla.

Al incorporarlo, sin ningún gesto de esfuerzo, la jinete blandió su guadaña con energía y las dos manos del hombre cayeron muertas en la hierba.

—¡¿Qué has hecho, maldita?! —berreó aquel que ya no tendría la opción de trabajar para los Infiernos.

Después de todo, había corrido en vano, pues nadie tenía escapatoria una vez que se encontraba en la lista negra de la Reina Manca.

Sin reaccionar ante los improperios, ella acarició a su compañera equina para ponerla en marcha. Con su guadaña comenzó a empujar al exhumano y pronto estuvieron galopando a su destino. No pasó mucho tiempo hasta que los insultos de este se transformaron en súplicas y gritos de horror por haberse quedado sin manos.

—No so-ooy un hom-ommm-bree-eee ma-aaal-ooo. Solo que… Yo… yo… no quise ha-a-cerl-oo. Lo sie-e-ento. Po-or favor, por fav-o-or.

Pero la Reina Manca no lo escuchaba. Ya conocía la historia que lo había llevado hasta allí. El señor Keller había pagado las consecuencias de haberse puesto un poco más rudo de lo habitual con su esposa, y el disparo que lo envió directo al mundo de los muertos fue cortesía del mismo uniformado que semanalmente detenía la «pelea doméstica», y que aquella noche había llegado demasiado tarde, pues el tráfico en la avenida había sido fatal.

El informe policial diría que, escapando entre las cornisas, ninguna bala alcanzó al sospechoso número uno y que este se dio a la fuga. Sin cuerpo, el caso permanecería abierto por siempre. Aquel policía llegaría a ser comisario, se entregaría a la bebida para tratar de ahogar la culpa por la pobre señora Keller, y luego se recuperaría y sería feliz.

Pero de vuelta a esta infeliz historia, en aquel bosque, el alma del patético hombrecito estaba al fin en el mundo de los condenados y su castigo comenzaba en ese momento. Y es que, verán, allí las cosas estaban cambiando. Sobre todo desde que la reina regente parecía haber perdido la cordura y era la única líder que quedaba para ordenar el inframundo, apenas acatando alguna que otra orden de su nuevo Supremo: el Maestro del Fuego.

Pero ella era así, una desobediente, y mientras cabalgaba con el porte de una emperatriz diabólica, las almas malditas se encogían presas de un miedo impronunciable. Los demás cazadores también temblaban a su paso; algunos por temor, otros por respeto. Todos recordaban con nostalgia los días felices, cuando su reina era una

dadora de vida y cruzarse con ella era una bendición. Pero ahora, la Reina Manca, junto a su guadaña, no era otra cosa sino la personificación de la mismísima muerte.

Capítulo 1

Bombero

«El Maestro del Fuego llevaba en brazos a la Fuerza de las Segundas Tierras. Increíblemente moría, y Costa corría la misma suerte. Ambas Supremas estaban agotadas, ya no podían sanar a sus mundos. Pronto los cuatro reinos se convertirían en solo dos.»

W. Parrot, *Darkhorse*

Las mejillas de los niños estaban rojas mientras corrían por el patio de la escuela. Jugaban tranquilos sin sus chaquetas en un septiembre que había sido tibio. Porque ahora todos los septiembres eran normalmente tibios. El otoño dorado se anteponía a un invierno implacable que daría paso a una cálida primavera y así, los meteorólogos continuaban su labor sin mayores sobresaltos más que alguna típica tormenta de nieve o alguna ventisca estival esperable en aquella región canadiense.

Sin embargo, aquel día, como cada vez que la luna brillaba llena en las alturas, todos disfrutaban de una calidez un tanto inusual en

Whitehorse.

Y mientras esa escena de risas y diversión infantil continuaba en el patio, dentro de la clase de sexto, la maestra Ripley y la directora de Primaria —la señora Pattison— intentaban concentrarse frente al apuesto padre. Pero les era difícil, pues se perdían en aquel pecho grande sostenido por hombros que solo se veían en los *sex symbols* de las películas de acción o vaya a saber dónde. La mandíbula cuadrada, los ojos negros llameantes y ese aroma a seguridad y poder que desprendía… Aquel sujeto era un bombón y, al parecer, los años de soledad y dolor no pasaban por su rostro más que con un gesto serio donde antes había lucido una seductora sonrisa ladeada.

Como sea, el hombre estaba fuera del alcance de todas, y no es que, en los contados minutos en que se lo veía por el pueblo, no hubiese habido valientes que lo intentaran. Pero aquel modelo de publicidad solo había tenido ojos para su difunta esposa. Porque, vamos, después de tantos años, debía de estar muerta… Pobrecita, con un esposo así y un hijo tan listo y amoroso. Qué injusta era la vida…

Tras aquel periplo de pensamientos que acosaba las mentes femeninas, ambas mujeres se dieron coraje telepáticamente: debían hacer su trabajo. Después de todo, lo habían citado para algo importante.

—Señor Wildman —comenzó la señorita Ripley—, sé muy bien que es un hombre ocupado, así que le agradezco su tiempo… Es que… es importante… Y yo…

La señorita de cabello castaño sonreía ruborizada mientras su actitud se desinflaba como un globo. La directora, unos años mayor, fue en su ayuda:

—Sabemos que viaja mucho por negocios y que cuando llega al pueblo prefiere pasar el día con Salvador. Así que valoramos extremadamente su presencia. Para ir al grano, la señorita Ripley le explicará el motivo de esta reunión. Puntualmente un evento que resume todo el asunto.

Ante el gesto de asentimiento del padre, la maestra empezó:

—Hace unas semanas tuvimos una presentación que se llamó «Elige tu carrera». Algunos niños escogieron ser médicos, *chefs*, policías, actores, raperos… Fue una pena que no pudiese venir, es la primera presentación del año en la que incluimos a los padres… En fin… Logan Iron, por ejemplo, el mejor amigo de Salvador, dijo que quería ser científico y roquero en la banda de su tío J. Jones. —La maestra se detuvo al observar la mandíbula tensada de su

interlocutor: lo había ofendido. Por supuesto que él sabía quién era el niño. Al parecer, al sujeto que estaba para morirse le molestaba ser tratado como un padre ausente… Ante el carraspeo de la directora, la señorita Ripley continuó—: Cuando fue el turno de Salvador, él hizo una presentación hermosa acerca de su vocación: bombero. Por supuesto que sacó un sobresaliente. Sus anteriores maestras ya me habían informado de su excepcional inteligencia.

En este punto la directora se vio obligada a opinar:

—Constantemente le digo a su tutora, la señora Smith, que Salvador debería estar en un programa especial. Pero la señora insiste en que el deseo de su difun… de Lina y de usted… —Al ver que el hombre no mostraba interés en ese tema, se cortó y le cedió otra vez la palabra a su colega.

—En la presentación —continuó la maestra—, el siguiente turno fue el de Aurora Petelman. Es una niña adorable, como usted sabe; sin embargo, tiene algunos problemas de aprendizaje. La pobrecilla realizó una bonita presentación donde dijo que quería ser *madre*. —Hizo una pausa, pero el hombre de nuevo ni se inmutó. Generalmente los adultos se mostraban nerviosos cuando los citaban para hablar de sus pequeños. Movían con ansiedad sus piernas o los artículos que tenían frente a ellos. Pero aquellas gafas negras seguían inmóviles, apoyadas sobre el pupitre mientras reflejaban su propio rostro colorado. La señorita Ripley tragó su inseguridad y siguió hablando—: Cuando Aurora terminó, Salvador pidió rehacer su presentación. Antes de que pudiera preguntarle por qué, él ya estaba frente a la clase. Sin importarle las risas de sus compañeros, dijo que se había arrepentido y que no quería ser bombero, que quería ser el padre de todos los hijos de Aurora Petelman, o Rory, como él la llama.

Por fin el hombre reaccionó, aunque la respuesta no fue la esperada. Una sonrisa de oreja a oreja le embelleció aún más el rostro con aquella sensual cicatriz.

Después de unos momentos de silencio incómodo, la señorita Ripley le preguntó:

—Podrá ver el problema al que nos enfrentamos, ¿verdad?

—No —respondió el interpelado—. No veo ningún problema. Al contrario, estoy orgulloso de él. Ser padre es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Las mujeres se quedaron en silencio. Aquel razonamiento era inaudito.

Entonces la directora intervino:

—Señor Wildman, su hijo tiene once años. Y esto nos preocupa

porque es una actitud recurrente: Salvador baja siempre su rendimiento para quedar a la altura de Aurora. Ella olvida su tarea, él sorprendentemente también. A ella no le envían los materiales de su casa, a él tampoco. Aunque sabemos que la señora Smith siempre está más que atenta; es intachable como tutora. —Suspiró cansada para seguir a continuación—: Si Aurora deja en blanco un examen, él también… Como verá, nos preocupa el efecto negativo de esta especie de «relación» que existe entre ambos.

—Hay quienes tienen la suerte de encontrar el amor temprano —la cortó el hombre con su sexi acento irlandés—. Dios sabe que a mí me hubiese gustado nacer aquí en la misma época que mi esposa.

Las mujeres se quedaron en silencio para mirarlo con extrañeza.

—Tiene once años, señor Wildman —repitió la lúcida directora.

William hizo una pausa. Tenía cosas más importantes que hacer que andar discutiendo las prioridades de la vida con dos humanas. Decidió ser tajante y así continuar con su día.

—Si puedo elegir entre que mi hijo tenga más sobresalientes en su libreta, elijo que trate de ayudar a una compañera. Y si tengo que escoger entre que sea bombero y esté expuesto al fuego, o que sea padre y ame a sus hijos y a su esposa, prefiero lo segundo. —Se levantó del asiento, tomó las gafas negras y colocó la pequeña silla en su lugar. Así, cuan alto era, las dos mujeres tuvieron que alzar sus cuellos para mirarlo—. De todas maneras, esto no es nuevo para mí. La tía de mi mujer me mantiene al tanto. Sé lo que pasa en la mente y el corazón de mi hijo; y sé que mi sobrino Logan quiere ser científico o músico como mi buen amigo J. J. —Hizo un pequeño gesto cortés—. Tendré en consideración lo que me han comentado, y espero que puedan ayudar a Rory, así como intentan ayudar a Salvador. Buenos días.

Sin permitirles añadir ningún comentario más, William las dejó solas.

—Uf…, eso salió bien —soltó la directora con ironía.

—Ahora ya sabemos de dónde saca su asertividad el pequeño… —respondió la maestra, más suelta sin ese semental en el salón—. Si al menos fuese inmune a la distracción de Aurora… Pero no es solo él…, a veces la niña distrae a toda la clase. ¡Dios, incluso a mí misma! Pobrecita, va a tener una vida muy difícil si sigue así… Encima con esa madre que no ayuda en nada.

La directora asintió mientras se acercaba a las ventanas que daban al patio. Allí ya se veía al brillante Salvador correr con toda su furia hacia los brazos del señor Wildman.

—¡Papá! —gritó el muchacho y de un salto estuvo sobre él.

—¡Mi pequeño caballito!

—¡Tío! —Logan corría un poco más lento, y al llegar se sumó a ese abrazo cariñoso.

La pequeña Rory sonreía en la distancia y aprovechaba para ajustarse las apretadas trenzas que Logan le hacía cada mañana antes de entrar a clase. Su amigo, gracias a lo que aprendía en la peluquería de su madre, la ayudaba para que el dócil cabello rubio se luciera.

En realidad, Rory hacía tiempo. Compartía todo en la vida de sus amigos, excepto la relación que tenía cada uno con sus padres. En ese ámbito ellos iban por su cuenta, y ella era ignorante en cuanto a amor paterno se tratase. Nunca había conocido a su papá y Sarah, que le tenía prohibido llamarla *mamá*, solo le presentaba una fila de borrachos o perdidos que ni llegaban a considerarse padrastros.

Rory apenas sabía un puñado de datos de su padre. Aunque, en efecto, ninguno de aquellos tres niños sabía la verdad de su origen.

Salvador era producto de la última Gran Competencia, aquella que sorteaba a una mujer entre un ser celestial y otro infernal; y el pequeño ostentaba el título de ser el primer niño de fuego, porque su madre, la Elegida rebelde, se había enamorado de un demonio que cazaba almas para los Infiernos.

Mientras tanto, Logan, el muchachito que había heredado la piel oscura y los ojos perlados de su padre guerrero, era un mestizo celestial. Su madre peluquera había sido la mejor amiga de la última Elegida, y alguna vez hasta le había aconsejado quedarse con el ángel competidor, pero Lina Smith no fue capaz de hacerlo.

Entonces, el ángel que perdió, movido por el odio y la venganza, tuvo también descendencia. Dos criaturas que, cuando crecieran, podrían tener el poder de eliminar al mestizo de fuego. Dos criaturas que en sus venas llevaban la fuerza de las alturas. Una estaba en las aguas saladas y la otra era la dulce Aurora, que ahora miraba de lejos aquella escena familiar. Sin más que hacer, como un tic nervioso, acarició la cinta celeste que daba varias vueltas en su delgada muñeca. Nunca se la quitaba y era el único presente de su misterioso padre.

—¡Ven, Rory! —la invitó el señor Wildman—. Os tengo una sorpresa.

—Tío, eres como un hombre lobo, solo vienes los días de luna llena —exclamó el lúcido Logan mientras la pequeña se acercaba adonde estaban.

—¿Ah, sí? —Rio—. ¿Pues un hombre lobo os habría comprado tres nuevos Nintendo DS portátiles?

Ante el grito de alegría de los tres, lanzó una carcajada al cielo.

—Ahora me voy con Salvador para almorzar en casa de la abuela Barb. Después os llevaré a la fiesta de pijamas que habéis organizado en tu casa, Logan. Allí os daré las consolas. Son las tres iguales, para que no riñáis.

Pero no hacía falta. Los tres tenían una relación tan cercana que vivían en una especie de comunismo de la amistad: todo era de todos.

—Tío, ¿no puedes quedarte mañana, que es sábado? Vamos… Solo esta vez.

Logan era siempre el que insistía. Salvador era demasiado maduro para ello, así que clavó sus ojos negros en el suelo y, para darles una salida a las disculpas dolorosas e incómodas de su padre, exclamó al ver los cordones de Rory:

—Oh…, déjame atarlos. Debes de estar cansada de tanto correr.

Por supuesto que ella sabía cómo atarse los cordones desde hacía años, pero le había costado horrores aprender. Así que aún mantenían esa vieja costumbre: él fingía que ella estaba cansada y se los ataba. Ante la escena, Logan puso los ojos en blanco y volvió a reír con uno de los chistes de su tío, que no podía quedarse más de un día. Como siempre.

* * *

En la sencilla casa de los Smith los esperaba la abuela Barb con el almuerzo listo.

—¡Queridos, pasad, pasad! —los saludó la señora con una sonrisa que desde el accidente de su sobrina siempre tenía un resto de pena—. Will, ¿cómo estás? ¿Tuviste un buen viaje?

—Sí —se apresuró a mentir William—. Los negocios en África van muy bien. Pronto el pequeño Salvador podrá comprar lo que quiera.

Su hijo comenzó a dar brincos de felicidad.

—Quiero un Nokia para Rory y otro para mí… ¡Y otro para Logan! Así podremos hablar todo el tiempo los tres.

—Ya hablamos de esto, pequeño caballito —lo interrumpió—. Eres muy joven aún para tener uno de esos aparatos.

—Pero, papá, por favor, por favor, por favor…

—Deja a tu padre tranquilo, Sal —intervino la señora mientras se quitaba el delantal y se alisaba el pulcro cabello castaño, que

empezaba a encanecerse más a menudo—. Vamos, ve a asearte, que ya está la comida.

Cuando se quedaron solos, William se preparó para la rutina habitual.

—¿Irás a verla esta vez? —preguntó la abuela Barb—. Hace dos días fuimos y pusimos flores nuevas.

William no tuvo que fingir su reacción. Odiaba aquella tumba vacía, era el símbolo de su mayor derrota, de su vergüenza. El hombre que no había podido proteger a su familia… A su hermosa mujer.

—Me hace mal ir allí —reconoció—. Prefiero recordarla de otra manera.

Bárbara Smith asintió despacio. En su ignorancia, era la única que no lo juzgaba, y eso que tenía motivos. Ella sola se hacía cargo de la crianza del pequeño y jamás le había recriminado que solo apareciera un día al mes.

—¿Necesitas alguna cosa, tía Barb? —preguntó William para cambiar de tema—. Mis administradores me indican que apenas tocas las cuentas. Sabes que puedes ir de viaje a donde quieras, tomar unas vacaciones y dejar a Sal con Julie. Quizás llevar a tu grupo de amigas a un crucero. Matthew puede organizarlo en la agencia, y por los gastos ni te preocupes: las inversiones nos han dado más dinero del que podríamos gastar.

La señora se movió un poco incómoda.

—Oh, Will, ya me conoces. Aquí en Whitehorse tengo todo lo que podría querer. Además, odio volar y separarme de Sal… Y me atrevería a decir que él tampoco querría alejarse de aquí…, de Logan y de Rory.

William sonrió mientras sacaba los altos vasos del aparador.

—A propósito —siguió la señora—. ¿Te dijeron lo de la mala influencia en la escuela? —William asintió—. Sabes que no me gusta hablar mal de nadie, y respeto mucho su labor, pero creo que son mujeres modernas que no entienden que es normal que los niños deseen ser padres y madres.

—Les dije lo mismo —rio William—. Además, Salvador es brillante, ha aprendido hasta ahora más que cualquier niño de su edad. Esas no son las cosas que me preocupan de él.

—Oh…, ¿te preocupa algo, querido? —La tía Barb ya había empezado a llamarlo así cuando se casó con su adorada Lina.

—Es solo una manera de hablar —la tranquilizó—. Me encanta que Salvador sea como es y no le cambiaría nada. Solo quiero que se mantenga así, sano y bueno. De un momento a otro comenzará la

adolescencia…

—Lo sé —lo interrumpió la señora alisando una arruga rebelde del mantel—. Yo también intento estar preparada para eso. Mi experiencia con Lina fue tan tranquila… Ella jamás nos dio un disgusto; era amable y cariñosa. Siempre tan agradecida… Yo lo notaba y le decía a Dimitri que aquello estaba mal. La pobrecita se entregaba a quienes la ayudaban desde que quedó huérfana a sus siete añitos. —Ahogó un gemido—. Toda su vida sufriendo y luego, cuando te conoció a ti, fue tan feliz.

William se acercó para abrazarla. Dios, cómo se odiaba a sí mismo.

—No me hago ilusiones, Will —dijo la señora—. Hablé con los médicos cientos de veces… Era demasiada la sangre de ella, no pudo haber sobrevivido. Así que en esto soy como era Lina: no pido milagros al cielo. Confío en lo que los profesionales me dicen y por eso conmemoro su tumba. Aunque llore, ya la he dejado ir. Estoy en paz. —Secando sus lágrimas con una servilleta que luego tendría que reponer, agregó—: Y creo que tú deberías hacer lo mismo. Eres joven y puedes volver a formar una familia. Sé que Lina lo querría así.

William no se esperaba eso. La tía Barb pudo ver la sorpresa en su rostro, pero se mantuvo firme.

—Lina… —comenzó despacio—. Lina es la clase de mujer que alcanza para más de una vida, tía Barb.

La señora lo miró, comprendiéndolo. Sentía lo mismo por su adorado Dimitri.

—Qué cosa con los Smith, ¿verdad? —dijo con los ojos de nuevo empañados, pero no llegó a decir más porque justo en ese momento apareció Salvador con ropa limpia y el cabello peinado hacia atrás. Los días que veía a su padre se esmeraba en imitarlo.

Enseguida William lo alzó por los aires y al dejarlo en el suelo lo despeinó.

—El próximo mes vendré con los tíos Eron e Izzie, que te extrañan muchísimo.

—¿El tío nos ayudará con el deporte? —preguntó curioso.

Aquel era el código para el entrenamiento de Salvador, el cual mantenían en el más absoluto secreto.

—Por supuesto. Ambos lo harán. Y ahora, a comer, que tenemos que ir a la casa grande a pasar la tarde y hacer ejercicio.

—La tía Julie quería verte —le recordó el niño mientras se sentaba en su sitio.

—Claro. Iré al anochecer, cuando te deje con Logan. ¿Hoy haréis

algo especial en la fiesta de pijamas?

—Sí —afirmó entusiasmado—. El tío Matthew nos alquiló los DVD de *El Señor de los Anillos*. Hace mucho que la queríamos ver, pero como aún no tenemos trece…

De este modo, el pequeño llenó el almuerzo con sus anécdotas divertidas. En cada visita, además de entrenar a su hijo, William tenía dos paradas obligatorias. Ya estaba terminando la primera y la casa contigua era la última.

Tras un cuantioso almuerzo, en el que los glotones padre e hijo habían liquidado un estofado completo, marcharon al jardín de la casa grande, donde ahora ambos estaban empapados de un sudor infernal. Mientras el tuerto y cojo gato Fireball daba vueltas junto con Daisy, también un poco viejita, William y Salvador blandían sus espadas de madera.

El pequeño era inagotable. Siempre enérgico, y visto desde otro ángulo parecía que un hombre luchaba contra su versión en miniatura: Salvador era un calco de su padre. Sus rostros y cuerpos lucían la misma superioridad de los bellos por naturaleza y, aunque las facciones del niño no alcanzaban aún la madurez masculina del padre, ya se notaba a leguas que su tamaño y porte serían iguales.

—¿Qué me enseñará la tía Izzie el próximo mes? —quiso saber el pequeño.

—A blandir un látigo —le explicó William mientras le ganaba un asalto—. Y el tío Eron a usar un escudo. Más adelante Paolo te enseñará a defenderte de dos armas al mismo tiempo y así continuaremos con tu puntería.

—Mi puntería es la mejor.

William sonrió sin saber que, algún día, aquella habilidad le sería muy útil a su pequeño. Después puso la espada en alto para hacer una pausa y dijo:

—El secreto del talento es ese: practicar hasta el hastío tu mejor habilidad. Ahora, pequeño caballito: ¡recreo!

Durante sus descansos se sentaban en las escaleras y tomaban un chocolate caliente, por supuesto cortesía de la abuela Barb y sus termos salvadores.

Desde el principio William insistió en llevarlo allí. La casa grande había sido el escenario final de su madre, pero también era su hogar y en ella habían vivido como una familia feliz durante varios años. Nadie les iba a quitar eso. Ni siquiera aquel desquiciado de la antigua secta de los Caballeros de la Luz que había asesinado a Lina Smith a sangre fría, en vez de protegerla como madre del niño Elegido. William pensó que su familia había

sufrido el maltrato de todos los seres que supuestamente defendían el equilibrio de los cuatro reinos: aquella logia de humanos superpoderosos que ahora creía disuelta, el ejército de acuosos que los atacaron, los Supremos del Equilibrio… Hasta la perversa Destiny —la criatura que les había hecho perder el tiempo buscando la Máxima Insignia para protegerlos— les había dado la espalda.

—¿Puedo invitar a Rory el próximo mes? —preguntó Salvador trayéndolo a la realidad—. No me gusta dejarla sola…

No era la primera vez que su hijo sacaba ese tema. William tenía el corazón henchido de tanto amor por aquel pequeño hombre que se le rompía cuando debía defraudarlo.

—Sal, lo siento, pero conoces las reglas: este es el único secreto que tienes con papi y con los tíos. Todo lo que aprendes aquí es para ti solamente.

El muchachito bajó la mirada. Estaba en esa etapa en que no se es un niño, pero tampoco un adulto.

—Lo sé —reconoció—, pero me parece injusto que Rory no entrene y que solo yo sepa cómo defenderme cuando vengan los malos.

Los malos era el título que a William se le había ocurrido para aclarar las dudas del curioso Sal. No era normal en esos tiempos que un padre se empecinara tanto en entrenar en combate a su hijo, pero ¿cómo explicarle que quizás justamente ella, la angelita mestiza, su amiga y su amor, podría llegar a ser *la mala*?

—Quizás los malos nunca aparezcan… —lo consoló—. Pero si llega el día, ¿no querrás defender a Rory y a toda tu familia?

Salvador asintió efusivamente mientras se limpiaba los bigotes de chocolate.

—Claro que sí. Pero creo que sería más justo que ella también aprendiera a defenderse, así tiene más oportunidades. No está bien que Logan entrene con su padre y yo contigo, y ella se quede sola…

William pensó que aquel niño que era un calco a él, por dentro lo era a su liberal madre. Excepto por el amor al catolicismo que le había inculcado, por supuesto, sin la bendición de la agnóstica Lina.

Para cambiar de tema exclamó:

—¡Hey! Me han contado tus maestras que de mayor quieres ser padre y esposo. Estoy orgulloso de ti. Sé que lo harás muy bien.

En ese momento fue cuando el pequeño mostró un poco de timidez, que ocultó en un largo trago de su bebida.

—No lo sé… Aún no le he pedido a Rory que sea mi novia, pero a veces me siento valiente, como ese día en clase. Ella sonrió cuando dije que quería ser el padre de sus hijos, así que no me sentí

del todo un imbécil. Pero luego, cuando estamos solos… No sé por dónde empezar. Quisiera que fuese mi novia. Logan dice que está seguro de que me dirá que sí, pero no quiero presionarla y que todo se ponga raro entre nosotros. Y no sé cómo… —se tocó sus manos con nerviosismo, como lo hacía su madre—, cómo dar mi primer beso.

William tuvo que hacer un intento por no reír. Si Lina era su fuente de vida, Salvador era una inyección de juventud y humanidad.

—Oh, caballito, eso es fácil. No te preocupes. Mira, tú la miras a los ojos. Antes, te aseguras de tener buen aliento —bromeó—, le dices que la quieres y le preguntas si le gustaría que le dieras un beso en la boca. Si ella asiente, te acercas y apoyas tus labios en los suyos con ternura.

—¿Así hiciste con mamá?

William recordó aquella noche a la salida del baile de disfraces y su corazón pausado se hinchó.

—Pensándolo bien, creo que no nos corresponde a nosotros decidir cuándo dar el primer beso —rio—. Ella te dará las señales… Tú solo cierras los ojos y después le dices que la quieres mucho. De todas formas, tu madre y yo teníamos otra edad. Rory y tú sois más pequeños. Debes tener cuidado con sus sentimientos.

—Yo la amo —dijo decidido, casi loco—. La amo de mil formas… Es difícil de explicar… Quiero que esté conmigo todo el tiempo, que sea mi novia, mi amiga… para siempre.

William le sonrió. Se sentía pésimo en esos momentos. Notaba que la vida de su hijo giraba alrededor de ese sol angelical. Hasta su apodo *Rory* había sido obra de él. Cuando perdió a su madre pasó un tiempo con problemas de pronunciación y por eso Aurora se había transformado en Rora y luego en Rory. Pero el maldito Samuel, el padre negligente de aquel solecito, los había llevado hasta ese punto. Y, aunque los niños desconocieran su naturaleza, los adultos que los rodeaban la conocían bien.

Al ponerse en pie de un salto, Salvador lo sacó otra vez de sus cavilaciones.

—Vamos, pude defenderme de veinte de tus cincuenta ataques. Me debes otra historia de mamá.

Esa era la última costumbre que habían adoptado: si Salvador mejoraba en su entrenamiento mes a mes, su padre le contaba anécdotas de su madre. Y como siempre practicaba, siempre sabía cosas nuevas.

William fue a por las espadas de madera, mientras decía:

—Te apodamos pequeño caballito porque pateabas con furia su vientre desde el tercer mes de embarazo. Ella se preocupó al principio, pero luego se acostumbró. Siempre fue muy valiente.

—Eso ya me lo había contado mamá —refunfuñó Salvador. Gracias a la memoria excepcional de cazador líder de su padre, recordaba antinaturalmente sus primeros cinco años de vida.

Así siguieron toda la tarde, con pausas para reír un poco y ponerse al día. Cuando el sol cayó, la parte humana del pequeño lo obligó a rendirse al sueño en el sofá del salón. Entonces William lo montó en el coche para llevarlo de regreso. Tras depositarlo en su cama, salió de puntillas y antes de cerrar la puerta acarició la estrella que colgaba allí… *Lina.* Su hijo no la había querido quitar. Había perdido un poco el color después de tantos años, pero continuaba ahí, como una promesa en el aire.

Tras besar a la tía Barb y aceptar una pequeña bolsa de panecillos para el camino, se dirigió a la casa contigua. Terminaba otro día prestado.

Cuando Julie le abrió la puerta, pudo ver a su sobrino y a Rory alzar los cuellos por el sofá, frente a la televisión.

—¿Y Sal? —fue el saludo de Julie. Los años pasaban con justicia para ella. Su energía y seguridad en sí misma la mantenían joven y accesible.

—Estaba agotado después de nuestra tarde y se quedó dormido —respondió William y ante los ojos casi transparentes de Rory, ahora brillantes por sus lágrimas de desilusión, agregó fingiendo abatimiento—: Venga, id a despertarlo. Me odiará si se pierde el maratón de *La guerra de las galaxias.*

—*El Señor de los Anillos*, tío —lo corrigió Logan, que ya tenía a mano el libro con sus anotaciones para quejarse cuando algo de la película fuese distinto a la historia original.

—Gracias, señor Wildman —dijo Rory con el rostro más tierno del mundo.

—De nada, preciosa, y ya sabes que puedes llamarme William.

Cuando se fueron esos dos con sus pijamas, la casa se disipó del aroma a lavanda y lilas. Julie le pidió que lo acompañara a la cocina y allí sacó el bolso que escondía en la alacena superior.

—¿Siguen incendiándose mis cartas o mis grabaciones?

William asintió. Cualquier forma de comunicación con su esposa se encendía con la prohibición de los Supremos, que supuestamente digitaban la vida de los seres de los cuatro mundos para mantener un sano equilibrio.

—De todas maneras, lo hice otra vez —siguió ella—. Y añadí

unos chicles de sandía, unas revistas donde sale lo mejor de J. J. y unos productos para el cabello. Son nuevos, para soportar las inclemencias del sol y la intemperie.

—Gracias, Julie. Lo valorará mucho —aseguró él mientras se sentaba—. Yo le llevo los panecillos de Barb, ¿y tienes lo que te pedí?

Julie sacó de la alacena otro bolso, esta vez de un cuero lujoso.

—Las fotografías, el recipiente con el pastel de Al y la caja verde de bombones —enumeró—. Perdón por comprar la roja el mes pasado. A veces me hago un lío de cosas entre tantas actividades… Clases avanzadas, entrenamientos de *hockey* y las mil cosas que hacen los niños hoy en día…, y eso que estábamos en verano. Ahora con la escuela será peor.

William no insistió esta vez en la ayuda económica que les ofrecía mensualmente.

—¿Cómo van la peluquería y la agencia? —preguntó.

Julie se encogió de hombros mientras preparaba palomitas en el microondas.

—La maldita de Bonnie puso una promoción de tres por uno en El Bucle Nervioso… Me está desangrando. Pero yo he monopolizado unos nuevos alisadores sin formol, así que… ¡en tu cara, Bonnie! —exclamó y prosiguió de inmediato—: Matthew exprimió el último mes de vacaciones con excursiones nuevas. Así que bastante bien.

William se alegró y aprovechó el buen humor de Julie para pasar al tema escabroso.

—Vuelve a preguntar por J. J. y ya no sé qué decirle. Las almas confundidas le contestan sus preguntas. La mayoría lo conoce y las revistas insinúan que…

—Dile la verdad —lo cortó mientras le servía una Horse Beer sin preguntarle y se abría otra para ella—. Dile que está a punto de salir de su segunda rehabilitación y que esta vez lo obligaré a venir directo aquí. Si esos médicos caros no pueden enderezarlo, su hermana mayor lo hará. Hace dos años que lo espero. Ya me he hartado. —William no quería estar en la piel de J. J.—. Una temporada ayudándome con los niños, con la peluquería y con la agencia, le bajarán los aires de artista incomprendido y sombrío.

Él esperó amablemente a que terminara la perorata, tomando su cerveza; y cuando las explosiones de las palomitas se hicieron esporádicas, Julie pasó la bolsa a un cuenco amarillo y, de espaldas, soltó como quien no quiere la cosa:

—¿Salvador te dice si siente algo extraño?

—Aún no —afirmó él—. Pero es más pequeño que Logan.

—Lo sé. A veces lo olvido porque Sal es tan maduro y Logan empezó Infantil tarde por sus enfermedades. Y Rory… Aún recuerdo cuando Matthew la vio por primera vez y nos dijo a todos lo que era…, de dónde provenía. —Suspiró mientras espolvoreaba azúcar sobre las palomitas—. Sin embargo, para mí son niños comunes y corrientes… Parecen hermanos, como Angèle y yo, ¿sabes? Sí, con nosotras era igual. Por más que ella tuviera la misma edad que J. J., era más madura que yo en algunas cosas. —Volvió a la realidad cuando escuchó el sonido de la puerta y las risas de los tres pequeños—. ¡Ay, por favor! Perdóname, Will. Me pongo como una tonta y tú tienes los minutos contados. —Bajó la voz y agregó—: Solo quería avisarte que a Logan se le dispararon sus dolores de espalda. Matthew lo esperaba antes, pero dice que al estar todo el día con Sal…, pues que entre ellos dos se anulan o compensan sus naturalezas. No lo sé… Al menos agradezco que ese maldito Círculo decidiese que no puedan conocer su naturaleza hasta adultos. Ya es difícil criar a cualquier humano por estos mundos, por lo que me volvería loca si encima tuviera que ocuparme de que no anden diciendo cosas extrañas, que haga que los encierren en laboratorios…

William jugaba con la etiqueta de su botella casi vacía.

—Sal está tan perdido en sus sentimientos por Rory —dijo—, que no hay ni un indicio de nada más en su vida.

Ambos se encontraron en una sonrisa cómplice.

—Han salido enamoradizos —reconoció Julie—. Logan tropieza con sus dos pies cada vez que llega a la peluquería y coincide con la pequeña Jenny Wilmayer, la hija de los *primos fugitivos*.

—Me alegra que eso los mantenga distraídos —afirmó William —. Ya la adolescencia va a ser difícil para sumarle las profecías que se han hecho sobre ellos… —Se puso de pie y exclamó—: Bueno, me marcho que aún tengo algunas cosas por hacer. Le mandaré tus cariños.

En el salón, Salvador corrió hacia él y se despidieron con sus puños en el saludo especial que compartían.

—Hasta el próximo mes, papá —dijo estoico.

—Adiós, caballito. Adiós, pequeños. Portaos bien.

Julie no dijo nada. En ese punto solo prefería refugiarse en la alegría de los niños, comer palomitas con ellos, servirles a Logan y a Rory vasos interminables de agua y hacerle emparedados de jalea y jarabe de arce a Salvador, que era goloso como su madre y devoraba todo aquello que tenía ese dulce manjar canadiense. Ella los consentiría ese día, porque sabía que Salvador la necesitaba un

poco más cuando su padre se marchaba hasta el mes próximo; y al día siguiente, cuando su esposo ángel volviese de una excursión en el bosque, lloraría en su pecho azabache.

* * *

William fue a la casa grande en el coche negro. Necesitaba ganarle al reloj, ya que la reunión con las maestras le había trastocado su concienzuda rutina.

Cuando llegó, hizo las llamadas correspondientes a sus amigos infernales. Humpy, Priscilla y Mona le llevaban las inversiones extranjeras y Paolo, el cazador con su condena en pausa, no hacía más que acrecentar sus ganancias con las acciones que había adquirido de la cerveza que alcanzaba el número tres en el mundo: Horse Beer. Y así, como esa gente que tiene un cascabel pegado al cuello que llama al éxito cada vez que se mueve, William no hacía más que ganar dinero para su hijo.

Una vez terminada la labor comercial, subió las escaleras cansado, sin soltar el bolso de cuero. Faltaban pocos minutos para que diera la medianoche en Whitehorse. Ya llevaba más de media década con ese ritual. Sentía la madera fría del pasamanos en sus dedos. Ahora respiraba hondo y, en el mismo impulso, un suspiro se desprendía de sus labios, mezcla de quejido y nostalgia. Giró por fin el picaporte y aquel dormitorio, repleto de recuerdos, le desgarró el alma una vez más. Su hijo sabía que podía hacer lo que quisiera en toda la casa, pero esa habitación era un tema aparte.

William distinguió entre el aroma a encierro el perfume de ambos —ahora más sofisticado— añejado por los años.

La cómoda crujió al abrirse. Buscó una toalla limpia, pero nada más. El cajón de Lina, que el paso del tiempo respetó en su desorden, no sería abierto esta vez. Los camisones estrafalarios, los calcetines con figuras ridículas y colores llamativos permanecerían invisibles durante otro mes.

Fue hacia el baño y el sonido del agua en la bañera trajo a su mente dolorosos recuerdos. Se metió con prisa y esta rebalsó ante su inmersión. Cuando volvió a la superficie volvió sus ojos hacia fuera; había dejado la puerta abierta y podía ver la cama grande. El lado de ella: aquel que había elegido porque así estaba más cerca del cuarto de baño y podía llegar por las noches sin golpearse en su torpeza sonámbula. También vio el reloj en la mesita, el libro marcado en una página cualquiera, ya que su esposa se resistía a darles un uso común a los señaladores. O quizás él nunca había

comprendido su sistema. No lo preguntó. A veces William tenía ese juego, buscaba indicios, conjeturaba, deducía o inducía hipótesis, investigaba el actuar de su esposa cual detective fascinado por su misión. Aquella manía, como muchas otras que solo son posibles en la cotidianeidad de los seres humanos, había quedado irresuelta para él.

En su afán por retomar una pizca de normalidad, salió de la bañera y se acercó a la cama. El agua se deslizaba cálida por su cuerpo musculoso y estaba increíblemente cómodo en su desnudez. Lina se hubiese ruborizado y enseguida lo habría rodeado con una amplia toalla.

William miró la silla con los vaqueros hechos un ovillo, las blusas desperdigadas y algunas hebillas de colores flúor. Manoteó el camisón largo que estaba junto a la almohada y hundió su rostro en él. Después de siete años no tenía su aroma original de vainilla y jazmín, pero lo imaginaba. Como una alucinación olfativa. Y de buenas a primeras, rompió a llorar. Era el único momento de debilidad que se permitía en su existencia. Lloraba por todo lo que su naturaleza demoníaca le había quitado a su esposa, porque un día era dolorosamente poco para estar con su hijo y porque, aun así, él era el afortunado.

Después colocó el pantalón y la camisa que había usado ese día, que Izzie se ocupaba de dejarle preparado mes a mes, y, con lentitud, otra vez se puso su ropa maldita y se colgó el bolso de cuero en bandolera.

Cuando el reloj del salón marcó las doce, el cambio se hizo presente en el cuerpo de William. Ahora era Máximus quien veía entrar a su corcel negro, Humble, por la puerta del dormitorio. Antes de montarlo, abrió el bolso y vio que la mitad de las cosas ya no eran más que cenizas. La maldición que pendía sobre la cabeza de su esposa se hacía más evidente con cada mes que pasaba, y la humanidad que al principio la había protegido, ahora la hacía deslizarse cada vez más hacia los Infiernos. Como una trapecista que puede caer del lado del Paraíso o de las Profundidades.

Ante los relinchos de su fiel compañero, se obligó a mostrarse entero y seguro. Era hora de ver a su esposa, la Reina Madre, la Salvadora de los condenados, la Elegida rebelde, la Jinete de Fuego o, como a él le gustaba llamarla: Lina.

Capítulo 2

Reclutadora

«—¡Porque el mundo ya no será el lugar cálido que conoces, mamá! Porque si no hago algo ahora, los ríos y las flores serán tan solo un recuerdo… Déjame curarlo… ¡Es la hora de los terceros humanos!»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Escuchar música era un privilegio que los condenados solo podían disfrutar durante un eclipse, pero Lina Smith era diferente. Allí estaba ella, sobre su fiel yegua blanca, oculta entre las sombras de unas palmeras en aquella ciudad cálida, mientras escuchaba la radio que se escapaba de una simple casita con techo de chapa. *The Center of the Heart* de Roxette sonaba fuerte. Intentaba memorizar la letra para después tararearla en sus aburridas y eternas cabalgadas.

¡Dios, cómo extrañaba su *walkman* rosado! En vez de ello llevaba su guadaña… Al menos ya no le pesaba tanto como al principio.

Junto a ella, la pequeña Smith, su fiel mascota ahora demoníaca, aulló un poco al sentir el aroma a tacos al pastor. Lina le dedicó una mirada de pena y comprensión. Sí, ella también echaba de menos la

hora del almuerzo.

Se acomodó hacia atrás la incómoda melena que le llegaba hasta los muslos, y es que su cabellera rubia ceniza no podía cortarse. Lo había intentado en varias ocasiones con el paso de los años, pero su naturaleza mestiza se lo impedía. Al parecer, la maldición de los demonios no le permitía un corte, pero su naturaleza humana prolongaba el crecimiento.

No sucedía lo mismo con el cabello del resto de su cuerpo; Lina era tan lampiña como cuando estaba viva y su bucle de la frente seguía ahí…, incólume…, burlándose de los Infiernos. Por otro lado, las uñas tampoco crecían, solo se ensuciaban, y los dientes dejaron de dolerle tras el tercer año. Ahora los lavaba en arroyos solo por costumbre. A veces con arena y una pasta que hacía ella misma con hojas de menta fresca.

Los días más molestos eran los de su período. Al principio tenía la regla cada mes, pero ahora se hacían más esporádicas. Parecía que su humanidad se iba despegando de ella, como los plásticos transparentes que acompañan a las pegatinas. Ella estaba igual: se veía igual, hablaba igual, pensaba igual… Pero su naturaleza viva la iba abandonando, y aquello la aterraba. Por eso no se quejaba ya de las ampollas en sus pies, de la tierra en sus dedos o el hambre constante. Todo eso la hacía sentir dentro del selecto grupo de los que aún tienen posibilidades.

Cuando llegó el momento, desmontó deslizándose por el lomo de su amiga Sanity, antes Umah, y alisó las arrugas de su atuendo con las manos. Su vestido eterno, con el que se casó y murió, mantenía los zurcidos de las personas más mágicas que había conocido en su vida: la tía Barb y Newen Mapu.

Su magia humana le permitía quitarse la ropa, pero no ponerse una nueva. Solía bromear sobre que estaba como *medio* maldita. Esbozó una sonrisa que se cortó al recordar a los cazadores que morían desnudos o con harapos que apenas cubrían sus intimidades, y se sintió una afortunada. Agradecía los hombros voluminosos, la falda de raso, las cinco flores que mostraban la puntilla y aquel pimpollo de jazmín que se mantenía vivo y fresco desde el día en que el Supremo de las Tierras la había ayudado. El fatídico día de su asesinato. El día en que le dijeron que ni los Cielos ni los Infiernos la iban a admitir. Así que así estaba ella, atrapada entre los mundos. Esperando que quizás su condena de cazadora se acabase, porque, después de todo, ella no había matado a nadie. Es decir, no cumplía con la condición absoluta para pertenecer al reino maldito. No, su pecado se resumía sencillamente en haber sido la

Elegida rebelde, la que dio la espalda al sentido común y tuvo un hijo con un demonio.

Haciendo tiempo, Sanity y la pequeña Smith comenzaron a comer unas plantas del suelo. Así como los humanos no podían ver a su yegua albina ni a ella misma, tampoco percibían a su perra fiel. Aunque durante el primer año había descubierto que algunos humanos especiales, aquellos que cuentan con un sexto o séptimo sentido, sentían su presencia. Como un fantasma.

—¿Estás siendo una buena chica, hermosa? —le preguntó a la antigua bulldog mientras le acariciaba el pelaje bayo. Por toda respuesta, la perra infernal jadeó un poco, movió la corta cola y terminó de lamer el jugo verde que se escapaba de sus mofletes bestiales. Lina se incorporó y fue hacia su amiga de ojos violeta. Aquella segunda humana que se había condenado junto a ella, dejando de ser una Ekuas para pasar a ser una trabajadora más de los Infiernos. Acomodó sus crines y le dijo—: Descansad.

Esta vez un relincho de agradecimiento fue la contestación.

A pesar de ser un mes de temperaturas nobles, el calor ya apretaba en esa parte del mundo. A Lina le resultaba extraño estar en un lugar donde el termómetro marcaba casi los cuarenta grados antes del mediodía, pero allí estaba. Esperando que el alma que debía reclutar abandonara su cuerpo.

Lina hacía trampa, no se mantenía al margen de las circunstancias de muerte de las almas que debía recoger. Era una reclutadora curiosa y por eso siempre llegaba antes.

Observó a la muchacha marcada salir del edificio en cuestión para entrar a continuación al de al lado, y enseguida pensó en los hermanos J. J. No todos tenían la suerte de conocer a sus mejores amigos en la casa contigua. Algunos conocían a quienes les iban a arrebatar la vida.

Acostumbrada a andar por lugares medio deshabitados, Lina cruzó la calle y el hormigón caliente le lastimó la planta de los pies; se apoyó contra unos contenedores y se refregó el talón izquierdo con cuidado. Minutos después, cuando la muchacha marcada volvió al apartamento donde moriría, Lina no tuvo ni que revisar su lista maldita. Ya había cazado a muchas jovencitas similares. Era una mal llamada *mula*. En su estómago llevaba más droga de lo imaginable y en su haber un solo asesinato, hacía ya muchos años.

Detrás de los contenedores, observó que la humana subía las escaleras de aquel viejo edificio y se cruzaba con alguien a quien ella misma conocía bien. Esperó a que ambos se saludaran y, cuando la muchacha desapareció, Lina se dejó ver.

—Sony, ¿cómo has estado?

El Ángel de las Últimas Cosas, quien recolecta los últimos deseos de las almas que mueren injustamente y es una de las criaturas Eternas que rondan los mundos, le sonrió con sus dientes amarillentos.

—Aquí, trabajando como siempre, ¿y tú?

Lina se encogió de hombros.

—Pues lo mismo.

Había que ver el espectáculo que daban aquellos dos. El Eterno con su barriga generosa y su camiseta ajustada, y Lina con su vestido de novia eterna y su guadaña centelleando en esa acera perdida en el mundo humano.

Cuando comenzaron a oír los jadeos de la muchacha, ambos se dedicaron una sonrisa incómoda y dejaron que cada uno prosiguiera con sus tareas. Tampoco había mucho más que decirse.

Lina entró al apartamento y por desgracia no se sorprendió con el estado del mismo: suelo de cemento sin terminar, agujeros de humedad… En una esquina vio a la muchacha con un charco de vómito a su lado. Ya había muerto, así que estaba en el peor momento de su existencia: el de conocer al fin lo que pasa después de la muerte y darse cuenta de que no es nada bonito.

En un perfecto español, Lina intentó tranquilizarla. Ya había cazado muchas almas y era una experta en casi todos los idiomas vivos. Casi. El francés aún se burlaba de ella. Al parecer, ni los poderes de los Infiernos podían contra la dificultad de Lina Smith con esa lengua. Lo que divertía un poco a sus súbditos, y un poco a ella también cuando intentaba armar una oración con sentido y las almas la miraban confundidísimas hasta que otro reclutador, generalmente su amigo Eron, venía a su rescate.

Olvidando su puesto superior, Lina se arrodilló junto a la desgraciada. Ya se había acostumbrado a que el alma siguiera conectada al cuerpo en los primeros momentos de muerte.

—Shh…, tranquila. No tienes que toser. Ya no estás sufriendo.

La muchacha la miró de arriba abajo.

—¿Eres un ángel?

También se estaba acostumbrando a ese equívoco: el vestido, su color de pelo…, sus ojos verdes llenos de vida y perdón.

—No, lo siento… Mira, has muerto y puedes escoger entre dos opciones —intentaba ser lo más directa posible—. Te puedo llevar a los Infiernos y serás torturada por un corto período o puedes pasar muchísimos años más trabajando como yo: cazando almas en falta para llevarlas a sufrir. Es tu decisión.

La muchacha era de aquellas que no se resistían, y en sus ojos se lograba percibir el recuerdo de sus faltas pasadas. Quizás toda su vida la había preparado para algo así. Esta era solo otra injusticia más que debía soportar.

—Escojo ser como tú —dijo.

Lina asintió. A diferencia de otros reclutadores, no ponía los ojos en trance para hacer sus labores. Solo miraba hacia la dirección del viento y veía aparecer el caballo. Esa vez surgió una yegua cob flacucha de crines cortas; y desenfundó el arma de la muchacha: una diminuta navaja.

Otra de las cosas que había aprendido era que las armas también marcaban jerarquía allí abajo. Su propia guadaña de esmeraldas, diamantes y rubíes era digna de una reina. Pero, claro, ser una reina era muy distinto en las Tierras que en los Infiernos. Aunque Lina no tenía ni la menor idea de lo que era ser parte de la realeza humana, ella apenas había sido una sencilla muchacha de Whitehorse.

Tras mostrarle su arma y darle a conocer el nombre de su compañera, Lina se detuvo. Un llanto en la habitación contigua la desconcentró.

—Es mi bebé —murmuró la muchacha—. Tiene dos meses.

Por la fuerza humana que emanaba de Lina, que tras años de maldición aún no la abandonaba, los ojos de ambas cazadoras se llenaron de lágrimas.

—Ven —la invitó.

Fueron al lugar mejor cuidado de la casa. Como si la pobreza afectara menos a aquella habitación decorada con juguetes baratos y muebles de segunda mano. La nueva condenada se adelantó a la cunita. Tras ella, Lina, usando una fuerza que le convenía guardar, logró que pudiese mecer y besar por última vez a su pequeña. Y es que la humanidad de Lina no dependía del paso del tiempo, pero eso ella no lo sabía. Era una cantidad de magia humana la que le quedaba y con cada uno de esos actos su fuente se iba secando.

Cuando sintió el galope de otro Ekuas condenado, uno muy poderoso, soltó a la muchacha. Había aprendido a ser precavida.

—Ven, Dalila —pronunció el nuevo nombre de la cazadora, aún con rechazo por esa fuerza que se anteponía a sus propios pensamientos en su mente—. Vamos, ya llega el líder para que aprendas el Infernus, el idioma de este reino.

Juntas salieron a la calle, aunque a Dalila le pareció otro mundo.

Por su parte, Lina dejó de respirar cuando sintió a aquel líder acercándose. No era Máximus, sino otro.

Entre los cazadores había cuatro líderes. A Lina le había llevado

solo un vistazo entender por qué su esposo era el más querido y —lamentablemente— deseado de aquel mundo. Los otros tres eran espeluznantes: el más antiguo estaba cubierto de pies a cabeza con una especie de caperuza antigua; el que lo seguía en autoridad llevaba varias flechas incrustadas en su cuerpo y el tercero era la personificación de *Leatherface* de aquellas horribles películas que veía J. J.

Este último era el que la observaba ahora desde su corcel.

Lina se repuso de la impresión e hizo la reverencia correspondiente ante aquel personaje.

Algo horrible de esos tres era que ninguno le hablaba. Ni una sola maldita palabra. Lo que no significaba que no la escuchasen. De hecho, esos tres estaban muy atentos a aquella peculiar criatura mixta. Aquella que había trastornado a su compañero Máximus.

—Por favor, no me dejes con él —rogó la nueva condenada.

Esas manifestaciones de rebeldía eran habituales también. Por eso, cuando las almas de Lina escogían ser cazadoras, los líderes aparecían pronto. Porque la reclutadora mestiza derramaba sentimientos humanos sobre las almas que acababan de llegar, confundiéndolas, y nadie quería problemas allí abajo.

Ante un gesto contenido del líder, Lina se fue. No sin antes abrazar y dar coraje a la muchacha.

Lina presentía que no era querida por ese trío de hombres superpoderosos, quienes observaban con desprecio sus brazos puros —sin el tatuaje infernal del infinito que marcaba a todos los cazadores— como negándose a reconocerla, pero a ella lo mismo le daba. Aunque esa era una particularidad que de nuevo se le iba a volver como bofetada: la de no temer a lo peligroso.

Al dirigirse hacia las palmeras del otro lado de la calle, Lina vio a los pastores que no se rendían con la pequeña Smith. Estos eran unas de las tantas criaturas de los Cielos. Los primeros que existieron para llevar a las bestias a las alturas, antecesores de los guías de humanos. Lina había conocido en profundidad al grupo de guías que había competido por su cuerpo y su alma en la Gran Competencia, pero últimamente solo se cruzaba con los pastores. Eran los mejores ángeles, eso seguro. Apenas los podía ver por el brillo de su pureza que le lastimaba los ojos. Por su parte, ellos no dejaban de intentar guiar a la pequeña Smith al más allá, pero la mascota fiel no hacía más que mostrarles los dientes y pegarse a las faldas de su ama.

—Vamos, pequeña, algún día tendrás que marcharte —le decía a veces Lina, cuando insistía en que se fuera a pastar al Paraíso. Sin

embargo, la perra era obstinada.

Esta vez Lina no insistió y buscó a su yegua, pero no estaba por ningún lado, y es que sus amigos equinos contaban con algo más de libertad allí abajo.

Concentrándose, miró hacia las palmeras lejanas y murmuró:

—Si mi parte humana viene a mí, Sanity.

* * *

Lina cabalgó hasta su guarida. Una cueva en una colina baja, en esos rincones apartados del mundo que se mantienen en una primavera constante. William la había encontrado para ella y desde entonces se había convertido en su hogar.

Otra candidata había sido la cabaña de Areias, el príncipe acuático, pero aquel punto estaba aún más alejado del temido ojo humano.

Además, era una cueva espaciosa y Lina —se había dado cuenta al cabo de los años— era una acumuladora. Acumulaba baratijas que encontraba y las que Eron, Izzie y su esposo le traían en un inocente «contrabando». Porque, después de sus días libres, estos volvían con aquello que ella deseaba y, si tenían suerte, no todo se pulverizaba al momento de la conversión.

Lina conservaba con cuidado cada uno de sus tesoros. Se había adaptado a ser aquello que pertenecía y no pertenecía a los Infiernos. Y si la domesticidad de su tía la había preparado para los cuidados primarios de su hijo, la austeridad de su tío lo había hecho para la pobreza de su nueva situación infernal. A veces daba pena verla comer con cuidado hasta las migajas que se desprendían de los pasteles que le llevaban.

Ahora no tenía qué comer y, como William estaba en camino, pensó en ordenar un poco y hacer lugar para las cosas nuevas que traería.

Mirando su alrededor lleno de revistas, cómics, libros, CD y hasta juegos de mesa, se rio de sí misma. Ni muerta dejaba de ser desordenada. Así que aprovechó el momento libre para recolocar las fotografías que pegaba en una tabla de corcho que le había conseguido Izzie, la más lista cuando se trataba de contrabandear.

Dejó a la vista las fotografías de la feria de ciencias, las de la búsqueda de huevos de Pascua y las copias extras del anuario… Su hijo había heredado su hambre de vida y su amor por la amistad, así que terminó acariciando una fotografía donde Salvador abrazaba a Logan y a Aurora en la puerta de The Sweet Bread.

—¿Qué dices tú? ¿Ponemos más a la derecha esta? —le preguntó a su mascota, que ladeaba la cabeza ante la pregunta, pero enseguida una pequeña lagartija llamó su atención y se fue a jugar por ahí.

Lina se acercó los dibujos de Salvador al rostro, intentando leer su caligrafía ya mejorada. La cueva era grande pero oscura, así que tuvo que abandonar la tarea. Una de las molestias de su nueva condición era la falta de luz artificial. En ocasiones, algún cazador hacía fuego para iluminar el camino de su reina, quien nunca había podido generar llamas como los demás cazadores.

Tampoco es que Lina quisiera tener ese poder, ya que eso significaría que su naturaleza demoníaca resultaba ganadora sobre su humanidad, pero sí echaba de menos los *clicks* de las cosas.

Click, se enciende el interruptor de la luz. *Click*, se abre la nevera con comida. *Click*, suena la secadora con ropa limpia y lista para usar.

Lina nunca había planchado como su tía. Durante su convivencia humana, las reglas habían sido claras: si William deseaba alguna camisa sin arrugas, pues se enfrentaba él a la fastidiosa plancha.

De pronto, justo cuando tenía aquel pensamiento, sintió ese cosquilleo particular en la nuca.

—Aunque nuestros corazones ya no estén sincronizados, te agradecería que no usaras tu poder de líder para aparecerte por la espalda —dijo Lina divertida sin girarse, apilando los dibujos de su hijo—. Aún me pueden dar síncopes, ¿sabes?

Su esposo y cazador líder se acercó y alzándola desde la cintura, como si no pesara nada, exclamó:

—Es que no me puedo contener.

La depositó en el suelo sin girarla todavía y comenzó a besar las pecas de sus hombros. El vestido la protegía allí del sol, aunque las quemaduras de los primeros años le habían curtido un poco la piel.

—¿Cómo está nuestro pequeño caballito? —preguntó ella.

—Enamoradísimo, sano y contento con la tía Barb —respondió entre besos—. Julie con mucho trabajo, manteniendo a raya a Matthew y a J. J. Y Logan y Rory son simplemente los mejores angelitos del mundo.

Lina le agradecía el informe conciso. Como cuando el cirujano sale de la sala de operaciones y lo primero que dice es que todo ha salido bien.

—Mírate —señaló ella al girar y ponerse de puntillas para examinar su rostro—, otro día más viejo.

—Dile lo mismo a Izzie, a ver si te atreves.

Lina soltó una de sus contagiosas carcajadas.

—¿Estás loco? No quiero morir de nuevo. Pero me imagino cómo babearán las mujeres allá… Mientras sus parejas envejecen y engordan, tú sigues perfecto…

Máximus sonrió de lado y la besó.

—Mi reina, ya te lo expliqué mil veces, el Círculo no deja cabos sueltos. Los humanos nos ven distinto. Más viejos, con defectos…

—Ajá, claro… Supongo que así te ven las maestras y las otras *mamis* —dijo Lina jugando—. Bueno, en fin… ¿Qué tienes para mí, pirata?

Máximus se desprendió del bolso de cuero y lo subió a una de las rocas que hacía de mesa.

—La comida no resistió y las fotografías tampoco —explicó—. Pero las revistas, los CD, las pilas y algunas chucherías más, sí.

—Buen botín. Después ordenaré todo… —Lina se acercó a él de nuevo con las manos nerviosas—. Antes de que te marcharas, dejamos algo pendiente… Entonces…

—Entonces… —Máximus le tomó la barbilla—. ¿Retomamos en donde nos quedamos, mi vida? —Miró el bello rubor de su esposa. Ya no era tan intenso como antes, pero era un experto y reconoció los dos brochazos escarlatas que transmitían una pasión sofocante, mezclada con timidez por las escenas que volvían a ella.

—Vamos —lo tironeó del brazo—. Cabalguemos hasta los campos azules. Me muero de ganas por unas flores estrella.

Máximus ya estaba acostumbrado a ver alimentarse a Lina con hierbas y flores, además de las nutritivas algas que su amiga Costa le regalaba de vez en cuando.

—Llamaré a Humble —dijo.

—¿No quieres que te lleve con Umah? —A Lina no le era difícil pronunciar el verdadero nombre de Sanity. Otra de las ventajas de ser una anfibia.

—No, mi vida. Yo tomaré las riendas y tú irás de lado como una dama —se burló—. Como cuando cabalgamos juntos por primera vez.

Lina tardó un segundo en recordarlo.

—Oh, sí… Esa maravillosa época, cuando querías que fuésemos —hizo un gesto de comillas— «solamente amigos».

Máximus se rio mientras intentaba concentrarse en la llamada: «Si mi parte humana viene a mí, Humble».

—De acuerdo, mi líder, obedeceré —exclamó ella al fin—. Dios nos libre de que te dejes llevar por mí.

Cuando el fiel corcel apareció, ambos se montaron entre risas. Pero se contuvieron de besarse por respeto al antiguo Ekuas. Piré, que no corría la misma suerte que ellos, estaba obligado a permanecer en su forma de cuatro patas bajo el nombre de Humble.

Tras apenas dos minutos, al llegar a los bellos campos, Lina corrió hacia las flores azules y con cuidado arrancó una. Su compañera Umah le había enseñado a disfrutar de pimpollos florecientes y pétalos carnosos. El paladar le había cambiado ahora que trabajaba a jornada completa para los Infiernos y aquello le resultaba un verdadero manjar.

—¿Quieres un poco? —le ofreció.

—No, mi vida. Gracias. Comí mucho en Whitehorse.

Por un efecto de contagio, cerca de Lina los cazadores podían comer, llorar, dormir… Sobre todo Máximus, que estaba más conectado a ella.

—Pues yo tengo hambre de todos los tipos… —dijo con doble sentido.

Ni lento ni perezoso, Máximus palmeó a su viejo amigo Humble, que enseguida desapareció para darles privacidad.

Lina sonrió e intentando parecer coqueta se acercó mientras comía un pétalo y colocó otro en los labios tibios de él. Máximus saboreó la frescura de aquella flor y con un movimiento rápido no dejó escapar aquellos dedos perfumados de jazmín y vainilla para lamerlos. A ella también le encantaba el aroma masculino que él desprendía. Olía al cuero de su chaqueta y a madera quemada. Era su nuevo aroma sexi.

Entre risas y cosquillas, Lina logró zafarse y corrió por las plantaciones mientras le gritaba llenando el aire con su alegría:

—¡Ven! ¡Atrápame, gran cazador!

Máximus aceptó el desafío, pero le dio un poco de ventaja. Adoraba verla con su vestido de novia correteando por la naturaleza. Como una reina de las Tierras. Como lo que en verdad era.

De pronto, la contemplación se transformó en deseo carnal y de su nariz salió una especie de bufido. El vestido de Lina ya no se veía blanco sino rojo y él ya no era un demonio sino un toro en medio de la plaza. Sonrió con algo muy humano en su expresión y se dispuso a alcanzarla.

Máximus corrió. Corrió por su vida. Corrió por su alma.

Y la alcanzó.

Lina se giró de inmediato, puso la flor en su boca y, acercándose a él, que la tomaba fuerte de la cintura, le estampó un beso

comestible. El sabor a miel de aquella caricia floral los llenó a los dos y pronto se arrodillaron en la tierra para luego acostarse uno sobre el otro.

Por la magia de Lina, su esposo se quitó con furia la ropa. Los zapatos, la chaqueta de cuero, los vaqueros… y luego la desnudó a ella con cuidado. El vestido, la enagua… Se quedó hipnotizado otra vez ante esos senos claros.

—Lina… —murmuró antes de hundir su boca en ellos.

Ella comenzó a gemir y a llamarlo con el centro de su cuerpo hasta que Máximus la obedeció.

—¡Ah!

—¿Estás bien? —se detuvo él de golpe, preocupado—. Mi vida, ¿te he lastimado?

Lina le sonrió, un poco tímida, y para terminar de cautivar todos los sentidos de él, dijo:

—Estoy bien. Es solo que aún me cuesta acostumbrarme a que todo esté más grande…

—Dios, Lina… Eres perfecta para mí —rugió envalentonado por el piropo que le inflaba el ego masculino, y se hundió hasta el final en aquel cuerpo de agua tibia. Pero lo hizo muy despacio, mirándola a los ojos. Acompañándola en aquella totalidad.

—Te amo, Will.

—Yo también, Lina. —Apoyó su frente sobre ella y en Infernus agregó—: Hasta la última maldita alma condenada, mi reina. —Y comenzó con el ritmo desenfrenado que Lina le rogaba apretando sus bíceps.

Más allá de esa imagen, donde el cuerpo desnudo y perfecto de él tapaba las curvas de una sencilla muchacha de Whitehorse, y más allá de ese campo y esas flores, un aire erótico se desperdigaba por todo el último reino. Era tal la fuerza de Lina que, en esos momentos de extrema pasión, la lujuria se apoderaba de los cazadores y muchos de ellos se veían obligados a detener sus labores para fundirse con sus parejas. Aquello sucedía cuando el encuentro entre Máximus y Lina era imparable… Como en una suerte de transmutación, los cazadores, los reclutadores y hasta los otros tres líderes emitían gemidos de placer hacia el cielo. Aquello funcionaba como una bruma de libido. Como una lluvia transparente de deseo.

Era tal la fuerza, que en ocasiones las puertas de los Infiernos se abrían con un viento también invisible, y las criaturas malditas y deshechas de esos páramos se veían presas de aquellos hermosos impulsos.

Diamond o D, uno de los creadores de las Profundidades, sonreía y movía rápido sus alas de diamantes, añorando el momento en que su compañera prometida atravesara las puertas, y sus aberrantes creaciones, confundidas, se acostaban en las tierras infértiles sin saber hacer más.

Desde fuera, Aketa Wana, la anterior herrera de los Infiernos, era invadida por los recuerdos de su antiguo amor Ekuas. Su actual esposo, Sueño, intentaba seducirla en esos momentos, pero ella era fiel al recuerdo de su primer amor, así que él la dejaba en paz. Después de todo, tenía miles de esposas para saciar el deseo que contagiaba la antigua Elegida.

Otra creación casi perfecta de los Infiernos, que por el momento ocupaba el trono supremo, se aferraba a su bastón de Guardián del Fuego y resistía la influencia de Lina Smith como podía. Aunque, de vez en cuando, Ismerai se dejaba dominar por los recuerdos de su amor humano: Selena. Entonces pensaba con un poco de envidia en la pareja maldita. Él hubiese dado lo que fuera por poder unirse en cuerpo con su humana; pero luego recordaba su lugar en el mundo y volvía a sus funciones de Supremo junto a Newen Mapu, que le sonreía muy pícaro; y es que este último estaba orgulloso de la humanidad de su hija. No importaba lo que sus compañeros pensaran, la última Elegida era un pimpollo creciendo en medio de los pantanos de la desesperación, y él la ayudaría a florecer.

Como siempre, tras los instantes de extraña lujuria, una vez que Máximus cayó rendido sobre su esposa, todo volvió a la normalidad.

—Will, te lo ruego —comenzó Lina mientras se vestían mutuamente—, deja de insistir en usar la misma ropa. Ya han pasado los años. Te lo he dicho mil veces: no me molesta que vayas y vuelvas con otra diferente. Aprovecha.

Él negó con la cabeza.

—No, mi vida, mientras tú uses el mismo vestido, yo usaré la misma ropa de aquel día. —Carraspeó. Odiaba recordar aquello—. Es mi culpa que estés aquí, así que es lo menos que puedo hacer.

Lina le cerró los botones de la camisa mientras él le colocaba el cabello por fuera del vestido.

—¿Por cuántos años seguirás culpándote?

—Hasta que vuelvas a las Tierras con nuestro hijo.

Lina le acarició la cicatriz del rostro y le preguntó lo de siempre:

—¿Y tú, mi cazador líder con condena eterna? ¿Deberé dejarte aquí, entonces?

Para no tener que responder aquello, un poco divertido le soltó:

—¿Sabes con quién me crucé temprano antes de ir a la reunión del colegio? —Alzó sus cejas insinuante—. Con tu excompañero de colegio Joe Donovan. Ahora es una estrella internacional del *hockey*, y la verdad es que en el último partido anotó…

—Will, al grano, por favor —lo cortó Lina sin paciencia para los deportes. Algunas cosas no cambiaban nunca.

Máximus le dedicó otra sonrisa ladeada.

—Lo siento. Joe Donovan me preguntó si continuamos con alguna especie de investigación… Me ofreció fondos y todo. Se niega a creer que hayas muerto. El pobre muchacho sigue enamorado de ti después de tantos años.

Era mejor que los humanos sospecharan que Lina no solo había desaparecido, sino que había muerto. Eso había dicho el Círculo y así se hacía.

—¿Qué dices? —Ahora Lina le ajustaba el cinturón—. Joe jamás estuvo enamorado de mí.

Máximus aprovechó la proximidad para besarla y luego comentó:

—Todos estamos enamorados de ti, mi vida. —Ante el rubor carmesí de ella, sonrió y le acarició las mejillas con el revés de su mano—. No parece un mal hombre, y a veces pienso qué hubiese sido de ti de no aparecer yo… Si llevaras una vida normal en Whitehorse con los hermanos J. J. y tus tíos. Si en vez de haber sufrido las locuras que sufriste por mí y luego haber tenido que criar a un niño siendo tan joven. Si hubieses tenido más tiempo y energías para dedicarte a la actuación, quizás ahora tu nombre estaría en las grandes marquesinas —hizo un gesto en el aire—: la Gran Lina.

Lina lanzó una carcajada al viento. Las manos le habían quedado en la cintura de su esposo.

—La Gran Lina es esta ahora —rio—. Y eso es lo único que importa, porque esta misma Lina pudo enamorarse como una tonta y apretar el acelerador hasta el final y, si bien se estrelló en el camino, vivió en serio. Además, no podría ni por un segundo borrar a Sal, que es de ambos. Así que al diablo con Joe Donovan.

Ahora el que rio fue William.

—Al diablo con Joe Donovan —repitió contagiado por su buen humor.

—Por otro lado, la Gran Lina necesita a un compañero acorde, así que, Gran Máximus —lo acercó desde el cinto y le habló en la boca—: vámonos a continuar con mi entrenamiento. Ya les dejamos bastante trabajo a Izzie y a Eron por un día.

Después de alzarla y hacerla girar por los aires, él aceptó.

—Vamos, pero, por favor, esta vez no dejes ir a ninguna alma que intente convencerte. ¿Y puede ser que tampoco le saques un objeto molesto a cualquier cazador que te dé pena? ¿Me lo puedes prometer?

Como persona observadora que era, desde el primer día Lina había notado la incomodidad de los condenados con accesorios enloquecedores. No era igual la cabalgada con tacones de aguja que con unos zapatos planos, solo por poner un pequeño ejemplo. En realidad, el asunto era más terrible. Había algunos que no se podían ni mirar de la impresión: flechas, cuchillos clavados, hasta cinturones de castidad. Y Lina era un alma justa que no podía dejar de usar sus poderes para liberarlos de esos martirios.

Sin embargo, su esposo se oponía, ya que en ese reino no era bueno romper los límites. Él mismo tenía la condena eterna por haberlos roto al salvarla de pequeña, en el accidente que la había dejado huérfana. No quería lo mismo para su Lina. Solo rogaba que su condena fuese corta, que durase a lo sumo un par de años más.

—Vamos, amor de mi vida —insistió—. Dime que te comportarás por mí, por nuestro amor… Prométemelo.

Esperando una respuesta, Máximus la miró expectante. Rogándole con esos ojos negros que se comportara mientras él hacía lo que tenía que hacer por su cuenta para asegurarse de que volviera pronto con su hijo.

—Lo prometo —dijo Lina al fin.

Y allí estaban los dos. Otra vez mintiéndose descaradamente. ¿Se amaban? Por supuesto que sí, pero para amarse no hace falta decirse la verdad. El amor humano es otra cosa. Algo que nadie puede explicar aún.

Así, ellos jugaban el juego en el que recaen muchas parejas: el de ocultar lo doloroso y maquillar la realidad para ahorrarse una discusión infinita.

Por su parte, Máximus mentía porque observaba que los años pasaban y que Lina perdía en vez de ganar. Y, como él era el hombre, tenía que planear una solución sin alterar a su esposa. Así que la mantenía al margen de la visita que había hecho desesperado a la cueva de Destiny, aquella criatura vil que un día los tentó con un juego que no pudieron completar, y tampoco le mencionaba su nueva alianza con Ismerai, el rey de los cazadores.

Mientras tanto, Lina no le decía a su esposo que desde hacía ya unos años había decidido que era momento de dejar de conformarse y esperar que un golpe de suerte la devolviera a las Tierras. No. Lo

único que podía hacer era ser fiel a su juramento y proteger a su pequeño antes de que surgiera una nueva Elegida. La Gran Competencia iba a romperse, ella la iba a destruir. Jamás la vida de su hijo dependería de la designación de una nueva competidora que trajese a otro niño, por esa horrible regla de Sucesión que impedía que dos Elegidos convivieran. No le importaba su propia alma, solo mantener a su hijo el mayor tiempo posible en el mundo bueno: el mundo de los humanos. Él era un niño y debía tener tiempo para demostrar que podía ser otra cosa que un demonio mestizo. Así, dentro de muchísimos años, cuando muriese, no lo enviarían a los Infiernos. Por lo que Lina también planeaba.

Entonces todo marchaba relativamente bien, porque, como siempre, se había adaptado a su nueva situación. Si ya estaba en el baile, pues iba a bailar. Mal, porque era una pésima bailarina, pero al menos bailaría a su propio ritmo.

Capítulo 3

Nosotros, superhéroes

«Eran fuegos artificiales en el fondo de las aguas. Lina se sintió de pie sobre lo que está por encima del cielo. Como una gigante observando la diversión de seres más pequeños o un ángel mirando a la tierra.»

W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Más allá del aroma de los abetos y los pinos, en esa carretera llena de curvas, danzaba el aroma de lilas, lavanda y colonia juvenil con una mezcla de madera quemada. Era la estela de los tres mestizos de Whitehorse.

En sus bicicletas pedaleaban fuerte. Tanto que un día las alas de Rory y de Logan podrían haberse abierto con el viento, como una suerte de paracaídas plumoso, pero los niños aún eran inocentes con respecto a su verdadera naturaleza. Por edad, el más cercano a conocer su origen era Logan, sin embargo, su padre alado aún respetaba los deseos de su esposa en cuanto a mantenerlo ajeno a su naturaleza; y además, los Supremos lo habían dispuesto así. Aunque Matthew le tenía más miedo a Julie Jones que a los seres que regían

los ritmos de los mundos. Después de tantos años como hombre alado, le preocupaba más el equilibrio de su hogar que el del universo. Sobre todo porque el pequeño Logan los miraba con esos ojos perlados muy atento cuando las cosas no marchaban bien entre ellos. Era un detector de tensiones.

En la casa de los Iron más de una vez la tensión estaba elevada; en especial desde el accidente de Lina. Además, las cosas nunca quedaban bien después de una visita de William.

Así que era mejor para los amigos refugiarse en los distintos fuertes que tenían por el pueblo, y ahí estaban pedaleando hacia The Sweet Bread en busca de provisiones para pasar el sábado en la comodidad de la casa grande. Era su guarida número uno. Con tan bello pueblo, más la energía demoníaca y celestial que tenían, no eran los típicos preadolescentes despatarrados en el sofá. Ellos se pasaban el tiempo al aire libre.

—¡Una carrera, amigo! —le gritó Salvador a Logan con ese espíritu competidor. Realmente lo hacía todo con furia y no se cansaba nunca.

—¡Sí! —lo secundó Logan irguiéndose en su asiento para impulsarse. Él tenía más posibilidades, ya que iba solo. Su amigo llevaba más peso: a la dulce Rory, que reía feliz mientras les daba ánimo a ambos.

Ella no tenía bicicleta propia. No podía tener una, a menos que la dejase en casa de sus amigos. Porque todo lo que tenía, y que llegaba a ella en forma de regalo o caridad, desaparecía gracias a su madre: Sarah Petelman. Los dientes amarillentos, el cabello pegado al cuero cabelludo y la piel brillante de su madre hubiesen avergonzado a cualquiera. Pero no a Rory. A ella le daba lástima, y por eso Sarah la odiaba todavía más.

—¡Te voy a ganar! —reía Salvador en la carretera.

Su amigo quiso torearlo:

—¡Nunca! Tomas la última curva muy abierta.

Las trenzas de oro de Rory se agitaban con el viento y Salvador aprovechó para deleitarse con el roce de seda de aquel cabello.

—¿Tienes miedo, Rory? ¿Estás bien? —le preguntó.

Al escucharlo, Logan aprovechó para burlarse y tomar ventaja:

—Te ganaré, galán. ¡Ya verás!

—No seáis tontos —gritó Rory—. ¡Vais demasiado rápido! —A pesar de sus gritos, disfrutaba con ellos, y si bien no tenía esas ansias por hacer de todo una competición, siempre era testigo de lo mismo: al final esos dos empataban. Ella no sabía si lo hacían a propósito o si sus fuerzas eran exactamente iguales. De todas

formas, estaban pasando un sábado maravilloso. No se negaban a soltar el verano todavía.

Cuando llegaron a su destino, arrojaron las bicicletas en la entrada de The Sweet Bread sin reparar en modales y corrieron hacia la entrada. Las campanas de la puerta sonaron fuerte.

—¡Pero si son los tres mosqueteros! —los recibió Al feliz.

El hombre alado también envejecía despacio. Dentro de un tiempo comenzaría a ser sospechoso, pero se negaba a marcharse a otro pueblo. Al fin y al cabo, había hecho un juramento de protección en favor de aquel pequeño que ya devoraba los pasteles con la mirada.

—¡Al! —gritó Salvador—. ¡Hay aroma a pastel de chocolate!

—Cuando sea grande quiero aprender a hornear como tú, Al —exclamó Rory mientras su amigo Logan le daba un fuerte abrazo al pastelero.

La pequeña Rory y Logan le tenían un particular cariño, como si notasen que los tres eran de la misma especie.

Pronto Amy —la sempiterna camarera— les preparó su botín habitual: bollos de plátano, galletas de vainilla y chips de chocolate, pasteles de todo tipo… Los tres contaban con una generosa cuenta corriente allí. William se ocupaba desde hacía muchos años de mantener el capital de la mejor cafetería del mundo. Así que la falta de clientes ya no era un problema.

—Logan, pajarito mío, lo tuyo como siempre —dijo Amy mientras colocaba una pequeña bolsa dentro de las otras más grandes—. Sin lácteos, sin nueces ni nada que haga que tu madre venga a gritarme por tus alergias. Y sí —cortó los quejidos repentinos de Salvador, que no quería dejar solo a su amigo en sus restricciones alimentarias—. Tampoco hay nada con canela, caballito. Vale, aquí tenéis. Todo listo para el caballito, el pajarito y la princesita. —Le guiñó el ojo a Rory mientras ponía una diminuta muñeca de mazapán que sabía que su jefe había horneado para ella.

A Amy se le estrujó el corazón cuando la vio con esa sudadera roída que ella misma había depositado en el cubo de caridad de la iglesia. A la niña le quedaba muy suelta y le sobraban al menos veinte centímetros en las mangas. Suspiró sin poder evitar que sus ojos se empañaran, ya que ella tampoco era inmune a lo que Rory despertaba en los humanos puros.

El tierno de Al le sonrió mientras le quitaba las bolsas para dárselas a los dos varones.

—Vais a la casa grande, pero tened cuidado de meteros en el río —les recordó—. No me canso de decíroslo. A nadar solo en la

escuela.

Esa era otra obra de William: una gran piscina de natación para que su hijo practicara. Por las dudas. Pero su hijo era de tierra y fuego o tal vez de hielo, porque le encantaba el *hockey*: practicarlo, mirarlo, conversar de ello con él o con Eron… La que disfrutaba del agua climatizada era Rory, que nadaba como un pececito. Fue ella quien le respondió a Al:

—Vamos a nuestra guarida a tener una importante reunión de la Sociedad Ultra Secreta de Whitehorse o SUSW.

Logan puso los ojos en blanco para luego darle un codazo a su amigo. No había nada que hacer con ella, era incapaz de guardar un secreto.

Salvador movió la cabeza, divertido, porque aquello le gustaba. Ella era demasiado buena para ocultar cualquier cosa. Por eso no podía esconder los presentes que él o su abuela o la misma tía Julie le hacían: ropa, libros, útiles escolares… Todo desaparecía en cuanto su madre lo notaba y lo ponía a la venta para… Bueno, para lo que sea que necesitara su odioso novio de turno.

Antes de que partieran, el viejo pastelero notó las bocas secas de Logan y Rory, y les sirvió dos vasos altos con agua. A Salvador lo convidó a un trozo de pastel de chocolate mientras le contaba por enésima vez la primera cita de sus padres en esa misma mesa.

En un santiamén los jovencitos guardaron sus provisiones en la mochila junto a los termos de chocolate de la abuela Barb y estuvieron de nuevo en la carretera.

Esta vez el pedaleo fue más lento. Los dolores en la espalda de Logan volvieron a afectarlo, tanto que tuvieron que detenerse.

—¿Esto te mejora? —preguntó Salvador poniendo las manos en sus omóplatos. Un simple masaje solía calmar a su dolorido compañero. Entre el calor infernal de Salvador y la fuerza curativa de Rory, aunque no lo sabían, podían ayudarlo a superar esos dolores terribles que lo acosaban de un momento a otro.

—Ya estoy bien, chicos —los tranquilizó—. Lo siento. Vamos.

Caminaron arrastrando las bicicletas, para no pedalear.

—Bien. ¡Tengo uno! —soltó Logan de pronto. Esa era la expresión para comenzar un juego que tenían los tres. Ante la mirada ansiosa de sus amigos, el muchacho siguió—: Es el apocalipsis, ¿cuál es el objeto más inútil del mundo?

—Veamos… —Salvador se rascó la barbilla—. ¿Objeto más inútil para el fin del mundo?

—¡Una crema exfoliante! —soltó Rory y los muchachos estuvieron muy de acuerdo.

—Un cartucho de impresora usado —exclamó Salvador.

Logan lo miró insatisfecho con la respuesta.

—Eso también es inútil ahora.

—No —se defendió Salvador—. Ahora lo puedes rellenar.

Los dos comenzaron una pequeña discusión sobre la utilidad del objeto, sin notar que Rory se adelantaba.

—¿Qué es eso? —exclamó, señalando algo negro que cortaba la carretera—. Creo que está sufriendo.

Logan y Salvador se pusieron en posición de alerta. De lejos parecía un animalito echado. Quizás una cría de oso que efectivamente jadeaba, pero antes de que pudiesen descifrarlo, Rory echó a correr.

—¡Rory, no! —gritó Salvador.

—Por el amor de… —se quejó Logan antes de echar a correr detrás de esos dos.

Por suerte, al llegar notaron que no era un osito perdido, sino el pastor alemán de los Donovan, el viejo Minos, que parecía maltrecho.

Enseguida Logan, que además de estrella de *rock* quería ser veterinario y médico, lo revisó.

—Al parecer no tiene heridas ni lo han atropellado. Creo que solo… —alzó la vista hacia sus amigos con los ojos perlados llenos de lágrimas brillantes—, creo que vino aquí a morir solo.

—¡No! —soltó Rory y cayó sobre sus rodillas para acariciar al animal—. ¡Vamos, Minos! ¡Sigue vivo! ¡Lucha!

Logan miró a Salvador confundido y luego a Rory. Al encontrarse con los ojos suplicantes de su amiga, sin poder explicarse como de pronto estaban en esa situación, puso sus manos también sobre el animal y recitó las mismas palabras. *¡Sigue vivo! ¡Lucha!* Salvador los miraba como si estuviesen locos. Pero, observador como era, comenzó a notar que el animal ya no jadeaba y algo todavía más extraño.

—Muchachos, mirad —señaló.

—¿Qué? —Logan parecía salir del trance.

—Mirad el cabello de su cabeza, ¿no está más oscuro? Como si sus canas ya no estuviesen…

En efecto, el viejo animal parecía haber recobrado una vitalidad perdida. Se levantó de un salto y con dos lengüetazos de agradecimiento a sus curanderos, se marchó.

—Pero ¿qué demonios…? —comenzó Salvador mientras los tres lo veían correr con la felicidad de un cachorro.

El resto del camino a la casa grande lo hicieron primero en

completo silencio y luego debatiendo a todo pulmón.

—Por eso mi padre me entrena y el tuyo a ti, Logan —seguía Salvador—. Porque somos especiales y Rory…—le sonrió—, pues tú puedes ver cosas que otros no. Como si leyeras la mente. Logan y yo somos fuertes y rápidos, y nuestros padres dicen que tenemos que estar preparados…

Logan, que ya era muy maduro para creer en tonterías sobrenaturales, carraspeó.

—Se supone que no podemos hablar de ello, Sal. Ambos nos lo han pedido.

—Solo que no contemos los detalles —se defendió—. Además, es Rory.

Sin mostrar el menor interés en los entrenamientos, la muchachita intervino a favor de ambos:

—Pues yo creo que si realmente quieres algo, se cumple. Quizás solo sea eso, Sal. Aunque también estoy de acuerdo contigo: cuando veo a las personas a veces siento dentro de mí lo que sienten. Como si en mi mente se dibujara su recuerdo más feliz.

—*Okey*… —Logan era un muchacho que se amparaba en la ciencia—. Explícame eso, Rory, por favor.

Acababan de llegar a la casa grande y ella se detuvo. Hizo tiempo pateando una piedra con su zapatilla gastada. No quería avergonzar a su amigo, pero le parecía importante hacerse entender. ¿Acaso lo que le sucedía a ella era normal en otros?

—Cuando tus padres discuten o no se hablan —murmuró aún sin mirarlo—, creo que piensas en Jenny Wilmayer para darte ánimos.

Logan se quedó de piedra en medio del jardín.

—Yo… —balbuceó mientras se rascaba la nuca—. Ni siquiera me había dado cuenta…

Salvador palmeó a su amigo con gesto triunfal. Rory lo seguía en todo, pero Logan necesitaba un empujoncito más para estar de su parte.

—Te lo dije. Listo, entremos y comencemos con una nueva versión de nuestra Sociedad Ultra Secreta de Whitehorse. Tema: ¿somos superhéroes?

—Espera —exclamó incrédulo todavía—. Hazle lo mismo a Sal.

Rory miró la piedra en el suelo y luego a ambos, deteniéndose un poco más en Salvador.

—No puedo —dijo al fin—. Con él y con su padre no puedo hacerlo. No tengo ni idea de lo que sienten o piensan si no me lo dicen.

Tras una pausa, Logan trajo el sentido común de vuelta.

—Hay una explicación lógica para todo. Minos quizás estaba dolorido y con nuestras manos lo masajeamos, como vosotros hacéis con mi espalda. Y luego tú, Rory… Pues, eres muy observadora.

—¡Guau! —ironizó Salvador—. Tanto leer a ese novelista Sherlock Holmes te ha convertido en el mejor detective del mundo, amigo.

Logan le despeinó el cabello perfecto que tenía entre burlas, explicándole que Sherlock Holmes era el personaje, no el escritor, hasta que Rory tiró de él para subir las escaleras. Siempre que iban allí le daban unos minutos a solas a Salvador.

Este los vio entrar en la casa, se reacomodó su cabellera imitando el gesto masculino de su padre y fue a cortar unas flores junto a la huerta que ahora cuidaba un jardinero que habían contratado. Las flores eran todas *arctic poppy* amarillas, las mismas que Al se había negado a poner en el Jardín de Todos, porque era el único que le decía que su madre quizás no estaba muerta.

Todos lo demás lo daban por sentado.

El pequeño trataba de no pensar ni preguntarle mucho a su padre, que se angustiaba sobremanera cuando le sacaba el tema. Sabía que él había contratado a los mejores investigadores privados, que no descansaron ni un minuto en buscarla o por lo menos eso le habían dicho.

De todas formas, la esperanza no moría en él. Quizás, se decía, su madre había sufrido una especie de *shock* ante el ataque de aquel horrible hombre y había perdido la memoria, como una de las heroínas de las telenovelas de su abuela Barb. Esas que les resultaban tan entretenidas a ambos y que tanto les aburrían a Logan y a Rory.

Ya con las flores en la mano, el muchachito fue hacia el árbol con las iniciales de sus padres, que se había convertido en algo monstruoso de tan alto, o eso le parecía a él, que odiaba las alturas. Sus dos mejores amigos, en cambio, escalaban cada vez que podían.

Con sus dedos depositó un beso en las marcas LyW, para después dejar el improvisado ramo junto al tronco. Era un chiquillo religioso y supersticioso, y tenía esas pequeñas manías.

—Te echo de menos, mamá —murmuró—. Que Dios te proteja siempre.

La música que surgió dentro de la casa lo devolvió a la realidad. Sonaba una de sus bandas preferidas: Orchestral Manoeuvres In The Dark, con una de sus mejores canciones: *Live and Die*.

La selección de la vieja gramola, los discos de su madre y el talento de su tío J. J. eran los responsables de que el gusto musical

de aquellos tres fuese ajeno a su época. Las canciones viejas eran sus preferidas.

Ante la melodía, Salvador se sacudió la nostalgia y a zancadas recorrió el camino hasta el salón. Allí se encontró una bonita escena: Rory abría las cortinas llenas de polvo y la luz natural entraba haciéndola brillar mientras cantaba con su voz de ángel. Por su parte, Logan disponía el botín sobre la mesita de centro junto a la chimenea inútil para ese mes. También colocaba el cuaderno de actas que guardaban detrás del reloj de pie.

Logan era el director y secretario de la Sociedad Ultra Secreta de Whitehorse. Salvador ejercía de tesorero, porque siempre tenía fondos y mantenía al tanto a sus amigos de los lugares donde estaba el dinero para emergencias; y Rory era la dibujante oficial del grupo y la encargada de escoger la banda sonora para las reuniones, cuyo objetivo principal era descansar de los adultos y de sus problemas, hacer los deberes, retozar, jugar a videojuegos y confiarse sus secretos.

—¿Voy por el martillo al taller de mi padre para abrir la sesión? —preguntó Salvador.

—No. No es necesario —respondió Logan garabateando en el cuaderno—. Bien, abrimos la reunión de septiembre del año dos mil cinco. Tema uno: ¿Qué haremos para el *show* de ciencias: el volcán o el sistema solar o algo, por Dios, menos trillado?

»Tema dos: ¿Nos presentaremos para el *show* navideño este año?

»Tema tres: ¿Cómo lograr que vosotros entréis a ver una película para mayores de trece? Yo ya casi paso… —Ante el carraspeo de Salvador, Logan puso los ojos en blanco, pero agregó—: Tema cuatro: ¿Somos o no superhéroes? Dios mío… *Okey*, propongo una votación. Los que estéis a favor de que sí, levantad la mano. —No tuvo ni que mirar, la mano de Salvador se levantó y por supuesto que la de Rory lo hizo un segundo después.

Salvador disfrutaba el momento. En realidad, ya no estaba muy convencido de aquella cuestión sobrenatural, pero le gustaba molestar a su amigo.

—Pienso que tenemos que buscar más gente para esta sociedad —dijo Logan abatido. Siempre perdía dos contra uno, pero creía en la democracia, así que se aguantó y siguió con aquello que le parecía una tontería.

—¿Más gente como Jenny Wilmayer? —se burló Salvador.

—Tema cinco —siguió Rory para evitar una pelea—. ¿A quién le toca darle las medicinas a Fireball?

Siguiendo el dedo señalador de Rory, los muchachos vieron al

gato cojo y tuerto que maullaba aburrido en uno de los grandes ventanales.

—Es una señal —soltó Salvador—. ¡Curadlo!

Hasta el escéptico y objetivo Logan sintió un escalofrío al verlo allí moviendo la cola y lamiendo su patita a modo de provocación cinematográfica.

—¿Cuántos milenios tiene ese gato tuerto? —preguntó.

—Amigos, vamos —insistió Salvador—. Curad a ese bicho y salimos de la duda. Por favor, por favor, por favor…

Rory fue hasta el ventanal y tomó al pequeño monstruo sin problemas. A ella ningún animal la rasguñaba ni la atacaba. Puso en la mesa al animalito indiferente que había ido a buscar leche tibia como tenía por costumbre cada vez que esos tres aparecían por allí.

—Concentraos en la pata mala —recomendó Salvador—. No creo que seáis aún tan poderosos como para que le nazca el ojo de nuevo.

El escepticismo de Logan volvió.

—¿Qué crees? ¿Que nos picó una araña radiactiva?

—Ya sé que no eres Peter Parker, Logan —dijo—. Pero inténtalo.

—¿Y tú qué?

—Yo soy el inteligente —lo molestó a sabiendas de que ese era su lugar—. Seré el profesor X de los X-Men y hasta me raparé como tu padre.

Los dos se echaron a reír recordando esa cabeza brillante como una luna negra, en la que no crecía ni un cabello. Pero cuando volvieron a mirar hacia la mesita se quedaron mudos. Rory acariciaba al felino, que ahora se lamía la patita. Cuando al fin la niña terminó de darle mimos, les mostró a sus amigos la extremidad en cuestión: las uñas y las almohadillas seguían tan maltrechas como siempre. Para no hablar de la falta del ojo.

—Creo que no —reconoció Rory—, que no somos especiales después de todo.

—Mmm, no lo sé —dudó Salvador—. Quizás no funcione con gatos…

Lo que ninguno sabía era que ese gato había sido lastimado por intervención divina. Justamente por el poderoso padre de Aurora y ellos, jóvenes y mitad humanos, no tenían la fuerza para deshacer aquello.

Aún.

—Está bien, continuemos —ordenó Logan—. Voy a darle sus medicinas y vosotros comenzad con la tarea de Ciencias.

Pero cuando volvió los encontró bailando una de sus propias

canciones preferidas: *Bizarre Love Triangle*, de New Order. Rory cantaba sin desafinar una nota mientras que su amigo lanzaba a los aires su voz de perro. Divertido, dejó marchar al gato malhumorado y se sumó al baile. Quizás sus amigos se habían sentido culpables por votar en su contra.

«Los muy tontos recordándome que yo también soy parte del grupo», pensó Logan, que no necesitaba una reafirmación. Él tenía claro cómo eran las cosas. Rory y Sal estaban hechos el uno para el otro y él sería el padrino de su boda y de sus hijos. Por su parte, él conquistaría a Jenny Wilmayer y sería el muchacho más feliz de Whitehorse.

Solo la mitad de esas cosas se cumplirían para el pobre Logan.

Así que allí estaban los tres dando brincos por el salón con la canción a todo volumen. Disfrutando de la libertad de una casa sin adultos. Moviendo sus manos como locos felices, sus piernas sobre los sillones con la impunidad de los niños que viven a sus anchas. Haciendo la mímica de agitar las baquetas de la batería como su tío J. J. Abrazándose los tres borrachos de libertad, sintiéndose unos adultos de apenas un poco más de una década de vida. Y de alguna forma, lo eran. Porque desde muy chiquitos habían descubierto que la felicidad no es más que eso: bailar con todo el cuerpo junto a los mejores amigos.

* * *

Aquella noche, como cada una de ellas, Salvador soñó con Lina Smith. Al igual que siempre, era él quien orquestaba el sueño y, al igual que siempre, a la mañana siguiente no recordaría nada, pero en su alma quedaría un sentimiento de alegría por haberse reencontrado con su madre, quien sí recordaba y podía comprobar que su niño era único. Sí, Lina estaba conforme con lo que veía en sueños. Había escogido bien al padre de Salvador, a sus amigos y a su tía como tutora. Todos lo habían hecho un humano excelente.

En esa oportunidad, el sueño tenía lugar en el dormitorio de Salvador. No era el cuarto que el pequeño huérfano ocupaba, sino el que le tendría que haber correspondido por derecho: el de la casa grande. Pero como en todos los sueños, la realidad no importaba. Lina, a petición de la mente inconsciente de su hijo, lo arropaba para leerle un cuento y hacerlo dormir. Sí, dormir dentro de su sueño.

—Esta noche inventaré una historia —dijo ella.

—Pero quiero oír cómo termina *El hombre que perdió su sombra*…

—berreó el pequeño.

Lina le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué tal si esta noche te cuento una historia especial de un libro que les encantaba a mami y a papi?

Eso dio justo en el blanco.

Mientras lo arropaba, Lina sentía el anochecer onírico crecer a pasos agigantados detrás de la ventana. Una silla, que en realidad correspondía a la casa de sus tíos, estaba preparada con el libro de cuentos inventados. Aunque Salvador ya estaba grande para esas cosas en la vida real, mientras soñaba, muchas veces volvía a una infancia anterior.

—Había una vez —empezó Lina—, en un bello pueblo como el de Whitehorse, un huerfanito que vivía con su abuela y, aunque echaba de menos a sus padres, era muy feliz con sus amigos. Pero un día, jugando en el bosque, el pequeño se topó con una cueva que jamás había visto. Curioso como era, entró y vio lo que le pareció una niña con bucles dorados y una sonrisa feliz…

Así siguió Lina contándole con gestos, voces y hasta volteretas toda la historia; como tantas veces había hecho su madre con ella misma. Al terminar, cayó rendida en la silla con un Salvador espabilado. Así que le preguntó:

—¿Qué nos enseña la historia?

—La señora de la cueva es mala. Los Caballeros de la Luz también.

—Exacto, ¿y el niño en quién puede confiar?

—En los amigos de Umah.

—¡Muy bien! —lo alentó Lina con el tono pedagógico de las maestras de la escuela—. ¿Y qué más con respecto al niño?

—No lo sé —respondió Salvador ahora entre bostezos.

Lina dejó la silla sin soltar el libro, se acostó junto a él y susurrando le dijo:

—El niño de la historia es sobre todo humano y siempre deberá confiar en él, y recordar que su madre y su padre lo aman mucho. Como nosotros te amamos a ti. Es importante, Sal. Recuérdalo.

—Pero nunca puedo recordar nada de esto… ¿Para qué me lo dices?

—Porque quizás tu alma sí recuerde. —Le sonrió—. Y, aunque no sepas por qué haces las cosas, tal vez en el fondo tu alma pura recuerda lo que la mía le dice en sueños.

Después de todo, la crianza era un poco eso.

Lina lo estrechó fuerte entre sus brazos.

—Mami —soltó él de pronto ese apodo cariñoso. Con su *mami* el

tiempo no transcurría y no le importaba hacerse el adulto frente a ella—. Creo que la señorita Ripley está enojada conmigo porque dije que quería casarme con Rory y ser el padre de sus hijos.

En ese momento los interrumpió la pequeña Smith entrando y Lina se incorporó para subirla a la cama. Esta versión de su mejor amiga de cuatro patas —que había quedado sana en los recuerdos de su hijo— también jadeaba y buscaba calor.

—No creo que la señorita Ripley esté enojada, caballito —lo calmó—. Creo que está preocupada. Los adultos pensamos que el amor romántico existe solo para nosotros.

—Pero Rory es también mi mejor amiga —insistió—. Y me gusta mirarla, olerla y sentarme junto a ella. Me siento tranquilo cuando la tengo cerca… Como cuando estoy contigo.

Lina acomodó el libro imaginario de páginas blancas y se preparó para otra conversación seria.

—Eso es perfecto, pequeño… Pero a veces parece que eres más adulto de lo que en realidad eres, y quizás debas enfocarte más en la amistad con Rory que en el amor.

Con los ojos a punto de cerrarse le preguntó ya fuera de sí:

—¿Pero la amistad no es amor, también? ¿Tú no amas a los tíos J. J.?

—Es otra clase de amor… Mira. —Lina se levantó, fue al florero de cristal repleto de *arctic poppies* y tomó una. Luego volvió a la cama y se sentó en posición india frente al pequeño—. Imagina que tu amor es esta flor. El primer pétalo es la abuela Barb; el segundo somos papi y yo; el tercero son los tíos, y el cuarto representa la amistad que sientes por Logan y Rory.

—No —dijo Salvador ya con los párpados casi cerrados, quedándose dormido en su propio sueño—. Rory es toda la flor. Rory es un campo entero… —Su voz se perdía en la inconsciencia, pero Lina le escuchó lo último muy clarito—: Rory es un campo de lavanda… Campos enteros de lavanda.

Y, como por arte de magia, cuando ese pequeño se durmió, los ojos verdes de Lina se abrieron junto a una roca, dentro de su cueva. Su esposo le acariciaba el rostro.

—Lo estás criando bien, Will. Es un buen niño… El mejor, en realidad.

—Juntos lo hacemos, mi vida —le dijo—. Puedo ver como creces en sus pensamientos. En su original forma de ver la vida.

Lina sonrió con nostalgia mientras se dejaba envolver por los poderosos brazos de su esposo. Satisfecha una vez más con su niño y, aunque todos esperaban a que creciera para evaluar su naturaleza

como el primer Elegido de fuego, Lina estaba segura de que sería también un ser de luz. Por más que Destiny le hubiera soltado aquella vil profecía en la que se vaticinaba que ella sería la madre de «quien tenía el poder de quemar el mundo de los vivos», Lina no lo creía. Salvador era incapaz de hacer daño.

Pero Lina se equivocaba otra vez. Aún ella no había traído al mundo a quien sí tendría el poder de quemarlo todo y a todos.

Capítulo 4

Rompe la competencia. Rompe el pacto

«Lo más triste es recibir una bofetada cuando se espera una caricia.»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

En el minuto en que Lina terminaba otra cacería con William, mientras movía su mano de lado a lado como si lo despidiera en una estación de tren y no en el nacimiento de la colina inmediata a su cueva, la sonrisa se le desdibujó. Llegaba tarde para su cita.

Tomó la falda de su vestido y caminó colina arriba. Aquel lugar se había convertido en una suerte de hogar en su vida nómada. Al estar hacia el sur de la tierra el clima era benigno casi todo el año y la suavidad del césped siempre verde les daba un descanso a sus maltratados pies. Un lago cristalino bajo una ladera rocosa completaba el lugar perfecto para una criatura como ella.

Miró hacia todos lados en busca de narices entrometidas, pero, como siempre, no vio a nadie. La pequeña Smith, en la entrada, custodiaba el horizonte como si aquel lugar se tratase de las mismísimas puertas de los Infiernos o de su antigua casa grande.

Lina debía apurarse y aprovechar otro día en que su esposo se

marchaba a Whitehorse. De esta forma su poder de líder se eclipsaba, impidiendo que él supiese qué estaba haciendo ella y, lo más importante: con quién lo estaba haciendo.

Cuando entró en la cueva vio las antorchas encendidas como si fuesen arañas de cristal. Izzie se las arreglaba para tener buen gusto hasta en los lugares más inhóspitos.

—Perdón por la demora —se disculpó ante el extraño grupo.

Frente a ella estaba Costa con otra criatura acuática, de igual cabello corto azulado y ojos topacio, pero con un gesto más sabio. Se trataba de su madre de agua dulce, la sencilla Ría, a quien su esposo Supremo le había arrancado sus hijos de pequeños para criarlos en las competitivas aguas saladas. Lina le tenía especial cariño.

También estaba Umah en su versión equina relinchando junto a Izzie y Aketa Wana, que no se despegaba del único espécimen macho de aquella reunión: Sueño. Vestidos a juego, los esposos iban ataviados con quimonos rojos. Él sonreía mostrando sus dientes perfectos y ella tenía la expresión sumisa acostumbrada.

—Entendemos los compromisos que tienes ahora, Reina Madre —dijo Izzie aprovechando la cercanía con Lina para colocarse su propio cabello maldito. La pelirroja no era tan sacrificada como su líder. Ella aprovechaba su regreso al mundo humano cada mes, escogiendo diferentes atuendos a la moda. En aquella ocasión lucía hermosos tacones de diez centímetros que realzaban un vestido púrpura y una cartera repleta de elementos que le servirían a Lina. Para poder estar presente allí, Izzie había inventado un viaje a un rincón humano mientras Eron y su líder entrenaban a Salvador en Whitehorse. La cazadora sacrificaba valiosas horas de humanidad, pero creía firmemente en la causa de Lina. Al cabo de esos años, la relación entre las dos había cambiado. Izzie ahora respetaba a su reina y buscaba hacer justicia junto a ella. Además, cuando había participado en la Gran Competencia, le habían prometido una segunda vida humana por adelantado y allí estaba, condenada excepto un día al mes. ¡Se sentía estafada!

—Gracias, Izzie —contestó Lina—. Bueno, bienvenidos. Ya empezaremos, pero antes dejadme traer a Umah. —Todos comenzaron a protestar, hasta la yegua blanca retrocedió hasta una esquina—. Vamos, vamos… Ya pasamos por esto varias veces. Necesito escucharte y no te estoy haciendo ningún favor; es por todas nosotras que lo hacemos.

Lina la calmó acariciando despacio su cabeza y sus crines; se sentía en deuda con aquella criatura. Hacía mucho que los primeros

humanos habían pactado caer cuando uno de los segundos humanos lo hacía. Los Ekuas eran generosos, fieles y obedientes, y Lina, al condenarse, había arrastrado a su amiga. Lo único que podía hacer ahora era romper ese pacto maldito para que al menos los humanos equinos se liberasen.

Se concentró y todos en la cueva sintieron la magia de la antigua Elegida enfocarse en un solo lugar. Así, Sanity volvió a ser la Ekuas plateada en su forma de lucha.

—Gracias —dijo ronca después de no haber usado su voz durante un mes.

Lina asintió mientras se dejaba ayudar por Izzie, que la sentaba en una protuberancia rocosa de la cueva que hacía de trono. Cuando usaba tanta *magia humana* quedaba agotada.

—Por favor… —Hizo una pausa para respirar—. Novedades.

Costa dio un paso adelante y con sus manos comenzó, mientras su madre acuosa traducía por ella con un acento extraño:

—Ría y yo estamos convenciendo a todas las hembras de agua dulce. Solo faltan algunas infantas menores que están lejos, pero estamos seguras de que para la próxima luna entera ya todas estarán de nuestro lado.

Lina asintió satisfecha, mientras Izzie le acercaba un termo con té de fresas que le había traído.

—¿Y en los dominios salados? —Calló un segundo para beber—. ¿Alguna novedad?

Costa volvió a levantar sus manos, pero su madre se adelantó.

—Su Alteza, hemos intentado hacer algunos contactos, pero no avanzamos nada. El riesgo es demasiado elevado. Sabes que después de que nos negáramos a ser parte de la Competencia, las hembras saladas y nosotras…

Umah, carraspeando, la interrumpió:

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Jinete de Fuego. Es la única opción para inmiscuirnos en el reino salado.

Lina sonrió al escuchar cómo la llamaba. Incluso después de tantos años no se daba por vencida. Su amiga tenía fe en ella: la prometida que liberaría a los mundos…, pero la opción que le sugería ya la habían discutido en innumerables ocasiones y no estaba de acuerdo. Muy débil aún, intentó hablar como una líder:

—Sé que llevamos mucho tiempo en esto y comprendo que existían vías más rápidas, pero aun así todas seguisteis mis órdenes. Lo valoro y no lo olvidaré nunca. Sé que todas nos exponemos a ser condenadas y más violentadas de lo que hemos sido. —Hizo una pausa en donde los recuerdos tristes se apoderaron de la cueva—.

Comprendo lo que cada una tiene en juego, pero sé que vosotras sabéis que engañar a mi esposo no me gusta y que poner en riesgo el alma de mi compañera Ekuas tampoco. Por otro lado, Umah y yo tenemos niños a los cuales proteger… Por mi parte, sin importar el costo, también defenderé a Aurora y a la otra niña acuática de Samuel. Eso no ha cambiado.

—Lina —la cortó Umah—. No se trata de atacarla; al contrario. La niña de las Aguas aún no tiene madrina, está sola en un mundo turbio sin más cariño que el que ocasionalmente le pueden brindar Costa o Areias. Todavía nada con sus doncellas sirenas, que por suerte son de agua dulce. Vamos, podemos hacerlo parecer como una casualidad. Te la encuentras en las Aguas una tarde y la reclamas. La criatura está ávida de atención, su madre es cruel y su padre… —Ante el gesto de Lina, supo que no debía ir por ese camino—. El punto es que con tu crianza no habrá dudas: ella responderá a ti. Te será fiel. Solo tienes que instruirla. Después, su gente la seguirá cuando llegue el momento, pero tenemos que atacar ahora, porque crece rápido y de un momento a otro lo hará a su antojo. Puede que en unos meses sea una adulta. Puede que la comiencen a entrenar… —Umah miró a Costa en busca de ayuda, pero su amiga permaneció en silencio—. En fin…, nadie sabe a qué atenerse, hacía siglos que no nacía un acuoso y mucho menos una que es mitad ángel.

»Acepta reunirte con ella, te lo ruego. Ya tenemos a todas las cazadoras, a todas las acuosas dulces; junto a Aketa Wana y con el amor que todos los condenados sienten por ti, no habrá uno solo que se vuelva a prestar para la Gran Competencia. Solo nos faltaría conseguir la ayuda del punto débil del Círculo y ya está: nos podemos rebelar contra los Cielos y su absurda Competencia. Podemos hacerlo juntas, pero sí o sí necesitamos a las aguas saladas. Si su princesa, la última de su tipo, les pide algo…, no lo dudarán.

Umah volvió a mirar fijamente a Costa, que esta vez no la dejó sola.

—Tiene razón, Lina —dijo con sus manos—. Mi pueblo entero estará de tu lado si consigues su apoyo.

Lina movió nerviosa sus dedos y observó a Izzie, que se había convertido en una especie de consejera.

—No conozco a un solo cazador al que se le cruce por la cabeza ir en contra de cualquier cosa que tú desees —exclamó segura—. Te adoran. Y si les sumas todas las Aguas… El Círculo lo tendrá difícil para encontrar competidores.

Lo que decía la pelirroja era verdad. Era inevitable que la adorasen en la cacería porque estar cerca de su reina era un lujo. Lina contagiaba todo: desde un bostezo hasta poder quitarse una prenda enloquecedora.

—Bien —aceptó levantándose de su trono rocoso—. Ya sabéis lo que digo siempre: sin competidores no hay competencia.

De pronto, Aketa Wana la interrumpió con su extraña forma de expresarse:

—Recuerda que esta criatura maneja sus armas de fuego. No tengas dudas. Tendrás dos reinos completos como ejército.

Sueño, en su esquina, se mantenía en silencio, atento a la reacción de Lina.

—Si decido hacerlo… solo quedaría convencer a Newen Mapu —pensaba ella en voz alta y comenzó a caminar de un lado a otro de la cueva, hasta que se detuvo de golpe para dirigirse a las dos mujeres de las Aguas—: ¿Estáis seguras de que no hay otra manera?

Ambas negaron con franqueza.

—Lo hemos intentado todo durante seis años. Lo siento —dijo Ría—. Aun así, será un arduo trabajo. La princesa es joven y para lograr esto deberá rebelarse al yugo de su madre y al de nuestro Supremo, la Voz de las Aguas —al pronunciar ese nombre, una mueca le torció el gesto, pero prosiguió—: Si tú la preparas, cuando alcance su completa madurez dentro de algunos años podremos lograrlo todo…

Lina se miró las manos y las cerró en puños para que dejaran de temblar.

—Está bien —aceptó—. Arreglad el encuentro durante alguna de las reuniones de mi esposo con Ismerai, no quiero perder uno de nuestros encuentros aquí. Yo haré mi parte. Si lo conseguimos, estaremos más cerca de obligarlos a romper esa absurda Competencia. Dios, si hubiese una forma de convencer a todas las mujeres del mundo…

—Sabes que esto es una apuesta a largo plazo —le indicó Izzie —. Primero las hembras que podamos juntar, luego los machos. Primero los reinos más fiables y obedientes… Luego los más poderosos.

Umah se adelantó y la tomó de las manos en un gesto cariñoso.

—No tienes que convencerlos a todos, Jinete de Fuego. Solo a los que toman las decisiones, que por cada reino se pueden contar con los dedos de nuestras manos.

Lina asintió. Cuánta razón tenía. En ese momento recordó al ser más poderoso de esa cueva, el Eterno Sueño, y a su esposa.

—Aketa, ¿alguna novedad de cómo romper el pacto? Sueño, ¿pudiste sacarle algo a Destiny sobre la naturaleza del símbolo de Fuego?

Lina no quería hablar más de aquellos malditos símbolos que formaban la Máxima Insignia, porque ya no le interesaba la ayuda de Destiny. Había corrido por los mundos para encontrar solo tres y Salvador se acercaba a la edad en que tenía que tener los cuatro tallados en su espalda. Por supuesto que Lina no permitiría tal cosa. Quería que su hijo permaneciese al margen de designios y profecías. Además, pese a que su esposo había mantenido la búsqueda todos esos años, el símbolo de las Tierras jamás había aparecido. Sin embargo, el de Fuego había resultado ser algo distinto al resto.

Sueño se adelantó, contento de que no se olvidaran de él. Su traje de emperador oriental rojo le sentaba de maravilla cuando se movía.

—Aketa, mi amor, primero contesta tú —dijo con su típico acento inglés.

La demonio obedeció.

—Aún no sé por qué Destiny hizo hacer a esta criatura aquel pacto con el que alguna vez fue el rey de los primeros humanos… —En este punto Aketa siempre miraba a Umah con vergüenza—. Fuimos ingenuos frente a esa araña. Los Ekuas teníais razón, no se puede confiar en la vieja de la cueva. —Ante el apoyo de su esposo, ahogó un gemido y siguió—: El símbolo de fuego que te dio esta criatura, cuando la sacaste de las Profundidades, está protegido en la casa de tu familia, Reina Madre. Me aseguré de que nadie lo pudiese encontrar y solo espera a que lo usen para abrir o cerrar los Infiernos. Es la única llave. Aún no pudimos averiguar por qué Destiny ordenó que Aketa lo forjara tantos siglos atrás, pero ahora es tuyo.

—Suponemos —Sueño intentó llenar la cueva con su poder de Eterno y de hombre— que Destiny quería que lo tuvieras tú o que alguien de tu descendencia lo heredase. Ya que no estoy en buenos términos con ella, intenté sacarle información a su hermano Freewill e incluso a Eternos que se mueven entre los tiempos y ya han vivido esto, pero no quieren revelarme nada del futuro. Ni siquiera a mí. Sospecho que alguien lo logra al final, pero, por lo que intuyo, el pacto de los Ekuas al parecer es más difícil de romper que la Competencia.

Lina miró a Umah angustiada, pero su amiga la tranquilizó:

—Como dices siempre: paso a paso.

Esto le provocó una hermosa calidez interna. Algunos días se

sentía capaz de arrasar con el mundo, sobre todo cuando estaba medio peleada con William. Pero otros, como ese mismo, cuando disfrutaba de algo parecido a la normalidad con su esposo, aquel plan de resistencia contra el orden establecido le parecía una locura y, de alguna forma, una traición hacia él.

—Jinete de Fuego, debemos pensar en nuestros hijos —exclamó Umah como si pudiese adivinar su flaqueza—. Sobre todo en Salvador. No quieres que designen a una nueva Elegida y él deba abandonar el mundo de los vivos, ¿no? —Conocía sus preocupaciones—. No puedes fiarte de lo que tu ángel creador, ese tal Peter, te haya dicho sobre que tu pequeño fue construido en las alturas para llegar hasta anciano. El Círculo es poderoso y puede convertirlo en cazador como a ti. Durante siglos o tal vez milenios. En este punto nada es garantía de nada. Y si bien aún está protegido por ser un niño, los años pasarán rápido y el Círculo lo reconocerá como un adulto. Por otro lado, yo deseo que mi hijo vuelva a ver a sus padres juntos; a mí y a Piré… —Hizo una pausa—. Además, tampoco sería justo que otra humana deba sufrir las injusticias que tú y yo sufrimos.

Lina meditó una vez más. En efecto, no se podía quedar de brazos cruzados; valerse de profecías o planes angelicales nunca le había sido útil. Debía desoír los consejos de su esposo y rebelarse. Así que, como toda respuesta al discurso de su compañera, se acercó al centro de la cueva y estiró su mano. Las otras mujeres no se hicieron esperar y la imitaron. Solo Sueño quedó al margen.

—Me siento excluido —soltó.

—Creo que podrás soportarlo por un par de segundos —respondió Lina sin apartar la vista de sus compañeras, y luego, con voz seria y llena de esperanza, dijo la frase con la que terminaban cada reunión—: Mujer ayuda a mujer.

—Mujer ayuda a mujer —respondieron todas al unísono.

Fueron saliendo como de uno de esos congresos de la gente más variopinta.

Costa y su madre se perdieron en el lago e Izzie fue a disfrutar su día humano al final.

Al igual que siempre, Sueño no podía evitar querer su momento íntimo con la antigua Elegida. No soportaba no ser el protagonista.

—Sueño, ¿no tienes prisa por ir a buscar a tu esposa número un billón o algo así? —lo atajó Lina divertida en la entrada de la cueva.

Él le dedicó una mirada seductora. Desde que la había conocido y había olido las posibilidades que esa humana le podía dar a su futuro, no quería más esposas al azar. Solo había tomado a Aketa,

que, con su cara sufriente enmarcada en su cabello dorado y sus bellos ojos miel, sería la anteúltima. Casarse con ella había sido un gesto político y estratégico, más que una decisión romántica.

—Ya es hora de que duermas —le espetó—. Aún es de noche en Whitehorse y tu niño está dormido. No temas. Le he prohibido a la araña de Destiny que se entrometa en tus sueños. Como te prometí hace años en el Círculo, allí podrás ver a tu hijo mestizo sin problemas.

Lina lo miró de arriba abajo.

—Creo que te llevas tan mal con Destiny porque eres igual que ella. Tú coleccionas esposas como figuritas en un álbum. Dios sabe si algún día lo completarás… Mientras que Destiny se mofa de nosotros y nuestras historias. ¿Sabes? En mi mundo tenemos un dicho: llevar harina para tu costal. Eso es lo que veo cuando estoy contigo, con Destiny o incluso con Sony. Vais coleccionando vidas, sueños, deseos… Somos como hormiguitas bajo vuestras grandes lupas.

Sueño rio divertido ante sus palabras.

—Me gusta que te sigas incluyendo en las Tierras. Es dulce.

La actitud de Lina cambió.

—Ese todavía es mi mundo —balbuceó—. Pero en fin… Vuelvo a preguntarte lo mismo de siempre: ¿por qué nos ayudas?

—Y yo no me cansaré de decírtelo —exclamó al mismo tiempo que sacaba un abanico dorado de uno de sus bolsillos mágicos—. Te ayudo porque no me interesa un mundo sin humanos.

En los últimos años Sueño insistía con eso en cada reunión y también con que siempre guardaría el secreto de estas.

A Lina le resultaba difícil creerle.

—De nuevo con eso… —se quejó ella—. ¿Qué tiene que ver la Gran Competencia y el pacto de los Ekuas con la humanidad en general? Si acaso hacemos algo, será para romper ese famoso equilibrio que los Supremos tanto usan para «proteger a los humanos».

Sueño la miró sobre su abanico, jugando a ser una geisha.

—Vamos, sé que lo puedes sentir. Tu raza tiene un segundero en el alma. Todos lo saben. El fin está cerca. No solo el de tus células que ahora se mueven tan despacio, sino el de tu especie. El famoso equilibrio de los Supremos responde a las necesidades de todos, menos a las de los humanos. Yo os quiero a vosotros tanto, mis mejores soñantes, que no puedo soportar lo que, de nuevo, tú ya sabes: el fin está cerca.

Lina se apretó las sienes, le estaba entrando dolor de cabeza ante

las ideas apocalípticas de Sueño.

—¿Y a ti qué más te da lo que suceda en las Tierras? —preguntó al fin—. ¿No defiendes siempre la existencia del quinto reino? El famoso mundo de los sueños…

—Oh…, eso es cierto. Sin embargo, hasta un necio como yo sabe que el mundo de los sueños es un espejismo y este —dijo mientras señalaba los hermosos alrededores—, este es el mundo real. No quiero que solo quede un sueño de él. Lo quiero todo para las próximas generaciones.

Sin razón aparente sacó de un bolsillo un puñado de polvo celeste que se transformó en mariposas de fuego. Pero Lina no se dejó hipnotizar por ese truco y lo miró pidiéndole más explicaciones.

—Mis soñantes más poderosos me están regalando sueños predictivos y me asustan. Tus tierras, Reina Madre, se están secando… Las aguas se pudrirán y las criaturas aladas que tanto se esfuerzan para mantener la paz ya no bajarán a estos dominios. Te repito que no me interesa un mundo sin mis soñantes favoritos.

—Entonces… —comenzó Lina un tanto asustada por lo que ese bufón decía.

Pero en ese momento Aketa Wana los interrumpió.

—Esposo, nos esperan para tus bodas de oro con Darlene. Es tarde.

Sueño asintió, salvado por la campana.

—Mis obligaciones me llaman, Reina Madre. —Exageró una reverencia, tomó su mano y la besó mientras las mariposas volvían revoloteando a su abanico para quedarse allí estáticas, como pequeños dibujos—. Nos veremos en la próxima luna llena.

Lina no pudo más que asentir, preocupada por las palabras de aquel Eterno, pero tenía tantas cosas en la cabeza…

«Paso a paso», se repitió.

Cuando aquella extraña pareja volvió al quinto reino, Umah fue junto a ella.

—Una vez escuché que la primera forma del arte fue la danza —le dijo Lina a su compañera plateada—, pero yo creo que fue la mentira. Mentir, mentir bien, es todo un arte y yo soy una maldita artista, Umah. Me siento tan culpable haciendo esto a escondidas de Will, y también como una niña pequeña. Como si de mi tío se tratase…

—Eso cambiará cuando dejes de pedir permiso para hacer todo lo que haces —respondió Umah muy directa.

—Yo no pido permiso —se defendió—. Es solo que intenté

durante años que me escuchara, pero lo único que me repite es que debo comportarme y esperar a que se termine mi condena; que él lo solucionará todo y yo solo tengo que esperar. ¿Entiendes mi problema?

Umah hizo una mueca socarrona, propia de una criatura antigua.

—¿Ves? Te importa demasiado mi opinión. Eso es pedir permiso. Eres una reina, Jinete de Fuego, tienes que hacer lo que quieras. A mi parecer, solo debes tener cuidado con dos entes poderosos: el Círculo y la vieja de la cueva. —Así llamaban los Ekuas a Destiny—. Tu esposo, a la larga, aceptará lo que tú quieras. Ya verás.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dice mi intuición equina —dijo y le guiñó un ojo.

Ambas se echaron a reír con fuerza. En todos esos años su amistad había crecido.

—No lo sé —suspiró Lina en un bostezo—. Siento que todos tienen poderes importantes. Todos han construido sus reinos. Son realmente especiales…, y yo… Yo no soy esa clase de gente.

Umah la tomó por los hombros y la obligó a mirarla.

—Hay gente que construye, que llega para resolver, curar… Tú, Lina, eres de las que destrozan, de las que lo cambian todo y fundan nuevas realidades. No sientas tanta culpa, que me la contagiarás, como ese bostezo. Vamos, vete a dormir.

Lina dejó caer su cabeza hacia un lado, rendida, y acarició su mejilla con la mano de su compañera.

—Vale, mientras tanto ve tú a jugar con tu pequeño un rato.

La normalidad era un lujo en aquel reino infernal.

—Cámbiame de forma antes —pidió Umah—. Si me voy así, te caerás de cansancio.

—Genial. Así sueño más con Salvador —bromeó, pero Umah siguió insistiendo—. Bueno, como prefieras… —diciendo esto, Lina se aferró más a ella y, de pronto, Umah volvió a ser Sanity, la yegua de ojos violetas. Ojos que pasarían a la última descendiente de ella y de su jinete. La más poderosa de todas. La razón por la cual sus historias tenían sentido.

Capítulo 5

Fiesta de pijamas

«—Nos vamos, Sueño. Ha sido hermoso soñar todo este tiempo, pero tenemos que volver a la realidad —dijo una de ellas, cualquiera, y luego el sonido de la puerta al cerrarse.»

W. Parrot, *Darkhorse*

Otro sábado los encontraba juntos y de buen humor, y cómo no estarlo si eran los mejores amigos del mundo. Aprovechaban la intimidad de aquella parte del bosque para disfrutar de su mutua compañía. Hacía un par de años que habían encontrado allí una Volkswagen Bully similar a la de Scooby Doo en medio de los pinos, y la habían hecho propia.

Los tres amigos jugaban en aquella camioneta abandonada; era otro de sus refugios. Rory seguía con su dedo el dibujo de una mariposa oxidada que antes había sido celeste. De repente Salvador la alzó para jugar al caballito. Ese era un juego que los hacía desternillarse de risa: ella se subía a su espalda y él, aferrándola por detrás de las rodillas, trotaba y relinchaba, haciendo honor al apodo

cariñoso que los adultos le habían puesto.

—¡Arre, caballito! —lo alentó Rory como jinete.

—Ya he terminado el cronograma de estudio para todo octubre —dijo una voz a sus espaldas. Era Logan, que salía por la puerta corredera de la camioneta.

Aquellos tres tenían sitios seguros por todo el pueblo, y es que necesitaban lugares que hicieran de refugios, porque la casa de Rory nunca lo era; la de Logan en ocasiones tampoco y, aunque Salvador gozaba de la paz de la casita de los Smith, el trauma por la pérdida de su madre lo destrozaba por dentro. Sus amigos y aquellos refugios desperdigados por el pueblo lo ayudaban.

Los adultos podrían haberse comportado mejor, pero muchas veces ellos mismos eran huérfanos: Matthew de los Cielos y los hermanos J. J. de Lina.

La familia extendida tampoco ayudaba mucho. La pequeña Rory había perdido a sus abuelos antes de nacer y su tía Rose ni se había molestado en conocerla. Por su parte, Logan apenas veía a sus abuelos. Al fin y al cabo, a pesar de ser un hijo de los Infiernos, Salvador había tenido mucha más suerte en lo que a familia cariñosa se trataba.

—¡Vamos! —exclamó Logan—. Subid a bordo para empezar con nuestra reunión.

Salvador bajó con cuidado a Rory y fue hacia el viejo vehículo. En el reproductor de CD con el pequeño amplificador sonaba la banda preferida de la muchacha: The Flaming Lips. Los había conocido gracias a su tío de corazón, el famoso J. Jones, quien cada mes les enviaba obsequios.

El reproductor de CD no era el único tesoro de aquel lugar. Allí tenían los libros de Logan, que, pese a su amistad, solo permitía que se leyesen ahí con dedos limpios; junto a ellos los discos y casetes de todas las épocas, fotografías pegadas con *stickers* graciosos y mantas gruesas, porque no dejaban de ir allí ni en invierno. Aunque, cuando cerraban la puerta, el calor de Salvador los envolvía a los tres.

En ese momento, este ordenaba el botín de aquel día: té con leche sin lactosa y emparedados de jalea. Hacía un esfuerzo sobrehumano para no despachárselos todos.

—Bueno —comenzó Logan con su libreta—, reunión de octubre de dos mil cinco. Abro sesión. Tema principal: los disfraces de Halloween. Tiene que ser algo genial, ya que el próximo año seremos muy mayores para ir a por dulces. Sobre todo yo.

Para aquella festividad, siempre iban con disfraces combinados.

Ya habían sido los tres mosqueteros, tres *teletubbies* y hasta Ed, Edd y Eddy.

—¿La fiesta que Liam Russell prometió dar en las vacaciones de Navidad no será también de disfraces? —Rory estaba entusiasmadísima por aquello—. Dijo que invitaría a chicos y a chicas. Como sea, voto para ir como Harry Potter, Hermione y Ron.

—¿Qué tienes tú con las historias de huérfanos mágicos? —dijo Logan señalando el póster de Matilda que tenían pegado sobre sus cabezas.

Rory se encogió de hombros mientras apretaba sus trenzas doradas.

—Supongo que me gustan porque son especiales, aunque sus familias se empecinen en decirles lo contrario.

Logan se quedó de piedra con el lápiz en la mano.

—Lo juro por Dios, Rory, estoy a una de tus respuestas rompecorazones de no preguntarte nunca más ninguna cosa.

Los dos se pusieron a reír.

Salvador terminó su concentrada tarea de ordenar la comida y dijo:

—Un momento. Este no es el tema principal, Logan… Tenemos que descifrar si somos superhéroes. ¡Oh!, yo quisiera ser como el Motorista Fantasma y tener una supermotocicleta de fuego. —Después pensó un momento y añadió—: Pero igual voto por ir yo de Shrek, tú de Burro y Rory de una rubia Fiona. ¿Qué tal?

—Basta con lo de los superhéroes —exclamó Logan echando la cabeza hacia atrás, harto de ese tema—. Pensé que con lo de ese gato de un milenio de vida ya tenías suficiente. Lo de Minos fue solo porque el masaje de Rory y el mío le aliviaron los tendones.

—Serás un gran médico, Log —lo alentó Rory.

Su amigo se iluminó con la idea y comenzó a garabatear en la libreta.

—¡Eso es! Podemos ir como médico, bombero y madre.

A Rory todo le parecía genial, pero Salvador cruzó los brazos sobre su pecho.

—No decidiré nada hasta que al menos incluyamos la posibilidad de ser superhéroes en nuestra agenda. Esto es mucho más importante que los disfraces.

Logan puso los ojos en blanco. Su amigo era tan terco que convenía seguirle la corriente hasta que se le pasara el capricho.

—De acuerdo —aceptó—. Pero creeré que somos especiales cuando podamos sacar al menos un mísero peluche de la máquina de la señora Tucker. Esa cosa nos comió casi todos los ahorros. —

Logan tomó otro de los cuadernos a medio usar que tenían allí y comenzó a leer lo que garabateaba—: Primera reunión de Superhéroes Secretos de Whitehorse, octubre de dos mil cinco. Temas a tratar: uno, definición de la sociedad y reglas; dos, ¿somos superhéroes realmente?; tres, ¿de qué se disfrazan los superhéroes en Halloween?

—¡Sí! —Salvador se puso de pie de un brinco y fue hacia la pequeña pizarra descolgada. Cogió una tiza y comenzó—: Las reglas serán las siguientes:

»Uno: seremos amigos para siempre.

»Dos: si alguno descubre que tiene poderes, enseguida debe decírselo al resto.

Rory y Salvador asintieron mirándose a los ojos, como si fuesen ministros en una sesión importantísima. Así pasaba siempre con los disparates de Salvador: la arrastraba.

—Tres —siguió—: de tener poderes, seremos superhéroes y no villanos.

»Y, cuatro: si alguno de nosotros sufre una crisis de identidad y momentáneamente quiere ser un villano, los otros deben detenerlo sin lastimarlo.

Rory frunció el ceño.

—¿De dónde ha salido eso? Es muy rebuscado.

—No lo sé, Rory. A veces pasa… Buscaré los cómics del tío J. J.

—Es como Darth Vader —explicó Logan.

—Oh, claro… —dijo Rory recordando la trama de *La guerra de las galaxias*—. Pero no creo que ninguno de nosotros vaya a ser malvado. Voto por la cancelación de esa regla.

—No —la cortó Salvador, que rara vez estaba en desacuerdo con ella—. Dejémosla. ¿Qué daño hace tenerla ahí escrita de todos modos?

—De acuerdo, pero creo que faltan reglas más bonitas. —Sonrió—. ¡Rápido! Que cada uno diga una regla que le venga a la mente. Regla cinco: no tratar mal al otro a propósito.

—Seis: no dejarse de hablar nunca —dijo Logan.

—Siete: no abandonar —completó Salvador.

Con el paso de los años, agregarían otras reglas según su conveniencia, como compartir el último trozo de pastel o ayudarse a pasar los niveles del *Age of Empires 2* y copiarse todas las respuestas en los exámenes. Sobre todo los de Matemáticas. Algunas reglas las romperían y otras sufrirían algunos cambios. Después de todo, para esa nueva generación sería más fácil mover las reglas a su antojo.

—Bien. Ahora faltan las pruebas —exclamó Salvador sentándose de nuevo—. Tenemos que hacer una lista de los poderes típicos de superhéroes y ver si podemos con alguno. Por ejemplo, vosotros siempre os habéis puesto enfermos, pero yo no… ¿Eso es un poder?

—Mmm… ¿Poder de indestructibilidad, tal vez? —adivinó Rory y luego comenzó a enumerar—: Luego está la telequinesis, telepatía, superfuerza.

Logan escribía aburrido hasta que encontró la artimaña para recuperar el dominio de la sesión.

—Pues creo que tenemos que usar una fuente más fiable que lo que hemos leído en los cómics del tío J. J. —Y de un salto, exclamó feliz—: ¡Vamos a lo de Flora!

—O… —dijo irónicamente Salvador—, y discúlpame por esta alocada idea, podemos ir a casa y buscarlo en el ordenador, usando algo mágico llamado internet.

—Sabes que no me fío de lo que encuentras allí. —Logan iba a ser un buen médico después de todo—. Vamos a lo de Flora. Necesitamos evidencia empírica.

En la peluquería de su madre Logan encontraba todo lo que le gustaba para leer. Se había pasado interminables horas viendo los cabellos enrularse, alisarse y teñirse entre las hojas de los grandes clásicos. Por eso era un lector empedernido. Cuando se hizo un poco mayor, comenzó a acompañar a su madre a buscar el material de lectura a la «Tienda de compra y venta de libros nuevos y usados de la señorita Flora». Sí, el cartel era así de largo. Por eso todos conocían el lugar como *lo de Flora.*

Flora era una orgullosa solterona que amaba más a los libros que a los humanos. Delgada al extremo, con sus dedos huesudos, tenía el tic de levantar sus gafas terminadas en picos, fiel a la moda de su primerísima juventud. Se peinaba con un moño ajustado y sentía una particular debilidad por los jóvenes lectores, como si en ellos viese la perpetuidad de su legado. Logan, entre todos los pequeños del pueblo, era su preferido.

Los tres amigos debían atravesar el centro de Whitehorse en sus bicicletas para llegar. De camino pasaron por fuera de la tienda del padre de sus compañeros Queen y Adam, lo que les hizo recordar que no habían zanjado el tema de los disfraces conjuntos para Halloween.

Cuando cruzaron la calle distraídos, Jerry Butler casi los atropella con el automóvil de la pizzería. Ya era la hora del almuerzo.

Con la atención juvenil dispersa, se detuvieron en la máquina de

la señora Tucker y otra vez no tuvieron suerte con el bendito peluche. Apretaron sus narices contra el cristal de la máquina y maldijeron esa garra escurridiza, pero la anciana le regaló a Rory unos lindos coleteros y se fueron contentos.

—Puedes dejarlos en casa esta noche —dijo Salvador sin mencionar el motivo desagradable: su madre era capaz de tirarlos con tal de no verla feliz—. Te ves incluso más linda con eso en tus trenzas.

Pero, ante el cumplido, el rostro de Rory no mostró más que horror. Sus ojos se abrieron como cuando bajaba de su otro mundo y se estrellaba con las obligaciones del reino humano.

—Oh… ¡Me olvidé! Esta noche es la fiesta de pijamas de Queen Miller.

Logan se estremeció al oír el nombre de su archienemiga.

—¡Qué bien! Dile de mi parte que es una pesada.

—No seas malo —dijo Rory—. Es buena y se parece a ti.

—¿En qué? —preguntó entre ofendido y desconcertado.

—No sé… —La jovencita no era capaz de poner en palabras lo que veía con sus dones celestiales. Lo que quería expresar, pero no sabía cómo, era que aquellos dos estaban conectados al igual que ella con Salvador. Solo que no eran tan valientes como para reconocerlo y por eso jugaban a lo opuesto: a odiarse en vez de amarse. Además, estaba el temita de la tímida Jenny Wilmayer, la tercera en discordia.

Tras reprogramar su día por esa fiesta de pijamas, fueron directos a lo de Flora. En la acera no dejaron sus bicicletas desparramadas como en cualquier otra parte. Aquella tienda era la mismísima organización y el puntilloso orden de su dueña se esparcía incluso en la acera, donde había un espacio para colocar en línea recta los vehículos de dos ruedas.

La señorita Flora era de las pocas que no cerraba de una a cuatro.

Logan entró primero y su vieja amiga lo saludó con una ligera inclinación. Era un lugar de comercio, pero ella se empecinaba en llevarlo como una biblioteca.

—Buenos días, señorita Flora —dijo el chiquillo junto a sus dos amigos inseparables—. Estamos buscando libros sobre superpoderes.

—¡Qué oscuro está aquí dentro! —exclamó Salvador al entrar.

La dependienta le hizo un gesto tosco para que hablara en voz baja. Aquel muchachito le parecía un desafío, ya que su lucidez era un desperdicio si no se formaba. Leía apenas algunas novelas

románticas y se notaba a todas luces que era un genio.

La pequeña Aurora, por otro lado, leía lento y muchas veces necesitaba ayuda con las frases más complicadas, pero se emocionaba tanto cuando comprendía… Como un alma pura viendo por primera vez el mundo.

—Recibí tu nota el otro día, Logan —le dijo la señorita Flora a su preferido—. Te he separado lo nuevo que me llegó de poesía. —*Nuevo* era una palabra muy particular en esa tienda de usados, donde la novedad podía ser un libro que había sido *best seller* cincuenta años atrás. Con voz más suave siguió—: Rory, a ti te tengo una cosita.

La niña adoraba las sorpresas y se acercó al mostrador repleto de libros apilados para prestar más atención, mientras Logan ya se perdía entre las atiborradas estanterías.

—Es una historia para jovencitas y está en alemán.

Rory tenía problemas con casi todas las asignaturas, pero en idiomas era extraordinaria. Sobre todo hablados o escuchados, pero no escritos. Nunca le dio el corazón para decirle eso a la señorita Flora. Y es que Logan y Rory, heredando el don de la comunicación de sus padres guías, solo necesitaban escuchar un par de palabras para comprender un idioma completo. Más aún Rory, porque después de todo Samuel había sido un ángel superior.

Mientras tanto Salvador —hijo de un cazador líder— también compartía ese don, pero fingía que le costaban las otras lenguas, para dejarle eso a Rory.

El pequeño Romeo se apoyó en el mostrador y exclamó:

—Necesitamos libros sobre superhéroes. No cómics ni historias inventadas… o tal vez esos también nos los llevemos, pero lo que necesitamos es aprender la naturaleza del superhéroe.

La señorita Flora asintió, meditó una milésima de segundo en el archivo que era su cerebro y taconeó sus lustrados zapatos color vino hasta las estanterías del fondo. Volvió con un pequeño librito de tapa mosaico con el dibujo de Superman.

—Es complicado, largo… —les advirtió— y, en realidad, para adultos. Pero es maravilloso y justo lo que necesitáis

Logan volvió a aparecer con una pequeña selección entre sus brazos. Tomó el ejemplar como si fuese el Santo Grial y leyó el nombre del autor.

—¿Recuerdas que un día te llevaste una de sus novelas para la peluquería de tu madre? —le dijo la mujer.

Logan asintió mientras era el turno de Salvador de hacer su breve expedición por el local.

—Vimos la película —exclamó en tono demasiado alto antes de ir hacia el fondo—, aunque era para mayores.

La señorita Flora hizo un gesto con la nariz como si le escociera u oliera algo nauseabundo. Odiaba todo lo que era tecnología. No iba al cine porque decía que la industria cinematográfica aniquilaba la literatura. Era una extremista. Apenas aceptaba las novelas gráficas y solo las de más alto nivel. Al fin de cuentas, era un milagro que hubiese luz eléctrica en esa tienda.

Salvador volvió con una selección de novelas rosas para su abuela y pagó todo lo que sus amigos escogieron.

La señorita Flora sonrió ante la generosidad del hijo de Lina Smith. A ella la había conocido bien, era una chica jovial pero educada, callada pero muy inteligente. Siempre iba directa al abandonado estante de Teatro y se llevaba obras de todo tipo. La primera que compró fue *Tristán e Isolda* cuando apenas podía comprender algunas palabras.

—Tu madre también le compraba novelas a tu abuela, aunque las odiaba —le dijo la mujer a Salvador mientras buscaba una de sus bolsas de tela especiales, las que venían con un libro pintado a mano, bajo una frase célebre que iba variando de temporada en temporada. Era el único lujo que se permitía y el objeto apreciado por el pueblo entero. Todos tenían al menos una docena de bolsas de Flora en sus casas.

—Era bonita, ¿verdad? —preguntó Salvador ya sabiendo la respuesta—. ¿E inteligente?

—Oh, una preciosidad. Tenía unos ojos verdes brillantes porque leía y estudiaba mucho. Igual que vosotros debéis hacer.

—Yo tengo los ojos de mi padre —dijo él orgulloso, pero luego su tono cambió—: No heredé nada de ella…

La señorita Flora le sonrió mientras colocaba en cada libro un marcapáginas de cortesía.

—Tu padre tiene los ojos negros profundos como tú por leer todo lo que a tu madre le gustaba. ¿Sabes que yo supe antes que cualquiera en este pueblo, incluso antes que ellos dos, que serían pareja? Lo supe cuando tu padre empezó a venir para buscar las mismas obras que ella llevaba años leyendo. No traía ni una lista… Parecía que las tenía memorizadas. Si me preguntan a mí, no hay mejor declaración de amor que leer los libros preferidos del otro.

Los tres niños rieron. Incluso cuando eran tan distintos entre sí, la lógica del amor era su territorio. Eran unos expertos.

—He añadido lo que me había pedido Bárbara —dijo la mujer mientras le pasaba las bolsas, y, como si recordara de repente,

exclamó—: ¡Ah! Dile que llevaré los refrescos para la presentación de Juan Carrasco.

Pobre Juan, era otra reliquia más de las que abundaban en Whitehorse, como ella. Aunque él, que iba de un lado para otro, se veía más joven que cualquiera.

Los tres amigos se despidieron rápido y, fuera, revisando sus nuevos tesoros, Rory vio la tapa del libro que les permitiría descubrir si eran o no criaturas superpoderosas. Cuando acarició la figura de la tapa tuvo una idea:

—Quizás en Halloween podríamos ir como superhéroes.

—Yo quiero ir como el Hombre Araña… —cantó Salvador.

—Y yo como el Doctor Octopus —dijo Logan feliz, sin importarle ser un villano mientras fuese un científico.

—Entonces yo seré Mary Jane —murmuró Rory mirando a Salvador.

* * *

Queen se sentía más reina que nunca. Siempre estaba perfecta, como envuelta para regalo. Su padre, en un intento desesperado por crear un vínculo con ella, había pedido ayuda a sus amorosos y regordetes suegros para organizarle una fiesta de pijamas y de paso también a su hijo Adam, con quien la pequeña compartía cada cosa. Después de todo, los mellizos solo tenían a su padre gótico y a sus abuelos malcriadores.

Adam, por supuesto, sería el único niño que podría asistir. Él estaba feliz de preparar el salón con globos rosados y colocar los bocadillos y los presentes que habían escogido con su hermana. El cariño que la difunta Valerie Simon había dejado flotando en esa casa se había convertido en amor fraternal entre ellos dos, que bailoteaban mientras sus abuelos se quedaban sin aire inflando los globos a pulmón, pero siempre sonriendo.

Zack, todo de negro, se veía como una mancha en aquel universo de princesas.

—No, no, papá. Ya te lo dije —se quejó la pequeña—. Las tazas de Pocahontas van en esa esquina.

—Ven, papá —dijo el cálido Adam—. Yo te ayudo.

—Yo también —se apuró la pequeña Dot, que había llegado temprano.

Dorothy Clark tenía once años, pelo rizado y muy rojo —color que se iría apagando con el paso del tiempo— y dos dientes frontales enormes y separados. La pequeña había heredado la

sociabilidad de su abuela, pero no era chismosa… Solo sabía cosas de los demás.

—Adam —comenzó la muchachita extrañamente cohibida—. ¿Sabes que Nathalie Pérez ya tiene cita para la fiesta mixta que dará Liam Russell?

—No hay que ir con citas —se apuró Queen, intuyendo las intenciones de su amiga—. Todas iremos juntas.

Por *todas* Queen se refería a su séquito. Tenía claro que cuando creciera sería capitana de las animadoras y la nueva abeja reina.

Con gestos mandones, dejó zanjado el tema y pronto estuvo recibiendo a sus trece invitadas para organizarlas a ellas también.

Cuando hasta la última de ellas estuvo maquillada como un hada, algún animal coqueto o princesa —Zack era bueno con los pinceles, aunque prefería el delineador negro que los colores con purpurinas—, fue hora de preparar las camas.

Rory Petelman estaba en una esquina con los bracitos hacia atrás, mientras veía como todas sacaban sus bolsas de dormir con rostros de princesas. En honor a su nombre, ella había sido designada como Aurora, la Bella Durmiente, por supuesto, pero su madre ni se había preocupado en leer la ribeteada y brillante invitación con las instrucciones.

—Ey…, Rory, ¿dormirás en el suelo? —preguntó Stefany Belmont a modo de chiste. Era una criatura hermosa, pero carecía de modales.

De pronto el séquito de Queen comenzó a reír.

Rory era un ser peligroso para las personas agresivas. Cuando intentaban proyectar su violencia en ella, solo encontraban un espejo vacío. El odio volvía como la ola de un tsunami hacia ellos, dejándolos expuestos y vulnerables. Por eso Rory era implacable mientras se ajustaba sus trenzas y canturreaba por aquí y por allá. Sin embargo, en ese momento no tenía ganas de cantar. Una angustia infantil le cerraba el pecho.

Stefany, tan linda e influyente como Queen, pero más interesante para los muchachos porque sabía de mecánica gracias a su padre —que era dueño de un taller—, era brusca con Rory por motivos de amor. Todos aseguraban que estaba perdidamente enamorada de Salvador y, aunque ella sería la segunda novia de aquel muchacho, por ahí no iban los tiros.

—Vamos, no te enfades. Ha sido solo una broma —se disculpó al advertir las lágrimas brillantes en los ojos de la niña.

—Déjala, Stef —intervino Caroline O'Hara colocando su pelo lacio en un moño ajustado—. Sabes que a Queen no le gusta que le

digamos nada.

Rory no podía hablar de la pena. Quizás los seres que están más cerca del cielo sufren ciertos inconvenientes durante sus primeros años en la Tierra, y luego todo se hace más fácil.

La pequeña disputa fue detenida por la abuela de los mellizos.

—Rory, amor, te vienen a ver.

Todas las niñas dejaron lo que estaban haciendo y le dirigieron una mirada de curiosidad. ¿Quién osaba romper su clima festivo?

De inmediato observaron a Queen, que se hizo cargo de la situación.

—Vamos —ordenó tomándola del brazo—. Veamos quién es.

Ante un gesto de su delgada ceja, las demás volvieron a sus tareas con pulcritud militar, extendiendo sus sacos de dormir.

En la puerta de entrada estaban Salvador y Logan, con sus bicicletas tiradas sobre el césped.

Salvador avanzó con una bolsa rosada y violeta: los colores de la infancia de la generación de princesas.

En las ventanas una docena de cabecitas se juntaban para ver a los recién llegados.

—Te olvidaste esto en mi casa —mintió Salvador. Aquella bolsa era una preparación apresurada de la abuela Barb y de la tía Julie, que, entre insultos a Sarah, también les llamaban la atención a los niños por no avisarlas antes de aquel evento.

El pequeño Salvador aprendía rápido y esa tarde tomó nota: jamás sería descuidado cuando se tratase de Rory. Se adelantaría siempre a sus necesidades.

—Oh, pero si estas cosas no son mías —dijo ella mientras sacaba un neceser con cepillo de dientes, peine, espejitos y maquillajes para niña, todo de la Bella Durmiente.

Logan puso los ojos en blanco.

—Sí lo son, lo que pasa es que te olvidas todo por todos lados. También está el pijama —mientras hablaba, rezaba para que su madre se hubiese acordado de quitarle la etiqueta.

Queen, demasiado espabilada para su edad, miró a Salvador y se acercó un poco para que ni Rory ni las curiosas chiquillas la escucharan.

—Podrías habérmelo dicho, Wildman. En la tienda de mi padre hay miles de estas cosas.

Salvador asintió; le gustaba que Rory tuviese otra protectora. Después, un poco molesto con la cercanía de una muchacha que no fuese su amiga, dijo en alto:

—Ya que estamos aquí…, ¿nos podemos quedar?

Queen se alejó de forma instantánea y cruzó sus brazos.

—No lo sé. Está mi hermano, pero con vosotros no lo sé. ¿Tú quieres quedarte, Iron?

Logan estiró su cuello mirando las ventanas junto a la puerta.

—¿Está Jenny?

Queen bufó.

—No. La invité, pero ni se dignó a avisarme que no vendría. Como siempre.

—Pues tenemos que estudiar para la presentación de Matemáticas —respondió Logan acallando las protestas de su amigo.

—¿Qué presentación de Matemáticas? —preguntó asustada Rory de repente, con medio contenido de la mochila fuera.

Queen no le prestó atención y se quejó:

—Ay, Dios, Iron, eres un aburrido.

—¿Qué presentación de Matemáticas? —insistió Rory.

—No te preocupes —la tranquilizó Salvador, que ya la ayudaba a doblar el saco de dormir con aroma a nuevo y aprovechaba para acariciarle con disimulo los dedos. Ella le devolvía el gesto, como siempre—. Logan y yo montaremos la presentación y mañana por la tarde te diremos qué parte te toca. Será sencillo. Te lo prometo.

Logan fue a por su bicicleta y exclamó a modo de cierre:

—La verdad es que escogiste un pésimo fin de semana para hacer esto, Queenie.

La pequeña princesa le sacó la lengua a falta de una respuesta más madura y Logan la imitó. Ella, con mucha actitud, fue hacia su invitada.

—Vamos, Rory, es hora de seguir divirtiéndonos. Jugaremos al Twister.

—De acuerdo —aceptó la muchachita de un salto.

—Estás hermosa así maquillada —le dijo Salvador sobre su bicicleta antes de irse.

Y, ante los ojos de todas las curiosas y del corazón roto de Stefany, Rory le dio un abrazo más largo del que le dio a Logan.

Otra vez Rory contaba con sus hadas madrinas, porque sus necesidades eran urgentes, como las de cualquier humano. Se tiene frío, ya. Se tiene hambre, ya. Se necesita un útil para la escuela, ya. Por eso los vecinos, amigos y conocidos eran los que la ayudaban. Los que estaban cerca de ella. Justo al lado.

Más tarde esa noche, mientras todas dormían, Queen discutía en voz baja con Dot desde sus dos sacos de dormir, enfrente una de la otra.

—No puedes invitarlo —decía la anfitriona—. No quiero que mi hermano salga con ninguna de mis amigas, Dorothy. ¡Basta!

A Rory le daba pena Dot. Primero porque, al igual que ella, no sabía quién era su padre y segundo porque estaba segura de que no tenía ninguna posibilidad con el introvertido Adam Miller.

Ante los sollozos torpemente sofocados de la pequeña Dot, Queen, furiosa, movió su saco de dormir de la princesa Mulan justo al lado del de Rory.

—Eres la única que no me ha sacado de mis casillas hoy, Petelman —murmuró mientras escuchaban a Dot llorar.

—No la trates mal —le pidió Rory—. Ella solo está enamorada. ¿Acaso tú no amas? ¡Rápido! ¡Piensa en a quién amas, ahora!

Rory le apoyó su mano en la sien y cerró los ojos: su hermano, su padre, el recuerdo borroso de su madre, sus abuelos, la atención del resto y, brillante, allí oculto, estaba uno de sus mejores amigos. La pequeña sonrió eliminando toda duda.

—Amas a Logan.

Queen se quedó boquiabierta, pero volvió a usar su ácido humor para salir de aquella situación tan peculiar.

—Lo juro, Petelman, eres tan rara… ¿Eres psíquica o detective? ¿Se me nota mucho? ¿Se lo contarás? Por favor, no. Me da vergüenza, porque siempre está babeando por la estúpida de Jenny Wilmayer.

Rory sonrió.

—No le diré nada, si tú no quieres. Pero creo que haréis una bonita pareja.

Y allí Queen la quiso un poco más, porque Rory Petelman no habló en condicional sino en futuro, y ella ya conocía la diferencia entre esos dos tiempos verbales. Se los había enseñado la señorita Ripley.

—¿Sabes qué te hubiese hecho bien a ti? —preguntó antes de quedarse dormida mientras le pasaba un brazo por encima del mullido saco de dormir—. Una hermana como yo.

Capítulo 6

La hija de Samuel

«Pero le pareció que lo que le estaba diciendo era tan verdadero y preciso que desafiaba las leyes de la naturaleza. Leyes que, un día, Lina Smith podría manejar a su antojo.»

W. Parrot, *Whitehorse II. Cuando los Cielos se cierran*

Lina paseó su mirada por esas playas. Aquello no era arena, era polvo blanco y el mar brillaba en un turquesa que llegaba a emocionar. Tenía que reconocer que en su nueva condición viajaba como nunca, lo cual le había permitido conocer los diversos ritmos del tiempo en las diferentes ciudades. Los lentos y dulces andares caribeños, los acelerados y neuróticos pasos neoyorquinos… Y todo lo comparaba con la normalidad de Whitehorse, la vara con la que mediría siempre cualquier ciudad *extranjera*.

La cita con la hija de Samuel estaba concertada en aquella orilla y, por hacer algo, Lina usó sus manos para recolocarse el harapiento vestido que había lavado el día anterior en su lago. Era una arruga viva, pero al menos el pimpollo de jazmín estaba más perfumado

que de costumbre.

«Gracias, Newen Mapu», pensó.

De pronto y sin aviso, salieron de las Aguas al menos una docena de jovencitas hermosas. Llevaban caracolas a modo de vestidos y al dejar la suavidad del mar, estos tintineaban con sus pasos en las Tierras. No sonreían, pero parecían amistosas, a diferencia de los seres que surgieron por detrás de ellas, a los que Lina interpretó como guardias acuosos. A esos los conocía de sus luchas: rostros pálidos, tentáculos como brazos, ojos podridos verdosos y branquias que se agitaban confundidas en la superficie.

Aunque esa dramática escena se acercaba a ella, Lina no veía por ningún lado a una niña.

—Tú eres el amor imposible de mi padre —le soltó una de las jovencitas cuando estuvo cerca. Ahora que la veía bien advirtió que llevaba una pequeña tiara brillante que la diferenciaba del resto.

Lina la miró confundida. Tenía el cabello dorado, los ojos celestes algo transparentes con un brillo insinuante. Era hermosa y casi, casi parecía humana… Pero sí, tenía algo angelical y acuoso. Después de unos instantes escudriñándola, Lina comprendió que debía hablar.

—Lo siento. Esperaba a alguien más joven.

La muchacha asintió despacio con gesto educado.

—El tiempo pasa diferente en lo profundo —explicó con su voz dulce y un acento particular—. Nosotros podemos vivir para siempre, controlamos nuestra edad, y los años pasan más rápido en las aguas frías y bajas. Crecí en la oscuridad del mundo salado, el mundo de mi madre. Antes de mí, fue Costa la última de nuestro tipo, pero eso ya lo sabes. Ella y tú sois… ¿amigas? Creo que ese es el término correcto.

En efecto, su amiga Costa ya no ostentaba el título de niña de las Aguas porque un ángel, queriendo inútilmente emparejar las cosas, pidió permiso al Círculo para levantar la maldición que caía sobre los acuosos, y estos lo autorizaron.

Las Aguas tuvieron al fin uno más y allí estaba esa *una más* esperando que Lina hablara mientras su gente se movía por detrás disponiendo lo que ella interpretó como una especie de mesa.

—¿Y ya sabes lo de…? —empezó, pero no supo cómo seguir.

La princesa asintió de nuevo, parsimoniosa. Sus impecables modales pertenecían sin lugar a duda a la realeza.

—He alcanzado mi madurez. La ignorancia del Círculo ya no me toca, así que sé que tengo una medio hermana en las Tierras. Sé que nuestro padre forzó nuestro nacimiento el mismo día que el de tu

hijo de fuego. Comprendo la razón por la cual soy buena con los idiomas y en mi mente se dibujan los sentimientos o escenas felices de los otros, ya que he heredado esos poderes de mi padre celestial, que era guía de los Cielos.

Lina suspiró y preguntó:

—¿Sabes que tu hermana es pequeña aún y que es amiga de mi hijo Salvador?

—Lo sé, pero ellos permanecen ignorantes —afirmó—. Y aunque mi sangre sea azul y la de ella roja, la siento. A veces percibo cuando alguien es malo con ella. A veces siento el dolor en la piel y otras veces dentro, como si la hubiesen golpeado con algo distinto a una regañina. Como si en su pecho algo se agrietara, pero luego llega un calor tibio y la sensación se detiene.

Aquella jovencita acuática estaba más conectada con Aurora que viceversa. En ella la conexión de las casi mellizas era pura porque no había nadie que interviniese, pero Rory estaba siempre rodeada del amor demoníaco de Salvador. Él era aquella tibieza que le empapaba el alma y la hacía inmune a su propia esencia y también, en un futuro, a la sed de venganza de su progenitor celestial.

Lina no sabía cómo continuar. Había preparado un discurso y ahora se sentía demasiado culpable para reproducirlo. ¿Qué podía pedirle a una niña que ya parecía una mujer, pero que ni siquiera tenía nombre?

La criatura se adelantó para señalar a sus acompañantes. Todos iban y venían de las Aguas trayendo platos de corales que llevaban mejunjes, para disponerlos en un mesa blanca rocosa. Con su largo brazo le indicó dos asientos también de piedra:

—He ordenado que nos preparen un banquete. Sé que disfrutas de los manjares de mi mundo.

Los manjares de su mundo a Lina le resultaban horribles. Aunque los primeros meses de cazadora había agradecido las nutritivas algas que Costa o Areias le llevaban, estas la aburrieron pronto, porque solo le sabían a sal.

Sin exteriorizar ninguna queja, Lina se sentó en una silla con una pata coja que claramente los acuosos habían tallado sin entender mucho de los pícnics humanos, y la criatura la imitó.

—Yo solo beberé, si no te molesta. Heredé de mi padre la falta de apetito.

Lina la miró tomar un copón de agua salada que le trajeron directamente del mar.

—No me molesta para nada —respondió—, pero yo tengo el hambre de un león.

Sin embargo, cuando una acuosa destapó el plato frente a ella, se quedó congelada. Allí no había algas, sino asquerosos gusanos vivos y otras cosas viscosas que se movían.

—Delicias de reyes: animales de las aguas pantanosas —explicó con orgullo su anfitriona, y apurando otro sorbo de mar preguntó—: No entiendo eso del *hambre de un león*. ¿Y qué es un león? ¿Y por qué tiene hambre?

Lina hizo un esfuerzo sobrehumano para ocultar las arcadas y explicó como pudo lo que era un león. Cuando algo saltó de la fuente a su plato, respiró hondo y se excusó:

—Lo siento, no como animales. Solo vegetales y flores.

No hizo falta más. Ante un chasquido de la princesa, los guardias se apresuraron al mar y volvieron con nuevos platos llenos de corales, nenúfares y las aburridas algas. Otra vez Lina hacía esfuerzos por no vomitar, y es que los guardias —que muy bien podían ser cadáveres putrefactos— apoyaban la comida con sus uñas violetas mientras algunas de sus escamas caían sobre los platos. Lina hizo de tripas corazón y, entendiendo que era una reunión diplomática, se obligó a pellizcar algo por aquí y por allá.

—Lo siento por la compañía —se disculpó la princesa—. Costa me dijo que deseabas hablar a solas, pero hasta no ser nombrada por quien me apadrine, no puedo nadar por mi cuenta. Aunque ya estoy lista. Esperando.

Lina odiaba aquel mundo arcaico; los acuosos eran peores que los demonios.

—¿No te nombran de ninguna forma? ¿Ni siquiera con esos silbidos que usáis vosotros?

La jovencita negó y luego un relámpago de curiosidad le atravesó el rostro.

—Costa y Areias me dijeron que le enseñaste a tu guardián a volar. A tu hermano celestial.

La mente de Lina volvió hacia los juegos con Hansel y J. J. hacía ya muchos años, pero ante un latigazo de nostalgia, cambió de tema:

—¿Aún no vuelas?

—No, pero me encantará cuando eso suceda —respondió más animada—. Viajar por los mundos, conocer sitios interesantes, no rendirle cuentas a nadie y dejar atrás mi reino, donde todos me indican qué decir, qué pensar… No veo la hora de ser…

—Libre —completó Lina—. Sí, sé a lo que te refieres.

En ese momento reparó en lo insólito de todo aquello: estaba intentando hacer una alianza con la hija de Samuel. Jamás hubiera

adivinado algo así cuando era una simple muchachita de Whitehorse, y seguramente a aquella niña tampoco le resultaba normal estar con una terrestre, y menos con la mujer que de una forma u otra había provocado su existencia. Después de todo, si Lina hubiese sido una buena Elegida, aquella princesa no estaría, pero, al fin y al cabo, las circunstancias las habían reunido y allí estaban. Así que debía ser sincera con ella; había llegado el momento.

Miró a los sirvientes un poco incómoda y, ante un gesto de la princesa, estos se retiraron de inmediato.

—De todas maneras me son fieles y apenas entienden tu lengua —le explicó—. Habla tranquila, por favor.

Lina respiró hondo.

—Escucha, tengo que ser sincera contigo. Si no lo soy, no me diferenciaré de tu padre o de los de tu corte. Tengo que contarte mi historia, de la forma más objetiva posible, y luego tú tienes que decidir.

—El maestro de la historia acuática me la ha contado ya —la interrumpió—. Me contó los problemas entre las aguas dulces y las saladas después de la Gran Guerra, cuando quisimos ahogar a los terrestres. Me explicó que la Gran Competencia iba a traer paz entre los mundos, pero que las mujeres dulces se negaron a ser parte y por eso todos fuimos condenados a no nacer y no morir. Sé que la Voz de las Aguas, el padre del justo Areias —Lina notó el deje de romance en ese título inventado por ella— y nuestro Supremo, siempre ha querido que mi pueblo sea parte de la Competencia y hasta escuché los cuentos de que hubo una Elegida que se unió a un acuoso. Ya sabes, las leyendas que se cuentan de la nímbula, esa planta que ataca Elegidas. Pero Costa dice que no debo preocuparme por el pasado, sino por el futuro.

—¿Costa te habló de nuestros planes? —le preguntó.

La princesa asintió y antes de que Lina pudiera hacer otra pregunta, siguió con su propio discurso ensayado:

—Pienso que tu causa es noble y te ayudaré. —Hizo una pausa para clavarle esos ojos que eran tan iguales a los de Samuel—. Con una condición: quiero que seas mi madrina. Que me nombres, que me cuentes cosas de tu interesante mundo, pero, sobre todo, que me enseñes a volar. Si haces todo eso, prometo solemnemente que cada uno de mis súbditos respetará tus decisiones en todo cuanto a la Gran Competencia se refiera. Si quieres romperla, tienes mi palabra de que ninguna mujer ni hombre salado participará. Una vez que tenga un nombre y nade y vuele… seré más poderosa que mi

madre.

—¿Y tu padre? —quiso saber Lina.

—Mi padre me abandonó —respondió con rapidez—. No tengo ni recuerdos de él, así que su lucha absurda contra tu hijo no significa nada para mí. Necesito una madrina poderosa que no tema a los de mi especie ni a mi madre. Si me tomas, prometo no solo no lastimar, sino proteger a tu hijo.

Lina se sentía como una ladrona, arrancándole promesas que sabía serían difíciles de cumplir a una criatura desesperada. Parecía un pajarito en una jaula de oro que pronto dejaría de cantar, y ella conocía bien la sensación.

—Nadie enseña a volar —se sinceró—. Simplemente sucede. Solo le di a mi hermano alado un poco de coraje y las condiciones necesarias se presentaron.

—Tomaré lo que me des —dijo apresurada—. Cualquier cosa es mucho en comparación con lo poco que saben en mi mundo. Pero debes ser mi madrina. Ahora.

—¿Cómo funciona? —preguntó Lina un tanto incómoda mientras jugaba con unos corales lilas de su plato—. ¿Vamos al mar y te bautizo?

La princesa la miró ansiosa.

—Solo me nombras y ya está.

Lina iba a decir algo más, pero de pronto las interrumpió la demoníaca bulldog que venía a buscar algunos gusanillos, muerta de hambre.

—Hola, pequeña Smith. ¿Extrañabas a tu mamá? —le dijo Lina mientras le bajaba un plato entero de caracoles vivos y le palmeaba la gran cabezota. Frente a ella, la princesa preguntó confundida:

—¿Qué es una *mamá?*

Lina sonrió con dulzura.

—Ya sabes, una madre.

—¿Tú has parido a esta criatura? —soltó alarmada.

—Lo siento —rio Lina—. No me expliqué bien. Una mamá es la mujer que te cría, te cuida y te ama… A veces, o generalmente, esa mujer es la misma que te trajo al mundo, pero los humanos tratamos a las mascotas como nuestros hijos. Es algo cariñoso, como un juego.

—La princesa me trajo al mundo —hizo una mueca extraña y luego clavó sus ojos claros en Lina—, pero no me cría ni me cuida y por supuesto que no me ama. Entonces, ¿tú quieres ser mi mamá?

«Dios, mátame ahora. Vuélveme a matar», pensó Lina llena de culpa. ¿Por qué las hijas de Samuel eran lo más dulce del mundo?

Él no se las merecía. Se obligó a apartar aquel sentimiento penoso, ya que pensar en su ángel le dolía más de lo que se permitía reconocer. De alguna forma absurda, ella también se sentía abandonada por él.

—Si tú quieres, puedo ser tu mamá…, sí —se encontró diciendo.

—¿Puedo llamarte *mamá*, entonces?

—No sé si a los de tu reino les gustaría eso. —Ante esos ojitos decepcionados, Lina se apresuró a decir—: ¿Qué tal otra cosa, como Mamá Lina? ¿Te gusta?

—Me encanta —dijo moviéndose emocionada en su silla—. Ahora cuéntame más de esos leones. ¿Podemos ir a ver uno? —Ante la risa de su nueva amiga, la princesa siguió con confianza—: Me gusta hasta como suena: león. Me encanta tu lengua. No es finita como la nuestra. Es como caliente. Tienes que mover toda tu boca y no solo cerrar tus labios y silbar. Es como si comieras un gran bocado de vida. León… Areias…

Lina le sonrió con picardía.

—Te cae bien el príncipe Areias, ¿verdad?

—Mamá Lina —exclamó—, algún día yo me casaré con él y juntos reinaremos en las Aguas dulces y saladas.

Ante la seguridad extrema de aquella niña mujer, Lina se sintió incómoda. Así que hizo lo que todo adulto: le restó importancia cambiando de tema.

—Otra cosa interesante de los leones es que no son tan geniales como las leonas. Ellos tienen esa melena grande y se los considera los reyes de la selva, pero las hembras de esa especie hacen todo el trabajo: cazan, cuidan a los pequeños…

—¿Las leonas eran tus mascotas como la pequeña Smith, Mamá Lina?

Lina rio.

—No. No son animales domesticables.

—¿Qué quiere decir esa palabra? ¿*Domisticables*?

Lina suspiró. Ahora entendía a todos los que la rodeaban en el mundo infernal. La curiosidad, además de hermosa, puede ser un poco agotadora, pero no le podía negar nada a aquella dulce criatura.

—Do-mes-ti-ca-bles —la corrigió—. Domesticar a un animal significa que no viva más en su hábitat salvaje, bajo las reglas de la naturaleza, y convertir su comportamiento en algo más dócil, acorde a las reglas de la civilización humana.

—Ah… —exclamó más distendida—. Son vuestros esclavos. Comprendo.

Lina meditó un minuto; aquella princesita era muy inteligente y merecía buenas respuestas.

—Hay distintas formas de domesticar. Antes, en mi mundo, era legal hacerlo entre nosotros con armas y golpes, con violencia. Ahora tenemos leyes que no permiten el maltrato ni entre humanos ni hacia los animales. Hemos intentado mejorar.

—Me gustaría que en mi mundo sucediera lo mismo. No me gustan los golpes —dijo con los hombros caídos y luego se quedó callada.

—¡¿Qué?! —Lina se levantó de repente—. Princesa, ¿alguien te lastima?

—¿Qué es lastimar?

Esta vez Lina explicó acelerada:

—Cuando alguien hace o dice algo que te duele, que te molesta, que te hace sentir mal. Dime, ¿te golpean? —La princesa se apresuró a negar. Lo que aumentó las sospechas de Lina, pero al ver aquellos grandes ojos celestes, al ver en ellos la inocencia de Samuel, aquel Samuel de mil novecientos noventa, cambió de táctica—: Sabes que además de nuestro trato podemos ser amigas, como con Costa, ¿verdad? Siempre puedes decirme lo que quieras, aunque antes me hayas mentido. Yo lo comprendo todo, y estaré siempre con los oídos bien abiertos para escucharlo y ayudarte. Aun aquello que tú no puedas explicar. Es un poder mágico que tenemos las mamás de las Tierras.

La dulce acuosa sonrió ante los gestos divertidos que hacía su madrina con las manos, como si fuesen alas que le permitirían salir volando de allí.

—No te preocupes por mí y cuéntame más de esas leonas —le pidió.

Lina volvió a sentarse, dudó unos segundos y luego retomó la charla, más para volver a generar un clima de confianza con aquella niña que porque le apeteciera conversar de animales.

—Las leonas son las que cuidan a las crías y las mueven de cueva en cueva para que los predadores no las encuentren y se las coman. Son las que cazan y protegen a los más débiles de su manada.

—¡¿Todo eso?! —exclamó—. ¡Yo quiero ser amiga de una leona!

Lina la miró apenada, ya que Costa había estado en lo correcto con su descripción: esa niña estaba ávida de cariño. Necesitaba todo lo que le habían negado: una madre, una hermana, una amiga… En ese momento recordó un viejo cuento infantil que le leía a su pequeño e intentó adoptar su mejor tono:

—¿Qué te parece si te nombro Marina Leona Smith? ¿Te gusta?

—¡Como tú y la pequeña Smith! —exclamó casi en éxtasis.

—Exacto —dijo Lina conmovida—. Ahora somos una familia…

—Como una manada de leonas —completó la princesita.

Lina asintió y levantando su copa de agua dulce le enseñó a brindar.

—Por nuestra familia de leonas —dijo—. Y ahora, muéstrame tus alas.

Marina se levantó de un salto y, con ayuda de sus doncellas, se abrió la parte de atrás del vestido de coral. La piel se abrió y allí surgieron dos pequeñas protuberancias azules, con las venas marcadas, restos de algas y plumas que parecían escamas. Era la mezcla de acuosa y ángel lo que les daba ese aspecto lúgubre a esas inéditas extremidades.

—Dolieron muchísimo al salir, pero ¿a que son preciosas, Mamá Lina?

Lina casi soltó una carcajada y no pudo más que asentir mientras se levantaba a tocar aquellas alas tan extrañas.

Allí estaba aquella criatura, huérfana por negligencia, orgullosa de sus horribles alas. Lina había tenido sus resquemores, pero Marina era especial. De una extrema pureza, tal como su esposo le describía a Rory. Al parecer, la ausencia de Samuel era algo bueno después de todo. No había envenenado sus dulces corazones con ideas de venganza y absurda justicia divina.

«Es una lástima que las hermanas no se conozcan», pensó Lina.

Sin embargo, lo harían. El ángel las uniría para el único propósito por el que fueron creadas: destruir al hijo de los Infiernos, al Elegido oscuro, a Salvador, al hijo de la adorada Mamá Lina.

Capítulo 7

Batalla de almohadas

> «Irritado por aquel intruso en su pueblo, Salvador caminó por el lado de las esculturas de hielo y con su ira convertida en calor infernal las derritió todas. Aquel año, el concurso quedaría desierto.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Las nubes se movían con rapidez por el cielo, aunque el viento en la tierra era soportable. Los tres amigos estaban tirados de espaldas en el césped, con sus cabezas tan juntas que se rozaban.

—De acuerdo, tengo uno —soltó Logan—. Personajes de ficción que invitarías a cenar a tu casa.

—Con el desastre que es, no invitaría a ninguno que me cayera bien —bromeó Rory.

—Tengo uno mejor —salió Salvador a su rescate—. Superhéroe que sí quisieras ser y no quisieras ser, y por qué.

—Oh, vamos… —Logan puso los ojos en blanco—. Otra vez con ese tema, no.

De pronto, perdida en el hilo de la conversación, Rory soltó

mientras señalaba el cielo:

—Esa nube tiene la forma de mi padre.

—Vale… Pausa dramática —se burló Logan y luego añadió—: ¿Cómo, por el amor de Dios, va a tener forma de alguien a quien ni siquiera conoces?

Rory se giró para mirarlo y Salvador se tensó, pero luego comenzaron a reír los tres al mismo tiempo.

—¿Sabes a qué tienen forma? —siguió el responsable muchacho entre risas—. A la monografía de la guerra de mil ochocientos doce que aún no hemos terminado o a la presentación de Ciencias, que es mañana… O incluso a lo que haremos para el concurso navideño que ni hemos empezado a planear…

A su lado, Salvador lo acusó de aguafiestas y acotó:

—Para mí tienen forma de los emparedados de jamón y queso que ya deben de haber terminado de preparar la abuela y sus amigas. Además, ¡ya llega Juan! ¡Vamos! Apuraos, por favor, por favor, por favor…

Ese mismo día, más temprano, Salvador había levantado ansioso a su abuela. Amaba ese evento en particular. Planeaba todo su año alrededor de aquel domingo. Juan Carrasco llegaba a Whitehorse para hacer su maravilloso *show* de títeres y, como si se tratase de un segundo cumpleaños, Rory y Logan pasaban todo el día con él. Ya eran los mayores en aquel jardín repleto de niños, así que Logan le había hecho prometer que ese era el último año que asistirían como público. El siguiente podrían ir solo si ayudaban a las señoras del comité de la iglesia a prepararlo todo.

Ahora los tres corrían hacia el puesto de comida improvisado con dos caballetes y un tablón. Ese día había otra delicia para los niños: las últimas cerezas de la temporada.

Salvador devoró todo en menos de cinco minutos. Aquel apetito descomunal sería algo hermoso que se repetiría en el clan Wildman-Smith.

—¡Vamos! Así nos sentamos en los mejores sitios de delante —exclamó.

Pronto los tres estuvieron escuchando la voz encantadora de Juan dándoles la bienvenida junto a Al, que con su guitarra animaría la presentación.

El pequeño Sal lucía un rostro extasiado, lleno del disfrute infantil. Al ver brillar los ojos negros del niño mestizo, Al recordó aquel bautismo pagano la noche en que nació. Le había regalado tres de sus plumas: una para protegerlo de las injusticias, otra para encontrar paz en la amistad, y otra para que siempre recordase el

verdadero cariño. Hasta ahora aquellas bendiciones habían funcionado.

Ante el murmullo y las risas, la función comenzó.

—Cuenta la leyenda que hace *тиииииииииу* poco tiempo. —El titiritero hizo la típica pausa para las risas.

Mientras Juan seguía, Rory escuchaba una música espléndida más allá de la de Al. Tenía sus bellos ojos entrecerrados. Sus pestañas superiores acariciaban las inferiores y las primeras eran ligeramente más claras, dándole un toque de serenidad a aquella escena caótica. Es que la muchachita estaba en el primer asiento de un jardín que parecía la cubierta de un barco pirata sin su capitán. Los niños pequeños aún no se concentraban y ocupaban su tiempo en travesuras, estrujando a más no poder la libertad que daba la ausencia de maestras o adultos controladores. La nueva generación de niños no era tan respetuosa como la anterior.

En el asiento de al lado, Logan también estaba inmerso en esa canción inaudible para oídos no celestiales y, como dos músicos mudos, sus cuerpos infantiles perseguían el mismo ritmo.

Logan, despacio y por lo bajo, hacía danzar las palmas de sus manos imitando una pluma que obedecía los acordes que lograban que Rory moviera su cuerpo entero con la misma cadencia; y había algo más, unas voces que completaban aquella melodía inédita.

Ninguno podía comprenderlo a esa edad. Eran muy jóvenes. Después, con el paso de los años, la tristeza y el dolor de los duelos que serían obligados a afrontar, entenderían que aquellas voces intentaban revelarles la verdad de sus orígenes; acompañarlos en la difícil tarea de crecer en el mundo humano. Porque el primer reino jamás olvida a uno de los suyos.

Pero ahora, en el Whitehorse de dos mil cinco, Juan Carrasco seguía hipnotizando a Salvador, que no prestaba atención a nada más que a aquellos muñecos de madera.

—Los ojos de la niña eran los del amanecer y los del niño, como los del negro anochecer —seguía el titiritero—. Y un martes, porque esos días son los más bonitos, los de la clase de Arte, ambos pintaron un…

Más allá de ese extraño incidente que Logan enseguida escondió en su interior, pasaron una tarde estupenda, aun cuando Queen y Adam Miller aparecieron de la nada para darse cuenta de que otra vez habían escogido conjuntos similares.

Ante las risas de Logan, la muchachita casi arde de rabia, pero Rory le prestó su sudadera gastada para ocultar la conexión de mellizos. Queen juró que se vengaría de Logan, mientras su

hermano, callado como de costumbre, fue a aceptar uno de los últimos emparedados.

Cuando llegó el triste momento en que caía el día, los dos amigos pedalearon sin ganas hasta la alejada casucha de Rory. Estaban juntos desde el amanecer hasta la puesta del sol en los días de fin de semana o festividades, y les costaba separarse.

El hogar de Rory era una casa perdida en la parte más fea del bosque, con aroma a cigarro, mantel de hule grasiento y poca luz. El lugar era una maldita trampa mortal con cacharros oxidados y pozos en lo que debería ser un jardín. Parecía salido de una de esas películas que cuentan los orígenes de los asesinos en serie.

—Vamos, Sal —se obligó a decir Logan cuando llegaron. Al fin y al cabo, de noche no podían proteger a Rory, ya que debía regresar con su loca madre—. Ya empieza la telenovela de chicas que ves con la abuela Barb.

Salvador dejó pasar el chiste porque entendía que su amigo intentaba ponerle paños calientes al peor momento del día. Pero justo en ese momento en que dejaba de abrazar a Rory y olfatear la esencia a lavanda de su cabello, la sintió temblar entre sus brazos de pies a cabeza. Acto seguido, unos gritos masculinos lo hicieron temblar a él. La nueva pareja de Sarah Petelman era particularmente violenta.

Salvador la sujetó de nuevo entre sus brazos.

—Ven, Rory. Esta noche haremos una fiesta de pijamas.

—¿Estás loco? —dijo Logan—. Mañana es día de clases.

—Hablaré con mi abuela y con la tía —indicó el muchachito—. Comprenderán. Vamos, Rory. Súbete.

Era evidente el liderazgo de Salvador. Incluso aunque Logan era mayor, el hijo del cazador se imponía. Su robusto cuerpo y la autoridad de su voz, que ya le empezaba a cambiar, lo hacían el líder indiscutible de aquella pequeña manada.

Rory se subió de vuelta al manillar y Logan los siguió en su bicicleta. Así, emprendieron el viaje de regreso a la zona segura de Whitehorse.

Al oír el chirrido de las llantas, la abuela Barb abrió la puerta de golpe. Vio a su nieto allí parado con la misma expresión que Lina tenía cuando se le resbalaba una de sus adoradas figurillas de cristal. Lo observó de arriba abajo, sospechando que algo se traía entre manos, y comprobó que sus dos amigos parecían incómodos.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Salvador asintió y al entrar llevó a su abuela a la cocina para explicarle lo sucedido. La señora enseguida los envió al dormitorio

a alistarse para dormir y telefoneó a Julie sin ningún problema. Después se sentó y respiró hondo: hablar con Sarah era todo un esfuerzo.

Arriba, con improvisados pijamas de la ropa de Salvador, que les estaba grande, los tres jugaban una de sus famosas batallas de almohadas. Intentaban no hacer ruido y las carcajadas se agolpaban en sus gargantas.

Mientras Salvador se deleitaba en ver los cabellos de Rory danzar entre las plumas que se escapaban de las almohadas, Logan estaba pendiente de que la cajita de música de la esquina no cayera, ni tampoco el nuevo portátil que su tío había traído de los Estados Unidos. Al colocarlo todo, miró la fotografía de su tía Lina y su amigo Harry en el teatro; al fondo había un arco plateado.

Con su oído privilegiado exclamó con urgencia:

—¡Rápido! La abuela Barb está subiendo las escaleras.

En un abrir y cerrar de ojos juntaron las plumas y se colocaron la ropa mientras se esforzaban para que sus respiraciones volvieran a la normalidad.

Salvador se quedó con un almohadón que ocultó tras de sí.

—¿Necesitáis algo? ¿Agua? ¿Algo más de comer? —dijo la señora al abrir la puerta.

Los tres negaron con cara de angelitos, pero justo en ese momento una pluma se balanceó hasta caer en el suelo, lo que hizo que estallaran en una carcajada.

—Sal, ¿qué tienes ahí detrás? —preguntó su abuela sonriendo.

El niño le mostró una almohada desvencijada.

—¿Otra vez? —preguntó la señora sorprendida—. Me la llevaré para coser y te traeré la mía, pero no sé si tienes una cabeza o un yunque. Vamos, queridos, es tarde. Meteos en la cama para dormir.

—Sí, abuela Barb —obedecieron los tres juntos.

—Os quiero.

—Nosotros más —respondieron.

Cuando la señora cerró la puerta, almohadón en mano, los tres diablillos volvieron a desternillarse de la risa.

Pronto Logan estuvo desparramado en la camita de ruedas murmurando fechas de batallas y teoremas matemáticos.

Las noches que compartían en aquel dormitorio, los niños dormían en el carrito y Rory en la cama junto a la ventana. Pero siempre, cuando el muchacho de la casa contigua caía en un sueño profundo, Salvador se pasaba con ella y charlaban un poco más. La abuela Barb no lo sabía; si no, no lo hubiese permitido. Además del colchón, Salvador y Rory compartían un auricular cada uno del

discman mientras se miraban. En esa ocasión escuchaban la banda sonora de *Ghost*, la primera película que los padres de él habían ido a ver al cine.

—Rory, ¿te acuerdas de nuestro tercer refugio? ¿Los tres árboles iguales? —preguntó Salvador. Aquel era un lugar reservado solo para emergencias, por lo cual nunca lo habían usado—. Creo que hay que cambiarlo, porque está mucho más cerca de mi casa que de la tuya. Debemos buscar un lugar intermedio.

—Lo sé… —reconoció ella despacio—. Pero aquí estamos más seguros.

A sus palabras le siguió un profundo silencio.

Salvador quería besarla, pero también se moría de miedo. Antes, de más niños, hablaban varias horas, pero ahora, con la incomodidad de la pubertad, sus palabras de amor se transformaban en incómodos mutismos. Aunque todavía la inocencia de la infancia los cubría un poco con la impunidad de aquellos que pueden decirse lo que de verdad desean.

—Sal —empezó Rory—. ¿Era cierto lo que dijiste en la presentación? ¿Cuando seamos grandes vas a casarte conmigo y ser el padre de mis hijos?

Salvador le dedicó una sonrisa y se mordió con picardía el labio inferior.

—Por supuesto —dijo—. Hasta he inventado ya nuestros votos de matrimonio… Lo hice hace unos años, ¿quieres oírlos?

Rory movió su cabeza contenta mientras lo veía ir de puntillas hasta el primer cajón de la cómoda. De allí sacó un papel doblado en seis partes. Estaba arrugado y se notaba que había escrito y borrado sobre él varias veces.

De regreso en la cama, para darle importancia al momento, Salvador se aclaró la garganta y empezó:

—Querida Rory Petelman, prometo ser tu esposo fiel y hacerte reír para siempre. Prometo defenderte de todos los que te traten mal, abrazarte en cada escena de sangre en las películas y ofrecerte el centro de mis emparedados, es decir, el mejor bocado…, cada vez que comamos emparedados. Prometo respetarte hasta el infinito y más allá. —Hicieron una pausa para recordar lo fanáticos que habían sido de *Toy Story*. Después Salvador se perdió un momento en la lectura, pero luego retomó el hilo—: Prometo contarte todos mis secretos y oír los tuyos y nunca jamás, jamás, contárselos a nadie. Ni siquiera a Logan si tú no quieres. —Dobló el papel y la miró—. Y prometo amarte para siempre.

Rory estaba emocionada. Nunca había escuchado palabras tan

lindas.

—Ah —se acordó el pequeño—, y trabajaré siempre mucho para darte el móvil que quieras. Aunque seguro que para entonces tenemos el Nokia un millón en vez del mil cien. También sacaré para ti el peluche de la máquina de la señora Tucker.

—Yo… yo te cocinaré todos los pasteles del mundo y… y… —a Rory le costaba articular lo que sentía. Entonces, colocando su mano en la sien de él, se lo mostró con caricias y con una cálida sensación que a Salvador lo hizo sentir seguro, amado y protegido.

El muchacho abrió sus ojos negros de par en par. ¡Guau! Realmente lo amaba.

Allí, juntos, ignorando que aquello no era humano, sino un don heredado del padre guía de ella, que podía hacer vivir experiencias hermosas a todas las almas, los dos pequeños se quedaron dormidos con el *discman* encendido.

Al día siguiente, Salvador le contaría a Logan todo con lujo de detalles, aprovechando el recreo del segundo período. Rory lo haría después del quinto. Y su amigo en común les aseguraría a ambos que no eran unos cobardes por no haberse besado todavía. Ya lo harían. Además, ¿qué más podían pedirle a la vida? Habían ganado el primer puesto en la feria de Ciencias, aun cuando la odiosa de Queen Miller había intentado boicotearles el volcán. Logan era un buen amigo, aunque se burló durante días por aquellos votos almibarados. Como amante de la poesía, de la buena poesía, aquellas palabras de niño le daban vergüenza ajena.

Aún faltaban muchas aventuras en sus vidas para que esos votos se repitieran, y, cuando eso pasase, una poderosa Aurora usaría sus dones en todo su esplendor, mostrándole a Salvador la maravillosa vida que construirían juntos.

Pero antes, el infierno, por supuesto.

Capítulo 8

A rienda suelta

«El *Homo angelus* reemplazaría al *Homo sapiens*, y la tierra vería como los primates cuadrúpedos, ahora sí, podrían volar con sus nuevas extremidades.»

Eva Gold, *Trustout*

Una gran cacería —de esas donde cientos o miles de almas abandonaban el mundo de los vivos de golpe— siempre traía aparejada una importante organización y, lo que a Lina le pareció increíble: práctica.

La cacería en cuestión tendría lugar dentro de unas semanas, así que debían trazar mapas de recorrido, movimientos de cazadores y horarios para evitar embotellamientos de almas en las puertas de las Profundidades.

Al principio todo esto le había resultado increíble a Lina, pero más allá de las sorpresas y molestias iniciales, al final terminó por adaptarse. Lo mismo que cuando se acostumbró a la idea de amar a un demonio o de ser la madre de uno, ahora se adaptaba a ser uno

de ellos.

En ese momento estaba escuchando las indicaciones de su esposo rey junto a sus súbditos. Todos estaban sobre los corceles, muy atentos y sumisos. Lina se concentró más en aquellos rostros sufrientes que en las palabras de Máximus, y otra vez sintió una profunda lástima por los mal llamados *malditos*.

Los cazadores eran gentes de todas las razas, clases sociales y religiones, pero Lina enseguida encontró un denominador común entre ellos. A simple vista parecía que tenían mala suerte; sin embargo, al observar con mayor detenimiento, saltaba a la luz que lo que los unía eran las injusticias sufridas. Las malas decisiones habían sido moneda corriente para los que no parecían ser malas personas, después de todo; y es que tomar buenas decisiones era un lujo que muy pocos se podían permitir en el mundo de los vivos.

Una vez condenados, los cazadores se encontraban con que allí abajo también había una jerarquía que los ordenaba. Primero estaban los cuatro cazadores líderes, que planificaban todas las cacerías y eran los reyes indiscutibles, con sus tatuajes del infinito dorados. Solo rendían cuentas entre ellos y ante Ismerai.

Luego estaban los reclutadores, que se conectaban con las órdenes de las Profundidades. Así sabían quién podía escoger ser parte de los cazadores o sufrir del otro lado de las puertas.

Los siguientes escalones se separaban por antigüedad. Aquellos que llevaban siglos cabalgando les daban órdenes a los que llevaban décadas, estos a su vez a los que solo sumaban años y estos últimos a los más débiles: los recién llegados desde hacía semanas o días.

Por supuesto que esto nunca afectó a Lina Smith. Ella había sido reina desde antes de llegar, y se la trataba con el mayor de los respetos y la más exquisita admiración. Y si bien la jerarquía de la antigüedad era lógica, a Lina le resultaba extraño ver a un cazador con acné gritándole órdenes a otro de pelo grisáceo.

Además de ese escalafón, estaban los grupitos llamativos. Algunos destacaban por morir al mismo tiempo y permanecer los cuatro juntos. Así, había grupos de béisbol, compañeros de oficina, de guerra, cuatro hermanas… Por su rareza eran especiales y algo famosos. Como las animadoras, a quienes Lina detestaba. Penny Mallory, Penny Lola, Penny Leah y Penny Jane. Hasta sus nombres demoníacos eran exasperantes. Lina las odiaba porque se pasaban el tiempo echándole miraditas a su esposo, y en ese ámbito ya tenía bastante con qué lidiar: había entrado en un mundo lleno de ex de Máximus. Aunque él le juraba que nada había pasado con las animadoras.

Así que allí estaba, entre cazadores, masticando un chicle de sandía gastado, cortesía de Eron, y escuchando cómo sería una cacería de cientos de almas en una tragedia donde también habría guías celestiales. Junto a ella, los novatos escuchaban con miedo y atención. Cronológicamente Lina no pertenecía a ese grupo, pero por primera vez —sin contar Francés— era la peor de la clase y, además, le costaba concentrarse con el sexi maestro: aquel que hablaba para todos, poderoso sobre su corcel negro.

—Sé que estáis intranquilos porque faltan minutos para el próximo eclipse y queréis volver a sentir una caricia de humanidad, pero os pido que os concentréis. —Miró hacia la dirección de Lina; el revoltoso Travis se colocaba a su lado, sobre su cebra, metiendo bulla—. La próxima luna llena yo no estaré y habrá una gran cacería. Es imperativo que todos estéis listos. No quiero que ningún alma intente escaparse.

Lina no se hizo cargo de la segunda indirecta; estaba distraída. Justo detrás de Máximus vio a un cazador haciendo el gesto característico de rogarle que le quitase algo molesto. Bastaba con la unión de sus manos en petición de caridad para que Lina ya entendiera que necesitaba su ayuda. Los cazadores tenían tanto miedo del Círculo y de los líderes que con ese gesto se evitaban conversaciones peligrosas. Era como el lenguaje de los presidiarios frente a los guardias.

Lina le devolvió una seña indicando que se reunirían después, y de inmediato miró con culpa a Máximus. Él no avalaba eso, pero hacía la vista gorda. Sin embargo, en cuanto a lo otro… Sus reuniones y ahora su alianza con Marina… ¿Cuándo había sido la última vez que le había ocultado algo grave? Ah, sí, cuando Samuel había aparecido para anunciar que William se convertiría en su versión demoníaca y luego le había robado un beso. ¡Dios, qué infantil le parecía aquello! Ahora tendría que decir algo así: «Hola, qué tal, mi amor, ¿sabes? No me he besado con nadie esta vez, pero como que estoy organizando una rebelión a tus espaldas. ¡Ah! Y me he convertido en la madrina de la criatura que fue creada para luchar contra nuestro hijo. ¡Te amo!».

Fue Travis quien la sacó de su remolino de culpa, hablándole al oído:

—Sabes que tu queridito esposo nos insiste con eso de las almas porque a él se le escapó una sola en todo el tiempo que ha cazado. Por suerte, apareció Eron.

—Shh… —lo acalló y casi se traga su chicle—. Después nuestro queridito maestro me regaña a mí.

Travis emitió una leve risilla, como la de un duende.

—Se negó a cazar a Catherine, su novia irlandesa —siguió más bajo—. Porque nuestro Máximus es todo un caballero. Bueno, al final Eron intervino y la reclutó. Hicieron algo extraño allí. Al parecer los reclutadores tienen bastante más poder de decisión que nosotros, los simples cazadores. Ahora ya sabes por qué ella decía que nuestro líder la amaba. ¡Qué loca tonta!

—No te burles de una muerta —lo regañó recordando con pena a la que se había infiltrado en Whitehorse para ayudar a los Caballeros de la Luz a matarla y en el último momento dio su vida por ella y por su familia—. Y cállate ya, que Máximus va a usar su poder de líder contigo, y odio cuando hace eso.

—Vamos, yo me puedo burlar. Cabalgué con ella durante años —dijo y muy ufano agregó—: Además, sabes que a mí el temor de los líderes no me hace nada. A ti tampoco. Por eso cabalgamos sin congelarnos: porque el miedo no nos paraliza. Aprovéchalo. Haz algo. Cualquier cosa, Reina Madre. —Después de todo aquel día, el simple muchachito no quería solo entablar conversación. Al parecer venía con una agenda propia—. No todos somos iguales. Ya lo has notado. Algunos no merecíamos estar aquí. Pero contigo hay esperanza de que las cosas cambien. Ya lo están haciendo. Se comenta que tu esposo obligó a un alma a arrastrarse hasta los Infiernos porque te llamó perra.

Era verdad. En una cacería conjunta un alma se encolerizó con ella. A veces sucedía aquello. Sobre todo con las cazadoras mujeres, que no inspiraban el mismo respeto que sus pares masculinos.

Máximus carraspeó otra vez, mirando a donde estaban ellos. Lina afianzó las riendas de Sanity y la escuchó gemir un poco por el tirón. Después quedaron en silencio.

El cazador líder no perdía la calma, ya que era un gran maestro. En el ejército irlandés se había encargado de adiestrar a los novicios. A su lado nadie debía ignorar reglas básicas de supervivencia. Era un gran líder que compartía generosamente todo su conocimiento. Y, cuando Máximus ocupó el lugar del guerrero irlandés, también capacitó a los nuevos condenados. Mientras que Eron era un reclutador que impartía instrucciones básicas, Máximus se encargaba de que todos cabalgaran a la perfección para evitar que cualquier alma se les escapara. El error imperdonable para los cazadores y el último resabio del libre albedrío: la posibilidad de huida de las almas errantes. Solo muy pocos eran *naturales* para aquella complicada labor. Hasta Izzie necesitó varias lecciones para que las escurridizas almas no burlasen su autoridad infernal.

De pronto, ante una pompa de chicle de Lina, Máximus preguntó un poco cansado:

—Travis, por favor, ¿qué acabo de decir?

—Que nos separaremos por países —repitió y luego bromeó envalentonado—: Quizás a nuestra reina pueda tocarle Francia y practicar su acento.

Gracias a la risa contagiosa de Lina por el chiste, todos se echaron a reír; algo impensable antes de su llegada.

—Nadie me respeta —se quejó falsamente—. Tanta Reina Madre por aquí, Jinete de Fuego por allá, Elegida y Salvadora, para que se rían a costa mía.

—Quizás si te estuvieras callada, mi vida… —terció su líder.

—De acuerdo, mi señor Máximus, haremos como tú digas. —Hubo un «oh» general. Todos sabían que su reina solo lo llamaba por su nombre demoníaco cuando estaba enfadada. Por su parte, él reconoció el rostro rojo de enojo y diversión de ella, así que la dejó continuar—: Pero me parece un error, como siempre. ¿Por qué tenemos que separarnos tanto? No tiene sentido. Ya hay cazadores en aquel continente. Si van ellos, todo es más rápido. Cada uno tendría que cubrir la misma porción de tierra para acostumbrarse al terreno y automatizar la cabalgada. Ya te lo dije: meridianos y cuadrantes. Fácil.

Al parecer, tanta experiencia organizando las obras escolares le había servido para algo a Lina: era buena planificando.

—Lo propondré en la próxima junta de accionistas —se burló Máximus con una sonrisa ladeada.

Otra vez se soltaron al viento risas generales auspiciadas por Lina, que no se tomaba en serio el comentario de su esposo. Es que ella era esa compañera de trabajo que todo el mundo quiere: la que hace que el ambiente tóxico sea un poco más llevadero.

—Bueno, basta de juegos. ¡A trabajar! —gritó Máximus—. Separaos en los grupos.

Travis se despidió con una mueca divertida, sin insistir con su discurso liberal. Quedaron solo Eron, Izzie, Lina y Máximus. Este último leía la lista donde aparecían los nombres de las almas a cazar.

Lina se asombró mucho la primera vez que la vio, tiempo atrás, ya que nunca le habían hablado de una lista.

—R. López, asesino en serie, ocho almas, vas tú, Izzie —ordenó el líder—. W. Van der Costle, terrorista, trescientas almas, es tuyo, Eron.

Después se quedó mudo un momento. Miró a su Lina, de todos

los Infiernos la única alma pura. Se saltó un nombre y dijo:

—V. Hiroshi, rapto de ira, un alma. Es tuyo, Lina.

—¿Rapto de ira? —preguntó molesta—. ¿Qué demonios es un rapto de ira?

Izzie y Eron sonrieron con camaradería. Les gustaba estar cerca de ella; podían hacer tantas cosas, como por ejemplo escucharla discutir la lógica de las Profundidades con su líder.

—Perdió los nervios por un lugar de aparcamiento y mató al otro conductor —explicó Máximus echándose el cabello hacia atrás.

—Uff… ¿Por qué siempre me tocan los más raros? Ayer Eron reclutó a una cantante. —Miró al gigante y le sonrió—. No te enojes. Sabes que pienso que eres el mejor reclutador del universo, pero yo también quiero hablar con las almas interesantes. Además, me gustaría que dejasen de tocarme tantos extranjeros.

—¿Extranjeros? —Máximus se apretaba las sienes. Cada vez entendía menos a su humana.

—Ya sabes que no se me da bien el chino mandarín, Will, ni el alemán y por supuesto el peor es el francés. No soy como vosotros… Hacen bien en burlarse de mí, ya que no aprendo los idiomas con facilidad. Las almas casi no me entienden, ¿no puedes enviarme a reclutar gente que hable inglés o español? Esos idiomas me gustan. ¿O quizás los sordomudos? Soy buena con las manos.

Máximus la siguió con una carcajada estruendosa. Dios, amaba a esa humana.

—Ay, mi vida, ¿qué vamos a hacer contigo?

Lina se encogió de hombros y las mangas abultadas de su vestido crecieron.

—¿Conseguirme almas que me entiendan y que no se rían de mí cuando intento explicarles su destino?

—Vamos, tortolitos, que se hace tarde —los cortó Izzie tomando a Sanity de las riendas. La yegua volvió a quejarse, pero se puso en marcha y así las dos cazadoras se fueron en la misma dirección.

Cuando los demonios quedaron solos, el ambiente cambió. Fue Máximus el que rompió el tenso silencio.

—Realmente, Eron, ¿qué voy a hacer con ella? El tiempo pasa y sigue aquí… Es tan injusto. Siento que nos han engañado, amigo. Confabularon fuerzas invisibles contra la *pareja maldita* —se quejó—. Ni siquiera le cambiaron su precioso nombre.

—Yo creo que eso es algo bueno —respondió Eron—. A nosotros nos regalaron una nueva identidad para soportar los años de culpa. Ella, en cambio, no tiene ninguna. Su nombre le sigue perteneciendo, no tiene nada que ocultar ni nada de qué

avergonzarse. Está bendita de humanidad.

—No, no confundas una maldición con una bendición —lo corrigió—. Todo es más difícil aquí con su alma humana. Creo que su humanidad la controla y la puede llevar a hacer algo peligroso.

Eron iba a pedirle que no fuese pesimista, pero el trabajo esperaba.

* * *

Después de reclutar aquella espantosa alma, Lina fue a descansar a su cueva. El resto de su grupo ya estaría en la Antártida y, aunque tardarían poco, ella no podía exponerse a esas cruentas temperaturas.

En su lindo refugio, bajo un sol acogedor, fue hasta el lago para beber con su compañera y la pequeña Smith. Se mojó el rostro y los brazos con agua fresca y, ante un relincho penoso de Sanity al beber, Lina le revisó el morro. Estaba repleta de llagas abiertas. Esas riendas malditas, junto con la debilidad de su parte humana, eran las que causaban aquella tortura.

Limpió el pus y la sangre mientras su paciente compañera intentaba mantenerse tranquila, pero los tirones de dolor la hacían patear el suelo de vez en cuando. De pronto, Lina cerró los ojos decidida. Se iba a meter en problemas, en grandes problemas, pero no le importaba.

Así, como quien arroja el programa de una obra aburrida, Lina quitó las riendas, la montura y cualquier elemento ajeno a su compañera. A partir de ahora cabalgaría a pelo y, para evitar dar marcha atrás, con su guadaña cortó las tiras y los aceros hasta hacerlos jirones.

—No habrá más riendas. —Acarició el hocico, ahora libre, pero aquello no eran fauces ni era Sanity para ella. Sino Umah. Un ser majestuoso que parecía aceptar su suerte con la misma resignación que ella—. Soy una desobediente, ¿verdad, amiga? Pero ¿qué más pueden hacernos?

Sin embargo, justo en ese momento, pasando desapercibidos, los tres líderes la observaban desde lo alto de la colina. Aquella mestiza traía cambios y más cambios. Era peligrosa y los estaba cansando. Ante una señal del más antiguo, se retiraron al mismo tiempo, mascullando sus planes de contención.

Abajo, Lina apoyó las manos sobre la mujer equina, que enseguida se convirtió en una terrestre del todo. Por el esfuerzo, se tambaleó un poco y la pequeña Smith la miró preocupada.

—Jinete de Fuego —exclamó Umah entre toses—. Te agradezco esto, pero…

—Solo hago el mundo más justo —jadeó.

—Podemos cambiar nuestro mundo, hacerlo más justo —Umah la ayudó a sentarse—, pero nuestro mundo es la Tierra. No los Infiernos. Parece que lo estás olvidando.

—Vamos, ya me han reprendido demasiado para un día. —Lina se acostó cuan larga era en el césped mientras su pecho buscaba aire. Con la poca fuerza que le quedaba intentó animar la situación —: Ser reina es más amargo de lo que imaginaba. ¡Ve con tu niño! ¿A qué esperas? Vamos, que Will me prometió una sorpresa por el eclipse y no quiero arruinar nuestra noche con una discusión por transformarte. ¡Ve!

Su compañera dudó al verla jadeante, pero ante las señas insistentes, terminó obedeciendo. Lina la vio correr entre los prados y luego, recuperando un poco el aliento, se sentó a esperar a su esposo mientras arrojaba al lago los restos de esas riendas malditas.

La pobre no tuvo un segundo de descanso; de inmediato escuchó a su espalda:

—¿Lista para nuestra cita, señora Wildman?

—Señora Smith —lo corrigió sin girarse—. Y más que lista.

Máximus la tomó por la cintura y la cargó entre sus brazos. Cabalgaron sobre Humble hasta un lugar que conocían bien: la casa de Paolo en las afueras de Whitehorse. Lina amaba estar por esas zonas.

—La tenemos para nosotros por una hora —le explicó él cuando llegaron.

Pensando que estaba más quieta de lo habitual por la emoción, Máximus la ayudó a desmontar y la alzó escaleras arriba por el porche. Dentro, todo estaba dispuesto como para una noche romántica: velas, fresas con chocolate, pétalos de jazmín, una mesa repleta de comida fresca y una manta junto a la chimenea chisporroteante.

Lina se acercó despacio a esa fuente de calor. Sus lagrimales no podían transmitir lo emocionada que estaba. El favor que le había hecho a su compañera la había secado.

—Will… —murmuró.

Máximus fue hasta ella y le acarició el bucle sobre su frente. Después siguió con su dedo cálido por la nariz, los labios que se abrieron en un acto reflejo y el mentón. Siguió viajando hasta el escote y luego se sumaron los otros curiosos dedos para quitarle el vestido y la enagua.

—Adoro verte desnuda.

Con el rostro inusualmente pálido ella pidió:

—¿Puedo verte yo también?

Máximus estaba muy serio. Dio un paso hacia atrás y se quitó la ropa como siempre; como los hombres apuestos lo hacen. Confiado y sin apartar la vista de ella.

Enfrentados en su desnudez se observaron. La masculinidad de él los apartaba como una vara de hierro que goteaba su propia excitación. Cuando se acercaron, Lina lo sintió palpitar en su bajo vientre. Era tan alto…

La alzó y ella se abrazó a él con sus piernas. Luego la inclinó hacia atrás, ya que quería espacio para besar sus pechos.

—Will… Tómame —le rogó—. No aguanto.

—Yo tampoco.

Así, con él de pie y sosteniéndola, se unieron. Haciendo equilibrios, comenzaron las primeras estocadas suaves y después el ritmo se volvió salvaje.

—Hacemos esto demasiado poco, mi vida —se quejó él—. No voy a durar. Lo siento. —En un quejido final, no fue capaz de esperarla. Pero siguió allí y con una mano inquieta logró que ella también se liberase de esa tensión sexual que padecían.

Cuando Lina presionó sus dedos, gimió y se dio cuenta de que seguían de pie, burlándose de la romántica piel que los esperaba en el suelo frente a la chimenea. Sin embargo, Máximus la abrigó con esta cuando fueron a pellizcar lo que había en la mesa. Él solo se puso su pantalón. Se sentó sin ayudarla con la silla —algo había aprendido en todos esos años— y la miró cuando, en vez de acomodarse a la mesa, ella fue hasta él y se colocó sobre sus piernas.

Mientras comían las fresas, Lina le besaba ese pecho descomunal.

La piel falsa se resbaló de sus hombros.

Máximus, rendido, se bajó la cremallera y volvió a hundirse en ella. La bajaba por la cintura y los hombros, despacio. Cuando fue a por todo, apoyaron sus frentes. Él se frustraba en sus primeros encuentros. No aguantaba nada con ella. Jamás le había pasado algo así, y hubo un momento en que pensó que con el paso de los años sería más resistente. Sin embargo, ahí estaba, descontrolado por su humana, otra vez llenándola antes de tiempo, pero se negó a salir de ella hasta que pudo responderle de nuevo.

Tras unos embistes suaves, la llevó al suelo para lamerla entera hasta que su cuerpo estalló. Pero antes volvió a entrar en ella

porque era egoísta y quería sentirla explotando en él.

—En estos momentos me olvido de que eres desobediente como cazadora —le susurró en su oído cuando se acariciaban satisfechos.

Lina le dijo algo en el Primer Idioma, el de los Cielos, y se rio cuando él rechinó los dientes.

—Eres mala.

—Desobediente…, mala… Dime, ¿por qué estás conmigo, entonces?

Máximus se incorporó de un salto, sin importarle su desnudez, y fue hacia una esquina para preparar otra sorpresa, mientras ella se envolvía de nuevo en la piel. Más por vergüenza que por frío.

—Estoy contigo por cómo bailas —dijo.

Lina rio.

—Sí… Justamente.

—¿Quieres bailar? —la invitó con sus brazos musculosos.

—Pero si no hay música.

Máximus se giró de nuevo con el ceño fruncido. Efectivamente, el disco que acababa de poner en el viejo aparato de Paolo se movía, pero él tampoco podía escucharlo sin la magia de Lina. Ni siquiera con el eclipse, que les regalaba alguna que otra experiencia humana.

—¿Sucede algo? —preguntó ella aún sonriente.

—Nada, mi vida —mintió acercándose—. Nada en absoluto.

La pérdida de humanidad de Lina era cada vez más evidente para Máximus. Parecía que los cambios se aceleraban, aunque estos eran intermitentes. Con el corazón en un puño intentó no arruinar la noche y le rodeó el cuerpo que siempre sería bendito para él. Comenzó a moverse mientras con su voz de perro le cantaba *Runaround Sue.*

Entonces Lina acarició el hoyuelo sobre su labio.

—Te amo, pero intento encontrar el botón de pausa…

Máximus sonrió ante el chiste; sin embargo, por dentro pensaba en las palabras de Destiny. La vieja de la cueva ya le había explicado lo que debía hacer, cuando la volvió a visitar, al cabo de un siglo. Y si bien en su primera visita las tres preguntas permitidas habían sido para él, en la segunda fueron para su esposa e hijo. Para protegerlos. Ahora más que nunca se hacía evidente que aquella criatura tenía razón. Las cosas se estaban poniendo complicadas con Lina y si ella se volvía menos humana, él tendría que apurar sus asuntos con Ismerai.

Por eso pasaba tanto tiempo con él, porque ahora Máximus ya no era un chiquillo enamorado, ahora era un responsable padre de

familia y, por ende, algo mucho más peligroso.

Capítulo 9

El tío J. J.

«—La reinauguración del teatro Blackhorse a finales del siglo XX fue un gran acontecimiento en nuestra ciudad. ¡Así que empecemos! Por aquí, seguidme —dijo la guía y luego, mirando hacia el final del grupo, agregó—: Querida, tú, la de los ojos violeta, no te separes, por favor.»

W. Parrot, *Darkhorse*

Tras el día libre, la persiana de la peluquería Susi se abrió hasta arriba. La señora Iron fue directa al mostrador y, antes de ordenarlo todo para la apertura, revisó el contestador automático:

—Usted tiene dos nuevos mensajes —dijo la voz eléctrica femenina—: Mensaje uno. Recibido anteayer a las ocho y treinta y seis p. m. —Sonó el pitido indiscutible que daba paso al mensaje—: Hola, Julie. Te habla la señora Clark. Quería cambiar el horario del miércoles, así voy cuando haya más clientas y puedo charlar. Entre las cinco y las seis me desocupo. Sí, ya sé que es temprano, pero es

que ni te imaginas todo lo que me ayuda mi nieta en el negocio. Esa niña es tan capaz, siempre la mejor del curso… Bueno, entre las muchachas, porque tu Logan es muy bueno también. Aunque, claro, seguro que heredó eso de ese esposo tan buen mozo e inteligente que tienes. Todos mis primos de Ottawa quedaron fascinados con las excursiones que les organizó. Qué bien que se pudo hacer cargo de la agencia. Está mucho mejor que cuando estaban tus padres. A propósito, dales mis saludos cuando hables con ellos, supongo que para Navidad tampoco vendrán este año… Bueno, como decía, cualquier horario entre las cinco y las seis. ¡Gracias!

La peluquera no pudo más que reír.

—Guau, un nuevo récord para la chismosa señora Clark. Tocó veinte llagas al mismo tiempo… Solo le faltó nombrarte a ti, Angèle —dijo. Eso era algo que hacía frecuentemente: hablar en voz alta como si Lina estuviese frente a ella.

El bip del contestador la hizo prestar atención de nuevo:

—Mensaje dos. Recibido anteayer a las once y cuarenta y dos p. m. —Se escuchó el pitido y a continuación la voz de su hermano llenó el local—: Juls, soy yo, J. J. Escucha, tengo un tiempo muerto de unas semanas antes de la siguiente gira. Así que salí de la granja antes. Pensaba ir para allá. Te llamé al móvil, pero como tengo bloqueado mi número supongo que no supiste que era yo… Bueno, a lo mejor sí… Oye, lamento lo de la otra vez, por no aparecer. Te juro que estoy mejor. Esta última granja ha funcionado. Puedo quedarme en el hotel de los Wilmayer, de todas formas. Solo quiero ver a los niños y a ti, por supuesto… y a Matthew… —Aquí aparecía otra voz que decía algo así como «Señor Jones, lo esperan para la rueda de prensa»—. Bueno, te escribiré cuando esté a punto de llegar el martes. Te quiero, Juls.

—Yo también, tonto —dijo sola en medio de la peluquería con un nudo en la garganta.

Pronto llegarían sus citas. Ahora todas querían el cabello en capas, algunas alisado y otras, las más jovencitas, con mechas de colores que podrían hacer jugando en su casa.

Limpió la mesa de manicura suspirando y luego reparó en el día de la semana en el que se encontraba.

—Maldito J. J., ya ni se fija en el calendario.

Tras poner los candados y un cartel de disculpas, volvió a subir a la vieja camioneta Ford que ahora le pertenecía. El resistente Honda pasaría a manos de Logan cuando fuese mayor.

Condujo rápido sin reparar en los pitidos de los coches que la esquivaban y en cuanto aparcó en la entrada de su casa, escuchó a

los tres diablillos que eran puras risas.

Julie recordó su propia infancia junto a Josh y a Lina y, contagiada por aquella felicidad, entró y fue a donde provenían los ruidos: la cocina.

Se quedó helada en la puerta.

—Hola —dijo el hombre lleno de tatuajes y *piercings* al verla. Tenía una barba rodeándole la boca y los pelos en puntas con gel a la moda, y vestía pantalones caídos con una cadena hacia el lado.

Los años volvieron para ella como una bofetada que casi la volteó. Tuvo que sujetarse a la pequeña mesa donde ponían las llaves y la correspondencia.

La última vez que la señora Iron había visto a su hermano había sido un par de años atrás, en la peor época de su vida. Notó en los ojos de él la misma tristeza que generaba esa avalancha de recuerdos. Estaba diferente. Más cambiado de lo que se mostraba en la televisión y en las portadas de los discos.

Los niños también lo estudiaban. Logan lo abrazaba con fuerza, Salvador curioseaba los tatuajes y Aurora envidiaba todos sus pendientes, ya que su madre nunca le había perforado las orejas.

—¿Está bien que esté aquí? —preguntó él.

Ante esa voz dulce, Julie ya no se sintió como un ama de casa o una madre, una esposa, una jefa, ni como la señora Iron… Volvió a ser Julie Jones otra vez. La hermana de J. J. La única que quedaba viva.

—Esta es tu casa, Josh —soltó mientras se arrojaba a abrazarlo. El muchacho, que ahora era un hombre, la besó en la coronilla—. Claro que es tu casa —siguió ella y fue al fregadero, reclamando automáticamente el dominio de su cocina—. ¿Por qué no me avisaste con más tiempo? Hubiese tenido todo preparado. Cancelaron las clases por la nieve y no sé qué cosa de las tuberías del colegio, así que estos revoltosos me tienen todo patas arriba.

J. J. reparó en los tres pequeños.

—¿Adivinad quién tiene la maleta llena de regalos para vosotros? —Ante los gritos de alegría los animó—: Revisad y no dejéis nada.

Los dos varones corrieron hacia el salón, pero la pequeña miró a Julie y luego a él, se mordió el labio inferior y caminó despacio. Había algo en su actitud que lo hería, así que doblándose se acercó a ella para decirle en secreto:

—Hay un paquete rosado pequeño, abre ese primero. Me costó mucho conseguirlo. —La niña lo rodeó con sus brazos terminando de darle la bienvenida y luego fue a sumarse a sus amigos. Cuando

se quedaron solos, J. J. exclamó—: ¡Qué extraño! Recordaba que Rory tenía el cabello hasta la cintura.

Julie bufó mientras ponía la tetera para un té.

—Pues eso es cortesía de la terrible Sarah, que la castigó por quedarse a dormir en casa de Sal, sin avisarla con tiempo. Pobre Rory… Suerte que se lo arreglé y que es hermosa. Cualquier otra niña parecería un varón.

—Hay gente que no debería tener hijos —sentenció J. J. mientras vigilaba a los tres revoltosos por la puerta entreabierta. Ya empezaban a volar los primeros envoltorios y a escucharse las exclamaciones de júbilo—. Han crecido bastante.

—Dos años son mucho para los niños —le reprochó su hermana.

—También lo son para nosotros.

—Lo sé. —Julie se acercó y lo tomó por los hombros, observándolo detenidamente. Con orgullo dijo despacio—: Mírate, Josh, estás muy guapo. Pese a todo este disfraz de roquero, te has convertido en un hombre hermoso.

—La fama puede hacer milagros —bromeó con su sonrisa franca.

Julie volvió a los quehaceres ahora más relajada. Los platos del desayuno habían quedado sucios y se puso con ellos mientras J. J. le preguntaba:

—¿Lo has visto?

Ambos sabían a quién se refería.

—Religiosamente, una vez al mes. —Julie escuchó la silla moverse por el suelo y luego el sonido de su hermano al caer sobre ella—. Preparo las cosas que me encarga o que se me ocurre enviarle, y él se lo lleva. Tú ya sabes…, lo mismo de siempre.

—¿Cuándo es luna llena? —J. J. jugaba con el salero de tapa oxidada y un reflejo del pasado lo inundó. Una cafetería. Un salero girando por la mesa. Su primera pelea a puños.

—Mañana vendrá —contestó Julie enjabonando una taza.

—Llegué justo, entonces, para ver al gran Máximus —ironizó—. ¡Qué suerte la mía!

—Ay, por favor. ¿Aún sigues enfadado con él?

—¿Acaso tú no lo estás?

Típico de su hermano, ponerse a la defensiva respondiendo con otra pregunta.

—Sabes que nunca con él.

La silla se movió y, de espaldas, Julie podía imaginarlo balanceándose. Por unos momentos solo se oyó la vajilla golpear de vez en cuando el mármol del fregadero.

—En cambio yo siempre he estado enojado —continuó J. J.—. Con él. Con ella. Con todos.

—Te hace daño vivir así. Deberías buscar una buena muchacha, casarte, tener hijos y los problemas que todos tenemos. —Julie enjabonaba ahora un plato agrietado.

Él emitió una risita nostálgica mientras la veía apoyar las manos a los lados del fregadero, señal de que algo importante vendría.

—Déjala ir, J. J. —rogó—. Déjala ir.

—Es imposible. Eso iría contra mis principios.

—¡Ay, por favor! Todos comprometemos nuestros principios al final —reconoció Julie—. Yo hasta puse una mesa de manicura en la peluquería.

—No entiendo por qué no aceptas mis cheques —la regañó—. No deberías ni trabajar.

Ella no respondió. En vez de eso, tras cerrar el grifo fue hasta su bolso en la entrada y sacó una revista que había llevado de la peluquería.

—Vamos a lo importante —dijo, sin querer hablar del orgullo de su esposo y las razones por las cuales no aceptaban ayuda económica de nadie—: ¿Es cierto que estuviste con esta actriz?

Josh miró la página que le señalaba.

—Vamos, tú odias estas revistas. ¿Qué haces con ella?

—Son las únicas que dejo entrar en la peluquería, las que hablan de ti. Que últimamente son bastantes… —lo toreó—. Y no cambies de tema.

J. J. miró hacia abajo.

—Fue una tontería. No tiene importancia.

Julie lo golpeó con la revista enrollada.

—¡Ay, gracias al cielo! Yo sabía que había un Jones dentro de ti. Me haces sentir orgullosa, J. J. Con esto sigue así: con las aventurillas, con la guitarra, la batería, tu voz… Sigue viajando y acostándote con cuanta reina de belleza se te cruce. Pero, en todo lo demás, ten cuidado, por favor.

—Me cuido… —se defendió—. Solo que es difícil ser famoso.

Julie puso los ojos en blanco y pensó: «Dios, dame paciencia».

—Bueno, señor famoso…, ¿sabes qué no es difícil? Llevar a los niños a por algo dulce, mientras ordeno todo.

—No me apetece conducir hasta la cafetería. Mejor nos quedamos para ayudarte.

Julie le sonrió ante lo absurdo. Allí lo que harían sería estorbar y ella tenía que preparar la habitación, ordenar la que estaban liando los niños y cocinar. Además, quería demostrarle a su hermano que

era omnipresente. Como una madre.

—¿No te apetece conducir? —Se pellizcó el labio pensando cómo lo iba a poner en su sitio—. Vamos, que no soy tonta. Sé que estás sin licencia por conducir ebrio. Me lo dijo tu mánager. —Sin hacer caso a las protestas de su hermano, continuó mientras lo ponía de pie y lo empujaba al salón—: Sí, sí, yo lo sé todo. Hasta sé que la próxima ya no será una advertencia, sino que te meterán en la cárcel. No, no pongas esa cara. ¡A abrigarse y a tomar aire puro! ¡Vamos! Llévatelos y así ordeno un poco la casa.

Los niños saltaron de felicidad hacia el perchero, olvidando todos los regalos. Estar a solas con su tío era un lujo que disfrutaban demasiado poco.

—¡Y volved temprano! —Julie gritó esto último cuando ya regresaba a sus platos y todos salían con sus chaquetas puestas.

En un abrir y cerrar de ojos, la casa estaba en completo silencio, excepto por el tictac del reloj. Se secó las manos sintiéndose una verdadera hipócrita por lo que le había pedido a su hermano. Nunca nadie en su sano juicio, habiendo conocido a Lina Smith, la dejaría ir.

* * *

Se sentaron en la mesa más apartada, quitándose los abrigos, las bufandas y los guantes.

Salvador ayudó a Rory con sus mitones.

Desde allí veían la nieve caer despacio y el famoso tío pasaba desapercibido sentado de espaldas a todos, con ellos tres mirándolo con ansiedad. Adoraban que estuviese en el pueblo y que los llevara a aquel caro restaurante, que era un lujo para los adultos. El lugar era genial. Tenía en cada mesa una pequeña gramola que, además de pasar la canción elegida, proyectaba el videoclip en una pantalla grande.

Por su parte, a J. J. le gustaba el sitio porque le recordaba su primera juventud, cuando los vídeos sí eran buenos. Ahora no le gustaban ni los de él.

—Mañana os prepararé mis famosos huevos *a la Josh.* —Aún le gustaba cocinar y prefería hacerlo para sus sobrinos y no para sus innumerables conquistas, quienes insistían en quedarse en sus mansiones el mayor tiempo posible. Cuando la camarera apareció para tomarles el pedido, él ni se inmutó ante los piropos, solo agradeció para sus adentros cuando se fue. Volviéndose hacia los jovencitos les pasó varias monedas para las gramolas y los animó—:

Escoged cada uno vuestra canción preferida y contadme más de vosotros.

Los tres se miraron; tenían tantas cosas que contar, pero fue Salvador quien comenzó:

—Queremos presentarnos en el *show* navideño del pueblo para ganar los mil dólares, pero vamos justos de tiempo.

—No puedo creer que solo sigan siendo mil dólares. Si los necesitáis, yo os daré esa suma a cada uno. —J. J. ya tenía otra relación con el dinero—. ¿O es que queréis ser famosos y repartir los regalos en el desfile como el mejor amigo de Santa Claus?

Los jovencitos rieron avergonzados mientras comenzaba a sonar la canción que Rory había escogido: *So in Love*, de OMD. Por supuesto que lo hizo por Salvador.

—Excelente gusto, pequeña —la felicitó Josh.

—¡Ah! Y nos encantó tu último disco, tío —dijo Logan mientras se bebía un vaso completo de agua—. Es divertido ver las fotos de ti, de mamá y de la tía en las portadas.

Josh aceptó el cumplido en silencio.

—¿La camarera habrá entendido que quería doble ración de tocino con mis huevos y el emparedado? —Salvador observó el comedor, muerto de hambre ante tantos olores—. Parecía distraída mientras te miraba, tío.

—Toma —Rory sacó una chocolatina de su bolsillo—. Para que esperes.

J. J. sonrió ante esos dos.

—¿Y qué queréis presentar? ¿Habéis decidido ya?

—Mmm… Teníamos algo en mente —dijo Salvador—. Pero ¿podemos pedirte un favor?

—Claro. Para eso están los tíos. Es más, cada vez que me veas, *debes* pedirme algo.

—Vale —rio el pequeño y su tío se lo quedó mirando. La risa de Salvador era algo de Lina. Eso fue maravilloso de descubrir. Dos años atrás el pequeño aún reía igual que todos los de su edad, pero ahora, con una personalidad propia, robaba corazones con esa risa. Devolviéndolo a la realidad, exclamó—: ¿Nos ayudarías a montarla, tío?

—¿Bromeas? ¡Me encantaría! ¿Queréis que me disfrace de espárrago roquero?

—No —soltó divertido—. Es solo que tenemos un problema. —Se puso más serio y eso también le encantó a J. J.—. Ya habíamos escogido hacer *Beautiful*, con Rory cantando como Christina Aguilera. Pero… ahora Rory no quiere porque su cabello… Bueno,

no se sentiría cómoda usando peluca.

—Me pican… —se excusó ella acariciando la raída cinta azul de su muñeca—. Y, además, me da vergüenza.

J. J. odió una vez más a la terrible Sarah, que por segunda vez en su vida martirizaba a una criatura única. Lo trágico era que Lina solo había sido una compañera de clase, pero Aurora era su hija.

Julie y la tía Barb le habían explicado que denunciarla solo llevaría a la pequeña a Servicios Sociales, ya que, con ningún familiar cercano para hacerse cargo, la niña quizás sería llevada a otra ciudad y ni siquiera contaría con la ayuda que le brindaban ellos. Es por ello que J. J. llegó a la misma conclusión que todos: le daría la felicidad que estaba a su alcance. Entonces tenían que hacer la mejor presentación.

La camarera apareció con el pedido, lo que le dio tiempo para pensar.

Justo en ese momento, Logan puso una canción en la gramola portátil de la mesa: *I Ran*, de A Flock of Seagulls. Con esa melodía y con la imagen del cabello corto y dorado de la pequeña, J. J. tuvo una brillante idea.

—¡Recrearemos un videoclip y yo tocaré con vosotros! Debemos trabajar mucho. Comed rápido, que vamos a ir a Do Re Mi a comprar instrumentos.

Salvador se tomó la tarea muy a pecho. Tragó casi sin respirar mientras sus dos amigos le pasaban tres cuartos de sus platos. Pero antes, por supuesto, se persignó y obligó a todos a agradecer los alimentos recibidos.

—Y ahora, ya que vamos de compras, ¿queréis algo más? ¿La nueva Play? ¿Móviles? —ofreció el tío J. J.

—Papá aún no lo permite —soltó Salvador con la boca llena—. Dice que de todas formas solo puede ponerse al teléfono cuando viene y que la abuela debe saber dónde estoy todo el tiempo.

—Papá y mamá dicen lo mismo —lo secundó Logan.

—Comprendo —aceptó J. J., que respetaba mucho a los que cumplían la ardua labor de educar niños—. Bueno, ¿cuál es el último juego de preguntas que habéis hecho?

—Varios —comenzó Rory mientras pellizcaba su magdalena—: Dos seres inventados que invitarías a cenar…

—Yo escogería a Lobezno y a Patricio, de Bob Esponja —interrumpió Logan y luego se echó a reír mirando a su amigo—, pero aquí este galán me confió el otro día que escogería a Niklam, de *Trustout*… ¡Y es un héroe de chicas!

Salvador lo empujó un poco fuera del asiento mientras se

excusaba:

—Me gusta ver las cosas que ve mi tía y, aunque la peli sea vieja, no está para nada mal. Me cae bien Niklam. Es absoluto, es fuerte y poderoso, pero sabe que su amor es más importante que su propia naturaleza.

A veces, al parecer mágicamente, los humanos escogen en su infancia las historias que los definirán de adultos.

Logan revoleó sus ojos y Rory puso fin a esa pequeña disputa:

—También nos preguntábamos cuál sería el objeto más inútil para el fin del mundo, tío.

Ese era el tema favorito de Josh.

Así estuvieron riendo mientras Salvador no dejaba nada en ningún plato. Odiaba derrochar comida.

—¡Terminé todo! —dijo al fin—. Estoy lleno para el apocalipsis.

Todos rieron. El tío J. J. hizo el gesto de pedir la cuenta y la camarera enseguida estuvo a su lado. Con timidez le pidió un autógrafo en su libreta. Él, como siempre, fue muy amable. Firmaba sin dejar de divertir a los tres pequeños:

—En serio, ¿no creéis que los mayas tenían razón y que el mundo se acabará en el dos mil doce?

—No lo sé —exclamó Logan muy lógico—, pero debemos pasar por la biblioteca para retirar unos libros. Ahora, en el dos mil cinco.

Josh frunció el entrecejo.

—Pero si no hay clase, ¿qué estudias?

—Preparo nuestro ensayo sobre la guerra de mil ochocientos doce y el poema para el aniversario de la reina.

Mientras se ponían las chaquetas, Salvador le dijo:

—Faltan meses para eso, amigo. No puedes ser tan *nerd*.

—Estudiar es mi plan por si no somos superhéroes —se burló, pero pronto callaron al ver la expresión de su tío.

Ese tema era solo para tratarlo en su Sociedad Ultra Secreta de Whitehorse.

* * *

Aquella noche, unos minutos después de las doce, J. J. caminaba hacia la casa grande. Había estado hasta tarde jugando con los niños a la batalla de fósforos, con la irresponsabilidad de los que no tienen hijos, pero Julie tampoco lo riñó mucho. Después de todo, los niños ya casi eran jovencitos y podían jugar con fuego.

Así que ahora caminaba con los dedos un poco quemados y el corazón hecho un nudo. Sentía exactamente los mismos nervios que

cuando se subió a dar su primer concierto multitudinario. Llevaba un reluciente grabador que acababa de comprar en Do Re Mi. A todo volumen. No necesitaba nada sofisticado para su propósito, aunque aún le resultaba mágico encontrar sus discos y casetes en una tienda. Las notas de su cuarto disco se perdían en la profunda vegetación; allí donde las hojas se acumulaban cada otoño. La luna sepia y gigante en el cielo lo apresuró y, cuando divisó la casa, notó la luz de la cocina encendida.

J. J. apoyó el grabador en la entrada, abrió la puerta sin llamar —valiéndose de la invitación que tienen las casas desoladas— y fue hacia la cocina.

Allí lo vio.

Se miraron detenidamente. Sus pensamientos, muy distintos entre sí, convergieron en el mismo punto. Siempre el mismo. Ella.

—¿Cómo está? —dijo a modo de saludo.

William abrió la boca y luego la cerró. Tomó una botella del aparador y el líquido marrón de esta pasó a inundar dos vasos pequeños.

—Está… —comenzó inseguro—. Estará contenta de que te haya visto y querrá saber tu opinión acerca del niño.

J. J. apuró la bebida y le acercó el vaso para un segundo trago.

—¿Qué puedo decirte que ya no sepáis vosotros? Es un buen niño: inteligente, talentoso, hábil…, protector. La tía Barb lo cría como crio a Lina.

—Lina —William repitió el nombre para sí.

—Dile… —J. J. rompió a llorar de buenas a primeras—. Dile que la extraño, que no hay día en que no recuerde su maravillosa voz. Dile que cuando regrese, yo estaré más viejo y más tonto, pero que no olvidaré su rostro jamás. Dile que no es justo… Que no se olvide que no es justo. Eso es lo principal. Y no sé cómo funciona, pero dejé un grabador fuera con mi nuevo disco… ¿Ella está ahí fuera sobre Umah?

William sonrió por primera vez.

—Está haciendo su trabajo, pero nosotros no podemos escuchar la música. —Se llevó las manos a las orejas—. Somos sordos a ella cuando cabalgamos.

Volvió a rellenar ambos vasos.

—¿No puede oírla? —preguntó Josh confuso—. Pensé que era diferente.

William sonrió de nuevo, esta vez esperanzado.

—La traeré de vuelta, J. J. Te lo prometo. E irá a todos tus conciertos. Hace años que estoy planeando algo y pronto lo podré

llevar a cabo.

—¿A qué te refieres? —preguntó enjugándose las lágrimas.

—A que esta vez el destino no nos va a dar la espalda como con los símbolos. —William apoyó un codo en la mesa y sus músculos se tensaron—. Esta vez yo me ocuparé de que mi hijo y su madre puedan estar juntos. Te contaré todo.

Durante horas, Josh escuchó el plan a largo plazo de William, lo que hizo que le volviera a tener el respeto de antaño.

—Pero lo sacrificarías todo —dijo al final, cuando fuera se escuchaban los primeros pájaros del amanecer.

William jugaba distraído con la etiqueta de la botella ya vacía.

—¿Acaso ella no vale la pena?

Josh asintió y se puso de pie. Comenzó a recorrer a zancadas la cocina, nervioso. Tenía que procesar aquello con su hermana.

—Si lo haces, te lo agradeceré toda mi vida… Sé que es egoísta contigo y sé que ella te odiará, pero… la necesitamos —dijo y luego, abrazándose a sí mismo, se excusó—: Lo siento, no puedo quedarme más aquí. Yo… no lo soporto. —Se sentía avergonzado por su debilidad—. Tampoco puedo venir todos los meses para verte.

—Lo sé, y Lina también lo comprende… —William se miró en el reflejo del gran ventanal de la cocina; ella le había pedido que esta vez se afeitara—. Además, sabe que estás haciendo lo que te gusta: viviendo en lugares maravillosos con los que soñabais de jóvenes.

Pellizcándose el labio, evocando todos sus recuerdos, J. J. dijo con nostalgia:

—No es lo mismo. No es lo mismo que aquí…

—Lo sé —afirmó William y volvió el rostro hacia él mientras un rayo de luz danzaba en su vaso vacío—. Ella también tiene fascinación por este sitio. Bueno, todos la tenemos. Todos amamos este pueblo. Así que la devolveré aquí, J. J., a donde pertenece. La devolveré a Whitehorse.

Capítulo 10

¿Piadosa?

«—La mujer es el único ser vivo al cual se le exige convivir con su predador natural —me soltó una vez medio pasada de copas.»

Eva Gold, *Violenta*

Lejos de estar haciendo su trabajo, Lina estaba con Marina cumpliendo su promesa y aprovechando las veinticuatro horas en las que el cazador líder no se inmiscuía en sus asuntos. Aunque últimamente gozaba de muchas libertades, porque Máximus tenía obligaciones con Ismerai que lo mantenían alejado y le daban más tiempo para estar con la pequeña Marina. La lástima era que Lina no se daba cuenta de que los otros líderes fisgoneaban todo lo que hacía. Siempre entre las sombras, en un rincón, apartados sobre la colina… Eran los ojos que todo lo veían, pasando desapercibidos porque la princesita acuática lo llenaba todo con su fresca y encantadora personalidad.

—¿Por qué no quieres venir hasta las aguas profundas conmigo, Mamá Lina? —preguntaba insistente, aburrida de estar en los

alrededores de aquella cueva—. Te puedo mostrar nuestros unicornios.

Lina le sonrió. Realmente los narvales le daban lo mismo a ella, aunque sabía que eran criaturas que se dejaban ver poco y que, tal como le aseguraba su ahijada, parecían los unicornios del agua.

—Te diré qué: la próxima semana iremos a ver una película en algún autocine. Veremos la pantalla de lejos, escondidas, y aprenderás más de mi mundo —le prometió—. Ahora, vamos, déjame ver esas alas azules y a corretear un poco, que hemos estado muy vagas hoy. Además, ya llegan los demás para la reunión.

Con su guadaña, Lina hizo dos tajos en el vestido, uno en cada omóplato. La piel se abrió y aparecieron las dos extremidades azul marino que aleteaban con el típico zumbido de las alas pequeñas. Las plumas eran de una consistencia similar a la de las algas, lo cual hacía más difícil la tarea de volar.

—Ahora que nado sola, me falta aprender a hacer esto —exclamó ansiosa—. Así seré independiente y ganaremos nuestra lucha.

—Paso a paso, leoncita —la tranquilizó con ese apodo que le encantaba—. Vamos, corre un poco colina arriba y luego colina abajo. —Lina aprovechó para mimar a la pequeña Smith, que se refregaba las orejas por ese sonido molesto que hacían aquellas alas. La frecuencia acuática parecía molestar más al animal que a ella misma.

—Mamá Lina, ¿por qué no invitas a Areias a tus reuniones? —gritó al pasar junto a ella, mientras sus alitas se movían pesadas con el correteo y la pequeña Smith le lanzaba tarascones inofensivos.

Lina no quiso reír para no herirla. Haciendo como que la tomaba en serio, exclamó:

—Lo haré cuando aprendas a volar.

—¡Eres la mejor! —respondió agradecida.

Al verla esforzarse al extremo, Lina comenzó a felicitarla y una nueva idea la golpeó. No solo tenía una alianza con aquella princesita, sino que también, de alguna extraña manera, la estaba criando. Miró hacia abajo e intentó ocultar un sentimiento arrebatador en su pecho. Sentía que proyectaba en esa criatura toda el ansia maternal que no podía canalizar en su hijo, salvo en sueños.

—¡Ahí están Costa y Ría! —dijo Marina sacándola de su nostalgia.

En efecto, dos remolinos se formaban en el lago, ladera abajo.

—Hemos terminado con la práctica —anunció ella—. Vamos, ya empieza nuestra reunión.

Ahora que se había sumado Marina, las reuniones eran más alegres y completas. Solo había que alejarla de Sueño, porque la niña acuática tenía una curiosidad inagotable por los especímenes masculinos. Como si quisiera practicar con el Eterno, para luego tener más oportunidades con Areias.

Por su parte, Aketa se tomaba con gracia cuando, al final de cada reunión, la pequeña princesa corría tras su esposo, quien solo reía ante la coquetería infantil.

Pero en aquella ocasión la escena cobró otro color. Tras su saludo final de «mujer ayuda a mujer», todas comenzaron a salir de la cueva y se quedaron congeladas ante la sorpresa: Máximus estaba en medio de la colina con un grabador rosado en la mano. En cualquier otro momento a Lina le hubiese hecho mucha gracia el contraste entre las grandes proporciones de su esposo y el aparatito, pero con todo ese grupo allí, la situación no era buena.

Por suerte Umah ya había regresado a su forma equina e Izzie se había marchado antes para terminar de disfrutar de su día humano.

Ante un gesto de Lina, las mujeres acuosas se retiraron hacia la inmediatez del lago.

Máximus no decía nada, lo cual hacía todo mucho peor.

Fue Sueño quien rompió el silencio con un desubicado saludo.

—¡Cuánto tiempo, cazador!

El grabador peligró de ser arrojado contra la cara satisfecha del Señor de los Sueños.

—¿Le estás proponiendo a mi esposa que se una a tu harén? —rugió el demonio.

Sueño aplaudió divertido.

—Además de monógamo eres monotemático. Ya te lo dije una vez: ¡no! La Reina Madre es algo más que una esposa. A estas alturas deberías saberlo.

En un instante, Máximus estuvo frente a él y un fuego púrpura surgió como una llama que se encendió y se agotó junto a Sueño.

—Poderoso —admitió el excéntrico personaje—. Mucho más que aquella vez que fuiste a mi casa a buscar ayuda, cuando cerré tus labios con facilidad. ¿Recuerdas esa sensación?

—¡Basta! —les ordenó Lina, que estaba anonadada ante ese tipo de fuego.

Al ver que Sueño la obedecía y se alejaba, el cazador se malhumoró aún más. Él era quien debía responder a su mando, no aquel pervertido. Sin demora estuvo de nuevo frente al Eterno. Así, como Máximus, le sacaba una cabeza y media.

—No me importa tu edad ni tu poder —dijo entre dientes—. La

próxima vez que te acerques a mi esposa, te destruyo.

El Señor de los Sueños asintió y comenzó a alejarse. No era cobarde, pero respetaba el lugar de un hombre. Mucho más que el de una mujer, y pronto lo confirmaría cuando Máximus fuese a pedirle explicaciones.

Lina se despidió a distancia de las acuosas, que se habían demorado al ver la escena.

Máximus la tomó lo más despacio posible para la ira que lo embargaba en ese momento, pero enseguida la soltó. Estaba enojado.

—¿Quieres estar con él? —la increpó de buenas a primeras—. ¿Quieres estar dormida el resto de tu existencia? ¿Por qué no estabas descansando? ¿Te da lo mismo que organizara todo para que no caces en mi ausencia? ¿Sabes lo complicado que es eso? ¿Por qué no me dijiste que lo ibas a ver? —No había pausas entre sus preguntas—. ¿Me descuido por un momento y ya estás considerando formar parte de un harén? ¿Es que no tienes respeto por ti? ¿Por nuestro matrimonio? ¿Por nuestro hijo? Hasta Samuel te ofrecía un mejor trato, si es que querías estar más cómoda. —Bajó la mirada y soltó lastimoso—: Lo siento si yo no te pude ofrecer una existencia privilegiada.

Lina abrió los ojos de par en par. No podía creer ese melodrama y hasta le pareció enfermizo que la vieja herida llamada *Samuel* lo atacara de nuevo.

Sin poder controlar su obediencia habitual, pronto se encontró excusándose:

—Estoy lejos de querer una vida cómoda, Will. No estaba pensando nada; solo tuve una reunión. Te respeto, respeto nuestro matrimonio, y Salvador no tiene nada que ver con esto. Mucho menos Samuel. Solo sentía ganas de ver a alguien. Si te molesta, no lo vuelvo a ver y punto.

Lina no quería ser obediente, sino estratégica. En algunos matrimonios, las concesiones son facturas a cobrar en el futuro: yo hice esto por ti, ahora haz esto por mí. Además, sentía que no podía confiar del todo en el Eterno. Si no iba a las reuniones, tampoco sería una gran pérdida.

Máximus se olvidó de la mitad de su enojo.

—Lina, parece que hayas nacido ayer para algunas cosas… Eres tan inocente y no puedo cuidarte todo el día. —Luego, cayendo en la cuenta, quiso saber—: ¿Quiénes eran esas mujeres que estaban con Costa? ¿La acuosa mayor y la menor?

—Esposas de Sueño —mintió Lina y al hacerlo

inexplicablemente se le quebró la voz por la angustia. Aquello ponía un océano de distancia entre ella y su esposo.

—¿Por qué lloras? —dijo Máximus rodeándola con sus brazos y con tono dulce le preguntó—: ¿Acaso ha sido un pervertido como siempre? ¿Las manoseó frente a ti? Mi vida, ellas son distintas. Te angustias porque eres una dama, mujer de un solo hombre.

De repente la angustia de Lina se transformó en sorpresa y luego en hastío. Además de controlarla decía esas imbecilidades. ¡Dios! A veces le parecía que su esposo era un extraño. Se desembarazó de sus brazos y exclamó:

—Genial, Will. Estamos aquí condenados y aún hay dos tipos de mujeres. Somos millones, pero nos separamos en solo dos grupos. Increíble. Barbies gimnastas o ejecutivas.

Máximus la miró sin entender la referencia, así que ella le explicó:

—Me angustio porque me estás ahogando con tu control. Mira, sé que eres mi rey, sé que te criaste hace cientos de años, pero no puedes hacer estas escenas.

—Lamento que te sientas así —dijo más tranquilo—, pero esto, Lina… Esto no es la Tierra. Aquí no hay llamadas de atención ni advertencias. Este es el reino maldito. —Hizo una pausa—. En el último eclipse le soltaste las riendas a Umah e hice la vista gorda porque eres especial. Mereces los privilegios de una reina, pero ¿qué crees que sucederá ahora? Es cuestión de tiempo para que los otros cazadores encariñados con sus Ekuas te pidan que los liberes. Ayer me enteré de que le quitaste las esposas a un cazador de apenas un año. Un año. ¡Me vas a volver a matar, Lina!

—¿Cómo no ayudarlos al menos con eso? —dijo moviendo sus manos desesperada—. Aquí me he dado cuenta de que «los malos» suelen morir en lugares horribles: zonas pobres, bélicas, páramos desiertos… Alejados de cualquier ayuda. Siento vergüenza con ellos, Will. En mi vida humana no me preocupaba ni por abrir los periódicos. Ahora he comprendido que gran parte de la humanidad está desolada, y la mayoría de ellos cae hacia nosotros. No es casualidad, es que no tuvieron oportunidades. A esa clase de cazadores ayudo, no a los sanguinarios o realmente malos. Además —alzó un hombro—, tú hiciste lo mismo, te convertiste en cazador líder por romper los límites. Destiny te había dicho que podrías hacer lo mejor de tu existencia siendo Máximus y decidiste ir a por ello: ser un héroe y hacer algo digno con tu vida.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesta a arriesgarlo todo y a condenarte para siempre como yo? ¿Sabiendo que Sal está en el

mundo de los vivos? —preguntó incrédulo—. ¿Eso quieres?

Lina alzó la barbilla.

—Quiero construir un mundo mejor para nuestro hijo, no solo ser su niñera en las Tierras. —Advirtiendo que podía hablar de más, se apresuró a decir—: Eres un iluso si crees que mi condena se terminará durante la vida de Sal. Te lo he dicho desde el primer momento. ¿Y después qué? ¿Sabes lo que pasará? ¿Tú y yo nos separaremos para siempre? No sabemos nada, porque siempre fuimos peones en este juego, aunque nos hicieron creer que éramos el rey y la reina. Ganamos la maldita Gran Competencia. ¡Dios! ¡Yo puse mi cuerpo para ello! —Apretó tanto sus dientes que crujieron y luego señaló los alrededores diciendo—: Pero aquí estamos. No quiero ni pensar en lo que hará el Círculo con nosotros, así que déjame tranquila hasta que termine mi condena. No me molestes por romper los límites por causas nobles, como tú lo hiciste conmigo de pequeña.

—Lina, yo te salvé a ti como humana —respondió él asustado con sus rebeldes palabras—. No me arriesgué por sucios cazadores.

—Exacto —remarcó—. Hay cazadores más limpios que otros, algunos merecen estar aquí y otros no. —Lina le dedicó una mirada gélida y luego siguió muy segura—: Las animadoras están aquí por haber matado entre las cuatro a su abusador. ¿Y dónde está él?

A pesar de su mente privilegiada, Máximus no entendía esa lógica.

—En los Infiernos, Lina, por supuesto. Además, odias a las Pennys. ¿Qué más te da?

—¡Es injusto que ellas estén aquí, Will! —replicó—. Todo este maldito sistema está mal. Si nosotros no hacemos nada por cambiarlo, pues estamos mal también.

Y así fue como, de una idea utópica, nació la más perversa de todas las versiones de Lina Smith y, por lo tanto, su perdición. Esa forma de pensar le costaría tanto…

—No puedes elegir, mi vida. No puedes ser juez y verdugo —siguió él, acercándosele—. Lo que es justo no te compete.

Lina rio histérica y lo apartó con un gesto.

—¿Me estás hablando de lo que es justo? Will, yo estaba preparando el almuerzo en mi casa cuando un hombre me mató. ¡Entró en mi casa y me mató con nuestro propio cuchillo de cocina! —Su tono no hacía más que subir—. ¡¿Quieres hablarme de lo que es justo?! ¿Vas a aleccionarme sobre la justicia o el bendito equilibrio? ¿Qué te sucede? ¿Has perdido la razón? Will, yo morí mientras hacía el almuerzo en mi casa —repitió—. ¡Yo morí

mientras preparaba el maldito almuerzo en mi casa!

Esa injusticia le roía el alma. Después de haber luchado contra ángeles, reyes…, haber muerto de aquella forma. Pero, aun así, su primera muerte no sería tan absurda como la segunda.

Máximus miró el suelo.

—Cada día recuerdo eso y me avergüenzo. No volverá a pasar. No volveré a dejar que te lastimen. Tu presencia siempre me obligó a ser mejor de lo que puedo llegar a ser, y ahora quiero cuidarte como solo Dios podría hacerlo. —Miró hacia las alturas—. Por todos los Cielos, que el Señor en el Paraíso me perdone por mi blasfemia.

—Otra vez con eso… ¿A qué dios le ruegas, Will? —Lina tomó su guadaña del suelo para hacer algo y jugando con ella bromeó—: Deja a los dioses en paz. Claramente no somos de su jurisdicción, ya te lo dije una vez.

Ambos se rieron por un momento, haciendo una de sus famosas pausas, pero luego Lina siguió. Tenía ganas de discutir.

—Además, eres un hipócrita: ¿solo yo hago lo que quiero aquí? —Ante sus palabras, Máximus la miró alarmado. ¿Acaso sabría algo de sus encuentros con Destiny e Ismerai? Pero se tranquilizó al escucharla—: Y la comunión de nuestro hijo, ¿qué? ¿Y la decisión casi unilateral de entrenarlo de esa forma? ¿Qué me dices?

—¿Qué tiene que ver eso con tu conducta como cazadora? —preguntó—. ¿O que encuentre a Sueño aquí? Mira, si echas de menos tener visitas, puedo solucionarlo. Solo ven a mí y lo arreglaré —propuso abatido. Ella aspiró para replicarle, pero enseguida él cambió de tema—: ¿Por qué tienes que estar peleando ahora, mi vida?

Lina alzó sus hombros.

—Porque siempre he peleado. Toda mi vida ha sido una lucha contra las reglas de mi adorado tío, contra ti y tus antiguas ideas, contra las órdenes de los Cielos y los Supremos. Solo que ahora hago un poco más de ruido. Eso es lo que te molesta, ¿no? Mientras mi lucha fue interna y solo me molestaba a mí, no tenías problemas con eso, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Y no me llames «mi vida».

—No tienes ni idea de lo que puede pasar, *mi vida* —dijo molesto con su necedad—. Yo estuve en guerras. Créeme cuando te digo que todo puede ponerse mucho peor de un segundo para otro. Puedes tener una vida mejor, si solo haces lo que yo digo. Lo siento, *mi vida*, pero llevo años en esto y sé cómo son las cosas.

Lina jugueteó con la guadaña.

—Yo también llevo años en esta lucha, Will. De hecho, fíjate tú que desde antes de nacer. Mi lucha empezó con la primera Elegida y

seguirá después de mí con la siguiente. Estaré en guerra hasta la última Elegida.

Lina sintió que se le iba a escapar la verdad, pero Máximus continuó:

—Yo sé que la Competencia nos trajo desgracia, pero cuando la Elegida escogía al ángel, el mundo mejoraba.

Lina se aferró a su guadaña esta vez, con los ojos muy abiertos. ¿Acaso estaba bromeando? ¿Acaso defendía aquel maldito juego que rifaba el cuerpo de una mujer?

—No nos trajo desgracia —exclamó ofendida—. Nos trajo nuestros años felices y a Sal. El problema, Máximus, es que me castigaron por decidir por mí misma. La Gran Competencia no debe existir. No me importa que envíen a un mestizo alado de vez en cuando. Ese no es el punto.

Máximus se cruzó de brazos.

—Lo han hecho desde siempre.

—¡Pues que lo hagan mejor! —gritó—. Que bajen ángeles y se transformen en políticos. No lo sé. Algo se les tendrá que ocurrir. Después de todo, son ellos los que manejan el mundo.

—¿Y qué quieres? ¿Rebelarte y comenzar una guerra contra los Cielos? —preguntó con ironía, completamente ignorante del futuro y de los planes de su esposa—. ¿Los obligarás a hacer lo que tú quieres a punta de tu guadaña?

En la época de Lina la violencia física era una opción entre muchas. En la de la primera vida de William había sido el lenguaje universal por excelencia. Así que ella podía elegir ser objetora de conciencia. William, no. Por ende, sus estrategias eran muy dispares.

Ella ya pensaba su próximo ataque verbal cuando él soltó de buenas a primeras:

—¡Maldita sea!

—¿Qué?

—Tengo que ir a cazar un alma.

—Que te vaya bien en el trabajo, *maridito* —se burló—. Yo descansaré sola, callada y sumisa en mi día libre.

—Ah, no —exclamó entre divertido y pedante—. Tú vienes conmigo. No hemos terminado. Tú reclutarás esta alma.

Al acercarse y tomarla por la cintura, Lina intentó llamar a Umah.

—No —dijo él con autoridad—. Iremos con Humble.

—Es lo mismo —bufó Lina—. Hasta su trote suena igual.

—Piré y Umah tienen el mismo trote, porque se aman —le

explicó.

Ante el comentario, Lina tuvo una de sus viejas reacciones. Buscó a Julie con la mirada para poner los ojos en blanco juntas ante ese exceso de almíbar, pero su amiga no estaba allí para ella. Su amiga era una humana que envejecía lejos, muy lejos en otro plano. En un Whitehorse al que Lina no podía acceder.

Máximus la asió fuerte y la subió a su corcel en cuanto apareció.

Mientras cabalgaron, él se volvió de piedra, pero una vez que llegaron, la discusión interminable continuó:

—¡Es importante que te mantengas obediente, Lina! Nadie en el mundo merece ser más humana que tú. Eres la más humana de todos y no quiero que nadie te quite eso.

—¿A qué te refieres? —Lina frunció el ceño e intentó alejarse de él, pero así montados era difícil.

—Todo lo que tocas se vuelve más humano —siguió él mientras se la sentaba encima para que le atendiera—. No hay nada mejor para describir el carácter humano que como tú lo haces. No importa el raciocinio, los pulgares opuestos o la acumulación de información transgeneracional… —A Lina la excitaba un poco tenerlo así de cerca y escucharlo con su lúcida mente de líder—. Tú tienes el máximo don de la naturaleza: miras a otro y lo vuelves humano. Tú eres quien da el título, como si te hubieses autodesignado la dadora de vida o, mejor, la dadora de humanidad. —Hizo una pausa para escudriñarle el rostro—. Quien se ve en tus ojos se siente más cómodo, más vivo, más puro incluso con sus defectos. Aceptándolos como el empuje para una nueva oportunidad. Así sucedió conmigo y así sucede con los cazadores. No hace falta que les quites las prendas molestas, Lina. Con tu mirada caritativa basta y sobra, porque das vida y eso ya lo tenías de antes con tus tíos, con nuestro hijo, con tus amigos y con todos aquellos que supieron conocerte bien y aprovecharte. Cuando íbamos a una fiesta o en nuestras barbacoas, estaba ahí. Era palpable —le acarició el rostro con el revés de su mano—. Cualquier habitación se llenaba de vida cuando tú entrabas en ella.

Lina estaba perdida en sus palabras y comenzaba a sudar. Sin darse cuenta habían llegado a una ciudad calurosa, a las puertas de una tormenta tropical. El alma que debían cazar los miraba discutir sin comprender qué demonios sucedía. Hacía dos segundos estaba aspirando una sustancia tóxica en aquella esquina y ahora esos dos extraños filosofaban.

—¿Así que soy la más humana de todos porque regalo humanidad? —dijo ella.

—Es lo que me explicaste de tu película favorita —exclamó Máximus con el acento que le salía cuando se perdía en ella—. Al final no importaba si el protagonista era humano o no. Los otros le daban ese título.

—¿Qué? —Lina sonrió, arrebatada de amor—. ¿Estás hablando de *Blade Runner*?

—Sí, la vimos docenas de veces. Y ahora, vamos, recluta tu alma —le ordenó devolviéndola de vuelta a la discusión.

—Por favor, no me hagan daño —masculló el alma, pero ninguno le prestó atención. Seguían sobre el caballo mirándose desafiantes.

—No está para reclutar —reconoció molesta con el pensamiento invasivo en su mente que le permitía ver el pasado de aquella basura—. Es un asesino en serie.

Máximus apretó su mandíbula.

—Lo digo yo. Como cazador líder.

—No quiero hacerlo. —Lina movió sus manos irritada—. Llama a Eron en todo caso, porque yo no lo haré. Está mal.

—No es tu tarea decidir eso, Lina —le espetó—. Haz tu trabajo.

—Esta alma torturó; no solo mató. No merece una oportunidad aquí con nosotros.

Máximus hizo una pausa y Lina aprovechó para desmontar, ofendida con que él la quisiera educar de esa forma.

—Mi vida, ¿piensas que aún estamos en las Tierras? Aquí no hay una comunidad. Solo estamos trabajando. No hay un «nosotros» cuando se trata de los cazadores.

—Pues quizá ese sea el error —soltó Lina mientras los rayos brillaban en el cielo que se rompía en una tormenta furiosa—. Quizás podemos construir algo nuevo.

—Este es un lugar de destrucción —exclamó tranquilo tirando de las riendas y luego repitió—: Vamos, recluta a tu alma.

Lina se cruzó de brazos.

—No.

Máximus desmontó y empuñó su espada mirando al alma, pero impensablemente la guadaña de Lina se atravesó en su camino.

—He dicho que no, Will.

El cazador líder se quedó helado. No sabía cómo reaccionar a eso, por lo que casi involuntariamente, un fuego azul con forma de pequeña barrera se interpuso entre el arma de ella y la de él. Lina abrió los ojos ante esa llama danzante y se movió hipnotizada hacia ella.

—Will… Otra vez ha cambiado de color tu fuego, ¿qué sucede?

Pero él no podía darle explicaciones, así que bramó:

—¡Suficiente, Lina! ¡Obedece!

Lina salió del embrujo y tembló de pies a cabeza. Ante la orden de él se llenó de algo horrible: una especie de miedo; y al comprender lo que estaba sucediendo, otro miedo mayor la embargó. Porque esa sensación significaba que ya no eran esposos simplemente, sino que ella era una cazadora bajo sus órdenes y había una suerte de deslealtad en obedecerlo a él. Ella, que había obedecido a todos, a él no le podía hacer aquello.

Tras esa sacudida de pánico, Lina salió corriendo bajo la lluvia como en la peor telenovela de su tía Barb.

Máximus llamó a un cazador menor para que se llevara el alma de su vista y en un instante alcanzó a Lina. Debajo de la lluvia, histérica como estaba, no podía notar que el agua que caía a cántaros no la mojaba. Él generó de nuevo el fuego azul sobre ellos dos para cubrirlos como una nube personal y, sin mediar palabra, la acercó a su pecho y la sintió llorar sin lágrimas. Después, le acarició el rostro con el revés de su mano y se besaron bajo el sonido de un rayo. Una pasión descomunal embargó sus cuerpos y terminaron sobre el cemento de esa calle desierta.

A medida que la ropa se despedazaba, con la magia humana intermitente de Lina, el agua comenzó a traspasar aquel manto de fuego azulado y terminaron haciendo el amor empapados por fuera y por dentro.

Máximus respondía al deseo de su esposa, mientras pedía disculpas por haberla asustado, pero no podía dejar de pensar que, si las cosas continuaban así, su plan no sería a largo plazo después de todo.

Capítulo 11

Madame L'Mort

«Y Lina los vio. Miles de caballos salvajes corretear ahora libres. Lo había logrado, le había costado más de una vida…, más de una muerte…, pero lo había logrado.»

W. Parrot. *Whitehorse VI. Wild Horses*

«Pero qué mala suerte», pensó Lina el día de la gran cacería. Justo un francés le venía a tocar en esa parte del mundo. Por Dios, ni siquiera tenía nombre de francés, y justo cuando el sabor amargo por la pelea con su esposo le envenenaba el alma.

Por suerte los encuentros con Marina se habían hecho más seguidos gracias a las obligaciones de Máximus con su Supremo.

Estar cerca de aquella criaturita era lo único que le traía paz, pero ahora estaba inquieta. Para colmo, le había tocado un alma rebelde que corría entre las calles vacías de una ciudad dormida. La pequeña Smith ladraba como la bestia infernal que era, y a ella le estaba dando una jaqueca horrible. ¡Qué suerte la suya! Lina pensó en su mala estrella y en una vieja leyenda de los Ekuas que le había

contado Umah cuando la transformaba para charlar. Ahora, esa leyenda le venía como anillo al dedo a su situación.

Según los Ekuas, los años duraban no trescientos sesenta y cinco días, sino trescientos cincuenta. Cuando hicieron bien las cuentas, los quince restantes quedaron simplemente como «los días de desgracia», desparramados azarosamente por los doce meses del año. La leyenda también contaba que los nacidos en esos días eran sujetos sobrantes en el mundo, tal como esos días lo eran en su calendario original. Eran sujetos con mala suerte y se los llamaba los *iñiqueis*, que en lengua de los primeros humanos significa *los catastróficos*.

Pues allí estaba Lina, sintiéndose el ser con menos suerte del universo, persiguiendo el alma sobre su yegua blanca, a las puertas de lo que sería, sin lugar a dudas, una catástrofe.

Las historias entre los cazadores eran frecuentes, como una forma de matar el tiempo sobre los caballos, mientras se esperaba a las presas que morían a su propio ritmo. Entre todas estas, la preferida sería la que estaba a punto de construirse.

Así, muchas veces se contaría la historia de la Reina Manca o *Madame L'Mort*; y en este punto de la narración, cuando ya el público estaba encantado con la conversión de la simple Lina Smith en reclutadora, se lograba la entrega total de los oyentes ante el segundo cambio de la protagonista. Había muchas teorías acerca de tal metamorfosis, pero todas coincidían en que hubo un alma en especial que activó el cambio. La primera a la que aquella infernal reina le otorgó la *verdadera muerte*; y lo que había empezado como una experiencia esperanzadora para el resto de los cazadores, con su dulce Reina Madre, se fue volviendo una historia oscura llena de venganza. La Elegida, traedora de la luz, se convirtió en otra cosa. Algunos decían que su mente humana no pudo reaccionar bien ante la demanda de los Infiernos, mientras otros aseguraban que era su alma la culpable, y es que su reina poseía un alma cambiante y, dado que en las Profundidades nada puede cambiar, esa fue su maldición.

Pero la teoría más acertada era la más simple: como cualquier catástrofe, todo empezó con buenas intenciones.

—¡Vamos! —llamaba Lina a su alma con dulzura—. Es más difícil si corres. ¡Detente!

Ella iba a todo galope mientras rezaba para sus adentros para que ese condenado se detuviera. Blandía su guadaña en alto en señal de advertencia, sin notar que de esa forma parecía el ángel de la muerte en su caballo blanco.

—¡Detente! —repitió—. ¡Detente!

A toda velocidad, el hombrecillo se giró y pronunció al ver tal escena dantesca:

—*Oh, Madame L'Mort!*

Aunque el francés de Lina era muy limitado, aquello lo pudo comprender y hasta le hizo un poco de gracia. El acento y el drama le recordaron a Pepe Le Pew, la mofeta de los dibujos animados.

Al llegar al final de una calle sin retorno, el hombre se detuvo en seco y subió los brazos para cubrirse el rostro. Sin poder frenar, ya que se estaba acostumbrando a galopar a pelo, Lina siguió de largo con su afilada guadaña, y a su espalda escuchó los gritos del hombre y el sonido asqueante de unas extremidades al caer.

Le había arrancado las manos.

Horrorizada, con los ojos abiertos como platos, Lina agarró con fuerza las crines de Sanity y la guio hacia el hombrecillo que, desquiciado, seguía repitiendo:

—*Madame L'Mort, Madame L'Mort*…

Y allí Lina lo supo. Tuvo la entera seguridad de que esa alma ya no podía elegir. Desmontó y, al ver la escena, le vinieron unas náuseas increíbles. La pequeña Smith mordía los dedos de la mano derecha amputada. Lina se apoyó en una pared grasienta tras un restaurante barato y eso le provocó más arcadas.

El alma manca intentó escapar, pero Sanity corrió, lo atajó con su lomo y lo hizo caer.

—Fue un accidente —murmuró Lina llorando. Y era verdad—. Lo siento…

Lina no lo comprendía bien. Pensaba que los condenados eran no perecederos, imposibles de lastimar, pero luego recordó la jerarquía de las armas: nadie es inmune a las propias. Así que, tras milenios, Lina fue la primera en cruzar ese límite y lastimar irreparablemente a uno de los suyos.

De esta forma, su fama de cazadora fatal sería a causa de un torpe error de sincronización. El alma del maldito ayudante de cocina que en un arrebato de furia se fue contra el chef y le arrancó la vida antes de quitarse la propia iría directa a los Infiernos, sin posibilidad de trabajar para estos. Pero aquello estuvo bien para él, porque después de una temporada breve en una celda infernal, volvería como un bebé feliz para convertirse en un chef talentoso que dirigiría una cocina también feliz.

Ahora Lina repetía como una loca:

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¡Dios!

Le rechinaban los dientes, le zumbaban los oídos y, de pronto,

mirando hacia todos los lados en busca de ayuda, los vio allí arriba, donde comenzaba la calle. Los tres jinetes de su propio apocalipsis. Con el rostro bañado en lágrimas y completamente aturdida, les hizo señales de socorro. Sin recordar que la última vez que se topó con tres hombres que supuestamente iban a ayudarla, no había tenido buena suerte.

Con rapidez, los tres descendieron. Sus caballos eran terroríficamente feroces, pero parecía que intentaban rebelarse ante los tirones de sus amos.

El líder encapuchado tomó al alma manca y la puso sobre Sanity para luego marchar con ella hasta los Infiernos.

Los otros dos desmontaron y fueron hacia Lina. Ante sus actitudes hostiles, ella dio un paso hacia atrás y la pequeña Smith uno adelante interponiéndose. Sin mediar palabra —eso fue lo más espeluznante—, el de las flechas incrustadas la tomó del cuello mientras el otro de un puntapié dejaba a la bulldog fuera de combate, desmayada en una esquina.

Lina no podía creerlo.

—¡Soltadme! ¿Qué hacéis? —Pero era como si no hablara.

Esos dos se movían en una coreografía aprendida. El que la arrastraba por la nuca la subió en su caballo y montaron.

En un abrir y cerrar de ojos estuvieron en lo que parecía ser una selva perdida. La vegetación era tan densa que no se podía saber si era de noche o de día allí, pero lo que les importaba a los líderes es que era un lugar donde nadie podría escuchar los gritos de Lina, si es que su naturaleza mestiza se disparaba y rompía los límites.

—¡Soy una de vosotros! —gritaba ella mientras desmontaban—. ¡Soy la esposa de Máximus!

El que se parecía a Leatherface le cruzó el rostro de una bofetada, dejándola atónita, y eso que aquello acababa de comenzar.

Acto seguido, el otro jinete sacó su arma. Una espada más pequeña que la de Máximus.

—¿Qué vais a hacer? —murmuró Lina, sintiendo que toda su sangre se congelaba.

Aquel de rostro derretido le tomó el brazo y lo apoyó sobre una roca, aprisionándole la cabeza con su otra mano, tan fuerte que Lina sentía que le iba a explotar. Hubo un silencio siniestro, en donde solo se escuchó la respiración agitada de ella. Su corazón bombeaba asustado como nunca.

Luego…, el sonido del filo caer.

La sangre comenzó a correr por la mano de Lina: le habían

cortado un dedo. Sus ojos se llenaron de lágrimas por un dolor indescriptible. Estaba mutilada. Tardó un segundo en comprender que le habían amputado su dedo nupcial, hasta que oyó el tintinear de la alianza y el anillo de esmeraldas al caer entre las rocas.

La segunda víctima elegida fue el meñique y, por extraño que pareciera, Lina recordó unas viejas lecciones de mecanografía: el meñique derecho pulsaba la letra ñ y la p… Esta vez el dolor fue diferente, una electricidad la recorrió hasta el codo.

Como pudo, se dobló para mirar a los ojos a uno de ellos, y este no le desvió la mirada. No había placer en aquella tarea. Solo querían restaurar el equilibrio: sin manos, ella no podría jugar a ser un dios entre los suyos.

Lina ya no gritaba. Su garganta estaba muda mientras los dos cazadores la volvían a colocar. Había una metódica frialdad en aquella labor, que hacía que ella se hipnotizara con el ritual sanguinario.

Entonces su mente viajó lejos. Cuando el arma de William la había quemado en la biblioteca de la casa grande. Nunca había sido inmune a las armas de los Infiernos. Aun con su fuerza, su humanidad, ahora su guadaña… Esos dos le estaban dando una paliza. Los siglos los habían vuelto impermeables a la culpa, solo cumplían con su trabajo y la castigaban porque podían hacerlo. Lo hacían con lentitud para darle una lección y, lamentablemente, estaban mostrándole a la Reina Madre que la justicia llega tarde o temprano para todos. De quien menos uno lo espera.

Después, siguió el índice y luego el del centro. Cuando la sangre mojaba la hierba, regresó el líder encapuchado y Lina pareció volver en sí.

—¡Ayúdame, por favor! —No podía permitir que le quitaran su pulgar.

Pero el líder sacó un espadín curvado de su caballo y generó un fuego que los rodeó en un círculo de tortura. En ese momento, Lina notó el trote desesperado de Sanity y eso la preocupó, porque no quería que le hiciesen daño. Sin embargo, el fuego que emanaba del primer líder no podía ser atravesado por nada.

«Es mejor así», pensó Lina viendo el pelaje blanco de su amiga al otro lado de las llamas, y luego comenzó a murmurar frases sin sentido. En ese momento, como si tuviesen que apresurarse, los líderes la movieron para estirarle más el brazo, y el nuevo verdugo usó su espadín, pero no fue a por el pulgar. En vez de eso, liquidó su mano derecha de un golpe seco y certero. Y allí fue cuando Lina se dio cuenta de que era una víctima. Porque por más que siguiera

repitiendo que fue un accidente, que no quiso hacerlo o que le preguntaran al alma qué había sucedido, nadie la escuchaba. Incluso cuando sintió que debajo de su codo ya no había nada y comenzó a balbucear:

—Por favor, no. Por favor, no. Deteneos, por favor…

No le hicieron caso.

Entonces sí, no había duda: era una víctima.

Por unos instantes, los tres líderes se concentraron en mantener el fuego, mientras varios corceles relinchaban alrededor. Sanity había traído refuerzos a pesar de que la cacería multitudinaria mantenía a todos ocupados.

Lina se quedó allí, sin levantarse de la piedra, y comenzó a llorar despacio, comprendiendo que sin su mano ya no podría hablar con Hansel o con Costa. Todo era extraño. Se sentía débil y fuerte, cansada y enérgica, hambrienta y satisfecha, como si dos personas se golpearan dentro de ella y ninguna fuese la antigua Lina. De esta solo quedaba la piel. Ese pensamiento la enloqueció, pero, por más que su interior explotase, no podía moverse.

Cuando le estaban colocando la otra mano sobre la roca, lo que quedaba por proteger de la antigua Lina se fue a un rincón dentro de ella, para no ser testigo de aquello. Para poder volver después a ayudar a la otra Lina, la que sí iba a vivir esa bestialidad, pero en ese momento de locura, de ruptura, sintió los cascos. Debía de ser ella: su caballo blanco.

Pero no, su salvador esta vez fue Humble. Lina observó estupefacta al animal que saltaba atravesando las llamas, y encima de él iba su esposo: Máximus.

El cuarto líder había llegado. Loco.

La maleza comenzó a incendiarse con llamas púrpuras que devoraban el círculo de fuego que antes habían generado los otros líderes.

Lina logró incorporarse al sentir que la presión de los demonios ya no estaba sobre ella y comenzó a caminar errante. Llevaba su mano derecha sobre la izquierda, como si sostuviese a un bebé.

De pronto cayó y su vestido se infló, y se vio desde fuera como si fuese una espectadora de una vieja película. Sí, la recordaba. La había visto con la tía Barb un domingo. Fuera de la casa de los Smith llovía y su tío ya había fallecido. No recordaba dónde estaba William, pero se veía a sí misma llorando por la escena de la película. A una pianista le cortaban un dedo. Ahora pensaba que ella era la actriz de esa película y que solo estaba interpretando un papel. No era ella misma la que sufría.

En ese estado era incapaz de defenderse o de ayudar a Máximus, aunque este no necesitaba ayuda. Gracias a su tiempo con Ismerai ya era superior a esos tres y deseaba descargar todo el odio que lo incendiaba por dentro contra aquellos que habían osado tocar a su esposa, la mujer que amaba.

—¡Sanity, llévatela de aquí! —rugió mientras con su arma se lanzaba contra los tres jinetes al mismo tiempo.

La yegua se acercó a Lina y bajando sus dos patas delanteras permitió que se acostara sobre ella, para llevarla a un lugar repleto de cazadores amigos. Los otros corceles que habían llegado las siguieron.

Una vez que Máximus vio que todos se habían marchado, un fuego púrpura salió de él como un volcán en erupción, para asombro de los cobardes líderes. Pero se contuvo. No quería convertirlos en cenizas. En vez de eso, los tomó a los tres juntos por sus cabezas y los arrastró hacia los Infiernos. Después de todo, habían herido a una medio humana y la ley de los cazadores le permitía castigarlos así.

Para los líderes un simple error conduce directo a las Profundidades. No hay subsuelo más bajo.

En las puertas de los Infiernos apareció el mismísimo D con su marca de vitíligo descontrolada por la sorpresa. Y eso que ya no muchas cosas lo sorprendían a él, uno de los ángeles caídos fundadores de aquellos páramos de tortura.

Máximus se los arrojó y dijo entre dientes:

—Dadles la misma bienvenida que al Caballero de la Luz que asesinó a mi esposa.

Desde dentro, D asintió.

—Sin descanso, Máximus, Maestro del Fuego —dijo adelantándose en el tiempo—. Sin descanso.

Muy lejos de allí, en un claro, Izzie movió las riendas de Compassion para abrirse paso por entre la multitud. Todos estaban agitados; aunque no podían sudar ni sonrojarse, se notaba en sus ojos desorbitados y en el relinchar cansado de los Ekuas que habían estado revolviendo las Tierras y los Infiernos para encontrar a su reina.

Izzie desmontó y cuando estuvo cerca de Lina pudo contemplar la horrible escena: sobre el costado de la yegua pendía el muñón deforme y el pelaje blanco se interrumpía con el rojo espeso de la sangre. Eron ya estaba junto a ella, así que ambos la ayudaron a bajar mientras las animadoras, acostumbradas a trabajar en equipo, usaron sus listones para hacerle un torniquete. A su lado, Travis le

acariciaba la nuca mientras decía:

—Tranquila, Reina Madre. Respira. Tranquila.

Pero Lina se estaba yendo en su mente. Lo único que la rescataba era el recuerdo de su pequeño y la necesidad de hacer lo que fuera por dejarle un mundo más justo que el que le había tocado a ella; y también las manos amigas que la sostenían. No hubiese podido mantener la cordura sin Umah, sin Izzie, hasta sin las graciosas animadoras y la pequeña Smith, que había regresado y apoyaba el morro contra su falda.

De pronto los murmullos de preocupación se interrumpieron cuando Máximus apareció con su espada al rojo vivo. Parecía que hubiera estado marcando ganado.

Sin prestar atención al resto, se arrodilló para tomar a su esposa como a una niña pequeña. Lina movió sus ojos verdes hacia él, pero no lo miraba.

—Te llevaré al Círculo, mi vida —exclamó con un hilo de voz.

* * *

Cuando Máximus la depositó en el suelo, Lina no pudo notar si el Círculo la estaba esperando o no. Estaba ida y, como siempre que algo la sobrepasaba, intentaba evadirse del momento que estaba viviendo.

Pero esto era distinto.

La evasión no funcionó y otra forma de defensa, más arcaica, fue en su ayuda. La mente de Lina comenzó a moverse hacia atrás.

—Julie me llevará al hospital. Le diré a Josh que nos acompañe para que no conduzca nerviosa. No hay que informar a mis tíos, pueden preocuparse… —Ante los ojos confundidos de Máximus, Lina asintió despacio y fue aún más atrás, muy angustiada—: Mamá, me duele. Me duele mucho… Mamá…, mis dedos de artista… Mis dedos finos como los de los artistas… ¿Dónde están mis dedos? ¿Mi mano?

—Mi vida —trataba de tranquilizarla Máximus acariciándola.

En su trono, Newen Mapu ahogó un grito de horror cuando la vio mutilada.

—Mi pequeña flor de jazmín —murmuró.

Sin demora, se irguió y fue hasta ellos. Caminaba apoyándose en su bastón con símbolos tallados, más despacio que la última vez que lo habían visto. Las hojas café en su cabeza y en el mentón tenían un color amarillento marchito y las raíces que le hacían de piernas se retorcían un poco, como si tuvieran artrosis.

—Newen Mapu, por favor…, cúrala —suplicó Máximus sosteniendo a su esposa, que quería caminar confundida por aquel círculo de tierra.

El Supremo asintió, la tomó y Máximus dio un paso atrás.

—¡Amigo mío! —lo interrumpió Astrid desde su trono—. ¿Estás seguro?

El interpelado se giró hacia ella y asintió decidido. Después volvió el rostro hacia Lina y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Despacio le levantó el muñón y tomó la última porción sana del brazo de ella con su mano de tronco. Para asombro de todos, de esa unión comenzó a crecer una especie de rama roja y verde, que danzaba en una trasformación de cartílagos, huesos, músculos y carne. Pero no era una transformación, era un regalo. Así como la mano de Lina volvía, la de Newen Mapu desaparecía. Un muñón cerrado era ahora la nueva extremidad del Supremo.

Lina continuaba en un estado de ensoñación, aunque más tranquila se miraba aquella mano llena de arabescos, de un tono más oscuro, distinta a la suya propia.

—Gracias —dijo Máximus volviendo a tomar a Lina de la cintura.

El Supremo no dijo nada, solo regresó a su trono valiéndose de su bastón, con su única mano. Cuando tomó asiento, la bella Astrid comenzó a prepararse para uno de sus discursos:

—Bien, se ha roto el equilibrio en el último reino…

—Señora —la interrumpió Máximus y ante los gritos de la Voz de las Aguas por su falta de educación, siguió más fuerte—: Yo soy el culpable. Me cegó la ira y llevé a los otros líderes a su castigo infernal. Castígueme a mí y deje ir a mi esposa.

La Voz de las Aguas se agitaba tanto, que sus cabellos azules parecían electrificados y su tridente casi hacía hervir el remolino de agua que lo rodeaba.

Sin embargo, Astrid escuchó tranquila al demonio para responderle con su habitual paz:

—No tengo problemas con que les otorguéis la verdadera muerte a los de vuestro tipo. No son almas que me competen. Si ella condenó a un alma oscura o tú arrastraste a tres de los tuyos a las Profundidades, lo mismo me da. —Hizo una pausa en donde Máximus se sintió seguro, pero luego agregó—: Sin embargo, ahora que habéis perdido tantos líderes, me parece justo que Angelina se sume como una nueva.

—¡¿Qué?! ¡No! —gritó Máximus—. Eso significaría la condena eterna. ¡No podéis hacer esto! ¡No ha roto ningún límite!

¡Castigadme a mí! ¡A mí!

Sin importarle los gritos, Astrid comenzó a hablarle a Lina, que tenía la mirada nublada en su nueva mano que convulsionaba frente a ella, como un ser ajeno.

—Angelina, has demostrado ser una buena líder —empezó y chasqueó sus dedos hacia Ismerai—. Y ahora que tendrás una mano poderosa, te insto a que la uses con todo el aplomo de la justicia del Círculo. Newen Mapu te enseñará a controlarla para que no te controle a ti.

En la otra punta, Ismerai se levantó. Sus ojos inyectados se nublaron cuando de entre su pesada túnica sacó una hermosa diadema —decorada con diamantes rosados, rubíes y zafiros— y se la pasó a Astrid. Esta la tomó como si fuese de cristal y con cuidado caminó con sus pies descalzos hacia la pareja maldita.

Máximus intentó esconder a Lina detrás de él, pero Ismerai le hizo un gesto que lo tranquilizó. Debía tener paciencia, su plan funcionaría.

Al final, la Suprema celestial alzó la corona maldita sobre una Lina que no entendía nada.

—Esta vez tampoco habrá tatuaje para la nueva cazadora líder, porque su naturaleza aún es mestiza y la piel humana se rehúsa a admitir la derrota de la muerte —dijo colocándole la joya—. Pero llevarás la corona de la vergüenza. ¡Ahora, marchaos!

Temblando de rabia y otra vez comiéndose su orgullo de hombre, Máximus llamó a Humble y se fueron sin decir palabra alguna. Cuando regresaron al claro, Lina se sintió como con resaca. La información de los acontecimientos que acababa de vivir se colocaba en ella con lentitud.

Los cazadores continuaban allí, esperando noticias de su reina. Aquella ansiedad se repetiría, pero la segunda vez se esperaría una noticia de vida en vez de muerte. Sin podérselo creer, sintieron el poder de líder que emanaba de aquella corona y, por una fuerza mayor, cada uno de ellos desmontó y se arrodilló frente a Lina.

Aun en su estado de confusión, ella pudo comprender que aquel era el segundo ejército que se hincaba ante ella: primero los Ekuas y ahora los condenados; y tenía que admitirlo: aquello la hizo sentir bien. Le resultó hermoso ver a miles de cazadores arrodillados. Sin embargo, después de esa escena como sacada de una pintura antigua, la realidad la impactó y, ante los ojos de sus súbditos y de su esposo, comenzó a intentar arrancarse la corona que le ardía en la cabeza.

—No la quiero. Quitádmela. No la quiero. Quiero volver.

¡Quiero volver!

Dicho esto, Sanity se adelantó y la llevó a donde su corazón deseaba: a su hogar canadiense.

Al llegar, Lina desmontó y cayó de rodillas en el suelo helado. Estaba cerca de su casa, en el bosque. Confundida pensó que era el sol lo que le molestaba a los ojos, pero en realidad eran las almas humanas brillantes y puras las que la cegaban, y en concreto eran las almas de los tres mejores amigos de Whitehorse, que jugaban a hacer angelitos en la nieve disfrutando de una tarde tranquila.

Invisible para ellos, la primera líder mujer intentaba arrancarse aquella corona que tanto le volvía a pesar. Sentía el agua helada en sus pies desnudos y el sonido de unas risas. Su humanidad luchaba por impregnarse a ella como aquellas gotas a sus pies, pero no era tan fácil. Lina había cometido muchos errores.

Por compasión o por accidente, había jugado a ser una diosa, pero no lo era. Como tampoco era una reina. Allí, llorando, luchando inútilmente contra una fuerza milenaria que la superaba, no era más que una simple muchacha tirando de una joya maldita.

De pronto, unas manos fuertes la detuvieron.

—Mi vida… —terció Máximus apenado—. Ven, aférrate a mí. Yo lo solucionaré.

—No la quiero, Will…

Máximus cerró los ojos y apretó la mandíbula. En ese momento ser nombrado de aquella manera le producía una suerte de emociones encontradas.

—Mi vida, vámonos —le rogó—. No podemos estar aquí. Te llevaré a tu cueva.

Mientras intentaba tomarla en sus brazos, a apenas unos metros, su hijo correteaba feliz por el bosque, llevando a Rory en su espalda con la fogosidad del primer amor que se sospecha será el único. Imborrable. Irrepetible. Imposible.

Capítulo 12

Siete minutos en el cielo

> «Salvador escribió rápidamente un mensaje de socorro para su mejor amigo, que lo recibiría en la casa contigua: "Ven aquí a salvarme. ¡Ya! No puedo estar cerca de ella… Me la comeré a besos".
> Logan lo leyó riendo y contestó: "Estoy con Queen", y luego un emoticono de sufrimiento.»

W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Josh siempre había disfrutado más los preparativos de una fiesta que la fiesta en sí, y, aunque a esa celebración no estaba invitado, le gustaba ver a esos tres revoltosos ir de aquí para allá para su primer evento mixto. Por supuesto que durante su primera infancia los cumpleaños habían sido de niños y niñas, pero luego habían llegado los años en que los pequeños comienzan a sentir un apego extraordinario por los de su mismo sexo, que se reafirma con el *odio* hacia los del opuesto. Y ahora, abriendo las compuertas de la pubertad, se volvían a mezclar, dándose por vencidos a la

naturaleza, las convenciones sociales o simplemente a lo que está destinado a ser.

Claro que eso no había sucedido para los tres pequeños superhéroes de Whitehorse. Ellos se habían burlado de todo eso.

—No queremos que nos lleves, mamá —se quejó Logan frente a la chimenea.

—Hace un frío endemoniado, claro que os llevaré. —Julie terminaba de plancharle la camiseta de burro de *Shrek* que había comprado para la ocasión.

—Pues no hace falta —insistió él haciendo un gesto hacia Rory, que a Salvador no le pasó inadvertido—. Disfrutaremos más yendo y viniendo por nuestros propios medios.

—Déjalos —dijeron Matthew y J. J. al mismo tiempo, y se rieron por la coincidencia.

Julie le colocó la camiseta a su hijo, dándose por vencida.

—Bueno, pero entonces id a por las chaquetas de pluma y poneos doble par de calcetines.

—Sí, mamá —aceptó Logan y, sin que se lo repitieran, Salvador fue a por la ropa que más les abrigaba a él y a Rory, y que tenía en el dormitorio contiguo.

Mientras esperaban que se hiciera la hora, en una esquina Salvador se puso a practicar con la guitarra para la presentación de Navidad que iban a hacer en unos días. Habían pasado la selección del Concejo por voto unánime. Y es que, ¿quién no quería a J. Jones en su concurso navideño? Las entradas para el evento se habían vendido como churros.

De pronto, el timbre sonó y Rory fue a abrirle a la abuela Barb.

—¡Ya están listas las galletas!

—Abuela Barb —Logan echó cansado la cabeza hacia atrás mientras su madre lo peinaba con esmero—, es una fiesta de mayores, no tenemos que llevar nada.

—Nunca irás con las manos vacías a ningún lado —lo regañó su madre—, y deja de moverte, que tienes el cabello hecho un desastre.

Mientras tanto, Salvador atacó el recipiente cálido y su abuela le brindó un pequeño golpecito en la mano, para luego darle las seis galletas separadas especialmente para él.

—Ven, Rory —dijo Julie revolviendo su neceser—. Estás hermosa con ese vestido y ese peinado, pero te falta algo. —Le había hecho varias trencitas apretadas a la moda, que terminaban en mechas rosadas. El tinte saldría después del primer lavado.

Con un silencio absoluto, Rory se dejó colocar un tenue brillo en

los labios. Era la primera vez que se maquillaba en serio y no jugando frente al espejo.

—Sabe a melón —degustó contenta y todos sonrieron con nostalgia por el pasado y de alegría por el futuro.

Julie la besó en la frente y volvió a revisar:

—¿Ha quedado claro para tu madre que duermes en casa de Barb esta noche?

—Clarísimo —exclamó la niña con sus pegajosos labios y, con un nuevo humor que le serviría de defensa, agregó—: Se lo dije varias veces, porque la próxima me rapa.

Logan rio fuerte el chiste; disfrutaba cuando alguien más era irónico.

—¡Vamos! —dijo J. J. programando el gatillo de su nueva cámara digital—. ¡Poneos para la foto!

Todos sonrieron ante el flash que les irritó los ojos, para una foto que se convertiría en la portada del disco que le valdría tres Grammys al famoso roquero.

* * *

La fiesta era en el sótano de Liam Russell, el hijo de Leslie Ball y Damien Russell, que, como todos los de su edad, se habían quedado enamorados de la música de su época. Así que ambos adultos discutían la banda sonora del evento junto al equipo de sonido. Hasta que los invitados fueron llegando y su hijo los echó escaleras arriba, porque ya no necesitaba a sus padres.

—¡Compañero, esta fiesta va a estar de lujo! —le dijo su mejor amigo, Charles Taylor, mientras colocaban la flamante PlayStation 2 para hacer un campeonato.

—No quería invitar al odioso de Ned Freeman —respondió Liam sin que los demás lo oyeran, ganándole a la canción de Gorillaz que sonaba—, pero mis padres me dijeron que o venían todos o ninguno.

Liam tenía razón. Ned era todo un caso, porque, mientras algunos pueden burlar la fuerza de la genética y la desgracia de la mala crianza, otros, como el vástago mediano de los Freeman, eran dignos hijos de sus padres.

—Mi mamá dice que su padre era igual: un pendenciero —exclamó Charles también en tono bajo—. Estoy cansado de ver cómo trata al pobre Adam. Se obsesiona con él.

La verdad era que todos le tenían un poco de miedo a Ned, pero, por suerte, contaban con tener de su lado al muchacho más fuerte

del colegio: Salvador Wildman, que justo en ese momento hacía su entrada triunfal. A su lado, en cuanto entró, Rory se dio cuenta de que había ido vestida de manera diferente a las demás chicas. Sus compañeras ya habían pasado a los pantalones ajustados, petos cortos o camisetas brillantes, y hasta las más osadas llevaban un anillo en el ombligo que se quitaban al regresar a casa. Rory tampoco tenía una de esas pequeñas carteras que se usaban, pero al menos iba a tono con el cabello con puntas de colores como P!nk.

—Te queda bien eso que llevas —le dijo Salvador para darle seguridad mientras iban a la mesa para servirse unos refrescos. Rory se ruborizó de pies a cabeza y como respuesta sonrió, mirando hacia abajo. Ante la escena, él quiso llenarla de besos. En vez de eso, le tendió un vaso rosado con su nombre escrito—. Toma, bebe.

—La tía Julie hizo un buen trabajo, ¿verdad? —dijo de la nada mientras acariciaba las delicadas trenzas en su cabeza.

Logan, ajeno a ese torpe cortejo, atisbaba la concurrencia puesto de puntillas. Todos estaban apiñados en grupillos contra las paredes. Nadie bailaba.

—¿Por qué nunca está Jenny?

—Porque sus padres la cuidan mucho —respondió Rory, atenta a las habilidades parentales de todos los adultos que conocía.

Logan puso cara de irritación.

—Sobreproteger no es cuidar.

—Supongo que tienen miedo de que algo le suceda a lo mejor que tienen —afirmó Salvador sin dejar de mirar a Rory—. Mi padre me contó que Al los ayudó de jóvenes. Como son primos, sus familias… Bueno, en realidad, *su* familia se negaba a que estuviesen juntos.

Logan comenzó a reír.

—¿Te imaginas, Rory? Es como si nosotros fuésemos pareja.

Rory rio con su amigo y casi hermano, pero pronto se detuvo al advertir la cara de Salvador. La broma no le había parecido nada graciosa. Logan también lo notó, y es que a Salvador el corazón le había dado un brinco. No podía evitar sentir celos de aquel vínculo especial que a veces parecían compartir sus amigos, como si fuesen de la misma especie.

—Bueno —siguió Logan—, pues si no está Jenny me quiero ir. Grabé el nuevo episodio de *Doctor Who* y luego dan *Malcolm* de estreno.

—¡Oh, vamos, amigo! —lo animó Salvador—. ¡Quedémonos un rato más! Mira, allí están jugando al *Mortal Kombat*, ¿vamos?

Fueron los tres y los primeros minutos los pasaron allí. Logan les

ganaba a todos mientras que Salvador perdía de vez en cuando, a propósito, para charlar con Rory. Hasta que un murmullo generalizado los hizo levantar la vista: eran Queen y su hermano Adam. Charles dio un codazo a Logan, que al verlos soltó una carcajada.

Queen iba disfrazada de Trinity, de *Matrix*, y su hermano Adam era un tímido Neo. Era obvio que ambos habían asaltado el guardarropa gótico de su padre.

Muy valiente, Queen se adelantó hacia el grupillo de chicas que estaba en una esquina.

—Creo… —miró a su séquito encabezado por Stefany, que era la única que se atrevía a sostenerle la mirada con sus ojos negros—, que no me llegó el mensaje donde decía que la fiesta ya no era de disfraces.

Al principio esa había sido la idea original, pero había cambiado a última hora y su fiel amiga Dot, en cama por anginas, tampoco había llegado a enterarse.

—Ten —dijo Rory, que se había acercado sigilosa, mientras le pasaba su jersey.

—Gracias, Petelman —rechazó Queen—, pero me siento muy bien con mi ropa.

El agradecido Adam sí tomó la chaqueta vaquera de Salvador, quien también lo invitó a jugar con ellos. Queen se quedó un rato junto a Rory y a los *nerds* de los videojuegos, mientras masticaba su rabia.

—A mí me parece que estás muy bonita —exclamó Rory con sinceridad.

—Lo sé, luzco fantástica —dijo Queen estoica—. Pero veo que mis amigas querían divertirse a mi costa.

—Si hacen eso entonces no son realmente tus amigas.

La muchacha la miró de arriba abajo.

—Eres una jodida *genia* —Queen había sido una de las primeras en empezar a maldecir—, pero no entiendes nada sobre popularidad. Ya verás como estoy de nuevo en la cima y como esa maldita de Stefany Belmont morderá el polvo.

La lucha entre esas dos seguiría durante muchos años más.

—Perdona que te la robe —las interrumpió Salvador tomando a Rory de la mano.

Sonaba la canción de Shaggy *Angel*, y por algún motivo a él le gustaba cantársela. Lamentablemente Salvador había heredado la voz de perro de su padre y los dos pies izquierdos de su madre. Sin embargo, le ponía ganas. Saltaba a su alrededor y la giraba de tanto

en tanto.

Cuando sus amigos los vieron, no tardaron en imitarlos. Habían estado contra las paredes como si cuidaran de que no se cayeran, y aquella parejita les daba ahora el empujón que necesitaban. El primer modelo de amor de los humanos pequeños son sus padres, pero aquellos niños de Whitehorse tenían también a Salvador y Aurora.

Mientras tanto, Logan, tomando su cuarto vaso de agua y desinteresado del mundo sin Jenny, se atragantó cuando una dominante Queen lo llamó desde atrás.

—¡Hey, Iron! ¿Quieres bailar?

Logan se puso más nervioso al verla tan cerca, y es que juntos eran una regla de tres inversa: cuanto más segura era ella, más inseguro era él. Se rascó el cuello y comenzó a decir:

—Ehh… Es que no sé bailar muy bien, ¿sabes? Creo que Rory y Sal estarán…

Pero la abeja reina de la escuela lo agarró de un brazo, sin prestar la más mínima atención a sus palabras balbuceantes.

En ese sótano, en aquella fiesta mixta, la niñez discutía con la pubertad. Los niños saltaban y parecía que en el aire se transformaban en criaturas más adultas, como si la madurez la consiguieran con cada impulso y la infancia fuese algo que se pudiera sacudir a fuerza de risas y volteretas. Todos estaban ansiosos por crecer: alas por salir, fuego por arder y cuerpos por amarse. Mientras allí dentro se continuaban llenando álbumes de figuritas, tarteras con calcamonías de Spiderman y carpetas con caricaturas de los maestros, fuera hacían fila el acné, los primeros besos y los corazones rotos.

—Me gusta tu camiseta de burro —le dijo Queen al oído en medio de un estribillo pegadizo.

—Ah… Sí… Los burros son animales muy interesantes, ¿sabes? Son de la familia de los caballos, pero más resistentes por su dieta y sus excelentes rituales de apareamiento. —Logan se quedó tieso después de ese comentario. ¿Por qué siempre decía cosas como aquellas cuando estaba con Queen o con Jenny?

La muchacha echó una de esas risas de persona segura.

—Logan —dijo mirándolo a los ojos—, eres el chico más interesante que he conocido, pero si te vuelves a reír de uno de mis momentos vergonzosos, como hace un rato por el disfraz, lo pasarás muy mal, ¿está claro? —agregó guiñándole un ojo.

Logan atinó a asentir y luego la hizo girar mientras bailaban.

En una esquina, Stefany y el séquito que pronto recuperaría

Queen comenzaron a reír por lo bajo; parecía que se traían algo importante entre manos y no se hicieron de rogar ante las preguntas del resto.

Nathalie Pérez bajó el volumen del equipo de sonido y Stefany fue a buscar una botella vacía de la mesa.

—Ahora podemos empezar a divertirnos en serio, ¿verdad? —La muchachita se paseaba mirando hacia donde estaba Salvador. A su lado, instintivamente, Rory tomó la mano de él y todo volvió a ser cálido. Stefany le daba un poco de miedo; le recordaba a su madre, pero en versión morena.

Obedeciendo las indicaciones de las chicas, pronto todos se sentaron en círculo. Más o menos sabían qué tramaban; habían visto viejas películas donde el juego de la botella era supuestamente algo divertido.

Stefany explicó las reglas que ella creía correctas. Al parecer, después de girar la botella, en vez de besarse, los dos escogidos debían meterse en el pequeño armario de la esquina durante siete minutos y besarse o hacer lo que quisiesen. Todas las muchachas, menos Queen y, paradójicamente, Stefany, soñaban con apenas siete segundos con Salvador Wildman. Antes habían hecho girar la botella a modo de práctica y creían que habían encontrado un desnivel con una tendencia particular, así que la disposición de la ronda no fue aleatoria. Pero, por supuesto, no contaban con las habilidades de Salvador, el muchacho escogido para girar primero.

No fue difícil para él calcular la fuerza justa para que la botella se detuviera exactamente en el lugar de Rory. Cuando muriese junto a ella, después de una vida juntos, no recordaría ningún momento sin haber estado furiosamente enamorado de ella. La botella giró y el corazón de todas se mantuvo en vilo. Rory no pudo evitar sonreír cuando la boca la señaló. Logan también lo hizo.

Sin decir palabra alguna, los dos fueron hacia el armario. Salvador la dejó pasar primero. Rory se acomodó el vestido y se sentó sobre sus rodillas. Él la imitó y luego la observó en silencio. Ella no dejaba de jugar con su pulsera celeste y miraba los estantes con juegos de mesa y cacharros varios.

—Está bien —le dijo colocando su mano sobre las inquietas de ella—. No tenemos que hacer nada si no quieres, podemos charlar.

Rory se incorporó de golpe sobre sus rodillas. Sus ojos quedaron a la misma altura.

—Siempre estás tan tibio —exclamó mientras acariciaba su mejilla.

Él entrecerró los ojos y le tomó la mano para olerla como

chocolate por la mañana.

—Tú siempre hueles tan bien, Rory…

Se quedaron mirándose en silencio y cuando él despegó sus labios para decir algo, las puertas del armario se abrieron de par en par. Logan entró y se agachó hacia ellos mientras susurraba agitado:

—Chicos, lo siento, pero vi que Stefany y Ned se estaban riendo, mirando una cámara. Creo que este no es un lugar seguro.

—Vámonos de aquí —exclamó Salvador y tomando a Rory de la mano, se marcharon los tres sin despedirse.

Corrieron a sus bicicletas y se fueron riendo por las calles heladas de Whitehorse. Se sentían adultos y libres. Nunca habían estado por su cuenta hasta tan tarde, vestidos de fiesta. Cuando fueron a la cafetería de Al a por algo dulce, sus estómagos brincaron de felicidad y azúcar.

El pastelero tuvo el tacto de tratarlos como comensales nocturnos y hasta bajó las luces para crear una atmósfera más especial.

Aunque la casa grande estaba a su disposición, no querían encerrarse. Jugaron en el bosque y en las calles, y compraron bebidas y chicles en la estación de servicio como lo hacían los muchachos mayores.

—Me gustaría que Jenny estuviera aquí —soltó Logan.

—¿Y si la vamos a buscar? —exclamó Rory y terminó jugando con su aliento en el aire frío.

—¡Sí! —coincidió Salvador—. ¡Vamos!

—¿En serio? ¿No creéis que será peor?

—Vamos, yo treparé por la ventana y vosotros nos esperaréis abajo. —Las alturas no eran problema para ella.

—No, ya es tarde. Mejor volvamos a casa —decidió Logan y miró insinuante a Rory, lo cual tampoco pasó desapercibido para Salvador.

Subieron de nuevo a las bicicletas colina abajo, mientras en el cielo comenzaba a formarse lo que sería una aurora boreal.

—Tengo uno —dijo Salvador—. Si pudierais… —pero no dijo más porque, asombrosamente, Logan arrojó a un lado su bicicleta y comenzó a correr.

—¡Adiós, galán! —soltó entre carcajadas mientras salía disparado cual velocista en los últimos metros.

—Detente, Sal —le dijo al mismo tiempo Rory.

Él, que quería perseguir al loco de su amigo, hizo lo que ella le indicaba. De inmediato Rory saltó del manillar y fue hacia la bicicleta volcada de su amigo.

Salvador la observó boquiabierto.

—¿Pero qué…?

—Le pedí a Log que nos dejara el final de la noche para nosotros —explicó ella—. Necesito hablar contigo.

Salvador tragó saliva, esperando lo peor. De repente todas sus inseguridades lo asaltaron: ¿acaso estaba enamorada de Logan? ¿Le iba a pedir que la dejara en paz? ¿Qué sucedía? Todo era absurdo. Hacía un tiempo le había dicho sus votos matrimoniales y ella le había demostrado que lo quería, pero quizás había cambiado de opinión. Después de todo, ella compartía muchas cosas con su amigo. Entonces se iría del pueblo y los dejaría ser felices.

El romántico Salvador razonaba como las inseguras heroínas de las telenovelas que devoraba junto a su abuela Barb y, sin darse cuenta, ya estaba pedaleando de nuevo, imitándola.

—¡Vamos, Sal, sin manos! —Rory se abrió al viento y sus brazos le parecieron alas a Salvador. Aquella escena hermosa logró sacarlo de sus dramáticas cavilaciones.

Entre risas, ella dio media vuelta con su bicicleta y comenzó la difícil tarea de pedalear calle arriba hasta la cima que terminaba en una colina.

—¡Salvador, ven! —gritó—. Ven a ver el cielo.

—Dios, ¿por qué te vuelven loca las auroras boreales?

—Porque es como si el cielo estuviese vivo y nos gritara. —La joven Aurora estaba feliz e invitándolo a desafiar sus miedos agregó —: Ven, vamos más arriba. Mira qué lindo, parece que están limpiando las estrellas con un paño verde.

Salvador se rio.

—¿Y las estrellas qué son entonces?

—Oh… —Pensó un momento—. Pues son los ángeles que nos sacan fotos y lo que vemos es el flash, como la fotografía que nos tomó el tío J. J.

De pronto Rory clavó los frenos, él la imitó de inmediato y sin saber por qué una emoción horrible lo embargó.

—¿Te gusta Logan? —preguntó triste.

Rory lo miró por primera vez como una jovencita y no como una niña. Negó con la cabeza, se acercó y ambas bicicletas cayeron una sobre la otra, haciendo un sonido al que ninguno prestó atención.

—Me gusta ir a hacer los deberes donde tu abuela —empezó ella —. Me gusta la gramola de la casa grande. Me gusta tomar chocolate en donde Al y ver películas en donde Log. Me gusta nuestra escuela, cada calle de este pueblo…, y todo porque estás tú, Sal. Me gustas tú.

Salvador estaba tan abrumado por lo que oía que, como el chiquillo que tenía derecho a ser, comenzó a llorar. Se limpió las lágrimas de emoción con el cuello de su camiseta. Luego, recobrándose y usando la galantería que su padre había dejado en él, dijo:

—A mí me encanta verte feliz, Rory. —Y como si la naturaleza le hablara, entendió el nuevo lenguaje que ella le enseñaba con su cuerpo. Cerró los ojos y sintió los labios de lavanda sobre los suyos de fuego, pero aquella jovencita no se quedó solo con eso, y quiso ir por más:

—¿Quieres ser mi novio además de mi mejor amigo, Sal?

—Sí —exclamó muy sincero—. Hasta cuando sea tu esposo seré tu novio y tu mejor amigo.

En ese instante, la aurora boreal se hizo más intensa. Parecía que los Cielos les regalaban esa caricia, porque a pesar de todos sus errores, hasta ellos podían reconocer la presencia del verdadero amor, y así rendían sus respetos.

—Nos hemos dado nuestro primer beso —dijo él cuando se separaron del todo y se perdieron en la mezcla de sus ojos negros y celestes.

Rory le dedicó una de sus hermosas sonrisas.

—Mi primer y mi último beso son para ti, Salvador Wildman, y tendrás todos los minutos de mi cielo.

Esa fue la más hermosa de las profecías que cayeron sobre Whitehorse, y la inventó una niña de once años.

Capítulo 13

Blanca Navidad

«—Cuando yo nací, Destiny le dijo a mi madre que nunca entraría al Paraíso. Demasiado peligroso, dijo. Así que ella creó este lugar para mí. Mi edén personal.»

W. Parrot, *Bloodhorse I. Lejos de Whitehorse*

Es tiempo de Navidad en Whitehorse y la gente que vive allí ha comprado sus regalos con varias semanas de anticipación. Ahora los paquetes se rompen, las chocolatadas se revuelven y los pavos se calientan en los hornos. Pero Lina no estaba ni cerca de allí, sino en la entrada de su cueva. Absorta en aquella extremidad que le escocía. Era como estrenar zapatos, pero en las manos. Miraba a contraluz sus cinco dedos pardos y los símbolos tallados que le subían hasta el codo, recordando los tiempos en los que escribía sus iniciales en los árboles o en las tapas de sus carpetas.

Aquellas inscripciones la estaban distrayendo y, como de costumbre, las fantasías de su mente la protegían del afilado futuro que la esperaba. Trataba de no caer en el pozo negro de la

depresión, imaginándose que con esa mano ajena podría ser una liberadora. Se visualizaba a sí misma haciendo algo increíble: rompiendo el pacto y la Competencia solo con esos cinco dedos, o quizás necesitaba eso para hacerse a la idea de que la mala suerte y el Círculo le volvían a arruinar la existencia. Le habían arrancado algo de su cuerpo y además ahora cabalgaría para siempre, pero ya habría tiempo para enloquecer y deprimirse, ya que, como a todo suceso traumático al que le sucede una cadena de eventos extraños, en unos minutos más aparecería otro elemento sobrenatural en su vida.

Lina comenzó a jugar con sus dos alianzas. Máximus las había recuperado para ponérselas en su mano humana, prometiéndole que solucionaría lo de la condena eterna y también que pronto regresaría con su hijo. Ella no tenía nada de qué preocuparse, le repetía, y como Lina continuaba pausada, no podía discutir con él ni preguntarle a qué se refería con eso. Así que allí estaba: haciendo tiempo mientras esperaba a Marina para otra de sus lecciones. Ahora que tenía la condena eterna, le importaba muy poco si su esposo se encontraba o no en el mundo infernal. Sin embargo, no había de qué preocuparse: Máximus estaba otra vez con Ismerai. De todas formas, en aquella ocasión no habría reunión secreta de «mujer ayuda a mujer». A pesar de su fuerza descomunal y sus fantasías de liberadora, Lina necesitaba un respiro y solo tenía energía para ver juguetear a su ahijada.

Sin hacerse esperar, Marina apareció en el lago sobre un narval de cuerpo amorfo y cuerno largo. Llevaba un paquete anudado con algas que formaban un bonito lazo. Quizás decir bonito era ser demasiado generoso, pero a Lina le daba ternura ver como ella se empecinaba en imitar las costumbres humanas.

—Ya me parecía raro que estuvieras tan intrigada por los regalos —le dijo mientras necesitaba de su ayuda para desenvolver lo que resultó una pandereta de caracolas—. ¿Y esto por qué, leoncita?

—Porque en varios lugares ya es el día de la Navidad humana —le explicó Marina—. No lo pude comprar en uno de esos centros comerciales de los que hablamos el otro día, porque todavía no me dejan venir a tu mundo más que para estar contigo, pero es un regalo parecido a los de los humanos, según lo que me dijo Areias. ¿Verdad que sí?

Lina tragó su tristeza. Se había olvidado de planear con Máximus lo que le regalarían a su pequeño. En realidad, con esto de ser cazadora líder por toda la eternidad, se había olvidado de todo. Intentó al menos darle un bonito momento a su ahijada y fue hacia

la cueva. Allí posó la vista sobre sus tesoros y se debatió entre la cajita de música —que Izzie le había contrabandeado para levantarle el humor después de lo de su mano— y la cadenita con el caballo de plata que Eron le había llevado con el mismo propósito. Atrapó lo segundo y salió diciendo:

—Toma. Es muy valiosa para mí. Fue el primer obsequio que me dio mi esposo.

Marina miró aquella cadenita de plata como un tesoro. Reconocía la figurilla que danzaba en esos finos eslabones. Su Mamá Lina le había explicado que los caballos y los Ekuas eran más o menos lo mismo.

Después de llenarla de besos, propuso:

—Pensé que podíamos saltarnos las lecciones de hoy e ir a uno de esos lugares donde cae ese polvo blanco por el frío.

—¿La nieve? —preguntó Lina, que no pudo evitar sonreír.

—Las migas del cielo —dijo de pronto una voz a sus espaldas que las hizo brincar del susto. Al caer la pandereta, un sonido a caracolas llenó el ambiente y fue la única mano de Newen Mapu la que la levantó—. Eso creíamos que era la nieve cuando éramos humanos jóvenes: migajas del cielo.

Las dos mujeres se observaron nerviosas en esa nueva sororidad que habían descubierto juntas. ¿Aquel Supremo se opondría a su relación?

—¿Debo irme? —preguntó la princesa acuática.

—No —respondió Newen Mapu con su habitual tono cálido—. No os preocupéis. No diré nada que vosotras no queráis que diga, pero me alegro de veros juntas. Los hijos de las Tierras y las criaturas de las Aguas deberíamos volver a apoyarnos los unos a los otros. —Y devolviéndole la pandereta a la princesa agregó—: Es un bonito instrumento. Todavía recuerdo cuando hacíamos conciertos entre los reinos. Vuestros peces aves tienen voces maravillosas.

—Newen Mapu, gracias por curar a mi Mamá Lina —dijo la jovencita acuática de pronto, haciendo una reverencia.

Junto a ella, Lina no podía ni hablar de la emoción. Se le estrujaba el pecho al ver el muñón de Newen Mapu. Así que, como de costumbre, se arrojó a su cuello y lo abrazó.

—Mi pequeña flor de jazmín —exclamó él mientras le acariciaba su largo cabello y la escuchaba llorar—, no pierdas la esperanza.

—Soy un desastre —hipó ella—, me condené y arrastré a mi compañera…

Él la abrazó más fuerte.

—Piensa que ahora tendrás más tiempo para romper todas las

cadenas que quieras. Vamos, has logrado ya tanto… No te me quiebres ahora.

Ella se desprendió y lo observó en silencio. Tenía razón, no se dejaría doblegar. Usaría su tiempo para romper esa maldita Competencia y ese injusto pacto.

—Gracias por tu mano —susurró.

—No te merecías menos. Vamos, ¡a ponernos alegres, que he venido para que aprendas a usar tu nueva extremidad!

Lina se separó enjugándose las lágrimas y recordando la orden de Astrid.

—Está un poco dura —dijo—, como si no respondiera muy bien a mis deseos. A veces tiembla y no sé por qué.

Newen Mapu se fue a sentar a una roca, muy cansado, pero con ganas de estar allí, y es que encontraba estimulante la compañía de dos mujeres tan jóvenes. Con voz animada le prometió:

—Después de unas lecciones conmigo, no sabrás cómo habías podido vivir sin ella.

—Lamento que seas tú quien tenga que vivir sin ella —murmuró Lina.

—Tengo otra igual. —Y acariciándose sus dedos izquierdos unos con otros, una peonía fucsia surgió para sorpresa de las mujeres.

—¡Genial! —dijo Marina imitando el entusiasmo habitual de su madrina—. ¿Ella podrá hacer lo mismo?

La curiosa Lina ya lo estaba intentando.

—Podrá hacer mucho más —afirmó seguro—. Solo necesita la ayuda de este viejo Ekuas.

Lina se quedó meditando aquello. Le resultaba extraño pensar en los Supremos con vidas anteriores a sus labores del Círculo, pero enseguida la emoción de Marina la distrajo.

—Pues, Mamá Lina, mientras tú me enseñas a volar, Newen Mapu te enseñará a usar tu mano suprema y así todos aprenderemos.

—¿En serio me enseñarás a crear plantas, Newen Mapu? —preguntó Lina un poco desconfiada—. ¿Cómo te permite tanto Astrid?

Su amigo le guiñó un ojo.

—Vamos, yo tengo mis trucos. Este viejo roble todavía no está acabado. Aún puedo ganar una o dos batallas más, y ahora comencemos, que el tiempo corre. —Le señaló el césped—: Siéntate, piensa en una flor que conozcas bien y visualízala en tu mente. Yo te ayudaré con música, es más fácil así.

Dicho esto, Newen Mapu sacó un instrumento que Lina había

visto muchos años atrás en manos de Matthew y que sonaba como una orquesta completa. Ella recordó que sus antiguos amigos ángeles, Celestine y Peter, le habían confiado alguna vez que la música era invento humano, y que los primeros de ellos les habían regalado a las alturas aquel bello don.

Con un gesto amistoso, el Supremo instó a Marina a que lo acompañara con la pandereta de las Aguas.

Al oír la música, la pequeña Smith salió de la cueva y se sentó a sus pies.

No fue hasta el octavo intento infructuoso de Lina que Newen Mapu comprendió que deberían ir más despacio. Al parecer, la naturaleza infernal luchaba contra la mano suprema. Lina no podía ni tomar una hierba real con ella, mucho menos crearla. Además, las convulsiones de los dedos descontrolaban los movimientos.

—¿Por qué no me sale nada? —se quejó la aprendiza, mientras molesta se desenredaba un mechón de cabellos de su nueva corona maldita—. ¿No tendría que ser superpoderosa ahora que soy líder? Ni siquiera me siento más inteligente, ni me encuentro mejor ni hablo más idiomas.

—Tu naturaleza humana es fuerte —la tranquilizó Newen Mapu y agregó con el ceño fruncido—: Al parecer, la infernal también, mi jazmín. Están compitiendo ambas…

—Genial, tengo las responsabilidades de líder, pero no sus poderes. Una de tus manos, pero inmanejable —ironizó—. Simplemente genial. Vamos, una vez más. —Se concentró—. ¡Aparece jazmín!

Ante su grito, Newen Mapu y Marina se desternillaron de la risa. La mano de Lina se agitaba loca y es que la movía para todos los lados como si tratase de una varita mágica.

—Me siento como en una película de Rocky, en esas secuencias de entrenamiento —se mofó, también muerta de risa, pero nadie le entendió la referencia. Después, más animada, le agradeció al Supremo—: Bueno, al menos ya siento tres dedos.

Marina estaba encantada de estar allí. Los terrestres eran divertidos y, en ese mundo cálido y seco donde las risas eran frecuentes, hasta el rey de los humanos trataba a los demás como iguales. Sin poder contra sus ansias juveniles, se sintió segura para insistir:

—¿Podemos ir a ver la nieve? Por favor, aún es Navidad.

—El próximo año, leoncita —la cortó Lina apenada—. Newen Mapu tiene muchas obligaciones y yo tendría que ayudar a Máximus con las tareas de líder…

—No me molestaría ir —exclamó él—. Siempre y cuando vayamos a algún lugar deshabitado. Los tres juntos somos un espectáculo muy extraño.

A Lina le pareció dulce que la incluyera a ella, que ya no podía ser advertida por los humanos.

Mientras tanto, Marina comenzó a dar saltitos y a aplaudir.

—¡Perfecto! ¿Podemos ir a uno de esos centros comerciales de los que hablabas y ver la decoración de las blancas Navidades, Mamá Lina? Puedo llevaros en mi unicornio real. ¡Es muy fuerte! Soportará a los tres.

Pero Lina y Newen Mapu eran criaturas de tierra. Así que rápidamente se llamó a Sanity, que cuando apareció le hizo una reverencia al Supremo. Por su parte, la pequeña Smith comenzó a lamerle los pies de tronco. Todos querían un poco más a aquel miembro del Círculo tras su sacrificio en favor de la Jinete de Fuego.

Lina palmeó a su compañera, otra vez llena de culpa por la condena eterna que ahora recaía sobre ambas, pero la yegua relinchó dándole ánimo y pronto montaron sobre ella, que pudo con los tres sin problemas.

No fue casualidad que el deseo de Lina los llevara hasta el centro comercial de Whitehorse.

Ante el gran evento que tenía lugar a algunos kilómetros, ese monstruo del consumo estaba más deshabitado que cualquier otra Nochebuena. Así que Newen Mapu no tuvo ningún problema en enseñarle a Lina cómo aquellos dedos se transformaban en espinas que abrían hasta el mejor candado.

Más atrás, Marina jugaba con la nieve que caía y, junto a la pequeña Smith, mordían los copos como si de comida se tratase. Sanity fue a pastar con su retoño en aquellos hermosos bosques que tanto echaba de menos.

Una vez dentro, fue la más joven del grupo la que exclamó:

—¡Guau! ¡Es un castillo terrestre!

Lina soltó una carcajada franca y Newen Mapu la miró contento. Su hija era de aquellas hermosas humanas que lograban vivir algo feliz, aun estando destrozadas; como una recicladora de la felicidad.

* * *

El amplificador hizo un ruido molesto que obligó a Rory a taparse los oídos. Salvador se acomodó la guitarra mientras esperaba que con una sonrisa ella le dijese que todo iba bien.

El escenario estaba oscuro tras el telón. A los lados estaban los otros concursantes que habían llegado a la final: imitadores de Destiny's Child, Avril Lavigne, NSYNC y Eminem. Ese año la música llevaba las de ganar en el concurso navideño.

Los organizadores habían dejado el mejor número para el cierre.

El tío J. J. ayudaba a Logan con el bajo, la peluca rubia y su chaqueta de cuero. Salvador estaba perfecto con la guitarra color vino, las gafas de sol y el cuello alzado de su camisa, con el que su abuela Barb se había esmerado. No se le movía un milímetro, como lo tenía el guitarrista en el vídeo original, pero lo que más resaltaba, a pesar de tener a una superestrella del *rock* en la batería, era el peinado de Rory. Con dos crestas a los lados y un mechón que moría en la punta de su nariz, estaba igual al cantante de A Flock of Seagulls. Al fin su corto cabello servía para algo. Por supuesto que la obra de arte había salido de la talentosísima tía Julie, que paciente esperaba en la primera fila reservada para el Concejo. Ella ya sabía que los elegiría, y eso era habitual en un pueblo tan pequeño: el nepotismo.

Julie miró a Helen Webber, la editora del diario local, que le tomó la mano cariñosamente. En esas épocas era normal echar de menos a los que faltaban. Después se giró y sonrió a Bárbara Smith, que lucía su hermoso vestido floreado.

—Bien, pequeños —dijo el tío J. J. en el escenario cuando terminó de prepararlos—. Recordad que lo importante de esto es divertiros, y lo único que tenéis que hacer es *el* movimiento de los ochenta.

Los niños rieron divertidos. En los ensayos se habían burlado de su tío porque, fiel a su época, *el* movimiento era deslizarse hacia ambos lados con un vaivén de cabeza. Eso sí, con mucho sentimiento.

Juntos habían pasado unos días divertidísimos y en ninguno de sus trabajos J. J. disfrutaría igual. El hombre se había emocionado al descubrir que esos niños seguían su carrera meticulosamente. No había club de fans comparable. Por otro lado, habían demostrado un talento para la música superior al suyo. Era evidente el componente sobrenatural en ellos: en tiempo récord ya eran expertos con el teclado, el bajo y la guitarra.

Sentándose a la batería, J. J. miró a Rory. Ella era la que daría el okey cuando estuviese lista, ya que era la figura principal. Con un suspiro, la jovencita acarició las teclas del teclado de pie que tenía delante e hizo un gesto para que el viejo ordenanza Bernie abriera el telón. Estas ya no eran las audiciones, era el día en que el pueblo

entero decidía.

Las pupilas de los pequeños se dilataron ante tantos flashes. Se había corrido la voz de que el famoso J. Jones estaría allí y la concurrencia era inédita. La gente se colocaba en los pasillos y en las esquinas, las puertas de entrada estaban abiertas de par en par para que los curiosos alcanzaran a oír algo y hasta se habían puesto pantallas que retransmitían en la calle. Incluso con la nieve que caía regalándoles una blanca Navidad el público no cedía.

El jefe de bomberos bufaba ante el peligroso apiñamiento; no veía la hora de jubilarse.

En el escenario, J. J. se levantó del asiento de la batería, listo para, aunque fuera, despachar a la prensa, pero al ver las sonrisas de sus tres sobrinos, que se sentían unos *rockstars*, se volvió a sentar y con rapidez le regaló al ansioso público los primeros acordes. Estos fueron acompañados con la máquina de humo que manejaba Al y la de viento que dirigía Matthew.

El pueblo estalló con los movimientos de los tres pequeños. Lo hacían de lujo y cuando la voz angelical de Rory cantó, no hubo persona que no se pusiera de pie. Cada gesto, cada paso del videoclip lo imitaban a la perfección. Rory movía su brazo de un lado para otro en el solo de guitarra de Salvador, que lo ejecutaba como un profesional, con ese desinterés del verdadero talento. Logan secundaba a su amiga en unos coros que, efectivamente, provenían de los Cielos.

Quienes recordaban el vídeo original estaban en otro mundo, transportados a una época maravillosa, mientras los más jóvenes simplemente se deleitaban con el despliegue de talento.

Como por una suerte de superposición de realidades, Lina, en otro plano, mientras jugaba con Marina, que había encontrado la sección de ropa femenina en el centro comercial, recordaba la canción que su hijo y su mejor amigo estaban presentando. Era la canción que tantas veces había cantado en su juventud: *Space Age Love*.

—¡Mira! —gritó Marina imitando a la protagonista de un anuncio de vaqueros con un gesto de pistolitas como de *cowboy*—. ¡Soy una humana!

—Sí que lo eres —dijo Lina mientras iba hacia ella para colocarle un sombrero a la moda.

Fuera de la tienda, la pequeña Smith se ladraba a sí misma ante un espejo y Newen Mapu activaba las escaleras mecánicas con su magia mientras se echaba para atrás, maravillándose con el movimiento de estas.

—¡He encontrado un lugar con ropa como la tuya! —gritó Marina extasiada frente a la sección de novias. La princesa acuática no lo sabía, pero parte de su felicidad se debía a la euforia que Rory sentía en aquel escenario.

—Leoncita, voy a vigilar que Newen Mapu no atasque sus barbas de hojas en las escaleras —dijo Lina.

Sin embargo, cuando bajó a verlo lo encontró cansado en un banco.

—Estoy viejo para estos trotes —reconoció encogiéndose de hombros.

—Lo bueno es que estos lugares piensan en todos —dijo Lina atisbando un carrito eléctrico para mayores—. Hasta en ti.

El Supremo no tardó en conducirlo como un loco, extasiado con la tecnología de los segundos humanos.

—¡Esperadme! —gritó Marina con media docena de sombreros puestos unos sobre los otros, corriendo escaleras abajo por los escalones que subían.

Muertos de risa, pronto estuvieron acomodados en aquel carrito. Marina se subió al cesto de delante y, usurpándole el bastón a Newen Mapu, tomó cuanto objeto deseaba. Lina iba colgada atrás, divertida, olvidando por un rato su terrible situación.

Mientras tanto, a unos kilómetros, tras el último «falling in love», los cuatro intérpretes se quedaron quietos con sus respiraciones volviendo a la normalidad. Los jovencitos se acercaron entre sí y giraron para ver a su tío, presos de una inseguridad que los asaltaba sin lógica, pues habían estado estupendos.

Tras el silencio, cuando la sorpresa y la emoción pasaron, el lugar casi se vino abajo por los aplausos y los vítores. No había duda alguna: la votación más rápida de la historia declaró a los ganadores y amigos de Santa, que no podían más de felicidad.

J. J. corrió a abrazar a sus sobrinos y se deleitó al ver a Rory brincar con soltura. Ante la imagen, recordó con emoción a la que de haber sido su madre estaría allí con ellos. Sintió una culpa espantosa, pues Salvador era el verdadero hijo de Lina. Entonces, observó en la primera fila a Julie y a la abuela Barb, extasiadas. Él siempre había pensado que llevaba un dolor indescriptible en el pecho, y no pudo hasta ese momento notar la diferencia entre los demás —que habían continuado con su vida de una forma u otra— y él, que pareció abandonar aquella efervescencia que lo caracterizaba de joven. Pero la explicación estaba justo frente a sus ojos: todos habían podido criar a esas maravillosas criaturas. Él no.

Simplemente había huido de Whitehorse porque las puertas, los números de las casas y hasta el bache de la calle H. Ades eran demasiado dolorosos para él.

—¡Espectacular! —gritó Salvador quitándose la guitarra. Fue hacia Rory y la alzó por los aires mientras Logan abrazaba a su tío y lo sacaba de sus terribles pensamientos.

De pronto, los interrumpieron un grupo de jovencitas y algunas mujeres bastante maduras que saltaron al escenario a por la estrella de *rock*. Josh no recordó a sus guardaespaldas hasta que lo rescataron.

Más adelante, Rory y Salvador daban su propio espectáculo con un beso por primera vez en público.

Su tía y su abuela sonrieron al reconocer lo obvio. Esta última quedó un poco turbada pensando dónde dormirían ahora los pequeños cuando hicieran sus batallas de almohadas que intentaban ocultarle. Pero qué feliz estaba la parejita por su triunfo.

En el desfile navideño, el mejor amigo de Santa Claus tenía el privilegio de repartir los regalos donados por el banco. Sin embargo, el festejo de la dulce Rory terminaría allí.

* * *

De vuelta en el centro comercial, aquel grupo variopinto esperaba a que Lina se deshiciera de las cintas de seguridad para luego marcharse. Habían pasado unas horas estupendas. Una vez que dejaron el carro estacionado, mientras Marina se hartaba con un paquete de frituras que la volvía loca —ya que lo salado era su preferido—, Newen Mapu le preguntó a Lina:

—Hija mía, ¿por qué hay tantas cosas acaparadas en este lugar, cuando varios de tus hermanos tienen hambre y frío?

Lina se quedó mirándolo incrédula. ¿De verdad debía explicarle eso al supuesto líder de las Tierras?

—Es que… —balbuceó— esto se cambia por dinero. Lo mismo que el agua, los frutos…, ya sabes…

—Qué pena —se lamentó él—. La Primera Tierra era más simple, tomábamos lo que deseábamos del suelo.

—Sí, es una pena —reconoció Lina ya en las puertas de salida—. Los segundos humanos no somos tan amigos entre nosotros como vosotros.

Newen Mapu la miró serio.

—Lo bueno de las Tierras es que son cambiantes: maduran. No como los demás reinos estáticos. Por supuesto que hay que tener

fuerza para madurar, yo ya estoy marchitándome, en cambio… —le sonrió— tú, ¿te sientes fuerte?

—Ahora que sé que tú estarás cerca, me siento mejor. Como una *arctic poppy* que sobrevive a todo… —dijo ella señalando su nueva mano—. O a casi todo…

Mientras aquella suerte de terapia física, entrenamiento y juego navideño tenía lugar, en otra punta —donde las risas morían— Máximus también estaba aprendiendo. Estaba aprendiendo del Guardián del Fuego la última lección para convertirse en el Maestro del Fuego. Actuando a espaldas de su esposa, como tantas otras veces; pero ahora ni siquiera sentía culpa, y es que, tras la condena eterna, él se había autodesignado salvador de Lina Smith.

En Whitehorse, Marina se detuvo de golpe.

—¿Qué te sucede? —preguntó Lina alarmada al verle el rostro gris.

—Me vino un malestar de repente —respondió apretándose el estómago—. No quiero volver a casa, Mamá Lina. No quiero.

Ese malestar no era propio de la princesa acuática, sino una réplica de lo que estaba sintiendo su medio hermana en su espantoso hogar; y es que Sarah Petelman tenía el poder de arruinarlo todo. Cualquier alegría que su hija disfrutara terminaba cuando ella hacía un comentario venenoso al respecto. Por eso, Rory jamás quería regresar a casa. Deseaba ser mayor para poder ser ella el eje del ambiente de su hogar.

Sarah parecía tomarse como una afrenta personal la felicidad de su hija y solo se interesaba en ella cuando podía criticarla, incluso a sus tiernos once años, incluso mucho antes. Era de esas madres ruines que atribuyen cualidades adultas a sus hijos como intenciones crueles y oscuras. Rory, víctima de aquellas hostilidades, sufría por los castigos, pero sobre todo por la sospecha que aquellas declaraciones despertaban sobre sí misma.

«Porque si mamá dice que soy mala, traicionera, astuta y venenosa, entonces lo soy. Debo de serlo. Soy mala, oscura, y no valgo la pena. Nadie podrá amarme jamás, deberé conformarme con las migajas que cualquiera me deje», pensaba.

Sin embargo, Salvador Wildman no había resultado ser cualquiera y tampoco le daba migajas. Además, con él había llegado un grupo de gente cariñosa y buena: Logan, los tíos J. J., el tío Matthew, la abuela Barb y Al.

Ahora Rory estaba sentada en la cocina. Las manos quietas sobre el mantel grasiento, el televisor encendido, el aroma a fritura y su peinado que le parecía absurdo frente a los ojos de su madre, que,

como cena navideña, le había preparado un emparedado con pan duro y queso rancio.

—Ya era hora de que vinieses a tu casa en Nochebuena —le soltó—. Pareces una niña de la calle… Tendría que haberme quedado en Darkhorse y darte en adopción. No debí regresar a este rincón alejado. —Sarah aspiró una bocanada de nicotina, alquitrán y a saber qué más y siguió—: Estás más alta y pareces más delgada con el cabello así. Pronto ese chico con dinero te querrá meter mano.

Rory sacaba los trocitos enmohecidos de pan con la cabeza gacha, un nudo en su garganta que sentía como un ladrillo y los ojos rebosantes de lágrimas. Sabía que el camino más breve hacia la calma de su madre era no discutirle. A veces decía: *sí, mamá; no, mamá; no lo sé, mamá; lo siento, Sarah…*

Todo lo notaba pesado Rory. Sus brazos, las lágrimas que estaban a punto de resbalarse por sus mejillas —y eso era lo peor, porque ahí la mujer se descontrolaría—, su cuello doblado sobre el emparedado y por supuesto esa opresión en el pecho que no la dejaba tragar ni un bocadito.

Su madre lo ensuciaba todo. Cuando su relación con Salvador no podía brillar más, la mujer daba un volantazo en su forma de crianza. La indiferente Sarah se iba y aparecía la violenta. Justo cuando la belleza de Rory comenzaba a ser imparable.

La pequeña usó su técnica de escapismo favorita para pasar el momento. Fantaseaba con una madre mejor, quizás la madre de Salvador, y la imaginaba como una versión joven de la abuela Barb. La señora Wildman la hubiese esperado con una cena de felicitación y no le hubiese preguntado venenosamente de dónde venía tan tarde insinuando vete a saber qué. No. La señora Wildman le hubiese explicado que era normal sentir una urgencia física, cuando las hormonas se disparan cual metralleta. Hubiese hecho lo que las buenas madres hacen: tomarlo todo y mejorarlo. Hacer las cosas habitables, vivibles…

Sarah estaba algo bebida. Ahora le contaba la breve historia de su padre y Rory volvía a prestar atención a sus palabras. Se apegaba a aquella historia como lo hacen las personas que se crían en malos lugares: idealizan y se aferran a un único buen recuerdo como agua en el desierto.

—Me dijo que nos encontraríamos aquí en Whitehorse —farfulló Sarah llena de vino barato—. Que fuese paciente, que te pusiera esa cinta en la muñeca y que te llamara Aurora. Fue mágico, porque solo estuvimos juntos una vez y tan solo una vez bastó para

concebirte. Sabía que ibas a ser hermosa, como él y como yo… —se interrumpió ante los ruidos de botellas y tos seca en el cuarto contiguo, y luego exclamó—: Deja eso y vete a dormir. Ah…, y estás castigada un mes por llegar tan tarde hoy. Otra vez me hiciste preparar la cena para nada. Vamos, deja, que yo recojo. Es tarde.

Y ese fue el regalo navideño de Sarah para su hija: salvarla momentáneamente de las garras de su novio de turno.

Capítulo 14

La leyenda del jinete sin corazón

«Si un traidor puede más que unos cuantos, que esos cuantos no lo olviden fácilmente.»

Mercedes Sosa, *Solo le pido a Dios*

Lo que se mantiene suficiente tiempo en el poder parece infinito, incuestionable y natural. Pero no es así. Todo acaba o al menos se transforma en otra cosa.

Aquel maldito día, el antiguo coronel irlandés, William, mutaría una vez más. El maestro de la Jinete de Fuego sería el maestro de todos: Máximus, Maestro del Fuego.

Lina estaba en las inmediaciones de su cueva, terminando otra reunión con Marina y Newen Mapu, que le hacían olvidar que se había ganado su *para siempre* en los Infiernos, cuando apareció Eron por lo alto de la colina.

—Ven —lo invitó—, ven a ver mi vergüenza. —De la mano suprema de Lina apenas salía un brotecito verde, para diversión de su ahijada y de Newen Mapu. No faltaba mucho para que descubriera que era mala con las peonías y las flores acuáticas, pero

muy buena con los jazmines, las siemprevivas y las enredaderas.

Eron se paró serio frente aquel animado grupo. Como un sepulturero desentonaba con el momento alegre.

—Tienes que venir conmigo, Reina Madre —dijo con formalidad. Casi se le escapa un *Reina Manca*, y es que ese era el nuevo título que corría entre los cazadores. Lina ya lo sabía y lo encontraba hasta divertido. Además, parecía que sus súbditos la idealizaban tanto como para inventarle un apodo secreto que no la hiriera: ella no era manca y, por otro lado, se estaba dando cuenta de que la prótesis era mejor que la original.

—¿A qué se debe tanto misterio, Eron? —le preguntó Lina sonriente.

—Es un asunto oficial —dijo él.

—¿Oficial?… Pero…

Entonces, Newen Mapu le tomó la mano y el pequeño brote se convirtió en una gerbera roja. Mirándola a los ojos exclamó:

—Nos vemos allí, hija mía. ¡Ánimo!

Lina lo observó confundida y no tuvo ni tiempo de despedirse de su ahijada. De buenas a primeras apareció Mercy y Eron la ayudó a montar. Al adquirir velocidad infernal, él se puso cual estatua y no pudo decirle nada durante el viaje, que duró varios minutos.

Lina no reconocía el lugar a donde se dirigían, hasta que llegaron a las puertas de los Infiernos.

—Eron, ¿qué sucede?

—Máximus me mandó a buscarte. Debes seguirme.

Dicho esto, el gigante atravesó las puertas y Lina advirtió que los dos guardias metálicos que le habían dado la bienvenida cuando era una humana brillaban por su ausencia. En vez del páramo desierto de cielo vacío, se detuvo asombradísima en las inmediaciones de lo que parecía una especie de coliseo, rodeado por cuatro volcanes.

—Por aquí, mi señora —dijo Eron señalando un corredor.

Lina lo siguió, llenándolo de preguntas que él no contestaba.

Para aumentar su asombro, salieron a una especie de anfiteatro que bordeaba un centro de arena. En efecto, era como un viejo coliseo y, para hacer más increíble aquello, todos los asientos estaban repletos de cazadores. Lina se quedó boquiabierta y su compañero la tomó de la mano guiándola hasta el sector de los palcos reservados.

—Eron, ¿qué sucede? —habló mientras tiraba de su brazo—. ¿Por qué no están cazando? ¿Por qué no advertí nada de esto?

—Máximus se ha ocupado de todo, mi señora —fue su única contestación.

—¡Eron, por Dios!

Pero no hubo tiempo para explicaciones. Habían llegado a sus asientos y allí la esperaba el mismísimo D, el ángel caído que había conocido en los Infiernos. Este se levantó al verla, hizo una reverencia y le señaló el trono junto a él. Lina notó que sus alas brillantes chocaban con las de una criatura que estaba en el trono de la derecha.

—Reina Madre, le presento a Zafiro —dijo con su melodiosa voz y señaló a la mujer angelical. Era una oda a la belleza clásica, con su cabellera oscura y unas facciones frías que hacían juego con aquellas alas rígidas de zafiros azulados.

—Puedes llamarme Z —la invitó estrechándole la mano como si estuviesen en una reunión de negocios.

Lina se sentó, pero enseguida se giró hacia Eron. Lo vio ya acomodado en un trono más sencillo junto a Izzie y otros cazadores muy antiguos. Hacia atrás iban perdiéndose los rostros conocidos hasta los cazadores más jóvenes e insignificantes.

—¿Alguien puede decirme de una vez qué está sucediendo? —preguntó desesperada.

Fue Z la que se apiadó de su ignorancia:

—Nos reunimos para presenciar la lucha por el trono infernal en el Círculo, Jinete de Fuego. Es un secreto hasta que pasa, por eso se os ocultó a todos.

Lina no lograba procesar tanta información.

—¿Qué? Pero estamos todos en los Infiernos… ¿Acaso es el fin del mundo? —Pobrecita Lina, aún creía en las historias de J. J.—. ¿Quién cazará las almas?

—Tranquila, estamos apenas en la entrada. Pero eso que hemos traído hasta aquí es una porción del verdadero Infierno. —Z señaló un pozo de fuego en uno de los lados de la arena—. La lucha de hoy y la coronación de mañana, si la hay, son momentos únicos en la historia. Por eso abrimos nuestras puertas de par en par. Y, si la coronación tiene lugar, nos dejarán salir al salón de fiestas reales de los Eternos.

—¿Salón de fiestas? ¿Coronación? —preguntó una confundida Lina girándose hacia Izzie, que solo se encogía de hombros, tan desconcertada como ella.

—Silencio —les pidió D—. Ya va a comenzar.

Cuando Lina volvió a mirar la arena, vio que en efecto estaba el trono infernal encendido y, además, Ismerai se erguía a la diestra de Astrid e, increíblemente, quien los acompañaba no era otro sino Máximus.

Lina ahogó un grito y comenzó a observar desesperada a su alrededor. Del otro lado de ese peculiar estadio estaban, en asientos privilegiados, Newen Mapu y la Voz de las Aguas. Allí no parecía tan atestado. Solo había otros ocho asientos para el grupo más extraño que Lina había visto en su existencia.

A pesar de la distancia, pudo reconocer a varios de ellos: Sony, el Ángel de las Últimas Cosas, la araña Destiny de lado para que su hermano Freewill pudiese ver el *espectáculo* y Sueño, sin ninguna de sus esposas.

Más allá de estos, Lina ya no reconocía a nadie. Había un muchacho con rostro cansado y ropa anodina y atemporal que no apartaba la vista de Máximus. Junto a él, una figura caótica contrastaba con su sencillez. Era en apariencia un hombre estrafalario con distintos artículos colgándole: cinturones atados en mitad de las piernas, sombreros caídos en los hombros, dos sombrillas que sobresalían de su espalda y varios abrigos superpuestos. Miraba hacia todos lados y hablaba para sí como un loco. Detrás de ese par disparejo, se erguía lo que a Lina le pareció un gigante bonachón que no dejaba de mirar su reloj de pulsera.

—Queridos Eternos que nos honran con su presencia —comenzó Astrid, que, sin necesidad de micrófono, llenaba cada rincón con su voz aterciopelada—. Hoy nos encontramos en la primera lucha por el trono de Fuego, desde que el viejo Triángulo se convirtió en Círculo. Porque la máxima con la que vosotros nos creasteis se mantiene: Las Tierras se abandonan, los Infiernos se arrebatan, las Aguas se heredan y los Cielos simplemente se ceden. —Hizo una pausa en la que nadie aplaudió—. Sin más preámbulos preguntaré: ¿quién viene hoy a arrebatar el trono de los Infiernos en el sagrado Círculo?

—Yo, Máximus, cazador líder —rugió el demonio.

Lina iba a levantarse, pero la oscura mano de D en su hombro la detuvo.

—Tranquila —susurró—, deja que suceda lo que tiene que suceder.

Pero Lina no iba a callarse así como así. Sin embargo, cuando intentó moverse, sintió que sus labios estaban sellados y su cuerpo se pegaba a la silla. Miró a Sueño al otro lado de la arena y este le sonrió coquetamente, como un adolescente haciéndole ojitos en el gimnasio de la escuela. Aquel maldito la estaba congelando en su lugar y si hacía eso, pensó Lina, con seguridad había sido un agente doble. Qué ilusa fue al confiar en él. Lo más probable era que Sueño hubiese informado a Máximus de su plan para romper la Gran

Competencia y el pacto. Esa pantomima de tronos debía de tener algo que ver con ello.

Astrid volvió a hablar en la arena, captando toda su atención:

—Ismerai, Guardián del Fuego, ¿aceptas el reto de Máximus, Primer Cazador?

—Sí, acepto —rugió el Supremo.

Ahora sí un estruendo de aplausos llenó el lugar. Lina pensaba que era la única lúcida de todos ellos.

—Bien —terció Astrid mirando en su dirección—. Diamond, te rogamos hagas los honores.

D se levantó ante los vítores de todos los condenados.

Lina no lo podía creer: aquello era como un *show* de televisión.

De las manos del ángel caído surgieron llamas que activaron el pozo de fuego en la arena, y de este treparon dos guardias que se quedaron allí con sus armas en alto, custodiándolo.

Lina, además de congelada por la magia de Sueño, estaba estupefacta. ¿Acaso no era una reina? ¿Cómo tanto despliegue y organización se le había pasado por alto? ¿Qué sucedía con las almas? ¿Acaso nadie moría en esos momentos?

Y no. La verdad es que no lo hacían. Por intervención divina, en esos minutos —que para el mundo real sería un yoctosegundo— no moriría nadie en los reinos. Las puertas de las Profundidades y las del Paraíso permanecerían cerradas hasta el final del evento.

En el centro de la arena, Astrid continuó con la macabra ceremonia:

—En primer lugar, confirmaremos si Máximus es digno de retar a Ismerai.

Dicho esto, Sony se levantó y voló hasta allí. Pese a su gran barriga era bastante ágil con sus alas.

—Quiero ver lo que muestran los Infiernos —dijo y pronto apareció un lago cristalino junto al cazador líder. Con tono imperativo, terminó—: Poder de especie.

Máximus unió sus manos y con rapidez hizo aparecer sobre el agua distintas formas de fuego: chispas, lava, cenizas y llamas.

Frente a tal despliegue de talento, sus súbditos lo felicitaron con una lluvia de aplausos. Máximus asintió y con otro movimiento de manos hizo caer copos de nieve llameante sobre el Eterno.

—Apruebo el poder de especie —exclamó Sony, satisfecho, para todos y para Astrid, que asintió.

Como por arte de magia, un contador gigante en forma de ábaco apareció junto al trono infernal. Solo tenía seis cuencas y la primera se encendió.

Ante otra invitación de Astrid, el segundo Eterno en levantarse fue aquel que parecía un personaje literario mal armado.

—¡Demuestra los poderes inimaginables y nunca vistos, demonio! —gritó con voz aflautada y luego se perdió en una cadena de murmullos.

Máximus caminó hasta el centro de la arena y cerró los ojos. Movió los brazos como si se fuese a elevar y luego impulsó una bola de fuego que se dividió en seis más pequeñas. Cada una de un color diferente.

D se puso más cerca de Lina para explicarle:

—El último símbolo del Infernus le dijo a Máximus que sería el maestro de la Jinete de Fuego, ¿recuerdas? Pensamos que solo se trataba de enseñarte a ti, pero puede dominar los distintos tipos de llamas. —Señaló las bolas que giraban sobre sí mismas con velocidad—. Fuego púrpura es el que destroza; dorado es de gala; azul, aquel que detiene el paso; el hermoso verde esmeralda da calor y vida, y fíjate que es similar al fuego humano, pero más productivo. El rojo escarlata, ese lo ha creado él y, bueno…

Lina notó que en la distancia Máximus la miraba por primera vez, pero fue solo un segundo, ya que otra cuenca se encendió en el ábaco mientras el Eterno de pinta extraña gritaba:

—¡Suficiente! Poder de la innovación aceptado.

D se movió a su lado para terminar:

—El fuego rojo escarlata es el de la pasión que desborda.

De inmediato, fue el turno de Destiny y Freewill. Bajaron las gradas hasta la arena con el movimiento arácnido al cual desgraciadamente Lina ya estaba acostumbrada y como en un dúo musical canturrearon:

—Muestra, cazador líder, tu poder de mando.

En la esquina, dos almas confundidas surgieron de aquel pozo de fuego. Los guardias los empujaron hacia Máximus, que con su espada los guio de nuevo sin la menor dificultad.

—Aceptado el poder de mando —volvieron a corear los hermanos Eternos.

El contador encendió otra cuenca y acto seguido el muchacho sencillo, que desentonaba en ese grupo, se quitó sus ropas, dio un salto hacia el estadio y se convirtió en un Ekuas. Lina vio que tenía algo diferente a los lados, como crines, pero más mullidas. Pronto Máximus lo montó y dio una vuelta triunfal por delante de los Eternos. Para sorpresa de todos, aquella figura montada se convirtió de golpe en una llama y Máximus apareció del otro lado con caballo y todo. Hubo un silencio general. Nunca lo habían visto hacer eso;

la misma Lina no sabía que podía hacerlo. Pero, al fin y al cabo, ¿qué tan bien conocía a su marido?

Al desmontar, el corcel volvió a ser aquel muchacho simple. Ahora lucía una desnudez caoba y mientras tomaba sus ropas, solo exclamó:

—Poder de cabalgada, aprobado.

Ya eran cuatro las cuencas a favor de Máximus. Lina quiso moverse más que nunca, pero Sueño, el siguiente en levantarse, no se lo permitió.

—Poder extraordinario —pidió con sus ademanes sobreactuados.

Máximus se concentró y los cuatro volcanes de alrededor comenzaron a supurar una lava venenosa. Después se desactivaron ante un chasquido de sus dedos.

—El quinto reino acepta el poder extraordinario —soltó Sueño. Los murmullos de desacuerdo entre sus compañeros Eternos se hicieron oír, y es que solo él reconocía el mundo de los sueños como un reino. Pero esa era otra lucha, para más adelante, una lucha que libraría junto a otra mujer Smith.

Para aligerar el ambiente, D aplaudió orgulloso mientras una cuenca más se incendiaba y, con un movimiento de su mano, el cielo vacío se llenó de destellos similares a los fuegos artificiales.

Ante el espectáculo, todos aplaudieron. Entonces D volvió a hablar al oído de Lina:

—Ahora viene la última parte visible. Si gana Máximus, él y los tres Supremos restantes harán en soledad el último ritual.

—Qué raro que no estén los otros dos Eternos —dijo Z levantando su delgado cuello para apreciar la escena.

—Oh, es que no les compete, ya sabes…

Pero D no dijo nada más cuando miró de reojo a Lina, y Z guardó silencio.

Del otro lado, el Eterno que parecía un gigante se levantó, pero cuando llegó al lado de Astrid se empequeñeció tanto que su reloj de pulsera se transformó en un collar pesado, haciéndolo parecer más un niño tierno que un enano. Con un timbre de voz muy finito dijo:

—Poder de las armas.

D continuó su explicación:

—Tiempo es el Eterno que se reserva para el final. Máximus e Ismerai lucharán hasta que uno de los dos caiga dentro del pozo. Si Máximus gana, tendrás un marido Supremo y mi hijo Ismerai regresará otra vez a sus funciones de guardia de las puertas. —Le dirigió una de sus sonrisas de tiburón y su hermosa piel negra brilló

por el contraste—. Debes estar orgullosa, Reina Madre. Tu esposo es el más valiente de todos. Nunca nadie ha reclamado el trono. Y es que, si el competidor cae, arderá por siempre en los Infiernos.

Z le apretó la mano para que guardara silencio y justo en ese momento, D notó las lágrimas de Lina, que no podía moverse ni para secárselas.

—Pero no debes preocuparte —agregó él con tono dulce mientras le acariciaba la mano congelada—. Máximus es muy poderoso y mi hijo está cansado. Los Supremos pueden buscar salidas a sus labores, ¿sabes? El Círculo fue creado con esa cláusula de liberación: las Tierras se abandonan, los Infiernos se arrebatan, las Aguas se heredan y los Cielos simplemente se ceden. Los Eternos les dan ese don, ya que para ellos es tan difícil dejar sus puestos. Como nosotros mismos, aquí en nuestras tareas vitalicias. —Hizo una pausa para volver a sonreírle—. Eres joven y no lo puedes ver, Reina Madre, pero si me preguntas a mí, Ismerai quiere regresar a casa, y ya sabes que estoy muy solo desde que Aketa se marchó. El nuevo herrero no es…

Pero Lina ya no escuchaba. Lloraba por cualquier desenlace. ¿Qué locura estaba cometiendo William?

Detrás de ella el público se dividía entre los más antiguos, que reconocían a Ismerai como un demonio puro que se había sacrificado para darles entrada en el Círculo, renunciando al amor de una Elegida, y los más nuevos, que respondían a su líder Máximus. En realidad, todos se asombraban por el espectáculo y por estar haciendo algo distinto a cazar almas. Los Infiernos estaban cambiando mucho últimamente.

En la arena, Astrid se retiró del que sería el área de combate y fue a tomar asiento con los otros dos Supremos.

Ismerai se quitó la túnica y agarró su lanza.

Máximus fue a otra esquina para desenvainar de nuevo la espada de rubíes.

Ambas armas ardieron, al mismo tiempo que el pozo de fuego comenzaba a manifestarse: voces angustiadas suplicaban por salir o por que otra se les sumara. Los guardias lo custodiaban bajo las órdenes de D. Aquel era un agujero codicioso y algún día se volvería a abrir al ser llamado por otro ángel maldito.

De pronto, ante un chasquido de los dedos de D, comenzaron a salir fieras de aquel pozo de fuego. Demonios ancestrales con forma de bestias. Algunos simulaban ser dragones, otros lobos de fauces inmensas y el resto insectos gigantes como escarabajos y moscas. Aquel coliseo ahora sí era diabólico. Lina vio como las bestias

cercaban a Ismerai y a Máximus.

En la otra punta, el trono de Fuego se encendió y, sin que sucediera nada más, Ismerai y Máximus chocaron sus armas y empezaron a luchar.

Entonces Lina entendió la presencia de los animales infernales. Cada vez que uno ponía un pie fuera de la circunferencia que les habían dejado libre, alguna de esas bestias intentaba morderlo, picarlo o tragarlo.

Lina sintió que su estómago se revolvía. Quiso moverse una vez más, pero solo su dedo índice supremo tembló un poco. Respiró hondo mientras los metales malditos resonaban cada vez más fuerte.

En la arena, Máximus blandió la espada con presteza y arrancó varias de las pequeñas trenzas que decoraban la cabeza de Ismerai. Este dio un paso en falso y un animal —mitad serpiente y mitad hiena— le arañó el talón. Ante un grito de dolor del Supremo, Máximus se adelantó y le hirió el hombro con su espada. Ismerai pudo reponerse, pero quedó algo tambaleante. Entonces el cazador líder no perdió la oportunidad y se volcó hacia él con toda su fuerza, haciéndolo caer.

Cuando desde el suelo Ismerai usó su lanza como escudo, la espada en llamas de Máximus la atravesó y le golpeó el pecho tan fuerte que la onda expansiva hizo temblar todos los asientos. Frente a un oponente desarmado y haciendo uso de su honor en combate, Máximus arrojó el arma lejos. Aunque en la distancia nadie lo notó, Ismerai cerró los ojos y dijo en un murmullo:

—Hazlo, mi amigo.

Máximus acalló los gritos de su interior, tomó a Ismerai de la cabeza y, arrastrándolo, fue hacia el pozo.

Ante el brazo en alto de D, las fieras agacharon sus cabezas y les abrieron paso.

Lina sudaba como nunca. Su vestido se le pegaba, pero al fin su mano suprema pudo moverse del todo y, limpiándose las lágrimas del rostro, se dio cuenta de que había recuperado la movilidad. Quizás Sueño se distrajo o simplemente, aburrido, quiso agregarle más dramatismo a la situación.

Lina corrió. Corrió por la vida de su esposo. Corrió por el alma de su esposo.

—¡Will! —gritó—. ¡Detente!

Levantando su vestido y descalza, Lina llegó hasta la mitad de la arena cuando chocó con una pared transparente. Miró hacia el lado y vio a Astrid con aquel manto que le servía de arma. Con esa

mirada gélida propia de la Reina Manca, Lina movió su mano heredada y un tronco grueso y lleno de espinas salió de ella. Era un cactus enorme.

Newen Mapu se levantó asombrado. En todo ese tiempo Lina no había podido generar más que unas ramitas. Ahora el monstruo vegetal que salía de ella se erguía como un muro que mantenía a raya a aquellos seres poderosos.

—¡Tú no eres así, Will! —le gritó Lina a su esposo—. ¡No lo hagas! ¡Detén esto!

Pero era demasiado tarde.

El pozo ardía reclamando lo que no se le podía negar, los guardias horrorosos ya la reverenciaban en forma de despedida —recordándola de su descenso—, las bestias junto a ella ni se atrevían a respirar y Máximus ni siquiera se giró para mirarla. En vez de eso, afirmó el cuerpo enclenque de Ismerai con sus brazos fuertes y lo lanzó al fuego, para después dar un salto al vacío detrás de él.

Sin demora, y apareciendo de la nada, el fiel Humble trotó con violencia y se arrojó también.

Lina cayó de rodillas al mismo tiempo en que la última cuenca ardía.

Máximus había ganado.

—Reina Madre —la llamó Sueño desde su tribuna privilegiada —. Felicitaciones, tu esposo es un héroe.

Ante un movimiento de Lina, el cactus monstruoso volvió a crecer, dejando una espina afilada contra el cuello de tres criaturas: Astrid, la Voz de las Aguas y Sueño.

—¡Vete al infierno, Sueño! —gritó ella redundante.

Al otro lado, para terminar lo que se había convertido en un triste espectáculo, los dos ángeles infernales se levantaron.

—Lo que mandamos a los Infiernos siempre se lleva una parte nuestra —murmuró Z hacia D, antes de abandonar sus asientos—. Guiemos a nuestras bestias a las celdas oscuras y cerremos ese pozo de fuego codicioso.

En medio del anfiteatro, Lina comenzó a golpear el suelo y a llorar. Sus puños, el maldito por los fuegos y el bendito por las primeras Tierras, se despellejaban contra el suelo. Ambos sangraban y hacían que se levantara a su lado la arena roja y verde.

Cientos de hilos se habían movido para llegar a ese punto y Destiny, en su trono, se felicitaba a sí misma. Cuanto más temeraria se volviera Lina, mejor para ella. Además, no podía creer que se hubiera salvado de ser una de las destinatarias de aquellas espinas. Destiny estaba feliz, sí. Como le había predicho a Máximus la

segunda vez que la había visitado en su cueva, él se convertiría en Supremo, el deseo que le correspondería como tal sería la liberación eventual de Lina Smith —aunque Destiny sabía que se malgastaría, porque otro sería el liberador de aquella pequeña humana— y el matrimonio se separaría al fin.

Máximus había aceptado todos esos sacrificios, cual perro obediente, y en el camino había tenido que maltratar a Ismerai, su mentor y socio en esa pantomima de espectáculo. Todos hacían lo que ella quería y así la pareja maldita no tardaría en separarse, lo cual era vital.

Pero Destiny se equivocaba en varias cosas.

Si bien Máximus malgastaría su deseo supremo pidiendo una liberación, la siguiente Suprema de las Tierras pediría algo que cambiaría el curso de los mundos e, incluso, el destino de la misma Destiny; la araña que ahora sonreía al ver sufrir a Lina Smith.

Fue Astrid la que rompió la penosa escena.

—¡Larga vida al gran Máximus! —gritó y todos los condenados permanecieron mudos por respeto a la Reina Manca, que continuaba llorando. Incólume, la representante de los Cielos arremetió—: Mañana tendremos la coronación. ¡Alegraos por el nuevo rey!

Después de mirarse entre ellos, en silencio, los cazadores más experimentados comenzaron a enviar llamas de felicitación a Máximus y de despedida a Ismerai, mientras Lina, allí de rodillas, las convertía en espinas rojas que se clavaban a su alrededor.

Capítulo 15

Coronación

«—Eres igual que el Círculo, después de todo… ¿Por qué no pides un puesto allí?»

W. Parrot, *Whitehorse III. Cuando los Infiernos se cierran*

Lina se había quedado dormida tan profundamente como no lo conseguía desde hacía años. Ni siquiera había llegado a la seguridad del interior de su cueva. Estaba tendida sobre la hierba que se agitaba con un viento lento y cálido, con su mano humana bajo el rostro y su mano suprema caída hacia la planicie por donde Eron e Izzie aparecieron a buscarla.

Los ojos de ambos se abrieron de par en par ante la escena. Como si se le hubiesen escapado del bolsillo aquellos poderes, todo el rededor de Lina estaba cubierto de las flores y los arbustos más bellos. Era una explosión de colores. Una alfombra suave de distintas gramíneas corría a sus pies mientras que arreglos florales de hortensias colgaban de las copas de los árboles, en donde también crecían senecios alas de ángel y suculentas. En los arbustos los colibríes volaban entre las dalias y los narcisos. Serpentinas de

margaritas tapaban la entrada de la cueva y sobre las rocas habían brotado magnolias de tamaños extraordinarios, tulipanes plateados y fresias perfumadas. Cientos de pétalos de gardenias terminaban de sembrar la ladera hacia el lago. Pero lo que dominaba aquel lugar eran, sobre todo, los girasoles que con lentitud despertaban mirando al astro en lo alto.

Bajo aquel cielo turquesa, parecía que esa colina era un animal florido y estaba vivo. Lina, allí tendida, era su corazón palpitante. La guadaña y hasta los pies de la nueva líder se entrelazaban con una enredadera de pimpollos rosados de espino de fuego, y de su largo cabello surgían jazmines que perfumaban todo el páramo.

—Lina —la llamó Izzie cuidadosa. Después de lo que venía sucediendo, no quería una espina apuntando a su yugular, ni quedarse sin manos—. Despierta, Lina.

Con delicadeza, Eron la ayudó a levantarse de esa selva floral y, mientras quitaba hierbas que le recordaban sus días de cocinero, surgió la pequeña Smith, que dormitaba sobre un colchón de tomillo. Al despertar, le lamió la cara a aquel demonio y luego a su dueña, que terminó de espabilarse.

—¿Qué sucede? —preguntó Lina.

—Tenemos que ir a la ceremonia de coronación de Máximus —le respondió Izzie.

Entre legañas, Lina miró a Eron como la noche anterior, en busca de explicaciones. Aunque por un segundo quiso creer que todo había sido una pesadilla.

—Ni te molestes —se quejó Izzie intentando sacar los pétalos de su cabello y alisar su vestido mientras la incorporaba—. Lo único que me responde es: «Hoy tendrás todas las respuestas».

—Y así será —aseguró Eron.

—Ayer casi todos se caen de sus caballos con lo que sucedió —replicó Izzie—. Solo los Infiernos saben qué bicho le picó a Máximus.

«El de la culpa», pensó Eron en ese momento, pero por respeto a su nuevo rey y amigo, calló.

Lina fue hacia el lago para lavarse el rostro e intentar arreglarse el vestido. Sin embargo, parecía que su poder humano estaba a cero después de la pasada noche. Ni su mano suprema le respondía ahora.

Esta vez, para ir a donde tuviesen que ir, cada uno llamó a su corcel.

Lina volvió a apoyar su frente sobre Sanity. Ya se había disculpado varias veces por ponerla en aquella situación, pero no

era suficiente. Se odiaba por ser la responsable de esas condenas malditas que las enloquecían. Pero algún día Lina descubriría que la culpa de todo aquello también recaía sobre el lomo albino de su compañera.

Tras cabalgar un buen trecho, llegaron a destino y Eron explicó:

—Los Ekuas nos dejarán aquí y se marcharán junto a los guías celestiales. Esta ceremonia será más larga que la de ayer y otra vez el ritmo de las muertes se verá afectado. —Sin dejar que las mujeres hicieran alguna pregunta, palmeó a los caballos, que se perdieron en la oscuridad. En aquel lugar del mundo ya era de noche.

El sitio en cuestión se hallaba tras un espeso bosque y era una especie de partenón infernal. Las columnas y los suelos de mármol rojo estaban tallados con símbolos del Infernus, con las tristes historias de todos los caídos.

Los ojos de Lina no sabían a dónde mirar primero, ya que seres de todos los reinos lucían sus mejores galas. Ella apenas pudo mojarse sus labios para intentar conseguir un brillo. Daba lástima verla con el viejo vestido y el rostro embarrado.

En la esquina donde se concentraban los seres que parecían más importantes vio la espalda de su esposo. Era la más ancha del lugar y por tanto inconfundible. Llevaba una especie de túnica dorada y entablaba conversación con el resto de los Supremos. ¡Incluso con Ismerai! Lina no lo podía creer. Quería ir a hablarle, a exigirle explicaciones. ¿Por qué había orquestado todo eso? ¿Y a sus espaldas? ¿Por qué no le había dicho nada?

—¡Angelina! —Una vocecita alegre la sorprendió desde atrás. Era Celestine, que iba con un vestido de color coral. Peter la acompañaba con un traje a juego. Se los veía radiantemente jóvenes, como si fuesen un par de adolescentes en su baile de promoción.

Lina aceptó ese abrazo fuerte al que se sumó Peter, que enseguida le tomó su nueva mano para detenerse a inspeccionarla cual ingeniero, siguiendo los arabescos con un dedo, hipnotizado por los movimientos de las curvas.

—¿Cómo está mi hermano Hansel? —fue lo primero que preguntó Lina.

—Mejor —contestó su ángel creador sin soltarla—. Su ala derecha ya ha soldado bien y está curando rápido. La izquierda llevará más tiempo.

Lina recordó el salvaje ataque de Samuel y su mirada se nubló. Pobrecito su dulce hermano y ángel de la guarda.

—Te echa de menos y no deja de hablar con sus manos —le

contó Celestine—. Dice que será un experto cuando te vuelva a ver.

—¿Podrá? —preguntó Lina—. Después de todo, en las cacerías apenas puedo ver a los guías. De hecho, no sé como os puedo ver ahora a vosotros… Estoy un poco más endemoniada últimamente —bromeó con dolor señalando su diadema maldita.

—Oh, nada de eso —la cortó Celestine mientras la tomaba de un brazo para recorrer la sala—. Tú eres única, Angelina. No debes preocuparte por nada y menos ahora que Will es un Supremo. Ya todo se solucionará.

Detrás de ellas, Peter y los demás quedaron rezagados.

—Celestine, quisiera preguntarte por algo que me dijo Peter cuando estaba embarazada de Sal. —La miró y, al observar un leve movimiento de su cabeza, animándola a continuar, prosiguió—: Él me confió que antes era uno de los ángeles creadores… Mi creador. —Ante el rictus que ensombrecía la expresión de la angelita, Lina se apresuró—: Me dijo que Salvador había sido construido por uno de sus excompañeros para durar hasta muy muy anciano…

—Peter no tendría que haberte confiado aquello —la interrumpió—. Porque pasa justamente esto: tu cabeza no puede pensar en otra cosa. Para vosotros los humanos, es enloquecedor saber el momento de la muerte y por eso os hicimos ignorantes.

—¿Entonces mi hijo puede morir joven?

Celestine la miró apenada.

—No tienes que preocuparte más por ello.

—Por favor —rogó Lina—. Necesito saber…

—Mira, tu mano suprema no estaba en los planos… Y fíjate ahora, estás más hermosa que nunca. Nada está escrito para siempre, Angelina. Lo siento, pero no puedo decirte más que esto. —Sonriendo agregó—: En serio, créeme cuando te digo que ahora tu familia estará más protegida.

—No sé ni qué sucede —dijo Lina angustiada—. Pero quisiera preguntarte algo más…

A la angelita regordeta se le desdibujó la sonrisa.

—Quieres preguntarme por Sam.

Lina asintió entre avergonzada y confundida por todos los acontecimientos.

—Se ha convertido en un ángel distante —le confió—. Dicen que está en las oscuridades del reino salado.

—No —exclamó Lina segura—. Soy la madrina de su hija y ella no lo ve.

—Los océanos son muy grandes, Angelina —le explicó Celestine—. Es el lugar perfecto para ocultar las desgracias o las vergüenzas.

A Lina aquello no le resultaba difícil de creer.

—Comprendo —suspiró—. Pero si lo vuelves a ver, ¿puedes decirle que tiene dos hijas extraordinarias? Que ha sido bendecido al menos con eso… Como yo.

—Sí —dijo sonriente la angelita y sus hoyuelos volvieron a embellecerle el rostro—. Ojalá pueda verlo a tiempo y decirle eso. Bueno —se detuvo—, debo irme. Soy una especie de invitada de honor aquí.

En un instante, Lina volvió a quedarse sola en medio de lo que se estaba convirtiendo en una fiesta multitudinaria. Izzie y Eron hablaban más atrás con cazadores antiquísimos y, a su izquierda, la realeza acuosa apareció con todas las plumas. Areias y Costa, enfundados en sus uniformes reales, iban junto a una Marina saltimbanqui que no paraba de lanzar exclamaciones de júbilo junto a una delgada silueta de cuello venoso, que debía de ser su madre. Cuando su ahijada la divisó, comenzó a gritarle, pero ante un gesto de aquella criatura similar a una anguila eléctrica, los soldados zombis le cerraron el paso. Aquellos eran los únicos que llevaban guardias.

A Lina no la asombró, ya que eran seres despreciables que proyectaban su agresividad al resto y se protegían de una violencia que solo ellos emanaban.

Marina se conformó con alzar la mano y moverla de un lado a otro, tal como Lina le había enseñado que se saludan los humanos.

A su derecha, Lina pudo ver a los seres alados benditos conversando con los ángeles caídos.

Todo era increíble.

Como si nada, allí estaban D, Z y otros más, aunque ninguno mostraba sus alas malditas. De no ser por los rasgos descomunales, las ropas de antaño y la viscosidad de los guardias acuosos, aquello hubiese parecido una fiesta de la realeza. Y ella y los suyos, los pordioseros que se colaban en el festejo.

De pronto, sintió como si el cuello le picara y al girarse vio una especie de mesa principal, donde estaban los seres más extraños: los Eternos. De extremo a extremo conversaban en parejas: Sony con el gigante del reloj; Destiny de lado con su hermano, que al menos tenía mejor aspecto que antaño y ya no parecía una polilla pegada a su espalda; dos criaturas extrañas vestidas con trajes como de cabello humano, que no había visto nunca; el bizarro personaje mal vestido que se guardaba piezas de la platería, servilletas y trozos de pan en una cartera de mimbre ya repleta, mientras conversaba consigo mismo, y, por último, en el extremo estaba Sueño con Aketa

Wana. Mientras esta se mantenía cabizbaja, él enloquecía a aquel misterioso muchachito Ekuas que el día anterior había estado en la arena. Aquel era la causa del picor en su nuca. No le quitaba la vista de encima, sin prestar atención al soliloquio de su compañero.

Lina se hipnotizó con esa mirada. El muchacho parecía gritarle con sus ojos. Sin embargo, en el más completo silencio, hizo una serie de movimientos que a ella se le antojaron ensayados: tapó su rostro con sus dedos gruesos y luego abrió más sus ojos, que eran de un verde esmeralda encendido y lo único femenino que tenía en aquel rostro varonil.

Lina comenzó a caminar hacia él.

—Mi Reina, no puede acercarse a esa mesa —la atajó Eron tomándola de un brazo.

Ella fue a decir algo, pero de repente Astrid llenó el lugar con su tranquila voz:

—Damos comienzo a la ceremonia de coronación del representante de las Profundidades en el Bendito Círculo, que protege a todas las criaturas del universo. Para dar apertura a tan especial acontecimiento, unas palabras de nuestra señora Celestine, que nos honra a todos, incluso a los cazadores, con su angelical existencia.

Lina no pudo evitar morderse el labio. Tanto esfuerzo para dar una luz de esperanza en aquel lugar olvidado por la mano de Dios, y otra se llevaba el crédito. Volvía a sentirse como en un acto escolar. Entre bambalinas.

Después de un discurso sencillo, donde Celestine parecía nerviosa frente a tanto público, cuando en realidad solo uno en particular la ponía así, aquel con el que tenía un pasado tan intenso que no podía ni mirarlo directamente a los ojos, Astrid volvió a tomar el dominio de la ceremonia.

—Ahora, procederemos al rito de coronación.

Los cuatro Supremos originales se dispusieron en un círculo con Máximus en el centro. Lina escuchaba el sonido de su propia respiración agitada. ¿Debía hacer un escándalo y detener todo aquello? Pero ¿qué más daba? ¿Cuándo había sido ella capaz de interponerse en los deseos de aquellos? Su propia ceremonia de coronación había sido tan breve y angustiante, y no había tenido ni tiempo de comprender lo que estaba sucediendo…

Pero ahí estaba ella, junto a Eron e Izzie, observando lo increíble. Muy al fondo, entre la multitud, estaba el resto de los cazadores. Como si los que habían planificado aquello hubiesen querido esconderlos.

Lina pensó que Máximus estaba tan hermoso como el día de su matrimonio. Llevaba un traje negro debajo de la capa dorada que lo hacía parecer misterioso y su cabello pulcro peinado hacia atrás le daba un aspecto limpio, del que ninguno de sus compañeros de especie podía alardear.

Las voces supremas dijeron al unísono:

—Máximus, serás uno de nosotros. Lo que antes un triángulo, ahora un círculo infinito. ¿Prometes renunciar a todo egoísmo y entregar tu alma al bien mayor?

—Sí, prometo —dijo con su voz varonil.

—¿Prometes velar y proteger con tu misma existencia el Máximo Equilibrio?

—Sí, prometo.

—¿Prometes luchar contra las almas errantes que pongan en peligro el equilibrio entre los cuatro mundos?

—Sí, prometo —repitió.

—¿Prometes amar y respetar a tus hermanos del Círculo más que a ti mismo y a cualquier criatura?

Instintivamente la mano de Lina buscó la de Izzie y la encontró sin problemas. Su amiga le devolvió la misma mirada de horror. Cuando Lina escuchó el gélido «Sí, prometo» de la boca de su esposo, cerró los ojos como si aquel cuchillo de cocina que le quitó la vida se enterrara un poco más en ella.

Sin embargo, sería la última pregunta la más desconcertante. La pareja de Eternos que no había estado el día anterior caminó hacia Astrid, balanceándose como orangutanes tomados de las manos para ayudarse en ese torpe vaivén. La Suprema les hizo una reverencia y los dejó pasar dentro del círculo para que se colocaran frente a Máximus, y entonces preguntó hacia él:

—¿Prometes abandonar tu humanidad hoy y para siempre?

Un gemido de Lina llenó el lugar. Su mano apretó aún más la de Izzie, que presa de ese contagio emocional también sollozó; al igual que todos los cazadores. Aquella pena se iba contagiando como un nostálgico virus.

Sin que la infinita belleza de Astrid demostrara impaciencia, Máximus dijo al fin:

—Sí, prometo.

Otro sollozo hizo que la parte infernal de aquella ceremonia se desplomara. Los gemidos se hicieron más fuertes cuando aquellos dos Eternos abrieron con agilidad el pecho de Máximus para sacar un corazón quieto, que en sus manos comenzó a palpitar de nuevo descontrolado.

Máximus gimió hacia las alturas y los Supremos tuvieron que sostenerlo mientras aquellos seres le cerraban la carne con la magia de sus manos.

Lina estaba paralizada. Solo podía escuchar las cuestiones protocolarias que explicaba Astrid con su tersa voz. Parecía que en aquel evento todos menos ella —el error de cálculo de los mundos — tendrían participación.

El rey anterior, Ismerai, ahora colocaría la corona sobre la cabeza de Máximus. Por supuesto que no sería como la de Lina. La de ella era una pieza maldita, un signo de vergüenza a los ojos de todos menos de los cazadores infernales. Hasta Ismerai, cuando posaba con lástima los ojos en Lina, los recorría de inmediato por la joya que delataba todas sus faltas. Y de nuevo, ahí estaba ella, marginada, mientras que su compañero de pecado se erguía como un caballero triunfal. En los últimos tiempos habían discutido mucho y ella había metido la pata hasta el fondo con lo de *Madame L'Mort*, la condena eterna…, pero no esperaba aquello.

Nadie dijo nada, pero la corona del nuevo Supremo hacía juego con la de la única líder. La pieza tenía rubíes, zafiros y diamantes clásicos, y era una versión masculina de mayor tamaño. Dos coronas a juego, como las de un rey y una reina.

—Hoy, de todos los días entre los días —la Voz de las Aguas había tomado la palabra por sorpresa—, Máximus, Maestro del Fuego, comienzas de nuevo.

Se acercó a él y le quitó su alianza de bodas sin preguntarle nada.

Llegados a este punto, tanto Eron como Izzie sostenían a Lina, que, incrédula, ya no podía reaccionar de ninguna manera.

—Podrás escoger una esposa entre la realeza de los reinos —continuó el Supremo acuoso—. Elige una compañera vitalicia y se le otorgará la inmortalidad igual que a ti.

Acto seguido, un grupo de mujeres hermosas se puso en fila como si se tratase de una subasta. Lina reconoció una naturaleza salada entre las acuáticas, también vio a mujeres aladas caídas con plumas de amatista, topacio, perlas y hasta algunas de las creaciones de D, que simulaban una mujer. Las pobrecitas estaban muy incómodas.

El tiempo pareció detenerse cuando Máximus se paseaba por entre ellas.

—¡No lo hagáis escoger solo a una! —gritó Sueño con una copa en la mano, haciendo reír a todos los presentes. Menos a los cazadores, por supuesto.

Máximus negó con la cabeza y las mujeres se retiraron.

—Ha escogido ser un Supremo sin pareja, como Ismerai y Newen Mapu —aclaró Eron en el oído de Lina.

De pronto una música extraña comenzó a sonar al mismo tiempo que Astrid decía:

—Mis amados hermanos, hijos, amigos y vecinos, estamos hoy reunidos aquí para festejar el movimiento de la vida, que no llega sin dolor.

—Sí, preciosa, y tú lo has creado —masculló Izzie.

El discurso de Astrid continuaba a lo lejos:

—Pero es mi deseo comunicaros que lo que hoy sucede, la coronación de nuestro hermano Máximus, es la prueba clara de que, con esfuerzo y coraje, todos podemos beneficiarnos de las reglas que mantienen nuestro apreciado equilibrio. ¡Congraciaos, los malditos, y venerad a vuestro nuevo rey!

Máximus dio un paso adelante y todos los cazadores presentes se arrodillaron en reverencia. Lina se quedó allí esperando, sin saber qué hacer.

—Debe arrodillarse frente al rey, mi señora —murmuró Eron desde abajo.

Lina pensó que estaba bromeando, pero no, estaba otra vez ahorrándole una vergüenza. Porque era una vergüenza no arrodillarse ante un Supremo. Así, sin despegar los ojos de su esposo, que solo miraba el horizonte como si estuviesen tallando una estatua de él en ese momento, a regañadientes, Lina se arrodilló.

Astrid parecía estar contentísima.

—¡Y ahora a festejar! —gritó.

Un vitoreo general llenó el bosque. La ceremonia había finalizado.

En ese momento, la música extraña se hizo más fuerte y Lina se sintió enferma, pero de inmediato el malestar físico y el espiritual se limitaron a un pequeño mareo y volvió a escuchar risas. A su lado notó que surgían manantiales que corrían en todas las direcciones para calmar la sed y el hambre de centurias de todos los cazadores.

Se acercó y tomó un sorbo de agua para bajar el llanto. Cerca de las fuentes de comida había criaturas del inframundo, extrañas y expectantes. No comían ni bebían; tampoco parecían ser parte de la fingida fiesta. Cuando pasaban junto a Lina, exageraban una reverencia y hasta una de ellas besó su mano.

Eron, fiel a su lado, le explicaba que allí arriba la única

autoridad que reconocían era la de ella.

Cuando todos empezaron a moverse hacia la pista de baile, Eron la detuvo:

—Lina, no es conveniente que te acerques a él esta noche.

Ella lo miró de arriba abajo. Acostumbrada a ser el centro de atención en los últimos años, tanto desprecio la estaba poniendo nerviosa. Realmente aquello se estaba volviendo un baile escolar. Prefirió no contestarle, se soltó y siguió su camino. Los cazadores, insertos en su tiempo fuera del sufrimiento agobiante, ni se percataban de su reina. Después de todo, a Lina solo le interesaba llegar hasta donde estaba Máximus. Ya había estado bien de protocolo, ahora iba a reclamar su explicación.

Izzie la seguía de cerca y a medida que se acercaban a la mesa de Máximus, el clima iba volviéndose más espeso. Las inseguridades de la Lina humana volvieron de repente. El vestido raído, su cabello enmarañado, la piel sucia…

Cuando estaba a unos tres metros de distancia, notó la espalda ancha de él. Estaba rodeado de sus nuevos compañeros y, con una copa en la mano, reía. Lina se sintió violenta. ¡Reía!

En ese momento, Astrid se giró y con sus transparentes ojos la observó como un adulto mira a un niño que se ha escapado de su hora de dormir. Un silencio incómodo obligó a Máximus a dejar de hacerse el tonto. Lina sintió su propia respiración acelerada y sus manos, incluso la poderosa, comenzaron a sudar. Después de todo, ella era lo más humano de allí, y en el momento en que más necesitaba un amigo, apareció él.

—Hija mía —la llamó Newen Mapu, que llevaba una especie de esmoquin hecho de musgo y lianas.

Lina hizo una reverencia, la primera sincera de aquella noche.

—Escucha —dijo justo cuando la música cambiaba—. Es hora del primer baile del nuevo Círculo. ¿Bailarías conmigo?

A su lado, Máximus siguió a Astrid y todos aplaudieron.

Entonces, Newen Mapu le ofreció a Lina su única mano y la llevó a bailar por la pista inventada. Comenzaron a girar y aquel viejecillo mostró una agilidad envidiable.

Desde su lugar, Izzie sonrió cuando vio la magia que el Supremo comenzó a regalarle a su reina y amiga. Por entre los árboles y arbustos del bosque colindante, cientos de flores corrían al encuentro de Lina. Se apresuraban en subir por los pliegues de su vestido adornándolo y convirtiendo su antiguo disfraz en el vestido más hermoso de la fiesta. Con cada vuelta, el cabello se le llenaba de pequeños pimpollos blancos, celestes, verde agua y rosa pálido.

Estaba tan hermosa que no se podía mirar en otra dirección.

Newen Mapu demostró ser un excelente bailarín y su magia era tanta que, entre sus brazos, Lina volvió a ser la de antes, ruborizándose y agitándose. Cuerpo y alma volvían a ser uno.

Izzie sonrió con el broche de oro: luciérnagas diminutas titilaban en una suerte de cola por el aburrido vestido de Lina. La cazadora pelirroja recordó haberle regalado el vestido que mejor le había quedado en su existencia, cuando era apenas una humana, y se acordó de cuánto había luchado aquella muchachita para convertirse en esa mujer valiente que bailaba entre reyes y reinas.

En la pista, con una simple caricia, la mano sana de Newen Mapu le devolvió a la piel de Lina su color sano y su tez limpia, y flores de oro blanco y rojo en su corona terminaron por darle el aspecto más maravilloso que alguna vez tendría.

De tan extasiada que estaba por la magia suprema, ya ni podía recordar su preocupación por William y su imaginación voló. Ahora las ropas de todos los cazadores parecían más aseadas. Las manchas, los agujeros, las rajaduras, los botones sueltos y las suelas de los zapatos vencidas habían vuelto a su estado original.

Mientras la extraña canción finalizaba, el representante de las Tierras la colocó justo en el lugar donde quería estar: al lado del flamante Maestro del Fuego.

Máximus no perdió su compostura cuando Lina se quedó de pie junto a él, pero, para tranquilidad de todos, como gesto de tregua, la Jinete de Fuego reverenció al nuevo Supremo.

De acuerdo con la tradición, Máximus invitó al siguiente baile a la mujer que Newen Mapu le había ofrecido. El ritmo de la canción que siguió no era tan desconocido para Lina. Era algo más humano, tal vez galés, en honor a su nuevo compañero de baile.

Lina observó su rostro. Hermoso. Masculino. Sin embargo, parecía otro.

—¿Debo felicitarte? —se atrevió a decir, aún dócil por la magia de Newen Mapu—. ¿Conseguiste lo que querías?

Él asintió, mirando sobre su hombro a la distancia.

—Felicitaciones entonces…, *mi rey*.

—Gracias. —Máximus se mostraba distante, respondiendo en Infernus.

Lina estaba volviendo a sus cabales y solo quería gritar: ¡¿es una maldita broma?!

—Explícame —pidió, tragándose sus sentimientos—. ¿Eres más Máximus que William o más William que Máximus ahora?

—Soy un nuevo Máximus —hablaba como los hombres sabios,

seguros y altaneros.

Lina apretó los dientes. Parecían dos extraños.

—Yo tengo un nuevo vestido, pero mi hechizo parece estar chamuscándose —afirmó mientras pequeñas cenizas se desprendían de su cuerpo.

—Soy yo —se disculpó él y sus ojos se encontraron—. Me cuesta controlar mis nuevos poderes.

De pronto Lina ya no pudo mantener aquella escena.

—Will —murmuró acongojada, poniendo su mano en su pecho, donde le habían arrancado el corazón—. ¿Estás ahí?

—Te dije que iba a solucionarlo todo —respondió—. Solo deberás tener un poco más de paciencia y confiar en mí, en tu nuevo rey.

No paraban de bailar y su conversación era apenas murmullos.

—¿Y qué me dices de Ismerai? Después de tu traición, es capaz de ponerte una corona. Ya no entiendo nada de este mundo. Tú no eres un traidor…

Lina no podía dejar de pensar en uno de los daños colaterales de toda aquella locura: el pobre Ismerai, quien volvería a ser un guardián encerrado. Pero el destino de este aún no había terminado de escribirse. Si bien Máximus lo devolvería a los Infiernos, Lina haría con él algo más extraordinario. Lo impensable. Lo invaluable.

—Todo se ha hecho como se debía hacer —terció él.

—¿Y Piré? —insistió Lina—. Es un Ekuas puro, que no ha hecho nunca nada… Y de esta forma ambos se han condenado más. ¿O no? Todo es tan extraño…

—Humble respeta el pacto. Solo eso.

Su imperturbabilidad la estaba matando.

—No entiendo por qué lo hiciste —soltó mientras una angustia demasiado humana para aquel lugar se agolpaba en sus ojos. Tragó el nudo en su garganta y agregó—: Will, yo todavía prometo amarte a ti y a Salvador sobre todo. ¿Por qué hiciste esta locura? ¿Por qué no me dijiste nada? Soy tu esposa, o lo era… Oh, Dios…

—No es el momento para escenas —la cortó, frío como un témpano—. Es el momento para pensar en todo un reino. Esta noche descenderé a los Infiernos y estaré allí unos años. Mientras tanto, deberás comportarte. Tienes un reino que dirigir ahora.

Lina comenzó a hiperventilar.

—¿Unos años? ¿Qué? ¡No! —Intentó separarse, pero él no se lo permitió—. ¿Qué sucederá con Sal? ¡No! ¡No puedes irte!

—Todos tenemos nuestro nuevo lugar ahora —le explicó—. Hasta los guardianes metálicos pasarán a otra tarea: torturarán a los

líderes por haberte tocado. Yo veré cómo lo hacen y aprenderé de ellos.

—¿Qué? —preguntó confundida tomándolo más fuerte de sus brazos, que parecían explotar bajo ese traje—. ¿Te van a hacer daño? ¿Por cuánto te vas? Oh, por Dios, Will. ¿Qué has hecho?

—No voy como prisionero —la tranquilizó—. Esta vez voy a conocer los misterios del mundo de las Profundidades. Es un requisito para ser Supremo de los Infiernos. Por eso renuncié a mi humanidad; ningún humano puede torturar allí abajo.

—¿Vas a ir a torturar? —Los ojos se le abrieron a más no poder.

—A las almas en pena, sí. Y te juro que si me dan a elegir —su mandíbula se trababa por la furia—, empezaré con el Caballero de la Luz que te asesinó y seguiré con los tres cazadores líderes por lo que te hicieron…

—Nosotros no hacemos eso, Will. No somos así —dijo muy segura y ante el silencio de él, siguió—: Entonces te vas… ¿Así como así? ¿Me abandonas?

Pero no la estaba abandonando. Eso era un imposible. Cuando era miserable, dichoso, cuando mentía o cuando moría, siempre pensaba en ella. Sin embargo, había visto el deterioro de su humanidad y conocía bien lo que la esperaba a continuación: el hambre constante, el insomnio y la oscuridad… Todo se había acelerado con ese terrible episodio de «Madame L'Mort». Su esposo no la abandonaba, al contrario, se había sacrificado por ella. Sin poder decirle nada de aquello, la miró de arriba abajo y despegando sus labios despacio, como solo él lo sabía hacer, dijo:

—Esto es lo que se debía hacer. —Y luego en tono más dulce agregó—: A veces, basta un pestañeo para cambiarlo todo.

Lina se lo quedó mirando con la extraña sensación de haber vivido un *déjà vu*. Esa frase… Le costó, pero el recuerdo de una conversación que habían tenido tras sus funerales fingidos volvió a ella. Entonces le devolvió sus palabras:

—Quizás lo bueno de eso es que puedo devolvértelo en otro pestañeo… Cuando menos lo esperes.

La respuesta de él no provino de sus labios. La tomó más cerca y la miró a los ojos. Con los dedos entrelazados comenzó a acariciar el anillo de bodas que ella llevaba en su mano izquierda. Después le acarició el bucle de su frente y cerró los ojos como si pestañeara por un largo momento. Era el recordatorio de su promesa. Al parecer, lo que habían construido todavía no se había acabado. No se lo había llevado el viento ni consumido el fuego. Las maldiciones del cielo no lo habían destruido.

Al fin de cuentas, su amor era algo que el fuego de los Infiernos no había sino alimentado.

—Pero abandonaste tu humanidad… —sollozó ella.

Máximus apretó fuerte su mandíbula, sintiendo el pecho vacío y roto.

—Ahora tú serás humana por los dos.

Algún día Lina le construiría un corazón hermoso, lleno de flores, espinas, savia y fuego, porque algún día, sería ella la dadora de los títulos humanos.

—No importa qué pase —dijo tragándose su orgullo y despidiéndose como la esposa de un criminal frente a las puertas de la prisión—. Te extrañaré cada minuto.

—Solo ten paciencia. Esto tenía que hacerse… Algún día comprenderás.

Después, todo sucedió muy deprisa. La Voz de las Aguas los separó y Lina quedó entre las manos viscosas de aquella versión patética de Poseidón, quien, sin dirigirle la palabra, la miraba con una sonrisa burlona en su rostro, mientras Máximus bailaba con una criatura celestial tras otra.

Cuando se estaba terminando la fiesta que todos los cazadores recordarían por siempre, el terrible pozo de fuego del día anterior se abrió y Máximus e Ismerai se despidieron de los otros Supremos. Se quitaron los zapatos y de la mano se lanzaron juntos hacia el abismo de aquel agujero rojo.

Lina lo vio desde el fondo, y al instante todo volvió a la normalidad infernal. Allí, de pie, las florecitas de su vestido se incendiaban poco a poco. Era bonito y triste a la vez. Estaba contra una columna cubierta de símbolos que contaban la triste historia de la herrera de los Infiernos, pero encerrada en su propia miseria —como quien padece un dolor de muelas—, Lina no pudo notar que esa pantomima afectaba a otros también. Porque en aquel lugar se encontraban sufriendo las dos criaturas con el poder suficiente para cancelar el pacto que había condenado a los Ekuas.

Capítulo 16

Mujer

«En el viejo cine se proyectaba el primer éxito de Cordelia Wildman; era la noche de clásicos.»

W. Parrot, *Darkhorse*

Durante la mañana siguiente a la coronación, Lina tuvo mucho cuidado de no andar pisando ánimos. Y es que, después de una gran fiesta, cuando la música enmudece, los amores se enfrían y las serpentinas ya no son jolgorio sino basura, los ánimos se deshacen como hielo sobrante en el fregadero. Todos estaban tristes al comprender que aquella fiesta no se repetiría, mientras que Lina comenzaba a refugiarse en el trabajo para aliviar las nuevas cargas que le roían el alma.

Hacia el mediodía, ya había limpiado las almas de una zona austral, enseñado el Infernus a tres nuevos reclutadores y diseñado el plan de cacería para las próximas jornadas. Ahora que estaba al mando del reino, pondría en marcha sus ideas de limitar a cada cazador por región. Por supuesto que los iría rotando para no aburrirlos, y también una nueva idea no dejaba de ocupar sus

pensamientos.

Cuando ella fue coronada como líder, Astrid no pareció molestarse con eso de darle la «verdadera muerte» a aquella alma cuando por accidente le cortó las manos. Tal vez tenía carta blanca para reclutar a su antojo, dejando a su lado a los que merecieran otra oportunidad y enviando directos a los Infiernos a los que no. Quizás, pensaba Lina, era hora de hacer una limpieza, ya que, sin su esposo cerca, ella era dueña y señora del futuro de los cazadores.

Siguió cumpliendo sus funciones de única líder con el detallismo de alguien que no quiere detenerse en su vida personal. Las últimas almas que cazó la dejaron en el atardecer naranja de un desierto. Sentada junto a un oasis, mientras Sanity descansaba sus patas y entrecerraba los ojos ante el sol tibio, Lina armaba una pequeña corona de flores para adornarse por unos segundos su corona maldita. Se miraba en el reflejo del agua y sonreía con fingida coquetería mientras la pequeña Smith le ladraba a su reflejo.

La noche anterior se había sentido hermosa, y qué adicta era a aquella droga de vanidad ahora que nada tenía, ahora que todo era para siempre y hasta su belleza la hastiaba.

Se preguntaba si su esposo al regresar la encontraría más vieja o si él mismo se vería distinto. Todo ese mundo de fantasía se construía Lina, que aún no daba crédito a lo que había sucedido. Pero lo que más le dolía era saber que durante los siguientes años —no sabía ni cuántos— su hijo sería un verdadero huérfano.

Después de exigirse más de la cuenta y programar con Eron e Izzie los pasos a seguir, ellos gozaban de su día humano. Se harían cargo de los negocios y las necesidades de Salvador en Whitehorse y hasta inventaron una historia creíble para justificar la ausencia absoluta de William ante el pequeño y la tía Barb. Estos creerían a ciegas en las palabras de los demonios cuando les contaran que, siguiendo una nueva pista sobre el atacante de Lina Smith, William se había ido a hacer una exhaustiva investigación infiltrado en la supuesta secta. Por lo cual no podría ni hacer una llamada, para no despertar sospechas. Después de todo, los humanos creen cualquier cosa que les dé esperanza.

Sintiéndose pésima por jugar con las emociones de los que más amaba y por la nueva condena de su esposo, Lina continuaba mirándose en el agua de aquel oasis cuando de pronto se formó un remolino: era Marina en compañía de su narval oficial.

—Lamento que no me dejasen hablar contigo ayer, Mamá Lina —dijo una vez que estuvo a su lado—. Los de mi mundo no son tan geniales como tú —y bajando su rostro apenado agregó—: Y

lamento también lo de tu esposo. Sé cuánto lo vas a echar de menos.

Lina le colocó el cabello dorado tras la oreja y la invitó con un abrazo cariñoso:

—Vamos, leoncita, vamos a aprender a volar. Hoy es el día, lo presiento.

Se puso de pie y con su guadaña hizo los dos tajos correspondientes en el vestido a la altura de los omóplatos. Las alas salieron un poco más grandes esta vez.

—Enséñame más de esos valores terrestres, Mamá Lina —rogó la muchachita—. Ya aprendimos el no matarás ni torturarás y lo de mujer ayuda a mujer.

Lina le ahuecaba las plumas densas e intentaba concentrarse. Criar a Marina de alguna forma la hacía sentir cerca de Salvador. Al menos algún día podría romper la Gran Competencia y no se sentiría tan ridícula como ahora.

—Está bien —dijo al fin—. Hoy aprenderemos: te amarás a ti misma y serás amable con el resto.

Marina preguntó robándole una sonrisa:

—¿Y la próxima semana?

—Mira que te estás volviendo ansiosa —dijo sonriendo y luego cambió la expresión—: La próxima semana aprenderemos que los padres a veces se equivocan.

Seguramente muchos no comprenderían cómo Lina podía estar entera dadas las circunstancias, pero lamentablemente es fácil acostumbrarse al sufrimiento. Tampoco es que fuese una novata a la hora de perder cosas. Además, mientras la culpa por la situación de su esposo —o exesposo; en realidad, no sabía su estado actual— la carcomía, otro sentimiento hostil comenzaba a surgir en su interior: el odio por haber sido traicionada al ocultarle aquel plan tan terrible.

La ida voluntaria a los Infiernos de Máximus fue un golpe demasiado duro para Lina. Se sentía estafada. Al final ella se había condenado para nada: no solo no lo había salvado, sino que ahora estaba en los Infiernos torturando, mientras ella estaba ahí con solo su cueva llena de recuerdos.

Como adivinando sus pensamientos, Marina le tomó la mano suprema y exclamó:

—Mamá Lina, aún no tengo poder, pero te prometo que cuando sea mayor y reine junto a mi madre o la destrone, nada malo volverá a sucederte.

Lina le acarició el rostro.

—Mi linda leoncita… No me importa lo que suceda conmigo ya. Solo deseo que mi hijo, la pequeña Rory y tú estéis bien. No soy como mi esposo, o como él era… No puedo entrenaros para lastimar. Solo prométeme eso, que os cuidareis entre vosotros cuando seáis mayores.

—Te lo prometo. —Y sonriendo con picardía agregó—: Pero antes, ¿me enseñas a bailar como lo hiciste ayer? ¡Se te veía espléndida!

Lina sonrió. Solo William le había elogiado sus movimientos en la pista alguna vez. Ahora le quedaba aferrarse a esa parte de su vida como al recuerdo de una migaja de pan durante la hambruna. Por suerte Marina y su mundo interior en ebullición la hacían olvidar sus penas.

La tomó por la cintura y le explicó unos pasos básicos. Mientras danzaban sobre la arena desértica, de pronto su ahijada se aferró fuerte a sus brazos y comenzó a respirar con dificultad. Tenía el rostro en una mueca desencajada.

—¡¿Qué sucede?! —le preguntó Lina—. ¡¿Te encuentras bien?!

—Mamá Lina, tengo miedo. Debemos… ¡Debemos correr! —Las piernas de Marina flaquearon. Lina la sostuvo con todo su cuerpo y la pequeña Smith se acercó también para ayudar con su lomo grueso. Marina murmuraba incoherencias hasta que en una especie de trance la miró fijamente y dijo claro—: Debemos correr hacia los tres árboles iguales.

Y es que, como estrellas de natación sincronizada, las dos hijas de Samuel se conectaban como nunca, porque lejos, en Whitehorse, Rory corría un grave peligro.

* * *

Pese a que desde hacía varias semanas reinaba un ambiente de paz y tranquilidad, ahora la desesperación corría con dos pequeñas trenzas deshechas hacia el refugio número tres de los flamantes noviecitos.

Mientras Rory corría, recordaba las palabras de Salvador:

—Si te sucede algo, Rory, cualquier cosa…, tienes que llegar aquí. Este es el lugar seguro.

—¿Qué les sucedió a tus padres aquí? —le había preguntado.

—¿A qué te refieres?

—Siempre que escoges un lugar o una canción que te gusta —a Rory eran todos los ejemplos que se le ocurrían por el momento—, es por tus padres.

Salvador le había sonreído. Ella lo conocía muy bien.

—En este lugar, que se llena de lodo cuando llueve y en donde la nieve tarda en irse…, aquí tuvieron uno de sus primeros encuentros. Mi madre lo contaba como uno de los momentos más vergonzosos de su vida, pero mi padre como uno de sus momentos más románticos. Lo importante es que es un lugar seguro.

Lo que callaba Salvador era que en ese mismo lugar él había ido a refugiarse cuando asesinaron a su madre. Todo cubierto de sangre, tiritando de frío y de miedo. Y fue justo allí cuando, cerca de la casa de su abuela Barb, volvió a sentirse un poco más seguro. Por eso se lo había enseñado a Rory, para que ella siempre tuviese lugares a los que recurrir.

Ahora ella corría hacia allí con todas sus fuerzas, para protegerse de aquel hombre horrible, cuyos gritos se acercaban con rapidez. Sin embargo, estaba muy lejos, aún no salía de las inmediaciones de su casa, en la zona mala de Whitehorse.

Al tropezar con un tronco, Rory cayó de bruces. Se levantó de inmediato, valiéndose de sus bracitos rojos, que luego estarían morados de dedos, y siguió corriendo con el labio inferior partido.

En ese momento, Salvador pausó el DVD de *Truly, Madly, Deeply*. Se limpió las lágrimas de pena y miró a su abuela con los ojos desorbitados. La señora se sonó la nariz con un pañuelo bordado con sus iniciales.

—¿Por qué la detienes?

—Algo sucede en la casa de Rory —dijo el muchacho con expresión adulta.

De un salto estuvo fuera del sillón. Abrió la puerta de par en par sin escuchar que su abuela le rogaba que la esperase para ir en automóvil juntos. Bajó los escalones y corrió hacia el bosque, entrando en un estado enajenado que lo protegería de la atrocidad que iba a cometer en unos minutos.

Salvador corrió. Corrió por su vida y por su alma, que no era otra que Rory.

El frío de la tarde no lo amedrentaba, solo hubiese deseado que sus piernas fuesen más fuertes. Saltó un tronco caído y cayó con las manos. Se puso de nuevo en marcha sin perder tiempo.

«No hay lugar para el dolor», diría su padre.

El sabor del café con leche de su abuela estaba bajo el radar de sus sentidos, porque Salvador estaba atento a todo: el aire frío que entraba y salía tibio de su pecho, el próximo lugar seguro donde poner su pierna, el movimiento que hacía con sus brazos para darse más impulso, el sonido de sus bufidos y a lo lejos, por Dios, muy a

lo lejos, ella. Aurora.

Salvador pidió ayuda a todos los santos. A todos los que su padre le había enseñado a rezar.

—Dios, prometo que me casaré con ella y la cuidaré para siempre, solo te pido que me des más fuerza para alcanzarla. No dejes que nada le suceda. Por favor, por favor, por favor… —Pero sus ruegos serían en vano, porque los seres celestiales harían oídos sordos a sus lamentos. Las velas gastadas, las misas de los domingos, los sacrificios en la Pascua y en la Navidad. Todo se lo llevaba el viento. Sin embargo, había un reino que escuchaba cada suspiro de su alma. Aquel de donde venían las chispas que sus pies dejaban en el follaje que comenzaba a incendiarse con su frenética carrera por el bosque.

De pronto, cuando sus pulmones estaban a punto de estallar, escuchó un trote desde su lado derecho, que se acercaba a una velocidad increíble. El impacto era inminente, pero el muchacho no estaba dispuesto a aminorar la marcha.

Así, mágicamente, un caballo joven relinchó a su diestra. Cualquiera hubiese tenido miedo ante aquel extraño pelaje tornasolado, esos ojos violetas y aquellas fauces de las que surgían sonidos para nada animales, pero entre el corcel y el hijo de la Jinete de Fuego había una conexión. Así que Salvador lo montó, furioso, y, aunque era la primera vez que cabalgaba, pudo notar que algo no funcionaba como debía. El animal no era un caballo común y corriente. Sus patas apenas tocaban el suelo y lo que eran kilómetros quedaron atrás en menos de un segundo.

Sin tiempo para maravillarse, los gritos de Rory confirmaron sus temores.

A lo lejos, el muchachito vio a un hombre con una botella de vodka a medio acabar mientras golpeaba a su novia una última vez, hasta que esta se desmayó. Al menos, aquello le ahorró ser testigo de lo que sucedería a continuación.

Encolerizado como nunca, Salvador desmontó de un salto, fue hacia el hombre y sin que importara la diferencia de edades o de estatura, tomó a esa basura por el cuello y lo arrojó al césped mojado por las últimas nieves que se derretían ante su furia. El hombre se quedó sin aire cuando el niño demonio le propinó una patada que lo envió tres metros más allá. Fuera de sí, Salvador corrió de nuevo hacia él para tomarlo de un brazo y partírselo. El caballo desapareció entre los arbustos, como si no hubiese existido.

—¡Déjame! —se quejaba el hombre—. ¡¿Qué haces, pequeño monstruo?!

Eso es lo peor que pudo decir, porque justo en ese momento Salvador recordó la última vez que alguien lo había llamado así. El recuerdo del atacante de su madre lo encolerizó más allá de la razón.

El muchacho le tomó el otro brazo despiadadamente. Esta vez el hueso salió de la piel en tres lugares distintos. Sin temblar, le propinó otra patada y luego le escupió.

El hombre ya no rogaba y Salvador no podía hablar. Sus manos se volvieron rocas con las que golpeaba aquellos ojos para luego apretarlos hasta sentirlos crujir, hundiéndolos en esa cabeza inmunda. Algo se despertó en él: una especie de sed de castigo para aquel que había intentado tocar un alma pura, y así empezó a arder de pies a cabeza. Dejó escapar un rugido descomunal y todo en él se volvió fuego. Un fuego especial que no quemaba ni su piel ni su ropa.

El hombre jadeante y postrado observó incrédulo la escena con sus ojos hinchados, pero muy seguro de lo que veía.

El niño llama se apagó cuando la niña comenzaba a moverse junto al tronco. Confundido, como si despertara de una sesión de hipnosis, fue hacia ella dando tumbos para tomarla en sus brazos llenos de sangre y marcharse por donde había llegado.

Mientras tanto, hubo alguien que no pudo evitar ser testigo de aquello: la abuela Barb se había quedado petrificada junto al coche. Había seguido a su nieto y por desgracia fue parte de esa escena que explicaba tantísimas cosas. Unas palabras viles la devolvieron a la realidad:

—¡Te mataré! —decía el hombre con la ridiculez de los que tratan a los niños como adultos, sin poder mover más que su lengua—. ¡Fenómeno! ¡Te denunciaré, fenómeno! Llamaré a las noticias y a las autoridades.

La abuela Barb lo creía. De seguro lo haría. Las escorias tienen palabra cuando se trata de hacer más daño al mundo.

Sin pensarlo dos veces, dándole la espalda a todo lo que había creído en su vida, Bárbara Smith fue hasta el monstruo jadeante, se agachó en el suelo de su amado Whitehorse y tomó una roca pesada. Con solo soltarla, cambió su destino para siempre. La pobre tía Barb sería otro daño colateral de la maldita Gran Competencia.

* * *

En el porche de su casa, Logan los esperaba preocupado. Él también había sentido la angustia. Más suave y no tan real como

Salvador, pero después de todo no le había pasado indiferente el dolor de Rory. Les abrió la puerta sin decir palabra; como su tío, era bueno en los momentos de crisis. Revisó a Aurora, pero más allá de algunos golpes, la sangre que la manchaba a ella y a su amigo era claramente de alguien más.

—¿Qué ha sucedido? —La señora Iron bajaba con su cofia puesta y ante el horror de la escena gritó—: ¡Dios mío, chicos! ¿Estáis bien?

Su esposo no tardó nada en sumarse.

—Ninguno está herido —indicó sin terminar de bajar la escalera.

—¡Niños! ¿Qué ha pasado? —preguntaba Julie histérica—. ¡¿Quién os hizo esto?!

Aurora comenzó a temblar de pies a cabeza. Salvador la abrazó como un adulto, besó su frente y la meció despacio, calmándola.

—Algo sucedió en la casa de Rory —explicó Logan gracias a su sexto sentido.

El señor y la señora Iron se miraron. Logan era muy joven para interpretar aquella expresión.

—No sé cómo de lejos llegué con él —fue lo único que Salvador pudo decir—. Yo… no recuerdo…

Julie abrió la boca, pero su esposo se adelantó y miró a Rory:

—¿Cómo de lejos llegó él? —Aquel hombre alado no tenía ni idea de cómo ser un humano.

Rory, aún en el pecho de Salvador, movió su cabeza de lado a lado con lentitud y exclamó débil:

—Solo me golpeó a mí y a mi mamá.

Pese a lo horrible de la situación, Julie se llevó la mano al pecho, agradecida.

—Me encargaré —afirmó Matthew tranquilizando a todos.

—Iré contigo, tío —exclamó Salvador.

Logan ya estaba colocándose su abrigo sobre su pijama de Superman, para sumarse, pero Matthew los detuvo. Luego miró a Salvador a los ojos fijamente y le dio el mejor consejo que el muchacho escucharía:

—Tu lugar está con Aurora, Sal. —Y sin más preámbulos, cerró la puerta tras de sí.

Julie llevó a Rory al baño de inmediato.

—Cariño, déjame ayudarte a cambiarte de ropa. ¿Qué sucedió? ¿Quieres contármelo?

Sentada sobre la tapa del inodoro, Rory miró al suelo.

—Me llegó mi período y le pedí a mi madre que me ayudara. Cuando su novio lo descubrió, comenzó a hacer bromas feas y mi

madre… Bueno, Sarah se puso nerviosa. Comenzaron a discutir. La golpeó en la cabeza y ella se escondió en el dormitorio. Me gritó que corriera y fuese a por ayuda. Lo hice, pero él me siguió.

Julie se movía de aquí para allá tomando cosas del baño, temiendo que Rory asociaría siempre eso de *convertirse en mujer* con dolor y sufrimiento.

—Me lo habían dicho en el colegio —siguió la niña—. Como una tonta pensé que, como nosotros somos especiales, eso no me iba a pasar. Cuando fui al baño y me vi…, me asusté y pensé que me había lastimado… Que estaba enferma…

—¿Qué? —Julie la interrumpió—. ¿Cómo que especiales?

La niña se encogió de hombros, demasiado angustiada para contarle sus juegos de niños.

Mientras le pasaba una compresa y le enseñaba a ponérsela, Julie calló su preocupación. Después le dejó unos minutos de intimidad y fue a encarar a aquellos dos en el sofá, donde Logan estaba poniendo hielo en la mano derecha de Salvador, que le decía que no recordaba nada más que golpear al sujeto un par de veces.

—¿Qué es eso de que sois especiales, Logan?

Su hijo la miró con esos hermosos ojos perlados.

—Una tontería nuestra. Tenemos un juego de creernos superhéroes —reconoció el adulto muchacho sin dejar de curar a su amigo—. Leí un libro que conseguí en donde Flora y entendí por qué nos llaman tanto la atención los superhéroes. Porque son necesarios. O sea…, la idea de que existan. Eso hace que los humanos simples vivan mejor. Es una ilusión que se repite de generación en generación.

—*Necesitamos* creer en cosas —dijo Salvador.

—No. Necesitamos creer en nosotros mismos —lo corrigió Logan apretando el hielo—. Es como tú con la religión. Es necesaria, pero te quita la responsabilidad de elegir sobre tus actos. Si queremos ser superhéroes, si queremos mejorar el mundo o ser buenos los unos con los otros, pues tenemos que hacerlo con lo que tenemos. No por un mandamiento ni por supervelocidad… —Julie no podía creer el nivel de debate que se daba en su salón con niños de once años mientras ella estaba de pie con su cofia y sus rulos. Pero su hijo seguía en plena exposición—: Nosotros, los humanos, tenemos que ser responsables. Esa es la verdad. Si nos quedamos sentados a esperar a que nos salven o que nos digan qué hacer, no somos solo un poco más que villanos. Por eso hiciste bien en ayudar a Rory. Hoy fuiste un verdadero héroe, amigo.

Así darían por zanjado ese tema, aunque Logan sería el primero

en descubrir que sí, que un poco sí eran superhéroes o incluso algo mejor.

Julie se pellizcaba los labios y los miraba con sospecha. Hablaría con Matthew en breve, pero ahora necesitaba cumplir su rol de madre con Rory. Sin embargo, su móvil sonó con el tono que anunciaba a su esposo.

—Dime.

—Julie, ve a la cocina para que los niños no te escuchen.

Julie salió disparada.

—Por Dios, Matthew, ¿qué sucede?

—Sarah está bien… —le soltó—. Pero encontré a la tía Barb y tuve que usar mis poderes para hacerla olvidar. Fue testigo de la naturaleza de Salvador y, bueno, ya te contaré en casa, pero no recordará nada. Lo borré.

Julie se aferró al fregadero y se lo agradeció. Ya bastantes eran las cruces que llevaban todos para sumar a la dulce Barb. Después le preguntaría sobre ese poder que había sacado de la nada. A veces creía que no conocía a su esposo en absoluto.

En el salón, sin poder estar lejos de ambos chicos, Rory se les sumó.

—Me llegó mi primer período —anunció. Su tía Julie habría estado dispuesta a ocultarlo, pero Rory no podía tener secretos con aquellos dos.

—¡Genial! —celebró Logan, que ya se sentía médico—. Tu cuerpo es magnífico, Rory. ¿Quieres que repasemos el aparato reproductor femenino que estudiamos el semestre pasado?

—No, gracias, Log —respondió sincera—. Pero quiero comer algo dulce, saber si mi madre está bien y olvidarme de este día horrible.

Salvador sacó los bombones del escondite de su tía y Logan puso la tetera para hacer manzanilla, que sabía que era antiinflamatoria.

Ante la noticia de la señora Iron, que les juró que todo estaba bien y que ese hombre malo se había marchado, los tres se quedaron bajo una manta en el sillón. Se acurrucaron sin pensar en el paso del tiempo, en la madurez ni en todas esas cosas que vivían. Los nuevos tres mejores amigos de Whitehorse intentaron sobrellevar aquel día traumático jugando como lo hacían siempre.

—Tengo otro —dijo Logan de buenas a primeras.

—De acuerdo, dispara —pidió Salvador abrazando a Rory.

—Si tuvierais que elegir una comida para comer el resto de vuestras vidas. Solo una. ¿Qué escogeríais?

—Eh… ¿Pastel de chocolate? ¿Hamburguesa? —adivinó

Salvador—. No lo sé… ¿Y tú, Rory?

—Lo mismo —dijo la niña intentando sonreír y luego añadió más animada—: Quizás pizza…

—Yo escogería sopa de verduras, así tengo todo lo necesario —exclamó Logan.

—Vamos —lo increpó Salvador—. La sopa no es comida.

Tras una discusión absurda por aquel minúsculo tema, se pusieron a conversar de la excursión que harían en la escuela a la semana siguiente. Muy pronto, la pubertad y el desgaste de lo nuevo empolvarían el asunto del ataque de Rory, su período y el tema de los superhéroes, pero su amistad no haría más que acrecentarse.

* * *

De vuelta en el otro hemisferio, intentando disfrutar de aquel día de sol espléndido, Mamá Lina estaba orgullosa, viendo por primera vez volar a Marina con sus pequeñas alas azules. El malestar de su discípula se había disipado y por una voluntad descomunal se había repuesto; tanto, que fue capaz de planear para luego ganar vuelo. Lo hacía con torpeza y aún faltaba mucho para que estuviese lista, pero en efecto volaba.

—¡Mírame, Mamá Lina! —le gritaba Marina desde las alturas.

Cuando Lina alzó su mano izquierda para saludarla vio que en ella, como por arte de magia, se movía una pequeña llama. Se quedó mirándola con una sensación de espanto y horror. Al final, el día había llegado: su humanidad cedía y la demonio ganaba terreno.

Pensó en Máximus, en los Infiernos, en su propia naturaleza, y, sin comprenderlo, la embargó una culpa insoportable: aquella llama era el recordatorio de su derrota. Esa culpa con el correr de los años se transformaría en odio y soledad. Después, solo en una pena sofocante. Y después, una nada… Un vacío que permitiría que surgiera la mirada gélida de *Madame L'Mort* o de la mal llamada Reina Manca, porque solo lo había sido durante unos minutos. Pero ese apodo se usaría para diferenciarla de la criatura cálida que había sido cuando acariciaba a todos con sus dos manos humanas, cuando era la Reina Madre, la que un día había elegido al demonio para crear al príncipe mestizo.

Ahora, allí de pie, Lina no ocultó la llama, al contrario, la miró hacerse un poco más grande entre sus dedos de carne y hueso. Y así, mientras una criatura estaba dejando de ser mujer, otra sentía que

se estaba convirtiendo en una. Aunque, en realidad, para ser una mujer no importan las alas, la sangre ni el fuego. Solo el deseo de serlo.

Capítulo 17

Complejo de Edipo

«Porque la escalofriante regla de la Exclusividad volvía a activarse. Y otra vez la víctima era alguien irremplazable para Lina Smith.»

W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Salvador Wildman Smith se levantaba los lunes a las seis de la mañana. Su habitación era un desorden de principio a fin y allí se podían encontrar los más diversos objetos. La batería en una esquina —último regalo de su tío J. J.— junto al bajo, la guitarra eléctrica y el teclado, también regalos del mismo. Sobre el escritorio se tambaleaban pilas de viejos discos, casetes y CD. Los que tenían el autógrafo siempre llevaban la misma dedicatoria: «Para uno de mis sobrinos favoritos». La cama acumulaba ropa sobre la cual dormía él, siempre y cuando utilizara esa casa para pasar la noche, ya que el muchacho tenía otro hogar. Aquel en el que se había criado los primeros cinco años de su vida. Esa mansión inmensa que conservaba la ropa de sus padres en el armario del dormitorio principal.

Animado por empezar la jornada, Salvador fue hacia el mueble lateral que apenas podía adivinarse entre los libros que necesitaba para el colegio y las figurillas de madera que tallaba. Tomó la cajetilla de cigarros, porque ahora ya era un adulto fumador —o al menos así se sentía él—, se puso uno en la boca y lo encendió con un mechero barato. Había dejado el bueno en la casa contigua. Disfrutó de la primera bocanada del día. La noche apenas se rompía con el amanecer y pronto, detrás de la nube de nicotina, sentiría el aroma del café que la abuela Barb hervía abajo. Apagó la luz y pensó que necesitaba una lámpara nueva; ya estaba grande para caballitos.

Cansado del calor sofocante del mundo, abrió la ventana de par en par, pero antes se cercioró de que la puerta estuviese bien cerrada. Era conveniente que su abuela no se expusiera a las corrientes de aire.

Cumpliendo parte de su ritual matutino, miró la fotografía de sus padres del día de su boda en el local de Al, besó el portarretratos, se persignó y apagó entre sus dedos el cigarrillo, sin sentir ni el más mínimo cosquilleo. Tanteó bajo la cama su par de zapatillas blancas y se consideró dichoso de lograrlo al primer intento. Después arrojó la colilla en un cenicero que encontró en la mesita de noche y fue hacia la cómoda para escoger alguna ropa. La dulce abuela aún planchaba hasta sus calcetines.

En la ducha, el agua helada se perdía tibia en el desagüe; de nuevo su temperatura calentaba el ambiente. Una vez que se secó, sin apenas usar la toalla, desempañó con su mano el espejo para afeitarse; por todo lo demás podía considerarse lampiño. Era un muchacho sencillo y no parecía advertir su propia hermosura. Quizás parte de su increíble sensualidad radicaba en ello. Salvador era incapaz de reparar un segundo en el efecto que aquel cuerpo musculoso, esos ojos negros profundos debajo de unas cejas pobladas y aquellos labios fuertes, encuadrados en una mandíbula masculina, causaban entre los mortales. El muchacho al fin era el fiel reflejo de su padre: transmitía poder y seguridad.

Se vistió rápidamente con una camiseta blanca de cuello redondo bajo una sudadera celeste liviana, y sobre los bóxers se calzó uno de los vaqueros de última moda. Su tía Izzie le había mandado docenas de ellos. Con rapidez, tomó un cuaderno y unos trabajos que debía entregar.

Ya listo, cerró la puerta tras de sí, sin reparar en la estrella que la adornaba, con el nombre de su madre.

Abajo, su abuela lo esperaba con el desayuno. La señora estaba

más delgada y arrugada, pero tan dulce como siempre. Los años le sentaban bien y llevaba su cabellera plateada con dignidad, sin importarle la insistencia de Julie, que aborrecía el cabello encanecido.

Salvador estaba famélico después de tantas horas sin comer. Tragó los panecillos de chocolate y, tras su segunda taza de café, se despidió de su abuela con el ritual del beso. Se puso la chaqueta abrigada, los guantes, el gorro y la bufanda. Todo desaparecería en el maletero de su coche, hasta que fuese hora de regresar a casa. Uno de los grandes enigmas que lo desconcertaba era el frío. Jamás lo había sentido en su vida.

Fuera, el motor de su flamante coche ronroneó. Su tío Eron tenía buen gusto y, como de costumbre, no había reparado en gastos. El muchacho podía sentirse abandonado por su padre, quien ni siquiera lo había llamado en todos esos años, pero sus tíos vivían pendientes de hasta el menor de sus caprichos, que eran principalmente automóviles, motocicletas, dinero para gastar por ahí, las últimas modas tecnológicas y la mejor equipación para su deporte favorito, del cual era una estrella: el *hockey*.

Condujo por las calles del pueblo hasta meterse en la zona alejada, con la radio en el dial de clásicos que dejaba oír *Drive*, de The Cars. Dobló la última esquina y la divisó esperándolo en la puerta de su casa, que se caía a pedazos. Otro mal día. Ella solo se aventuraba a la intemperie cuando las cosas marchaban muy mal.

Debajo de las dos capuchas que intentaban hacerla entrar en calor, los ojos celestes hinchados brillaban. Salvador estacionó justo cuando la aurora despertaba a las aves. Ella no esperó a que él se bajara a saludarla y se subió enseguida, avergonzada de los gritos de su madre. Pero él, aunque disimulaba, podía escucharlos bien.

Sarah estaba ebria otra vez. Quizás toda la noche había estado montando un escándalo con sus insultos, y estos tenían una sola dirección. El blanco más débil de todo Whitehorse: Aurora Petelman.

—Buenos días, hermosa, ¿otro día en el Paraíso? —ironizó. Los malos momentos, Salvador los sazonaba con su constante buen humor. Parecía que era él quien tenía alas para proteger a Rory.

Ella se rio animada y le siguió la broma:

—Lástima que la noche no tenga más horas para estar en mi hotel de cinco estrellas, ¿verdad?

—Pues sí, sobre todo por lo encantadores que son los otros huéspedes… —dijo mientras le bajaba las dos capuchas—. Mírate, cada día estás más hermosa.

Rory no contestó más que con un beso que Salvador terminó como siempre: mordiéndose el labio inferior para retener toda la pasión que un muchacho de dieciséis años podía sentir por la criatura más pura de las Tierras.

De inmediato, el automóvil obedeció las órdenes de Salvador. Dejaron atrás ese desastre y se dirigieron hacia la casa grande.

—¿Hoy tampoco recuerdas lo que has soñado? —le preguntó ella mientras bajaban del coche—. ¿O es que tienes sueños con otras chicas y no me los quieres contar?

Salvador la tomó por la cintura con un solo brazo y la subió por la escalera.

—¿Qué otras chicas? —dijo arrinconándola contra la puerta de entrada.

—Mmm… No lo sé —coqueteó Rory mientras lo eclipsaba con su rostro perfecto. Los años la habían hecho florecer en la jovencita más hermosa del mundo. Literalmente. Era tan bella que provocaba dolor mirarla—. Quizás… otras como Stefany Belmont… Ya sabes, tienen tanto en común con las motos y eso…

Salvador flexionó sus brazos junto a ella y terminó pegándose a su cuerpo hasta que sus narices se rozaron.

—Quizás no recuerdo mis sueños contigo porque son demasiado… —Hizo una pausa para mordisquearle despacio el labio—. Demasiado prohibidos…

Rory le pasó los brazos por el cuello y de un salto estuvo sentada sobre él.

—No hay nada prohibido para nosotros, Sal.

Entre besos entraron en la casa y fueron a parar al sillón del salón.

—Siempre está tan calentito aquí —ronroneó ella.

Él se incorporó y comenzó a quitarle cada capa de ropa. El abrigo viejo, el jersey blanco… Se detuvo al llegar a la ajustada camiseta con pequeños agujeros. Se imaginaba qué había sucedido con la nueva que le había comprado la semana anterior, pero, a esas alturas, Salvador ya era más precavido. Después buscaría en su habitación una nueva y por lo menos la ladrona de su futura suegra no podría quitársela hasta la noche. Se puso de pie y le admiró el cabello que le bajaba por los hombros hasta la cintura. Las dos trenzas se habían convertido en una; a veces espigada y a veces cosida. A Salvador le gustaba deshacérsela para ver el cabello dorado con pequeñas ondas. Natural y con mucho brillo.

—Ahora es mi turno —dijo ella golpeando el almohadón de su lado. Salvador se sentó y ella le quitó la camiseta. Los músculos

tersos se estremecieron bajo su palma helada mientras le susurraba —: Te amo.

—Yo más —dijo él apenas.

Rory le tomó su mano gruesa para guiarla entre la camiseta y su piel. Él cerró los ojos y luego echó el cuello hacia el respaldo del sofá.

—Dios… Eres tan suave, Rory —farfulló entre los besos de ella —. Paremos, por favor, por favor, por favor… Paremos, porque estoy teniendo cada pensamiento impuro, hermosa, que tendré que pasarme otra vez por el confesionario esta semana.

Rory rio divertida y se acurrucó en su amplio pecho. Lo amaba desesperadamente. Lo amaba en silencio y a gritos. Él era apuesto, brillante, dulce y gracioso. Ella sabía que era bonita, pero, en su humildad, a su lado se sentía solo eso: algo bonita. Como toda adolescente insegura, creía que él era demasiado para ella y rogaba para que no llegara el día en que él lo notase. Sería un día gris, pensaba, donde todo en su vida al fin encajaría y la miseria avanzaría ya sin barreras.

Pero ahí estaba, otro día con él. Su calor y las caricias que le desperdigaba por el cabello la hicieron irse al mundo de los sueños. Así Rory acumulaba valiosa energía, ignorando que en un futuro le sería muy útil para gestar en su interior a un ser poderosísimo: una nueva ella que tendría el poder de destruir al hombre que la acariciaba. Y hasta en eso mismo, sin saberlo, Salvador la estaba ayudando.

A la hora y media, Rory despertó en la misma posición. Su novio no se había movido ni un centímetro.

—¿Otra vez te has quedado observándome todo el rato? —le preguntó.

El muchacho asintió perdiéndose en su mirada clara. Para Salvador amanecía cuando Rory abría los ojos en aquel sofá, somnolienta.

De pronto, el reloj de péndulo los hizo saltar del susto.

—¿Vamos a por Log? —propuso Rory, depositándole un beso en la frente.

Salvador se incorporó con ella encima e imitando un caballo comenzó a relinchar.

—¡Arre, Sal! —bromeaba ella mientras corrían por el salón.

* * *

Logan le decía a Salvador que era un desperdicio de tiempo que

primero pasara a buscarla a ella y luego regresara a la casa a por él. ¿Acaso no podían tener un horario de arrumacos por la tarde? Pero entendía que las prácticas de *hockey* de ellos y las de natación de su amiga lo ocupaban casi todo. Además, los tres habían conseguido trabajos en los meses de verano, que decidieron mantener.

Logan había ocupado el puesto de ayudante con la señorita Flora —que había abierto la vacante para él— y a veces ayudaba a sus padres en sus negocios. Rory cuidaba a casi todos los niños del pueblo y se había convertido en aprendiza del mejor pastelero del mundo: Al. Mientras, Salvador, que no necesitaba el dinero y odiaba estar lejos de su novia, por hacer algo se pasaba varias horas trabajando en el taller Belmont, especializándose en motocicletas.

Cuando tocaron el claxon, Logan salió de su casa y se subió al asiento trasero con la energía que lo caracterizaba. Vestía unos vaqueros y una camisa con una camiseta debajo, ya que a esa hora el frío helado del amanecer se había disipado y se podía disfrutar del clima benévolo de septiembre.

—Vino el tío J. J. mientras vosotros dos, tortolitos, paseabais por Darkhorse —soltó.

—No me lo puedo creer —se lamentó Salvador mientras lo saludaba con un gesto de puños desde el asiento delantero—. Cuéntanos todo.

—Mi madre sigue enfadada por su condena, así que se hospedó en el hotel de los padres de Jenny. Está más musculoso y tatuado… Le dije que hubiésemos ido a buscarlo si nos hubiera avisado. En fin, me encontré con él fuera de la tienda de la señora Tucker, frente al Blockbuster. Me contó que trabajó allí cuando era un pequeño videoclub y se puso medio melancólico. Ya sabéis cómo se pone cuando está abstemio y sus discos se convierten en platino al mismo tiempo. Pero aun así tuve que esperar turno para charlar con él, porque estaba hablando con una nueva conquista. Parece que no dejará mujer soltera sin tocar aquí. Después, todas me miran mal… Hice tiempo intentando sacar ese maldito peluche de la máquina, pero sigue ahí, tan atascado como siempre.

Sus dos amigos rieron mientras el coche se desplazaba por la carretera.

—Como sea, el tío me dio buenos consejos con respecto a Jenny.

La muchachita anodina de cabello claro, ojos olvidables y un vocabulario limitado a monosílabos, inexplicablemente seguía siendo objeto del interés romántico de Logan.

—¿Cuánto se quedará esta vez? —quiso saber Salvador—. ¿Podemos ir a verlo?

—No. Solo vino por un día y ya ha regresado a Nueva York.

Rory iba distraída dibujando corazones en sus propios vaqueros.

—¡Qué pena que no coincidiéramos con él!

—Sí, pero no me arrepiento. —Salvador tomó su mano para besarla y luego ambas se quedaron en la palanca de cambios—. Fuimos al teatro que mi padre le regaló a mi madre y vimos *Le prénom*. Nos gustó mucho.

Logan no les creía nada.

—Pues ya iremos los tres y me sentaré en la butaca del medio, así me aseguro de que sí la veis, tortolitos.

Los tres rieron hasta que Salvador preguntó:

—Entonces…, ¿este año vas a usar los consejos del tío con Jenny?

Logan se encogió de hombros mientras miraba por la ventanilla.

—Sí, pero ya sabes. Soy un sujeto de teorías, no de prácticas. Así que creo que moriré virgen. Pero vosotros dos estáis a tiempo de no ser tan patéticos como yo. O sea, ¡hacedlo de una vez! ¿Qué esperáis?

Rory contestó:

—Oh…, es que Sal dice que eso es algo que se hace cuando estás casado.

Logan puso los ojos en blanco y se agarró del reposacabezas para acercarse.

—Lo juro por la calva de mi padre, amigo, si dices otra vez lo de la religión me voy a tirar del coche en marcha. ¡Ciencia! —le espetó—. Eso es lo que vale. Dios no existe, solo la ciencia.

Salvador no se molestó por la herejía de su amigo, pero dijo muy sincero:

—No sé cómo hacerlo, y no quiero que Rory salga lastimada.

—¡Ya sé! —soltó ella de repente—. Podríamos ver una de esas películas donde la gente se desnuda y se acuesta entre sí. Tomaríamos nota.

—¿Porno, Rory? —preguntó Logan a su peculiar amiga.

—Sí… —su voz se fue apagando—. Pero es triste para esas personas, ¿no? Quiero decir…, hacerlo es algo privado. Me moriría si alguien que no fuese Sal viera mis senos.

—Y nadie los verá, créeme —le aseguró su novio besándole la mano otra vez.

Logan rompió otra de sus miraditas al cruzarse entre ellos para subir el volumen de la radio.

—¡Oh…, me encanta esta canción! —dijo.

—Búscala con el Shazam que te instalé en el móvil —lo apremió

Salvador.

—Creo que está en el fondo de mi mochila. —Logan comenzó a buscarlo—. Rory, rápido. Hazlo tú con el tuyo, por favor.

La mano del muchacho se perdía en su bolso atestado.

—*Love You Like a Love Song*, de Selena Gomez & The Scene —anunció Rory.

—¡Ja! Mirad lo que he encontrado —anunció Logan con un cuadradito plateado en la mano—. Me había olvidado de esto. Mi madre me dio otro condón como regalo de comienzo de curso. Claro que yo esperaba un móvil nuevo o al menos un libro, pero dijo literalmente: «No puedes, bajo ninguna circunstancia, dejar embarazada a una chica». Y luego se puso a discutir con mi padre sobre su eterno embarazo y yo qué sé…

—La tía Julie nunca dice cuánto tiempo te pasaste —exclamó Salvador.

—No me pasé —lo corrigió—. Era un bebé no nato, así que no había intencionalidad en mis actos. Además, *ellos* tienen que tener cuidado, no yo, que soy un monje. Siempre que se pelean tengo que salir de la casa por los ruidos de sus reconciliaciones. ¡Dios! Menos mal que, después de mí, mamá no pudo volver a quedarse embarazada, si no ahora seríamos miles en esa casita… —Dejó que sus amigos rieran tranquilos a su costa y siguió—: Ella ha sido así desde siempre. Estoy harto de encontrarme con la abuela de Dot para que me diga: «Tu madre era terrible, pensábamos que nunca sentaría cabeza». Dios, pues adivina qué, mamá, no todos somos como tú.

Rory intentó tranquilizarlo:

—Creo que el primer día de clase les sienta mal a las madres. La mía me soltó un sermón de cómo yo le arruiné el cuerpo. No lo sé. Será cosa de madres… —Rio, pero miró a su novio y enseguida dijo —: Oh…, lo siento, Sal. No quise…

—Está bien —la tranquilizó—. No me siento excluido. La abuela Barb me dijo que prefería verme en este coche que con la motocicleta vieja de mi padre. Así que supongo que ninguno se libró de la persecución maternal hoy.

—Como sea, estoy exhausto. —Logan era bueno cambiando de tema—. Me quedé toda la noche estudiando y mi espalda me está pasando factura otra vez.

El muchacho hacía sonar la columna y parecía que algo se colocaba en esa zona. Últimamente el dolor de los huesos de aquella parte lo torturaba más a menudo. A veces incluso se veía obligado a pasar largas jornadas en posición horizontal, sin fuerzas ni para

sostener un libro.

Por su lado, Rory no sufría aquello, y es que la cercanía con su novio hacía que sus alas permanecieran tranquilas.

—Logan, amigo —exclamó Salvador al llegar al colegio—. Es el primer día de clase, ¿quieres decirme qué estuviste estudiando?

—¿Ya había tarea para hoy? —preguntó la muchacha asustada.

—No… —contestó Logan—. Estuve estudiando para el preuniversitario.

Salvador buscaba un lugar para estacionar mientras decía:

—Pero faltan dos años para eso.

—Bueno, mente privilegiada, no todos somos genios —se defendió—. A algunos nos fue difícil incluso aprender a leer y escribir. Pero leí un informe que decía que los niños a los que más les cuesta, luego tienen más posibilidades de terminar la universidad, porque entienden que deben esforzarse más que el resto.

—Guau…, de acuerdo con eso yo podría ser doctora en Química —rio Rory.

Su novio la miró con dulzura mientras estacionaba el coche en un buen sitio.

—Vosotros podéis hacer lo que os apetezca, pero yo quiero quedarme aquí y ser bombero.

—Oh, perdón, hombre con visión —lo toreó Logan.

—Y yo me quedaré para siempre a tu lado, Sal —dijo Rory clavándole los ojos.

Logan se aclaró la garganta para quebrar el clima romántico:

—Pues la sirena suena en veinte minutos… Así que: ¡a movernos!

Cuando se bajaron, Salvador cerró su coche nuevo y el sonido melodioso de la alarma terminó por llamar la atención de todos sus compañeros.

—Yo quiero ver el mundo —siguió Logan con la conversación mientras cruzaban el estacionamiento hacia la entrada—. Como el tío J. J.

—Pues yo ya lo tengo claro —exclamó Salvador—. No hay mejor lugar que Whitehorse y ni por todas las becas de *hockey* cambiaría mi plan. Tampoco necesito tantas buenas notas. Así que, ¿para qué quemarme las pestañas como tú?

Su amigo echó la cabeza hacia atrás agotado.

—Dios, sé que vosotros dos os habéis vuelto alérgicos a los libros, pero tal vez podríais tomarlos de vez en cuando, solo por el placer de leer. No muerden.

Aunque Rory y Salvador leían por encima del promedio de sus compañeros, nadie le ganaba a Logan.

—Tú eres nuestro lector voraz —dijo Salvador mientras sacaba su paquete de cigarrillos.

—Sí, quizás deba ponerte los libros en la boca para ver si te entran por ahí, Señor Angustia Oral. —Logan le quitó el cigarrillo de las manos—. ¿Sabes cuántos días de vida te quita esta porquería?

—Oh…, tengo algo para ti. —Rory sacó de su bolso un chupachús de sandía y, después de pelarlo, lo colocó en la boca de su novio. Era la golosina infalible en los espacios donde no se podía fumar. Sin prestar atención al camino, Rory chocó con Ethan Cooper, que parecía tener el peor equilibrio del pueblo.

—¡Lo siento, Rory! ¡Lo siento, Sal! —se disculpó el muchacho.

Así sucedía siempre. Hacerle algo a uno era hacérselo al otro. Y es que el enamoramiento juvenil es peligrosamente simbiótico.

La nueva taquilla de Rory tenía una maña para abrirse. Salvador se apoyó seductoramente y de un golpecito la abrió.

—Yo he pedido la de al lado —dijo él, pasándole su golosina por los labios—. Así que podemos cambiar.

Las taquillas eran designadas, pero Salvador tenía sus contactos.

—No —dijo ella mordiendo el caramelo y volviéndolo loco—. Está bien. Así me la abrirás siempre.

—Oh…, por Dios —dijo Logan histérico—. Parad vuestra escena para mayores de trece, que ahí viene Jenny. ¡Cómo ha crecido este verano!

Rory y Salvador se inclinaron para verla más allá de la puerta de la taquilla. La chica estaba en el grupo de Stefany Belmont.

—¡No miréis! —los regañó—. Ay, Dios, ¿está cerca? ¿Qué digo? Me olvidé de todo… Sal, haz algo.

La parejita ya conocía sus reacciones. Logan perdía toda la naturalidad que lo caracterizaba frente a Jenny e insistía en adoptar una ridícula posición de vaquero de *western* cuando se cruzaba con ella.

—¡Jenny! —gritó Logan con una voz aflautada que no se le oía desde la prepubertad—. ¡Me alegro de verte! Y a ti, Stefany, y tú tampoco te ves mal, Caroline.

El muchacho intentaba recordar los consejos de su tío.

—Sí, Caroline —Salvador salió en su ayuda y de paso desviaba la atención de las miraditas que Stefany le echaba a su brazo sobre Aurora—. Logan quería preguntarte cómo le había ido a tu mamá en Médicos Sin Fronteras. ¿Estaban en Haití o en Guinea Ecuatorial esta temporada?

Mientras la muchacha y Logan compartían una conversación casi interesante en la que Jenny no participaba —pero al menos se quedaba allí—, de la mochila repleta de Logan comenzó a salir el tono más vergonzoso del mundo: *La Macarena*. El colmo fue cuando el muchacho, en vez de intentar buscarlo para apagarlo o contestar al menos, se puso a cantar la divertida canción.

Rory y Salvador lo ayudaron a quitarse la mochila de la espalda mientras las jovencitas se perdían por el pasillo, riéndose.

Logan las vio alejarse y la congoja lo embargó. Entonces comenzó a golpear su cabeza contra la taquilla mientras repetía:

—Soy un estúpido.

Aurora utilizó su tono más dulce para consolarlo:

—Esta tarde podemos ver una película todos juntos y tal vez…

—Debes controlarte, amigo —la cortó Salvador, que en toda su vida jamás se había comportado así, y ante la mirada severa de su novia, remató—: Debes tomar las riendas y ponerte los pantalones.

—Salvador, no lo presiones. —Rory intentaba detener a Logan, que no dejaba de golpearse contra la taquilla—. ¿Qué significa eso de ponerse los pantalones? ¿De qué siglo vienes? Fui yo la que te habló el primer día de clase, la que te dio nuestro primer beso y te pidió ser novios.

Salvador la tomó de la cintura y la atrajo hacia él con picardía.

—Sí, pero fui yo quien tomó la iniciativa para hacer el resto de las cosas que… —Se interrumpió porque su padre y su tío Eron le habían enseñado a ser un caballero. Su madre, de haber podido escucharlo, hubiese temblado de ira con los brazos en jarras, lista para aleccionarlo por su discurso de macho—. Bueno, tú sabes, el resto de las cosas que… Y punto.

Logan no dejó que eso escalara a una discusión y con tono acongojado dijo:

—Yo quiero besar a Jenny y hacer *el resto de las cosas que*…

Salvador y Aurora se reconciliaron con una ahogada risita cómplice.

—Haremos un plan y practicaremos —propuso ella—. Hay muchos eventos: el Día de Campo, el concurso de esculturas, el baile de invierno, la fogata… Hoy, en el almuerzo, anotaremos todas las ideas que se nos ocurran para que la invites.

Eso los relajó. Desde pequeños habían sido buenos planeando. La ejecución no era lo suyo, pero en cuanto a estrategias eran los mejores: cómo escaparse al bosque sin que la mamá de Logan se enterara de que su hijo hacía clavados desde alturas impensables, cómo burlar a Earl para ver películas para mayores de edad, cómo

colarse en una fiesta en el bar Eleven, cómo lograr que la abuela Barb no oliera el aroma a tabaco del aliento de su nieto, cómo lograr que Rory pasara fuera las noches sin que su madre se alertara…

—¿Os acordáis cuando de pequeños creíamos que teníamos superpoderes? —preguntó Logan abatido mientras colocaba los libros en su taquilla—. Creo que el mío es ahuyentar a Jenny. ¿Por qué compré ese tono absurdo para el móvil? ¿Por qué?

Los tres rieron justo cuando apareció Queen y su séquito compuesto por Nathalie Pérez y Dorothy Clark. Si bien esas dos lucían los bellos uniformes de las animadoras, Queen iba muy sexi: falda corta, peto que dejaba ver el ombligo, bolso hacia el lado y una chaqueta vaquera que parecía de talla infantil. Aunque la jovencita no necesitaba nada de eso para ser una preciosidad. La naturaleza la había bendecido con una boca en forma de corazón, cuello largo y elegante, y un cabello dócil que, arreglado en una apretada coleta, le despejaba su tez rosada.

—Hola, Iron —lo saludó a él primero.

El muchacho apenas se giró para decirle:

—¿Tienen que caminar tus escoltas detrás de ti? ¿Piensas que estamos al principio de una película de adolescentes? ¿En *Mean Girls*, tal vez?

—¿Y tú, qué? —Queen le dirigió una de sus bellas sonrisas imperturbables—. ¿Tienes que tropezar cada vez que ves a Jenny Wilmayer? ¿Piensas que es una película de Los Tres Chiflados?

—¡Guau! —se burló él—. Esa es la mejor referencia que se te viene a la cabeza. Felicitaciones, Queenie.

Ella lo fulminó con sus ojos rasgados.

—No me llames así.

—De acuerdo, Miller. Como quieras.

—Y, ¿cómo estuvo el verano? —Ahora se dirigía a los tres—. ¿Algo de acción o seguís siendo monjes?

—Oh…, estuvo genial —contestó Rory—. Sal y yo llegamos a segunda base, ¿o es tercera? ¿Cómo es cuando te acaricias por debajo de la ropa?

Logan miró al suelo, pero Salvador la abrazó más fuerte, acostumbrado a la forma libre de su novia.

—Bien por ti, tía —rio Queen—. Es bueno saber que al menos uno de vosotros tres tiene algo de sangre en las venas.

—¿Qué tal tú? —siguió Rory—. ¿Tuviste mucho intercambio sexual?

Las animadoras estallaron en risas burlonas, pero Queen las

acalló con una mirada severa, y dijo para hacerse la interesante frente a Logan:

—Pues, ya sabes… Yo siempre estoy cotizada.

—Porque eres hermosa y ardiente —afirmó Rory muy sincera—. Justo estábamos planeando algo para el almuerzo, ¿te interesaría venir a ayudarnos con tu experiencia como chica?

—Oh…, no. No, Rory. ¿No te acuerdas? —la interrumpió Logan—. Invitaremos a Jenny.

Rory frunció el ceño.

—Pero ¿cómo vamos a invitar a Jenny si precisamente…?

Pero ante la mirada desesperada de él, calló. Entonces Queen comenzó a reírse:

—Buena suerte invitándola, Iron. Seguro que entenderá lo que está pasando por tu imaginación.

Logan se llamó a la calma, pero había algo en Queen que le hacía bullir la sangre.

—Y tú buena suerte con los cientos de idiotas con los que saldrás este año.

Queen lo miró de arriba abajo y solo con eso le robó su poca seguridad.

—¡Qué celoso eres!

Logan bufó. Vio un grupillo acercarse y la crueldad le relampagueó en la mirada.

—Mira, aquí vienen posibles candidatos para ti. —Señaló una mancha negra. Era el grupo de emos, y Queen reconoció la derrota. Odiaba a aquellos nuevos góticos. Le recordaban a su padre, que se empecinaba en parecer joven con su delineado, sus uñas negras y aquel horroroso vestuario de cuero. ¡Dios!

—Como sea —dijo frunciendo su perfecta nariz de muñeca—. Venía para hablar con Wildman, en realidad. Este año mi hermano hará las pruebas para la portería. ¿Le echas un ojo, por favor?

Queen y Salvador eran dos personas fuertes y compartían otra cosa además de amar solo a una persona desde pequeños: ambos habían perdido a sus madres casi al mismo tiempo. El mellizo de Queen, Adam, era un tímido muchachito con el cabello en punta y pantaloncillos de deporte que mostraban unas débiles pantorrillas, y cada año intentaba entrar en el equipo de *hockey* para conseguir solo un puesto de suplente o de aguador. Era un acuerdo tácito entre Queen y Salvador: ella cuidaba de Rory en natación y él de su hermano en las prácticas.

—Dalo por hecho —la tranquilizó—. Estoy seguro de que este será el año de Adam.

Logan se rio de nuevo.

—Es horrible que tú y tu hermano os llaméis como una pareja romántica de Eva Gold.

—Eh… —lo interrumpió Salvador sacando solo una carpeta y un libro de su taquilla—. No te burles. Esa novela fue la obra maestra de Eva Gold.

Queen no dijo nada; en eso estaba de acuerdo con Logan. Su padre había sido el peor para escoger sus nombres. Se permitió perderse solo un par de segundos en la piel perlada de su archienemigo y amor de su vida, y luego soltó:

—Como sea, perras, visitad el nuevo sitio web de mi hermano. A tu abuela le encantó, Wildman. Allí uno se puede inscribir para el Día de Campo. Este año, además de la odiosa subasta de bailes, habrá un concurso de comida. Estoy segura de que ganarás y, cuando te quedes con hambre, te comerás a besos a tu hermosa novia —esto último lo dijo con una sonrisa sincera y Rory no se ruborizó. Todo era natural para ella: hasta el apetito de Salvador, que se había disparado rozando lo sobrenatural; y es que el muchacho era un fenómeno de circo comiendo.

—A Salvador no le parece buena idea inscribirse —dijo tierna—. Cree que esos concursos son un desperdicio de comida.

—Pero no de besos —dijo él tomándola por la cintura y haciéndola girar mientras la besaba por todo el rostro.

Queen puso los ojos en blanco ante el *oh* romántico de sus animadoras y se marchó sin saludar.

Cuando se quedaron solos, Logan dijo cerrando con fuerza su taquilla:

—Dios, no la soporto. Solo tiene una cosa en la cabeza…

Salvador se acercó y abrazando a Rory para ponerse en marcha, dijo pícaro:

—Como tu madre, ¿verdad, Edipo?

Logan movió la cabeza entre derrotado y divertido. Rory le lanzó una sonrisa cómplice sobre el brazo de Salvador e hizo un comentario dulce que no llegó a escuchar.

Los tres caminaban adueñándose del pasillo, irradiando felicidad. Era una buena forma de comenzar el curso escolar… El final sería bastante distinto.

Capítulo 18

Metamorfosis

«Luna jugaba en la soledad de los semáforos nocturnos y él la miraba como si fuese la primera mujer de la que se enamoraba.»

W. Parrot, *Darkhorse*

Cuando Lina Smith había sido humana, una vez leyó por ahí que las peores alucinaciones son las olfativas; que si uno olía algo que no estaba allí, como imaginándolo, estaba más loco que si escuchaba voces o veía personas imaginarias. Entonces, algo al menos la tenía tranquila: no estaba totalmente loca, porque no olía nada desde hacía catorce meses. Lo cual, pensaba, significaba también que su último sentido había tirado la toalla de la humanidad.

Primero había sido la vista. Hacía ya casi cuatro años que ya no veía nada de las almas puras. Solo manchas blancas. Casi al mismo tiempo perdió el oído, no escuchaba música, ni risas, ni el trinar de las aves. Después dejó de sentir el viento en su piel. Adiós tacto del césped en sus pies o del agua en su cabello. Para no hablar del gusto. La comida se incineraba en sus manos y lo que le quedaba

eran algunas algas, unos musgos que podía lamer de alguna roca o hierbas secas que arrancaba con su mano suprema. Oh…, su mano… Había aprendido a convivir con ella y, aunque aún le espantaba tener algo en su cuerpo que le pertenecía y no le pertenecía, estaba muy satisfecha porque, a través de esa palma y esos cinco dedos supremos, podía disfrutar de ciertas cosas. Sobre todo la sensación de poder. Sí. Lo que le daba la nueva extremidad era poder puro. Su pensamiento o su deseo se transformaban en acción. Lo que ella quería se concretaba ante el chasquido de sus dedos, algo muy distinto a lo que había vivido como humana. Por supuesto que aún necesitaba que Newen Mapu estuviese cerca, pero se repetía: «Paso a paso».

En todo ese tiempo, Lina no había envejecido ni un día. Si bien sus primeros años de cabalgada habían oxidado algunas de sus células, ahora era inmune a ello. Sin embargo, su pelo seguía creciendo, descontrolado y con ese color que siempre se le había antojado insípido y desabrido, pero seguía creciendo. Aun cuando la comida se incendiaba al tocarla. Aun cuando sus ojos ya no pudiesen convocar el sueño ni el descanso. Aun cuando las memorias de su primera vida humana se ahogasen en sus lagrimales ya secos. Inútiles. Infértiles. Podría decirse, entonces, que aquel cabello se alargaba como último vestigio de la rebeldía de Lina Smith que se negaba a morir, incluso ya muerta.

Por eso atesoraba tanto sus reuniones con Newen Mapu y Marina. Esta última había absorbido toda su humanidad y ahora se la devolvía como una hija que cuida a su anciana madre.

En los demás momentos, Lina se dedicaba a ser una reina y, como suele suceder cuando los obedientes de repente gozan de un insólito poder, se le hacía difícil reinar. Así que allí estaba, frente a un reclutador antiguo que temblaba ante su mirada gélida.

—Mi reina, yo ya… Los otros reclutadores y yo… Bueno…, no vaya a pensar que no la respetamos.

Lina hizo una mueca que simulaba una sonrisa, mientras acariciaba las crines de su compañera.

—Si pidiera tu respeto, no sería tu reina realmente, ¿o sí? —El cazador iba a decir algo, pero Izzie, que lo ceñía con su látigo, lo inmovilizó aún más—. Ya sé que tengo tu respeto —siguió Lina—. Solo he venido para preguntarte por qué desobedeces mis órdenes directas. Es muy fácil seguir mis indicaciones. Como reclutador, cuando te topas con alguien que tiene posibilidades de sumarse a nosotros, revisas su prontuario. Entonces, te pregunto: ¿es esta alma digna de estar con nosotros?

—Mi reina. —El cazador estaba petrificado, apenas despegaba los labios para hablar—. Ya no podemos invertir el orden natural de las cosas. Las almas son las que deciden…, no nosotros… Y no damos abasto ya.

Lina tomó aire buscando paciencia. Como lo hacía cuando alguna vez fue madre y descubría a su hijo en alguna travesura.

—Te equivocas doblemente, amigo Otto. Las almas no deciden y vosotros tampoco. —Estirándose sobre su yegua le sonrió—: Yo decido.

Izzie hizo una mueca de satisfacción.

—Pero está mal. —El cazador iba demasiado lejos—. Nuestro rey Máximus nunca estaría de acuerdo… Se nos está acumulando el trabajo y necesitamos más reclutadores.

Lina sacó su guadaña y golpeó la roca que estaba junto a él.

Izzie, fiel a su reina, le preguntó al reclutador:

—¿Quieres perder tus manos tú también, necio?

—No hacemos eso, querida Izzie —dijo Lina con suavidad y agregó—: Aún no.

La demonio asintió mientras Lina se volvía al interpelado.

—Vete. Nosotras terminaremos aquí, pero si me entero de que desafías mis órdenes para robar una de mis almas y ser fiel a tu apreciado rey, me aseguraré de que el resto de tu condena sea del otro lado de las puertas de los Infiernos.

El cazador se arrodilló y se disculpó, besando el suelo.

—Gracias, mi reina. No vaya a pensar que esto fue una traición, yo…

Lina lo cortó y lo despachó con un gesto sobrado de su mano humana. Movió las crines de Sanity y ahora sí fue hacia el hombrecillo que supuestamente debían reclutar. Estaba colgado de un árbol y suplicaba. Aquel día en especial, Lina tenía ganas de un poco de teatro. La fecha la ponía irritable y malhumorada.

—Señor Payne —comenzó a decir—. Usted es mi víctima número cien mil, y hoy tenemos una promoción especial… ¡Le contaremos una historia!

Izzie fue a su lado divertida.

—¿Alguna vez te he contado, querida Izzie, a qué se dedicaba mi abuelo cuando era joven?

—No, mi reina —contestó la pelirroja con gesto siniestro.

—Mi abuelo era granjero, Izzie —empezó Lina—. Y solía contarme historias cuando íbamos de visita. Había una en particular que me revolvía el estómago y, aunque mi madre me dijese que era mentira, yo sabía que solo lo decía para protegerme. En fin…,

mentiras blancas que cuentan los padres para que los niños no se asusten. —Ante sus propias palabras, un pensamiento atravesó su mente, uno de los buenos, un pensamiento de la Lina humana. Pero lo alejó de inmediato, para que no se manchara de toda esa realidad infrahumana que le tocaba vivir—: Perdón, ¿por dónde iba?

Izzie se apresuró a contestar:

—Nos iba a contar la historia de la granja de su abuelo, mi reina.

—Ah, sí —recordó—. Mi abuelo me contaba que en el campo, el día de matanza de los cerdos se aleja a los pequeños, porque los animalitos chillan cual niños cuando se los mata. Uno de esos días, mientras desangraban a uno tras otro, hubo un animal que logró escapar. Corría como loco, hasta que lo agarraron, pero no les fue fácil degollarlo porque chillaba más que ninguno. Pataleaba y se escurría… Incluso con varios cortes en su cuerpecito. Cuando al fin abrieron al animal, entendieron la razón de tanto esfuerzo: había seis pequeños cerditos dentro de ella.

Lina desmontó de un salto limpio y acercó con cuidado la guadaña hacia el cuello del alma del señor Payne.

—Me encantan los tipos como tú, asesino de mujeres embarazadas —dijo a través de sus dientes—. Le dan una salida a toda la furia contenida que tengo.

—Eso fue hace mucho… —se defendió el hombrecito—. No quise empujarla. Lo juro. Fue un accidente…

—Sí —se burló Lina—. Siempre lo es.

Izzie la apremió:

—Su gracia, los dos van a venir pronto.

Se refería a los otros dos miembros de su nuevo grupo, Eron y Travis, que no compartían aquellos métodos. Lina comenzó a reír. Aunque su gesto era irónico, algo del mundo de los vivos la enmarcaba cuando se reía.

—Cuando dices así *los dos* me parece que hablas de un grupo musical, y que llegarán con sus instrumentos para dar un concierto en medio de estas calles de mala muerte.

Izzie no dijo nada, así que Lina se encogió de hombros y con su guadaña cortó ambas manos del señor Payne. Este comenzó a gritar; no por dolor físico, sino por la impresión de verse mutilado.

—Ahora irás a donde perteneces —dijo Lina y girándose hacia su compañera agregó—: Yo iré a ver qué quiere Eron.

Cabalgó hasta unos edificios en ruinas, manteniéndose cerca de la guerra que la estaba haciendo trabajar más que de costumbre, y esperó a que Eron cazara su alma. Lo vio dulce y solícito

reclutándola. Por órdenes de Lina, todos se mantenían corteses con los caídos en batallas ajenas. Aunque Eron siempre había tenido modales.

—El alma está lista para aprender el Infernus —exclamó al observarla.

Desde que no había más cazadores líderes, era la única en hacerlo. Y, además, como no tenía tatuaje maldito, debía enseñarles símbolo por símbolo con su propia voz, lo que ralentizaba todo. Lina se acercó a la mujer soldado y sin ceremonias le indicó que la esperase, ya que el proceso duraría una noche entera.

—Me he enterado de lo que acaba de pasar con Otto, Lina —le soltó Eron de golpe—. Y tiene razón, te lo vengo diciendo desde hace años. Estás llenando las Profundidades y dejas a muy pocos aquí entre nosotros.

Lina se quedó allí incómoda, soportando la mirada de Eron, por lo que solo atinó a colocarse su diadema maldita. Al final siempre hay alguien a quien un humano o exhumano respeta más que a sí mismo. Alguien que mira más allá de la máscara de la pedantería. Para algunos es su madre, para otros su hijo o un hermano mayor. Para Lina ese era Eron.

—Si un simple demonio como yo puede recordar lo que un día fuiste, ¿por qué tú no? —le espetó—. Eras una muchacha dulce y siempre dabas segundas oportunidades.

Lina le palmeó el hombro.

—Te diré qué. Hagamos una apuesta: el día en que recuerdes tu nombre humano, yo volveré a ser *una muchacha dulce.* —Lina rio un momento, pero cambió la expresión al encontrarse con los ojos pacientes de Eron. Él no la reprendía como lo hubiese hecho Máximus, no la admiraba como Izzie ni le tenía miedo, pero aun así la juzgaba mucho más. Cada mirada la hería. En el fondo, la chica obediente y sumisa se sentía incómoda por decepcionarlo.

—Salvador te echa de menos más ahora que cuando era pequeño, ¿sabes? —le dijo—. Se nota que ya no puedes dormir y él sueña en negro o con vete a saber qué. No recuerda, por supuesto. Eso no ha cambiado. Pero antes se podía ver tu influencia en él…, en su alma pura.

Lina dio unos pasos hacia atrás hasta chocarse con una columna a medio caer.

—No me asustes. ¿Ha sucedido algo con Sal?

—No ha sucedido nada —la tranquilizó—. Es un excelente muchacho, como tú también lo eras. Pero ahora debes detener esta *limpieza*. El Círculo continuará castigándote si no paras.

En un gesto reflejo, Lina se llevó las manos a su vientre; ¿acaso no había sido suficientemente castigada? Pero su pose volvió a imponerse.

—Astrid me lo dijo. No hay problema con que limpie los Infiernos.

Eron dio un paso hacia ella.

—Eso era cuando había suficientes reclutadores, Lina. No damos abasto de trabajo y, créeme, si hay un desequilibrio, el Círculo no se mostrará tan indulgente. Déjalo pasar. Ya está. Fue una etapa donde experimentaste. Empieza de nuevo.

—¿Tanto lío por unas roñosas almas?

Eron dio otro paso.

—No me importan las almas, me importa el verdugo. Me importas tú…

—¿A qué viene todo esto de repente? —lo interrumpió—. Me lo has dicho durante años y mi respuesta es siempre la misma. ¿Qué pasa ahora?

El gigante miró hacia el suelo y de poder patear una piedrecilla lo hubiese hecho.

—¿Qué sucede, Eron? —insistió Lina. El alma recién reclutada los miraba confundida, ajena a tanto drama.

—Es que… —comenzó él despacio—, mañana regresa Máximus. Lamento que tengas que enterarte por mí de tal acontecimiento. Pero pensé que debías saberlo.

Los ojos verdes de ella se abrieron de par en par. La noticia la recibió como un puñetazo en el estómago.

—¿Por qué el Círculo no me informó?

Eron se mantuvo en silencio.

—Ya veo… —bufó Lina—. Mis títulos siguen sin valer nada para ese mugroso Círculo. —Después, como entendiendo todo de golpe, espetó—: ¿Por eso tanto interés repentino en que dejara de darles la verdadera muerte a las almas?

Eron asintió.

—¿Qué crees que pensará cuando vea lo que hiciste? ¿Qué pensará de la dulce madre de su hijo?

Lina dio un paso adelante y un relámpago de maldad iluminó sus ojos.

—Mide tus palabras, Eron. Mi guadaña corta mucho más que manos. Pregúntate cómo quieres pasar los años que te quedan. —Tragó saliva como si se tratase de veneno y gritó—: ¡Sanity!

No hacían falta esas tonterías de cazadores dramáticos, ya que su yegua respondía a su deseo, como un fiel animal a su amo.

—Lina, por favor —la retuvo Eron.

Ella comenzó a mirar confundida hacia todos lados. ¿Qué había dicho?

—Yo, no… Yo… —las palabras se peleaban por salir todas juntas—. Lo siento. Gracias por cuidar de Sal todos estos años…

Por un segundo, el gigante pudo ver a la antigua Lina y, aunque su corazón humano durmiese, no pudo evitar compartir un poco el dolor de su reina.

—Piénsalo —le insistió—. Cuando él llegue mañana, tratad de empezar de nuevo. Sé que te has sentido abandonada todos estos años, pero él se sacrificó por ti. Quiso ser Supremo solo para mejorar tu situación, para que puedas regresar junto a Salvador. A riesgo de quedar como un cobarde entre sus súbditos por enviar a Ismerai de vuelta a las Profundidades… Dio la espalda a su humanidad y…

—Hacer sacrificios absurdos es moneda corriente en nuestra relación —declaró Lina cuando su yegua apareció al fin. De inmediato tomó al alma que debía aprender el Infernus y montó, dejando a su amigo con la palabra en la boca.

* * *

Tras pasar toda la noche enseñando el Infernus, Lina había tenido unos minutos a solas para reflexionar. Después de tantos años, de aquella coronación absurda y de aquel plan que su esposo había urdido a sus espaldas, su visión de él había cambiado. Máximus pertenecía al Círculo y ella iba a estar bajo sus órdenes. Solo le bastaba tomar a Newen Mapu como ejemplo: él era un sol de persona, pero como miembro del Círculo debía responder al maldito bien común, y Lina siempre había sabido que Astrid era la que llevaba la voz cantante, así que, ¿cómo regresaría Máximus? ¿Dejaría de hacerse el misterioso y le revelaría los detalles de su plan? ¿O sería un Supremo odioso y altanero como la Voz de las Aguas? Incluso imaginándoselo en su peor versión, Lina no entraba en su propia piel de la ansiedad.

Se odiaba a sí misma por ser tan débil, pero estaba emocionada. Tenía que reconocer que contaba las horas para volver a ver a Máximus. Aunque *mañana* era un término flexible para los cazadores que se movían por todos los husos horarios, se mantenía expectante.

Por suerte estaban hasta arriba de trabajo en los Infiernos y ahora se encontraba en mitad de un discurso.

—¡Esta es la última cacería en esta maldita guerra humana! —gritaba sobre Sanity, dando ánimo a sus tropas, como tantas veces se lo había visto hacer a Máximus—. Así que no quiero despistes, insubordinaciones ni reclamaciones. ¿Está claro?

La respuesta fue contundente, pero repitió su pregunta para infundir más respeto. Sin embargo, esta segunda vez hubo un silencio general. Los cazadores estaban enajenados con algo que sucedía a su espalda. Lina se giró y vio a unos metros al nuevo Supremo en su corcel. Llevaba una armadura negra que los mismísimos dioses envidiarían, sobre un cuerpo musculoso que otra vez había crecido, dándole dimensiones bestiales. Humble había cambiado también: su pelaje estaba sujeto por un arnés metálico que lo convertía en una fiera y sobre sus ancas traseras se volcaba suavemente la túnica roja que sobresalía del Supremo.

Máximus desmontó sin siquiera apoyar una mano y al tocar el suelo su capa comenzó a moverse. Por increíble que fuese, a su paso iba dejando una estela de humo y cenizas encendidas. Sobre su cabello peinado hacia atrás, la corona no dejaba de arder y su espada lanzaba destellos de fuego que se consumían antes de tocar el suelo. Sus ojos llameantes, ahora completamente negros, y su cicatriz plateada le daban un aire espectral que nunca había tenido. Todo en él gritaba una sola cosa: poder.

Lina volvió la vista hacia los súbditos, que ya estaban sobre sus rodillas con los corceles hincados en dos patas.

Eron había estado muy equivocado: jamás pensarían aquellos que su carismático excazador líder era un traidor.

Máximus siguió caminando hacia ella, hasta colocarse tan cerca que Lina casi tuvo que ponerse de puntillas solo para poder mirarle el rostro. Intentó sonreír con ironía, abrazarlo o golpearle aquel pecho más descomunal que nunca, pero sus músculos no la dejaron. Asintió despacio y si hubiera podido suspirar lo habría hecho, porque al parecer su reinado había terminado. Entregada al evidente poder de su rey, bajó la mirada, se arrodilló y, comiéndose todo su orgullo, desde el suelo dijo:

—Bienvenido de vuelta, mi señor.

Un silencio sepulcral flotó durante varios minutos interminables en que nadie se atrevía a decir nada. Hasta que Lina, sin aguantar la curiosidad, levantó la mirada para observar al que recordaba como esposo.

La mandíbula del Supremo se tensó y escupió un simple *gracias*. Era la primera palabra que Máximus pronunciaba después de su estancia en los Infiernos. Y, al tener delante al único faro que le

había permitido no perder la cordura en ese pozo de fuego que habitó durante años, sus dedos se movieron para rozar el bucle de su frente. Sin embargo, se sobrepuso de inmediato y gritó en Infernus para todos:

—¡Tengo que hablar con la cazadora líder! ¡Marchaos, las almas esperan!

Cuando se quedaron solos, Lina no supo qué esperar. Vista de cerca, estudió la armadura. Tenía símbolos dorados del Infernus y la capa estaba sujeta por diamantes también rojos. Estaba más ancho y hasta sus pulgares quedaban tapados con esa armazón.

—Tengo que ir a reunirme con mis compañeros —le dijo usando el idioma humano, ya sin un ápice del acento irlandés, y con autoridad le ordenó—: Al caer el sol en Oriente Medio, invocarás al Círculo. Tenemos que hablar.

—Como digas, Maestro del Fuego.

Máximus no notó o no quiso notar el sarcasmo en su voz. Así que, sin morder el anzuelo, se marchó.

De nuevo Lina se quedó contando las horas como una colegiala. Ese hombre, demonio, Supremo, o lo que fuese, le seguía trastornando la vida.

Bufando su rabia por todas las explicaciones pendientes, se fue a un desierto florido a practicar los poderes de su mano suprema, pero sin Newen Mapu sus dedos solo soltaban pequeñas llamas. Como resultado, las hermosas flores de la arena desértica terminaron convirtiéndose en cenizas. Después se fue a su cueva a mirar la cajita de música. Ya no escuchaba la melodía celta, pero aún podía imaginársela en su mente y eso la relajaba.

En el minuto marcado para la reunión ya estaba con su guadaña en el centro de aquel rincón olvidado del mundo. Cuando la tierra dejó de girar, Lina vio los cuatro tronos, pero solo uno estaba ocupado: el de Máximus. Se acercó con lentitud hacia él, que como un rey poderoso se apoyaba en el respaldo y en los reposabrazos.

Con una reverencia sobreactuada, Lina se hincó y bajó el rostro con expresión de mártir.

—Termina ya lo de *Madame L'Mort* —ordenó Máximus.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lina sin subir la frente.

Máximus inspiró enojado.

—No más muertes verdaderas. —Lina asintió. No iba a iniciar una pelea, solo quería ver quién era su nuevo marido. Todos esos años la habían vuelto una estratega y, por ende, una cazadora mejor, así que lo dejó seguir hablando—: ¿Sigues quitándoles a los cazadores sus prendas molestas?

Lina negó con la cabeza.

—Newen Mapu me recomendó que no. Me agota mucho y con la mano suprema sería difícil controlarlo…

Él asintió como si fuese su jefe.

—Me pondré a reclutar todas tus almas durante un tiempo, para que puedas cumplir con el regalo de Sueño. Debes de estar agotada con tanto trabajo.

—No hace falta —exclamó, ahora sí levantando el rostro—. Ya no puedo dormir.

Máximus la miró de arriba abajo.

—Newen Mapu me comentó que habías respondido bien a tu mano suprema, que has avanzado muchísimo y pronto hasta crearás una planta nueva. ¿Y no puedes dormir?

—No, mi señor. Apenas soy capaz de comer algunas pequeñas cosas.

—¿Cómo? —Máximus ladeó la cabeza confundido.

Con su mano poderosa, Lina arrancó una porción de césped y se la llevó a la boca. Mientras comía desganada le clavó sus bellos ojos verdes.

—Todo lo demás se incendia en mis manos cuando lo intento tomar, o en mis labios… —explicó con la savia chorreando por su barbilla—. Cuando estoy cerca de Newen Mapu puedo crear algunas plantas y comerlas, pero no estando sola… —Después, de su palma suprema surgió un pimpollo que se consumió antes de que pudiese tocarlo con su boca—. Estoy maldita, mi rey. No puedo tocar mi propia creación. Como me pasó con mi hijo…

Máximus se puso de pie y Lina se fue hacia atrás para mirarlo. Debía admitir que con aquel nuevo tamaño y la armadura la cohibía bastante.

—Espera aquí —ordenó él con su vozarrón y se fue en un giro de humo negro y cenizas chispeantes.

Lina recordó la llama de Ismerai cuando surgía de repente. Al parecer, Máximus se tomaba más tiempo para el drama.

Sola por primera vez en el Círculo, Lina se levantó y fue hacia los tronos vacíos. Los miró de cerca. El de las Aguas y el de los Cielos le generaban repulsión y odio respectivamente. Aunque admitía que el primero con sus corales y el segundo con su marfil inmaculado eran hermosos. En el extremo, el asiento de su marido le despertaba sensaciones encontradas y el cuarto, el más alejado, que ahora no era más que un tronco talado y seco, le generó una curiosidad que no sentía desde que era una humana pura. Su mano suprema le escocía, como si aquellos dedos tuviesen vida propia y le

gritaran: «Tócalo, tócalo». Lina se levantó el vestido para andar hacia allí y justo cuando estaba a punto de tocar aquella madera muerta, la mano de Máximus la echó hacia atrás. No decía nada, pero bufaba sobre su coronilla. La giró despacio, midiendo su fuerza, y Lina notó que efectivamente salía de sus fosas nasales aire caliente.

—Abre la boca —ordenó a través de sus dientes apretados. Lina, más por inercia que por otra cosa, la abrió. Con sus dedos metálicos, él colocó en ella una pieza pequeña y suave que comenzó a deshacerse en su lengua. Ante el contacto de aquel sabor celestial, Lina casi se desmayó. Eran los bombones de la caja verde.

—¿Cómo? —balbuceó mientras se relamía.

—Los límites de los mundos se han roto para mí y puedo ir y venir a mi antojo —explicó sin despegar la mirada de sus labios—. Entre otras cosas.

—¿Puedes permitirme ver a Sal? —preguntó una Lina anterior a ella. Una más simple y esperanzada de la vida.

Máximus le colocó otro bombón.

—No —negó sombrío—. No dejaré que mi situación actual cambie el tratado. Ahora soy un Supremo y debo dar ejemplo, pero por suerte puedo mutar y ser más viejo, así que en algunas lunas llenas iré. Cuando termine de ponerme al día con mi reino.

Lina quería abofetearlo. Su hijo era lo más importante. Si ella estuviese en su lugar iría corriendo a verlo.

Sin embargo, ella no estaba en su lugar. Así que intentó medirlo una vez más:

—¿Lo has echado de menos?

—Debo controlar su naturaleza demoníaca —dijo sin contestar la pregunta—. Pronto será mayor y el equilibrio del mundo depende también de lo que suceda con él.

Ante sus palabras, intentó otro camino:

—Antes de irte me pediste que tuviese paciencia, que solucionarías mi condición; ¿puedo preguntar a qué te referías con eso? Porque para mí parece obvio que esperabas que siendo Supremo yo volviese a las Tierras; como si hubieses sacrificado lo que te quedaba de humanidad a cambio de la mía. —Con ironía agregó—: Bien, no me he sentido más humana…

—Tú no te preocupes por eso —exclamó seco—. Yo sé los pasos que se han de dar para que todo vuelva a su sitio.

Lina lo miró tratando de leer más allá de sus palabras mientras aceptaba otro bombón.

—Saben mejor en ti… —recordó de pronto y frunció el ceño—.

¿Quién dijo eso? ¿Tú o yo? ¿Estábamos en París o fue cuando fuimos a ver *Aida*?

—No tiene importancia —exclamó él recordando el momento exacto de aquella frase. Con la cercanía, notaba que Lina continuaba oliendo a jazmines, y, aunque estos eran como de vela que se consume en vez de flores frescas, le seguía cautivando los sentidos—. Concéntrate en comer, que debes de estar famélica, y aprovecho para felicitarte: vi cómo les hablabas a los cazadores… Nadie hubiera dicho que eras una humana con pánico escénico. —Al desviarse de su actitud de macho infernal, Máximus continuó—: Más allá de las almas a las que les robaste la oportunidad de elegir, te has manejado bien. Tenías razón con lo de los meridianos y los cuadrantes; así está todo más organizado. Hiciste un buen trabajo.

—¿Pero? —ironizó ella—. Presiento un pero.

Máximus le acercó otro bombón.

—Habrá una nueva disposición para que otros reclutadores enseñen el Infernus a partir de ahora. Es demasiado para ti.

Lina lo estaba haciendo de nuevo: cambio y movimiento.

—De acuerdo. —Lo sorprendió con su obediencia—. ¿Eso es todo? ¿Puedo irme?

—No más mutilaciones, Lina. Ni tampoco más reuniones para romper la Competencia ni el pacto con los Ekuas —la reprendió—. Puedes seguir con tu relación con la hija de Samuel y con Newen Mapu, pero nada más. Hablo en serio.

Lina tragó saliva; ¿qué creía que conseguiría hablándole como a una niña? ¿O con eso de «la hija de Samuel»? En efecto, a Máximus no se le escapaba nada, y Lina seguía martirizándose por haber permitido que el bocazas de Sueño compartiera sus reuniones secretas. Sin embargo, no cayó en la trampa. Ni siquiera le tocaría el tema de las torturas ni le recriminaría nada. Primero mediría quién era este nuevo Máximus. Después de todo, cinco años en los Infiernos eran mucho tiempo.

—Como guste, Su Majestad —exclamó con una sonrisa falsa. Hizo una reverencia, pero antes de irse, le tomó la mano y le lamió el metal de los dedos, buscando restos de chocolate. Máximus se quedó allí petrificado.

Entonces Lina llamó a su yegua y galopó furiosa hasta uno de sus lugares preferidos en el mundo, pensando que ella haría lo que le viniese en gana. Pronto Marina estaría más que lista para ser una princesa fuerte del agua salada y podrían romper esa maldita competencia.

Desmontó justo en la tumba de Emily Red en el cementerio de

Whitehorse. No lo recordaba, pero se había tendido sobre ella una vez, hacía ya mucho, cuando aprendió el Infernus siendo humana. En ese momento no había podido imaginar que la tumba contigua sería la suya propia. Sobre la tierra que tapaba su ataúd vacío se sentó para leer la hermosa lápida. Allí estaba el epitafio que antaño la había perseguido:

«Amada esposa. Devota madre».

Las palabras ya no le dolían, de alguna forma las añoraba o tal vez el golpe al ego no era tan grande como había imaginado, porque más abajo se encontraban otras palabras, que siempre estuvieron allí listas para ser escritas, pero en las que ella no había reparado:

«Hija y sobrina adorada. Amiga incansable».

Sin que Lina lo notara, mientras calcinaba las malas hierbas de su tumba, corría una fuerte lluvia entre los antiguos árboles de Whitehorse y también entre las alas esqueléticas y desfiguradas de aquel que la observaba en silencio.

Capítulo 19

Cumplemuerte

«—Siento como si hubiese tenido dos madres. Una fue dulce y cálida. Luego todo cambió, y esa mujer se volvió fría y distante.»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Los primeros meses de colegio habían sido igual que los años anteriores. No había ni un compañero nuevo, ni un profesor que cambiara sus métodos, ni tampoco alguna parejilla recién formada o alguna separación.

El ordenamiento de la fauna adolescente de Whitehorse se mantenía estático en una suerte de corte donde cada muchacho ostentaba un título nobiliario vitalicio. Los mellizos, Queen y Adam, eran los duques; apañándoselas a duras penas con lo que dejaba la tienda de disfraces de su padre, se las ingeniaban para no perderse ni una salida. La muchacha era agresiva por naturaleza. Competía y ganaba todo para los dos, mientras que Adam tenía la dulzura tímida de los genios que aún no se han descubierto a sí mismos.

También estaba la heredera de los Wilmayer, Jenny, que en

efecto podría haber sido una marquesa. Distante, reservada y futura responsable de varios negocios del pueblo. Tenía la belleza, el origen incestuoso y el dinero. Todo lo que no pertenecía al monopolio de los Wildman-Smith era de su familia.

La seguían los tres varones Freeman, que habían heredado la violencia de su padre, pero la ejercían entre ellos. Cuando andaban juntos no se los podía distinguir bien; eran una polvareda de puños e insultos. Un poco destacaba Ned, el del medio, que a veces se las hacía pasar difíciles al dulce Adam.

Y, por último, los vizcondes y baronesas eran los jovencitos del equipo de *hockey* y las animadoras.

Pero la realeza, es decir, los verdaderos reyes y reinas, eran tres: Logan, Salvador y Rory. Eso era indiscutible.

O, quizás, todo lo anterior era una tontería. Porque no había castas, porque eran mejores que sus padres… Además, no podía haber competencia; mientras todos los varones se empecinaban en ir a la moda con pantalones sueltos que dejaban ver su ropa interior y los pelos de punta, Logan y Salvador —por intervención de Julie Iron y Bárbara Smith— resaltaban por su estilo más clásico. Parecían la gente impecable e inalcanzable de los anuncios.

Salvador usaba una versión moderna de la chaqueta de cuero de su padre, más ajustada y liviana, camisetas blancas de chico bueno que iban estupendas con vaqueros y zapatillas de cientos de dólares. Su cabello caía un poco hacia los lados gracias al talento de su tía peluquera. Por su parte, Logan había escogido llevar su orgulloso cabello negro casi al ras. Era abundante y nada debía interponerse entre él y sus libros, ni siquiera el cabello sobre sus ojos. En cuanto a la ropa, prefería usar camisetas bajo camisas, pantalones resistentes y un calzado que le permitiera escalar en cualquier momento. Después estaba Rory, que continuaba vistiéndose con lo que pudiese y era sencilla por naturaleza. Usaba ropa suelta y si el clima se lo permitía prefería calzar bailarinas. Lo que hacía parecer que flotaba en vez de caminar.

Aquel día, en la cafetería, todos estaban en sus mesas habituales y hablaban del acontecimiento más esperado por sus hormonas: la fogata de invierno. El evento ya se había cobrado varias virginidades, corazones rotos y amores eternos.

Frente a su bandeja, Salvador murmuraba su padrenuestro y su avemaría en agradecimiento por la tonelada de alimentos que se iba a meter al cuerpo. Verlo en esa posición —cabeza gacha entre sus erguidos hombros y sus manazas cruzadas como un mártir— hacía que las chicas babearan. Además de apuesto y fuerte, Salvador era

distinto a los demás. Si cualquier otro hubiese hecho eso, se habrían burlado hasta decir basta, pero a Salvador Wildman se lo respetaba.

—Mmm…—Olía su plato—. ¡Dios, este estofado está de diez! No sé de qué se quejan los demás. Rosie es una maestra de la cocina. —Señaló la bandeja de Logan y preguntó—: ¿Vas a comerte eso?

Sin levantar los ojos del libro del día, Logan le deslizó su bandeja intacta. Con solo olfatear aquel mejunje se había decidido por la manzana y su postre de chocolate. Mientras tanto, Rory abría la boca para tragar los bocados que su novio le daba. Se olvidaba de comer todo el tiempo.

—Por supuesto que los días en que Al trae los pasteles son los mejores —seguía Salvador—. También me gustan los martes de tacos, los miércoles de espaguetis… Rory, si pasamos por la tienda de la señora Tucker y compramos los ingredientes, ¿puedes hacer esos *brownies* de chocolate blanco? Por favor, por favor, por favor…

Pero Rory no le respondió. Tenía la vista fija en una mesa distante, en alguien en particular.

—Debo ir al baño —avisó al ponerse de pie como un resorte.

—¿El estofado del infierno te ha hecho daño? —aventuró Logan.

Enseguida Salvador se levantó, le tocó el estómago y, aún con la boca llena, dijo:

—Rory, ¿quieres que vaya contigo? ¿Estás enferma? ¿Es uno de tus días de mujer?

Logan echó su cuello hacia atrás y puso los ojos en blanco.

—Oh, por Dios, ¿crees que el ciclo femenino lo manejan las lunas y las mareas? Deja de decir «días de mujer», te lo ruego.

Rory odiaba cuando esos dos hablaban de ella como si no estuviese presente o sus asuntos fuesen públicos, pero ahora su atención estaba en ese punto distante que se alejaba. Así que solo miró a Salvador durante una fracción de segundo, le acarició la mejilla con un dedo suave mientras él tragaba y apoyó sus labios en él para tranquilizarlo. Salvador tenía una forma apasionante de besar: terminaba sus besos con otro más breve y luego se quedaba respirando agitado sobre sus labios mientras le acariciaba la trenza sedosa. Rory también se quedaba temblando: el cuerpo de él había cambiado ante sus ojos. Los músculos lo mostraban como un hombre al que podía aferrarse y que la defendería de todo. Le encantaba cuando la llevaba de paseo en la motocicleta vieja de su padre. Ella se aferraba a su cintura de acero y descansaba la cabeza sobre aquella espalda tibia. Aun con los cascos a juego que Salvador había mandado hacer, porque él era un muchacho responsable y cuidaba a Rory sobre todo, sin saber que los reflejos heredados de

su padre lo hacían inmune a cualquier accidente… Aunque pronto descubriría que, por más que lo intentase, morir sería toda una odisea.

Después de aquel beso arrebatador, Rory se marchó anunciando que volvería en unos minutos. Iba a hacer de superheroína, bromeó.

Atravesó el comedor decidida. Sabía a dónde tenía que ir. La había observado durante semanas, y eso iba a terminar ese día.

Cuando llegó a la puerta del baño, justo salían dos muchachas y le sostuvieron la puerta. Los ojos de Queen mostraron enojo por la interrupción y se quedó titubeante a punto de entrar en uno de los váteres.

Entonces Rory caminó despacio hacia el lavabo y la observó a través del espejo. ¿Se animaría a hacerlo con ella presente? No se molestó en aparentar nada. Solo se quedaba quieta ahí sin lavarse las manos, arreglarse la trenza o colocar el jersey apolillado que llevaba sobre su vestido suelto. Pero cuando vio la decisión en los ojos de Queen, se apresuró a cortarle el paso. Esta bufó algo y se fue hacia el váter de al lado, pero Rory volvió a interponerse.

—Muévete, Petelman —dijo ofuscada.

Rory negó y Queen abrió los ojos, sorprendida con aquella ofensa a su autoridad.

—Pero… ¿qué te pasa? ¡Déjame pasar! —Ante otra negativa, la tomó del brazo e intentó moverla, pero parecía de hierro.

Aurora no lo demostraba, y tal vez pasaba desapercibido porque siempre estaba con Salvador y Logan, pero, con la adolescencia, le había llegado una fuerza envidiable.

Queen tampoco insistió mucho; pese a su postura de condesa mala no deseaba lastimarla. Rory le caía bien y algo dentro de ella la hacía sentirse en un lugar cálido o algo así.

—¿Puedo ir al baño, por favor? —pidió afectada.

—No. No para lo que vas a hacer.

Queen apretó la mandíbula y el dolor la obligó a ser cruel:

—Eres todo un caso, ¿verdad? ¿Crees que puedes…? ¿Qué crees que hago? Vamos, dime…

Rory la miró apenada y ladeó la cabeza; no quería jugar a eso.

Queen suspiró, tragó saliva y fue al lavabo para pensar.

—¿Qué me dices de ti? —le espetó—. ¿Crees que no te observo también? Siempre comiendo como un pajarito, tomándote tus millones de litros de agua por día, dándole toda la comida al pozo sin fondo que tienes como novio. Con esos vaqueros caídos y esas chaquetas sueltas. Tú tampoco engañas a nadie, Petelman.

Queen confundía la naturaleza alada de Rory con el trastorno

hermano del que ella sufría, pero los problemas de la muchacha angelical no eran precisamente esos. Se acercó y posó su mano en el hombro de Queen. Una paz extraordinaria embargó a esta y su corazón se abrió:

—¿Sabes que tu madre era la reina de este colegio? —le preguntó sin dobles intenciones—. ¿Y que la mía era la paria gorda? Tanto, que murió por gorda, por una mala lipo… Dicen que tu madre era como yo, capitana de las animadoras. Siempre escogida reina, popular… Pero tú también eres popular y no necesitas hacer nada. Eres hermosa, tanto que duele. Simpática cual azafata con daño cerebral y única como un maldito unicornio. —Ambas sonrieron, pero Queen siguió apenada—: No. Los roles de nuestras madres no se han invertido en nosotras. Tú heredaste la estrella de tu madre y yo me la tuve que inventar, pero si la vida fuese irónica ahora sería al revés…

—Por suerte la vida es mejor —la interrumpió Rory—. Cada una puede ser lo que quiera, sin importar lo que son o fueron nuestros padres.

Queen la miró un largo rato hasta que apretó la mano que tenía en su hombro y allí mismo, entre las paredes pintadas de mensajes femeninos y los grifos goteando sobre chicles y colillas prohibidas, tuvo una epifanía. Tragando una justificada angustia dijo:

—Por eso me gustas, Petelman, porque lo ocultas, pero eres la tía más inteligente de este maldito colegio. —Ante la mirada inquisitiva de Rory siguió—: Está bien, lo prometo. No lo haré más.

Rory asintió y fue hasta la puerta de salida.

—Estaré por aquí si me necesitas… —le dijo—. Además, es bueno estar con chicas. Sal y Log son lo más genial del mundo, pero ya sabes… No pueden entrar aquí.

Queen le sonrió, caminó hacia ella e hizo lo que no hacía con nadie excepto con su hermano: la abrazó. Esa misma tarde, después del colegio, fue directa a la tienda de disfraces y aceptó ir al terapeuta que su padre le había buscado. Por la noche se sentó a la mesa. No pudo comer más que unos bocados. Pero paso a paso.

* * *

El clima frío les permitía usar ese bungaló que tenía la agencia de turismo en una apreciada soledad.

Ese era un día difícil para Salvador. Su madre habría cumplido treinta y nueve años si no hubiese muerto a los veintisiete. Los tres tenían un ritual para esa fecha; hacían una de las excursiones más

populares de su hermoso pueblo: la pesca en hielo. Bajo el cielo movedizo verdeazulado, gracias a una aurora boreal, Logan y Rory llevaban chaquetas con capuchas de piel mientras que Salvador sudaba con un fino jersey. Los tres tenían sus cañas dentro del agujero que habían abierto en el hielo, pero no pescaban absolutamente nada. Rory se había olvidado el cebo y Logan estaba más preocupado por su presentación sobre la fiebre del oro, que le iba a dar créditos extra.

—Pásame el sacacorchos, amigo —le pidió Salvador.

—¿Qué? —preguntó levantando la cabeza de su carpeta—. ¿Qué cosa?

Salvador blandía la botella de vino que habían conseguido. Desde hacía semanas, conseguir una botella de alcohol se había convertido el centro de sus vidas. No había ningún ritual que los llevara a la adultez como la oportunidad de embriagarse. Pero antes, por supuesto, tuvieron que encontrar el elixir de la madurez: la botella de vino. Habían hecho una votación y todo. El vodka les resultaba muy sofisticado y la cerveza muy corriente. Así que Logan había comprado el dichoso vino en la tienda de la señora Tucker mientras los otros dos intentaban sin éxito sacar el peluche de la máquina. Salvador insistió:

—Por Dios, Logan, el abrebotellas… Esa cosa que se usa para sacarle el corcho —Ante el rostro confundido de su amigo, rompió a reír—. ¿Debo explicarte lo que es un corcho? Realmente, compañero, eres directamente de otra galaxia.

Logan se echó a reír también.

—Discúlpeme, usted, señor enólogo.

—¿Lo qué? —preguntó ignorante.

—En serio, amigo, agarra un libro que no sea alguna de las novelitas rosas que lees, por favor.

—Bueno, pues ya está —intervino Rory—. Abriré el chocolate caliente que nos mandó la abuela Barb y listo.

La botella se quedaría en la mochila hasta que semanas después vieran en la tele las imágenes de su tío destrozando su coche con la leyenda: «J. Jones en estado de embriaguez de nuevo». Sería Rory quien la tomaría y la arrojaría al cubo de la basura. Sus amigos asentirían en silencio, porque la adolescencia, de la cual aún no salían, está marcada por las respuestas a todo o nada. O vomitaban las tripas por la resaca o eran abstemios. Pero viendo a su amado tío llorar en el pavimento de una calle de los Estados Unidos, rodeado de *paparazzi* que lo llenaban de flashes sin recogerlo, ¿quién los podría culpar por ser extremistas?

Después, cada uno encontraría su propio camino con el alcohol. Sobre todo el pobre Salvador, con su angustia oral.

—De acuerdo, tengo uno —dijo Rory dando saltitos junto al pequeño calefactor portátil que habían llevado—. Si tuvieses que escoger tu canción de amor favorita, solo una y todas las demás desaparecerían.

—Mmm… —dijo Salvador—. *April Come She Will*, de Simon & Garfunkel.

Logan abrió mucho los ojos.

—Pensé que *Melodía desencadenada*… Ya sabes, por la película…

—No —dijo Salvador mirando a su novia, sugerente—. *April Come She Will*.

—¿Porque me amas y me la dedicas siempre a mí? —preguntó Rory.

Salvador asintió despacio y se unió a ella para darle calor.

—Porque creo que es una canción de amor para toda la vida. Quiero envejecer a tu lado, pero quiero morir antes que tú, porque soy un egoísta.

A Logan se le iban a perder los ojos de tanto que los echaba para atrás.

—¿Os dije que me habéis enseñado lo que es la vergüenza ajena? —Pero no lo escuchaban, estaban perdidos entre ellos.

Acostumbrado a esos momentos almibarados, Logan sonrió y fue feliz a por su libro de Historia y sus nuevos subrayadores. Pero Salvador no tardó en quitárselos para continuar con el juego.

—Okey… Un rato más —aceptó—. Luego nos ponemos con Historia, que todavía me falta resumir tres capítulos.

—¿Sabes qué deberías estudiar tú? Las curvas de Jenny. —Salvador tomó a Rory y la hizo sentar en sus piernas mientras la llenaba de besos y ella se dejaba hacer contenta—. Vamos, inventa un nuevo juego y deja de estudiar.

—Log tiene razón —defendió Rory a su amigo—. Tú porque solo lees una vez las cosas y ya está. Pero él es responsable y por eso será un médico genial… Y yo… Yo os cocinaré pasteles cuando vengáis a contarme lo de vuestras maravillosas vidas.

—Y lo harás genial —dijo Logan.

—Tú puedes ser lo que quieras, Rory —sentenció Salvador.

Pero Logan no estaba tan seguro y no quería darle alas a algo que Rory no pudiese alcanzar, aunque de todas formas sus expectativas eran tan bajas… Él mismo se avergonzaba un poco de que sus padres no fuesen profesionales. En cambio, su tía Lina había terminado la universidad y hasta casi había sido profesora antes

de…

En todo caso, el muchacho la admiraba. Para Rory y Sal respirar oxígeno uno junto al otro era suficiente, pero él quería más.

—Bueno, ¿lo tienes o no, amigo? —lo instó Salvador mientras servía el chocolate con Rory encima y todo.

—¡Ya lo tengo, ansioso! —dijo mientras se pellizcaba el labio—. Aquí va: si tuvierais que escoger una banda que desapareciera de la faz de la Tierra, es decir, que nunca nadie recordaría sus canciones o que existieron, a quién escogeríais: ¿a Queen o a los Rolling?

—¡Eres un copión! ¡Es igual al mío! —dijo Rory y Salvador la secundó.

—Sí, amigo, ponle ganas. Además, es obvio que todos diremos los Rolling. Queen no se negocia. Ahora, si me dices Queen u OMD…

Rory y Logan pusieron los ojos en blanco.

—¡Dios! ¡¿Qué tienes con esa banda?! —le espetó su amigo—. No puedes compararla con Queen. La liga es: los Rolling, Queen, Journey, Bowie, Blondie, Joan Jeatt and the Blackhearts, Abba, Pink Floyd, Iron Maiden…

—Roxette —agregó Rory y se arrepintió enseguida—. Oh, lo siento, Sal…

—Está bien —la tranquilizó su novio—. Me gusta recordarla a ella y las cosas que le gustaban. Hoy es una especie de cumpleaños de su muerte, pero también es un día en el que la siento más cerca. Con la abuela Barb hicimos un especial de Meryl Streep en su honor. Vimos *Los puentes de Madison* y *Se acabó el pastel*, y lloramos. Pero después vimos *La muerte os sienta tan bien* y nos reímos tanto que se nos pasó la pena. —Apuró su chocolate humeante y añadió —: Gracias, chicos, por estar conmigo…

—¿Estás bromeando? —lo cortó Logan colocándose la capucha y dando saltitos alrededor del calentador—. Una aurora boreal, frío ártico, un vino que no podemos abrir, cero peces para los tres y mi libro de Historia poniéndome ansioso en la mochila… ¿Acaso no es nuestra mejor noche?

Los tres se rieron.

—Hablemos de ella, vamos… —siguió—. Te hace bien. Yo recuerdo cómo la miraba el tío, como si ella fuese su misma vida…

Salvador sonrió, echando de menos también a su padre, pero admiraba que hubiese dedicado su vida a buscar justicia para la mujer que había amado. El muchacho creía ciegamente lo que le habían contado Eron e Izzie, aunque, para ser justos, Máximus sí estaba torturando al asesino de Lina Smith. Pero ese joven Salvador

no sabía nada aún de los mundos horribles que existían más allá de su adorado pueblo.

—Odiaba la canela, igual que yo… —recordó de golpe—. Y me daba la razón cuando le decía que era un superhéroe. Era divertida. Por Dios, era como una *amiga mamá*. Se disfrazaba conmigo, nos hacíamos peinados chistosos junto con la tía Julie…

—Cantábamos con el tío J. J. a la guitarra —agregó Logan—. Lo recuerdo, sí. Era como si ellas y el tío nos hicieran formar parte de su amistad. Me gustaba escucharlos hablar…

—Nos contaban anécdotas de cuando eran pequeños —completó Salvador—. ¿Recuerdas ese juego absurdo que tenían?

Logan se pellizcó los labios pensando.

—¿El apestoso es…?

Salvador echó esas carcajadas al cielo que lo hacían parecerse más a su padre.

—Ese mismo. ¡Dios, eran unos ridículos!

—Eso no me lo habíais contado nunca —dijo Rory y quiso saber —: ¿Qué es eso del apestoso es…?

Los muchachos se miraron con picardía mientras caminaban hacia atrás.

—¿Qué? ¿Por qué ponéis esas caras?

Salvador le dijo a Logan con tono travieso:

—Creo que ese abeto aún tiene algunas hojas, amigo…

Capítulo 20

Just like syrup

«Ser entrenada por dos Supremos era todo un honor, y un poco del miedo que le generaba su futuro —o pasado— se le iba al ver la seguridad de sus dos maestros.»

W. Parrot, *Darkhorse*

Cosas buenas les suceden a quienes comienzan su día junto al amanecer. Ya lo dice el refrán: al que madruga, Dios lo ayuda. Aquel día, el sonido de las primeras aves, el sol perezoso y los insectos saltando sobre las gotas de rocío ponían de buen humor a la madrugadora Lina. Y si bien Dios no la ayudaba, Newen Mapu sí. En breve iba a tener lugar algo así como su graduación.

Durante años ambos habían entrenado en lugares con los que Lina apenas soñaba: campos labrados que parecían infinitos, campiñas remotas y abandonadas, cordilleras azules y jardines colgantes sacados de cuentos de hadas. En cada lugar extraordinario, su amigo le había enseñado algo distinto, pero aquel día estaban junto a su cueva.

Al estar cerca de su aliado, Lina tenía la fuerza suficiente para colocarse gerberas naranjas en la corona maldita, con el fin de volver más formal tal acontecimiento.

Él también parecía más arreglado con su traje de follaje, los tallos de sus piernas podados y las hojas ocres en su mentón tan ordenadas que parecía que el jardinero que lo arreglaba acabara de marcharse.

—No estés nerviosa —la tranquilizó ofreciéndole un racimo de uvas plateadas que había creado para la ocasión—. La primera vez que inventé una planta fue una sencilla hierba cola de liebre que me salió poco afelpada y con alguna que otra espina.

Lina le sonrió mientras la fruta explotaba en su boca. Su sabor era increíble.

—Aún me cuesta imaginarte como niño —dijo mientras se limpiaba las manos en el vestido—. Aunque del Círculo, tú y, bueno…, antes Ismerai, me parecíais los más *humanos*.

—Te mostraré algo… Puedes verme así —dijo girando y de golpe pareció un joven Newen Mapu que se fue con otro giro—. O puedes ver como en realidad quiero que sea mi cuerpo después de tantos milenios. Es bueno envejecer, mi pequeño jazmín.

Lina volvía a asombrarse con sus poderes.

—Muéstrame tu forma original de Ekuas.

Newen Mapu sonrió y tras un nuevo giro apareció un caballo árabe antiguo.

—¿Por qué estás hecho de naturaleza, entonces? —quiso saber Lina—. ¿Por qué no te ves más como yo?

—Porque para que los humanos seamos duraderos, debemos hacer alianzas con la naturaleza. —Le palmeó la mano suprema que le había regalado y siguió—: Los acuosos perdieron su poder de reproducción, los alados han sido siempre así y los pobres demonios, bueno… Con los puestos de poder vienen responsabilidades que nos hacen renunciar a ciertas cosas, hija. Por eso comprendo las ganas de Ismerai de volver a sus orígenes.

—Pero tú te quedarás para siempre ayudándome, ¿verdad? No harás eso de *las Tierras se abandonan* —dijo Lina recordando las palabras de Astrid.

Los ojos de tierra mojada de él la miraron con dulzura.

—Algún día debo completar mi ciclo, mi pequeño jazmín. Como todos. Fui niño, crecí, amé… Hasta me casé.

—¿Tuviste una esposa? —se asombró Lina—. Nunca me lo habías contado.

—Oh, sí, sí —afirmó él tomando asiento en la que ya era su roca

—. Yo también amé a una criatura de otro mundo. No hubiese sido correcto amar a una de mis hijas…

—Claro, como Pitufina y Papá Pitufo —exclamó Lina.

Newen Mapu sonrió sin entender la referencia y su atención se vio perturbada por unos animalillos que aparecieron entre los arbustos.

—Pero de eso ya hace muchos años… —completó—. Aunque siempre la recuerdo.

—¿Y qué sucedió?

—Fui llamado al Círculo, entonces Triángulo… —Suspiró—. Y me di cuenta de que debía ser padre de todas las criaturas de la Tierra, antes que esposo.

—Como lo hizo Máximus —murmuró Lina con dolor.

—No. No es lo mismo. Los tiempos cambian. —Sonrió—: Tú los cambias.

—Nunca me he atrevido a preguntarte… —Lina rozó sus pies descalzos en la hierba—. Pero ahora que llegamos tan lejos, ¿tú eres lo que llamamos *Dios* en la Segunda Tierra?

Newen Mapu echó una carcajada y las mosquitas que tenía en su cabello se desperdigaron por el viento.

—No tengo esa respuesta —dijo cuando pudo hablar—. La verdad es que no lo sé. Astrid siempre fue muy callada al respecto y ninguno tuvo tu curiosidad para insistirle. Por otro lado, sé que los Cielos prefieren saberlo todo, pero los humanos adultos valoramos la ignorancia de ciertos temas, los no lo sé…, los quizás… No tengo ni idea de si fui ese Dios. Y, hablando con sinceridad —suspiró—, espero no haberlo sido, hija mía.

—Eres tan sabio y bondadoso, Newen Mapu… Con razón los animales no dejan de seguirte. —Lina señaló a un gato montés, un oso panda e incluso a la misma pequeña Smith. Todos lamían los pies descalzos del Supremo.

—Oh…, hasta a mí me resulta extraño que este pequeño se muestre cariñoso —dijo señalando el gato—. Los felinos tienen una presencia fantasmagórica, ¿sabes? Tengo la teoría de que son los únicos animales que pueden andar por los Infiernos. Son tan silenciosos que allí abajo ni deben de notarlos. Por otro lado —se agachó para apretar los mofletes de la pequeña Smith—, los perros son la ansiedad y la alegría de los humanos.

—¿Y cuándo me enseñarás a crearlos a ellos? —preguntó Lina.

Newen Mapu le pidió ayuda para incorporarse mientras decía:

—Si alguna vez eres lo suficientemente creativa, podrás ayudar a crearlos junto a los ángeles diseñadores. La esencia de las bestias

se hace en los Cielos también. —Ante la expresión de Lina, que vaticinaba otra pregunta, alzó su única mano—. Y ahora, ¡basta de irnos por las ramas! ¡Comencemos! ¿Qué planta has escogido, hija mía?

Lina se colocó el vestido y se puso en modo alumna.

—*Erythrina crista-galli*, popularmente conocida como ceibo.

El viejecillo asintió satisfecho.

—Hermosa elección. Y, dime, ¿por qué la escogiste?

—Por una leyenda que hay detrás de su creación, que cuenta que una guerrera luchó por la libertad de su pueblo y por eso fue injustamente condenada a la hoguera, pero el fuego la transformó en una flor única, hermosa y perfecta. Tiene estambres y pistilos, y posee los cuatro ciclos florales. —Lina se perdía en las explicaciones botánicas que Newen Mapu le había transmitido con el paso de los años.

Él la escuchaba paciente, hasta que preguntó como maestro:

—¿Qué quiere decir todo eso entonces?

—Que es perfecta: es hermafrodita. Y, además, sabes que me gusta la comida dulce… Así que, para que sea más completa, le añadí algo mío. ¡Ah! Y la haré perenne, para que no pierda su color en invierno. ¿Estás listo?

—Cuando tú lo estés. Tómate tu tiempo y recuerda —movió su mano hacia arriba y hacia abajo—: inhala y exhala.

Lina asintió, irguiendo la espalda. Tomó una gran bocanada de aire y levantó su mano suprema, y luego la humana. Con las palmas hacia el cielo se concentró como nunca y, sin despegar los labios, una canción vino a ella en forma de tarareo obsesivo, como si la melodía fuese parte del hechizo que iba a invocar.

Muy despacio, brotes carnosos surgieron de sus palmas; cual guisantes saltarines iban adquiriendo un ritmo rápido al repiquetear en el suelo y alcanzar unas rocas. Con esta materia prima se comenzó a formar el tronco de un árbol de dos metros de altura y una copa baja que se inclinaba hacia el lago. Lo último en surgir fueron las hojas livianas y, de estas, pimpollos rosados que se oscurecían hasta llegar a un rojo escarlata. En un parpadeo, una florecilla se abrió y maduró lo suficiente para arrojarse de la rama madre. Lina la tomó en el aire con su mano original y, al tocarla, la flor explotó cual burbuja, dejando que una gota de líquido ámbar cayera ahora en la única mano de Newen Mapu. Él se quedó estupefacto y luego, mientras la lamía, murmuró nostálgico:

—El manjar de mi pueblo… Es perfecta. Como tú.

Lina le sonrió. Lo había hecho en honor al jarabe de arce de su

amada Canadá y en honor a él. Recordaba las palabras de Celestine aquella vez cuando era una muchachita:

«Cuando vosotros, las criaturas de las Tierras, fuisteis creados, no erais tan diferentes a nosotros, teníais ciertas habilidades: cualquier cosa crecía de la tierra rápidamente a vuestro antojo, solo bastaba que lo desearais…».

Newen Mapu estaba más que satisfecho. Su pupila era una buena luchadora: había conocido el hambre y la pena como parte de los segundos humanos, y ya era más necesaria en el mundo que él mismo.

—Te felicito —dijo contento—. Eres una digna sucesora de mi mano suprema.

Lina le dedicó esa expresión de falsa modestia que tanto había utilizado en Bachillerato mientras las flores continuaban cayendo sobre ellos.

—¿Cómo llamarás a esta nueva creación, hija?

De repente se esfumó toda confianza en Lina.

—No sabía que tenía que nombrarla… Eh… No se me ocurre nada ahora.

—No te preocupes, un día vendrá a ti. —Hizo una pausa—. Conozco la leyenda de la planta original. Se decía que la guerrera tenía una voz privilegiada. ¿Quieres que entonemos la canción que tarareabas en su honor?

Efectivamente, los recuerdos humanos de ella la habían favorecido ese día mientras canturreaba una vieja canción de su juventud: *Just Like Honey*. Pero Lina, desbordante de dulzura, pétalos y ramillas en su largo cabello, declinó la invitación:

—Creo que quiero darme un baño primero, ¿puede ser? Hace mucho que no puedo lavarme y ahora que estoy impregnada con tu magia quisiera aprovechar.

—Te diré qué —dijo Newen Mapu, adivinando los ojos curiosos de uno de sus colegas entre los árboles—. Báñate tranquila y yo volveré luego para celebrarlo.

Lina lo besó en la mejilla y, satisfecha consigo misma —como no lo había estado en mucho tiempo—, bajó por las rocas hasta su lago, dejando un reguero de miel de arce a su paso. Adoraba reunirse con su Supremo y un baño le sentaría de maravilla. Se quitó el vestido, pero no la enagua, y se sumergió hasta la cintura. Su árbol parecía florecer sin pausa y el lago recibía aquellas hermosas flores. Era un baño de agua y miel.

Con el tiempo, Lina comenzaría a crear plantas más delicadas, pero siempre la combinación de colores sería chillona. Sus gustos

coloridos de la ropa se traspasarían a sus creaciones.

Divertida, con su mano suprema hacía aparecer esas florecillas rojas y con su otra mano, la humana, las hacía estallar con su roce. Como pompas, burbujas que al explotar dejaban salir algo dulce, tibio y un tanto pegajoso… Menos que la miel… Sí, aquello era un excelente jarabe de arce y estaba riquísimo.

Sin poder aguantarse más, el dueño de los ojos curiosos que la habían observado salió de su escondite.

Máximus había ido hasta allí a regañarla, ya que se había olvidado de sus obligaciones infernales, pero, al encontrarse con tal espectáculo, ¿cómo arruinarle el momento? No podía creer que su Lina fuese capaz de tanta magia y miraba extasiado aquellas flores que, al caer, explotaban borrando todo sabor que no fuese dulce. Los arbustos, las rocas, el césped y el musgo… Todo sabía a sirope.

«Supremo y cazadora no pueden estar juntos», repetía una voz en su cabeza.

Pero no podía marcharse, estaba hipnotizado. Necesitaba sus besos, sus piernas alrededor, comerle los senos y hundirse en ella mientras la agarraba del cabello y de las caderas con toda su posesividad. Y es que Máximus la descubría embadurnada de naturaleza y no se podía resistir. Las cenizas de la estela que dejaba a su paso comenzaron a danzar hacia ella como si tuviesen consciencia propia y la escogieran.

Abajo, Lina se asustó al sentir el ruido. Cuando lo vio en la ladera, se giró y se sumergió por una vergüenza que la encontraba de nuevo en su vida. Las flores de ceibo continuaban cayendo sobre ella, convirtiendo ese lago en un colchón de pétalos dulces.

Cuando volvió a salir, se le pegaban en los labios, y en los hombros parecían pecas gigantes. Con ojos como de cierva a punto de ser devorada por un león seductor, Lina lo miró fijamente y comenzó a quitarse la enagua por sus tirantes.

Máximus bajó la ladera en tres zancadas y sin despegar de ella sus ojos completamente negros, se quitó la armadura. El sonido a metal hundiéndose en el lodo, su cuerpo más grande… Dio un paso adelante y el humo que lo perseguía comenzó a ahogarse en el lago.

Se encontraron en donde el agua llegaba a cubrirles aquello que querían unir para convertirse de nuevo en uno solo y se observaron despacio, como solían hacerlo de vez en cuando. Sin embargo, esta vez realmente tenían que volver a conocerse, como todas las parejas que llevan años juntas.

Caminaron en círculos vistiendo solo sus coronas a juego. Con sus giros formaron un pequeño remolino púrpura entre ellos, hasta

que él rompió la distancia para descorrer el pelo de ella y descubrir uno de sus senos.

—Mi sabor preferido… —comenzó.

—… es el sabor de mis senos —terminó ella, al fin recordando algo.

Máximus hizo un movimiento brusco para acercarla por la cintura con posesividad. Su cuerpo musculoso le gritaba: «Eres mía, Lina Smith».

La besó. No. Le lamió la boca y, cuando lo hizo, tuvo ese pensamiento otra vez: dulce sobre dulce.

—Sabes a felicidad —balbuceó—. Pero esto no es pegajoso como la miel… Esto es como jarabe de arce, fresas, jazmín y aquel brillo de labios de cereza que usabas. Estás exquisita.

Ahora él tenía una lengua ardiente y dominante, y la estaba volviendo loca de deseo. Pero Lina se angustió al recordar que tal vez ya no eran esposos. Todo era agridulce en su existencia. De repente, su mente volvió al placer cuando él succionó con fuerza sus senos llenos de dulce. Así, Máximus se alimentaba de Lina, en Lina, por Lina… Lina, Lina, Lina…

La alzó y caminó por el agua. Cayeron juntos donde el lago lamía la hierba, allí donde el barro los envolvió en una caricia de naturaleza. Desde arriba, el cuerpo desnudo de Máximus se sentía hirviendo, el ardor de la corona acentuaba su belleza y sus pectorales engrasados por la miel brillaban más enormes que nunca. Con solo una mano le tomó el rostro y con la otra cerrada en un puño se apoyó en el lodo para no aplastarla con su peso. Estaba mucho más fuerte y ella se veía tan apetitosa que no quería lastimarla.

—Llename, mi rey —dijo Lina desafiándolo y suplicando al mismo tiempo—. Llename. Tú eres el único con derecho a entrar en mí.

Máximus gruñó y la bajó de un tirón para que sus caderas coincidieran. Al hacerlo le pintó el cuello de barro. Estaba más animal. Era una máquina de músculos sobre ella y las venas le iban a explotar. Con la mirada nublada de pasión, la embistió sin miramientos. Lina se arqueó por la intrusión, pero la miel —su propia miel— lo volvía todo resbaladizo y adaptable.

—Te sientes igual que cuando te tomaba siendo humana —gruñó entre dientes—. Dios, te tendría así para siempre: entre mis brazos. —La tomó por el rostro y la besó fuerte—. Completándote… ¿Me sientes, Lina? ¿Sientes a tu rey dentro de ti? —A Lina se le hacía difícil dejar de jadear para contestar. No se había sentido tan

viva desde hacía tanto…—. Respóndele a tu rey, pequeña humana —le ordenó. Parecía que los años en los Infiernos lo habían hecho más directo. Le bufaba en la oreja—. ¿Me sientes?

—Muy adentro —respondió al fin ella—. Te siento… muy adentro.

—Dime que ningún cazador te ha tocado —le exigió deteniéndose de repente.

Lina no lo podía creer; por unos segundos despertó del embrujo sexual y fue capaz de decir varias palabras seguidas mientras él le escudriñaba los ojos, ahora muy quieto.

—Por supuesto que no. Solo tú tienes permiso para… —Pero no pudo terminar, porque Máximus ya la enterraba aún más contra el barro de la orilla.

Tenían que hablar de temas importantes, ajustar cuentas, darse las explicaciones adeudadas, pero allí estaban: se embarraban, se saboreaban, se llenaban de pétalos y miel y volvían al agua, demorándose más que de costumbre en apagar sus apetitos.

En la orilla, Máximus se la sentó encima para moverla, mientras Lina le llenaba la boca con sus dedos florales.

—¿Y tú estuviste con alguna ángel caída? —Ahora era su turno de ser celosa.

Con la boca llena de sus dedos, Máximus negó con un movimiento cansino y cerró los ojos para colmarla de una sustancia nueva y demoníaca que la incendió por dentro.

Lina se echó para atrás, liberándole el habla, aunque sus yemas aún acariciaban esos labios de fuego.

—No importa qué —balbuceó él, agotado entre sus senos—. Siempre serás mía y yo siempre seré tuyo de esta forma.

—No —jadeó ella alcanzando su propia explosión—. Tú…, tú eres mío y yo, yo… soy mía.

Máximus lanzó la primera carcajada de su nueva existencia. Ella todo lo hacía más especial, más dulce. Dulce Lina. Era la reina de la abundancia y algún día tendría un trono acorde, cubierto de flores y plantas deliciosas… Manjares de la madre naturaleza… Manjares de ella.

Capítulo 21

Entre padres e hijos

«—Tú ya no eres más mi esposa.»

W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Aquel día, varios padres estaban enseñando a sus hijos.

Máximus se había reencontrado con Salvador y se ponían al día en la cocina de la casa grande. El Supremo justificaba su ausencia con el guion que su esposa y sus amigos habían armado y, mentiras aparte, era sincero cuando no paraba de abrazarlo y de decirle lo mucho que lo había echado de menos. Allí podía relajarse y mostrar su esencia de buen hombre, que nunca lo abandonaría.

A varios kilómetros, Rory miraba a la señora Russell, que le enseñaba cómo sacarle los gases a su nuevo bebé, que iba a dejarle por primera vez para poder ir una hora al salón de bronceado, donde la iban a rociar con el tono madera que tanto amaba. Su propia madre, Sarah, dormía la borrachera del día anterior. Y, mientras tanto, Logan y Matthew habían aprovechado que la agencia estaba cerrada por la desinfección anual para acampar en la montaña más alta de Whitehorse. Tras dos hermosos días al aire libre, ahora descendían a la civilización.

—¿Sabes que tu tío te puso el nombre por el guerrero de las revistas infantiles? —dijo de golpe su padre, colocando en su espalda el arco que usaba ahora para cazar.

Logan se rio mientras las mochilas tintineaban de cantimploras y pequeños artículos como ollas y cuerdas. Sin el equilibrio de ambos, hubiesen caído rodando por aquella pendiente.

—Son cómics, papá —le explicó.

—Sí, eso… Un héroe canadiense, si me preguntas a mí. Nadie supera a quien tiene la habilidad de curarse a sí mismo, ¿no crees? —El viejo guerrero quería explicarle tantas cosas, pero se decidió a volver a su tono serio de entrenamiento—. Dime qué harás cuando tu enemigo te apunte al cuello.

—Jamás estaré en esa posición, señor —respondió el muchacho enseguida.

Su padre hizo un simple movimiento con su arco y de repente la situación hipotética se materializó con una flecha apuntando a la garganta del joven, que detuvo la marcha, asustado. La flecha era distinta a las que su padre solía usar.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceó. Logan miraba estupefacto aquel instrumento. No había visto nada igual en su vida.

Matthew se permitió ir más allá para mostrarle un vistazo del secreto que palpitaba en Whitehorse. Cambió el rumbo de la flecha, que salió disparada cuatro metros al norte, hacia un conejillo saltarín. Logan abrió los ojos, observando como su padre tenía otra flecha igual en sus manos y volvía a arremeter contra el animalito. Movido por la compasión, corrió hacia él y lo vio jadeante con el pelaje atravesado.

—Papá, ¿por qué lo has hecho? Está sufriendo. —Haciéndole una seña le indicó—: Ayúdame a llevarlo hasta la clínica veterinaria o terminemos con esto.

Matthew ya estaba arrodillado a su lado. Pensaba que su hijo había salido a Julie: las palabras lo defendían. Antes hubiese pulido esa debilidad, pero, conociéndolo más, veía en ello una ventaja para la lucha: Logan era un distractor, y eso lo ayudaría para defender a los mortales y a Rory de… No podía ni terminar la frase… Ojalá que el momento no llegara nunca, ya que con el paso de los años se había encariñado con el hijo del demonio.

—Mira y aprende —le ordenó. Tomando la flecha del conejo la sacó de un tirón. Después, muy seguro, colocó sus manos sobre este y ante los ojos desorbitados de su hijo, las heridas del animal se cerraron, hasta que el animalito saltarín se alejó dando brincos.

Mudo por la sorpresa y por el recuerdo infantil del perro de los

Donovan bajo sus manos y las de Rory, Logan sintió un tirón en los omóplatos que le cortó la respiración.

—¡Mi espalda, papá! —pudo gritar.

—No, no es tu espalda —le explicó su padre—. Son tus alas.

El muchacho quiso sorprenderse, pero el desgarro de su columna no se lo permitió. Matthew se colocó tras él y con sus fuertes manos le abrió las ropas y luego la piel, los músculos y las articulaciones. La sangre comenzó a brotar roja y plateada mientras los dientes de Logan castañeaban, y, como un perro persiguiendo su propia cola, intentó mirarse sus diminutas alas.

—No… no. Esto no está pasando. —El muchacho de ciencia estaba al borde de la locura.

Matthew desenrolló una de las mantas de su mochila y se la pasó por los hombros.

—Vamos, te llevaré con tu madre —dijo y lo cargó entre sus brazos.

El descenso fue rápido y enseguida se metieron en el coche. Logan lloraba más por la impresión que por el dolor, que ya había mermado. Era incapaz de reconocer lo que sucedía, haciéndole preguntas a su padre, por lo que iban en silencio.

Al entrar en la casa, notaron de inmediato que el ambiente estaba caldeado, y es que Julie acababa de recibir noticias de J. J. Cuando los vio, cerró su móvil, anonadada con la escena de su hijo a medio cubrir, la frente sudorosa y las gotas de sangre que manchaban la alfombra.

—¿Qué has hecho? —bufó dirigiéndose a su esposo.

—Ya era hora. —Matthew apoyó a Logan en el sofá floreado y la manta se resbaló, dejando ver unas alas pequeñas llenas de nervios y venas muertas—. Hace tiempo que es mayor, el Círculo ya no protege su ignorancia como con los demás…

—¿Los demás? —balbuceó Logan—. ¿A qué te refieres?

Pero Julie no reparaba en él, sino en su marido.

—Bórrale la memoria como hiciste con… —Se calló porque no quería traer el doloroso recuerdo de la pobre tía Barb. Su marido movió la cabeza de lado a lado, despacio pero decidido—. Matthew, ¿por qué todo es una lucha contigo?

Julie y él jamás habían logrado resolver sus diferencias. Para ella, él seguía siendo en muchos aspectos el mismo ángel orgulloso que una vez intentó ayudar a Samuel, yendo en contra del deseo de su mejor amiga. Pero pronto los quejidos de su hijo la hicieron poner atención a lo que este decía:

—¡Dejad de que todo gire a vuestro alrededor y respondedme!

¡Tengo dos protuberancias en mi espalda! —Su jerga de aspirante a médico lo ayudaba a no perder la cordura—. ¿A qué te refieres, papá, con *los demás*?

—A que tú eres hijo de un ángel —dijo Matthew mientras se abría la camisa y movía sus vértebras, dejando salir sus extremidades, sin extenderlas. No quería asustar más al muchacho —. Ahora soy mitad hombre porque renuncié a mi trabajo en los Cielos para estar con tu madre. Rory es hija del que fue mi mejor amigo y un ángel poderoso; y Salvador…

—Salvador es el hijo de Lina —lo cortó Julie—. Cuidado, Matthew.

—Y Aurora es la de Samuel —la enfrentó él.

Logan miraba primero a uno y luego al otro.

—Mamá, ¿qué tienen que ver Sal y la tía en todo esto? ¿Y quién es Samuel?

Julie suspiró, fue al baño para buscar una toalla que mojó con agua tibia, y volvió junto a su hijo, al que limpió un poco aquellas diminutas alas en completo silencio. Después fue a la cocina y regresó con una bandeja que apoyó en la mesita. Allí había dos vasos de agua repletos y un chupito de vodka para ella. Nadie dijo nada hasta que empezó:

—Hace muchos años, una noche tus tíos y yo fuimos al baile de disfraces del colegio…

* * *

El rechinar de los hierros superaba los sonidos típicos del jardín frente a la casa grande. Era la primera vez que luchaban con espadas de verdad —cortesía de Paolo, que les había conseguido reliquias de la guerra de los Siete Años— y Máximus estaba más que contento al ver que su hijo peleaba con la rudeza de Eron, la certeza angelical de su amigo mestizo y la furia de la juventud.

—Tenemos un par de años hasta que te hagas mayor —le indicó cuando estaban cuerpo a cuerpo—. Practicaremos más veces ahora.

—He practicado con Logan y con los tíos… —dijo y, escudriñando su rostro, agregó—: Papá, ¿te has hecho alguna cirugía? Tu cicatriz parece un dibujo de lo que era. Y tu tatuaje del brazo… parece más grande…

Máximus arremetió con otra estocada y con otra mentira.

—Los años, hijo… —Pero, a decir verdad, todo se le hacía difícil: imitar gestos humanos, controlar su fuerza, sujetar los poderes supremos y hasta haber dejado la corona. Y por supuesto,

estar lejos de Lina, con la cual había comenzado una especie de relación de fuego y miel—. Tu padre se está haciendo mayor… Solo es eso.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Salvador esquivando un ataque—. Te ves estupendo. El tiempo apenas te toca.

—En cambio tú has cambiado tanto —dijo con fingido acento irlandés—. Eres todo un hombre. Pareces indestructible.

Y en realidad, Salvador era casi indestructible. Lástima que lo único que lo podría destruir sería lo que más amaba.

Cuando su hijo tenía la camiseta pegada al cuerpo de sudor, Máximus decidió que era hora de descansar y se dispusieron a tomar un termo de café y unos panecillos de The Sweet Bread en las escaleras. Máximus hacía esfuerzos por tragar. Su paladar ya no era el mismo.

—Me debes años de información de mamá —lo instó su hijo—. Dime lo primero que se te cruce por la cabeza.

Al Supremo se le hinchó el espacio vacío que había dejado su corazón. El muchacho era tan parecido a Lina. Sin hacerse de rogar, soltó:

—El color que mejor le quedaba era el rojo, aunque a mí me gustaban todos… Sus botas grises con cordones eran su amuleto de buena suerte. No estaba conforme con su cabello, no comía carne y movía sus manos al bailar con tanta libertad…

Salvador palmeó su hombro.

—Gracias por hablarme de ella —se aclaró la garganta y dijo—: ¿Sabes? La abuela Barb dice que no debemos esperarla, así que vamos al cementerio y dejamos flores. Siempre jazmines. Pero en el Jardín de Todos no hay nada que represente a mamá. He pensado mucho en estos años, y ahora que me has dicho que no encontraste ninguna pista… Soy mayor y puedes decírmelo… ¿Acaso crees que me abandonó? ¿Aprovechó el ataque para irse?

Máximus se quedó helado y pareció reñirle cuando dijo:

—Tu madre no es de las que abandonan. A nadie. Mucho menos lo hubiese hecho con su hijo. —Bajó su termo y siguió—: Todo ha sido culpa mía, Sal. Es verdad que ahora eres mayor y puedes escucharlo: yo tuve un pasado oscuro y el hombre que os atacó ese día, a ti y a tu madre…, estaba aquí por mi culpa. Lo siento, hijo. Es todo por mi culpa.

Salvador no lo podía creer. Era la primera vez que le confesaba aquello.

—Papá, yo…

—Me equivoqué con tu madre —lo interrumpió—. Fui egoísta.

Debí haberme alejado antes de encontrarla, porque sabía que no era bueno para ella. Era un desastre tocando la vida de una persona increíblemente tierna. Yo la condené.

—Nunca te había escuchado hablar así, papá.

Máximus no podía llorar, pero se lamentaba como quien regresa de los Infiernos.

—Perdóname, Sal —dijo cuando pudo recobrarse.

—No sé qué hiciste antes —lo consoló—, pero desde que te conozco has sido un buen hombre. Pasaste los últimos años buscando al atacante de mamá sin descanso…

Máximus se estaba descargando con la persona menos indicada. Tenía que darle seguridad a su hijo, no hacerle esas escenas.

—Algún día, cuando yo esté listo, te contaré cada detalle. Ahora no puedo. Lo siento, hijo, por todo. Por lo que te sucedió de pequeño, por irme estos años… y por arruinar ahora nuestro reencuentro con este drama.

Pero era tarde. El veneno se había infiltrado en la influenciable mente de Salvador. Una mente que aún idealizaba a su padre. Y si su padre decía que era mejor alejarse de la persona amada, antes que lastimarla, entonces eso debía de ser lo correcto. Eso debía de ser lo noble, lo que un hombre de verdad haría.

Tal como se desarrollaron las cosas, Máximus jamás hubiese hablado de saber que sus palabras impactarían de forma tan negativa en el futuro de su primogénito.

En fin, el daño estaba hecho.

Salvador suspiró a su lado.

—Supongo que cuando amas a la persona todo se complica… Como yo con Rory.

Máximus se puso en alerta.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… —balbuceó el muchacho—. Quiero tomar a Aurora antes de casarnos. ¿Crees que soy un pecador por eso?

Máximus sonrió. Se reconocía a sí mismo en su juventud.

—¿Qué desea ella?

—Oh…, ella lo vive todo de manera natural. —Sonrió—. Como si fuese un hada del bosque y las reglas de los dioses y los humanos no se atreviesen ni a tocar sus alitas. —Salvador lanzó una risa al aire, pero ante la mirada seca de su padre, se apresuró a explicar—: Soy yo el que se reprime. Quisiera ser adulto y casarme con ella. De veras…, créeme. Pero tampoco puedo dejar de pensar en otra cosa y a veces siento que voy a explotar.

Máximus meditó aquello. ¿Por qué negarle el placer de enlazar

el cuerpo con su verdadero amor? Después de todo, pensaba, cuanto más se amaran aquellos dos, mejor. Además, su hijo no sufría el descontrol del fuego como él cuando había sido mitad humano, mitad demonio.

—¿Y de qué tienes miedo? —le preguntó.

—De todo —dijo Salvador suspirando mientras jugaba con la tapa del termo para hacer algo con sus manos—. De lastimarla, de no estar a la altura, de no saber qué decir, qué hacer… De que no le guste cómo soy haciendo *eso*…

Máximus se levantó de las escaleras y comenzó su rol de maestro:

—Tu madre decía que a ella le habían explicado las cuestiones biológicas, pero le hubiese gustado que alguien le hablara de la parte del goce y las emociones que se pueden despertar en *eso.* —Hizo una pausa para sonreírle—. Hoy no lucharemos más. Ven, te contaré cómo se ama con el cuerpo.

Por supuesto que Logan se moriría de curiosidad y vergüenza ajena cuando las palabras le fuesen transmitidas, pero ni lento ni perezoso anotaría todo en un cuaderno para estudiarlo y compararlo con la dudosa información de internet. El muchacho alado nada le diría a su amigo de su naturaleza, porque sus padres ya le habían explicado el poder del Círculo y la profecía de Destiny. Salvador y Rory tendrían que esperar su momento de madurez para descubrir la verdad.

Así que, a partir de ese día, Logan se mostró más solícito y cariñoso con sus dos hermanos del alma… Aquellos que estaban destinados a destruirse mutuamente.

Capítulo 22

La esperanza de Pandora

> «—Comenzaron a galopar por la Tierra y a luchar por el lugar que los segundos humanos les habían quitado, y en esos años fue cuando la frase comenzó a ganar fuerza: *Be aware of the White Horse*.»
>
> W. Parrot, *Bloodhorse III. Caballo ganador*

Los niños que son víctimas de abuso pueden dividirse en dos: los que tienen alguien que los defienda y los que no. La perspectiva de sanación para el primer grupo es incluso mayor si los pequeños logran advertir cuándo son defendidos.

Las dos hijas de Samuel pertenecían a estos grupos. Habían crecido con la peor y tan común combinación parental: padre ausente y madre abusiva. Y si bien ambas contaron con dos mujeres Smith que las defendieron, solo Marina sería la realmente afortunada: ella sería testigo de la defensa de su madrina. Mientras que Aurora, como todo el pueblo de Whitehorse, permanecía ignorante del mayor acto de sacrificio de Bárbara Smith. Porque, si bien está mal matar a un hombre, las reglas cambian un poco

cuando ese hombre es un monstruo abusador de niños. ¿O no?

Atardecía en una península africana y Lina estaba en mitad de una cacería, satisfecha porque al fin Máximus había ido a visitar a su hijo, cuando vio a Costa aparecer en forma de remolino descontrolado.

Sanity frenó en seco y Lina se bajó mientras le preguntaba con sus manos:

—¿Qué sucede?

—Es Marina —formó Costa—. Necesita tu ayuda. Es… Samuel. Ha vuelto y quiere llevársela.

Otra Lina se hubiese quedado petrificada al oír ese nombre. Sin embargo, ella no iba a perder ni un momento en absurdos romanticismos: su ahijada la necesitaba. Volvió a montar con Costa aferrada a ella y con la velocidad demoníaca llegaron al punto en cuestión en solo unos segundos. Aunque hubiese sido bueno que su amiga le explicara algo más, ya que sus ojos no estaban preparados para semejante despliegue de acuosos. El ejército de descerebrados vivientes salía del mar disponiéndose en filas que a simple vista parecían infinitas, y varios miembros de la corte observaban el centro de la acción: Areias gritaba a todo pulmón frente a la madre de Marina, que tenía cautiva a la jovencita detrás de ella.

—¡Dádmela a mí, si no la queréis más en las aguas saladas! ¡Os lo ruego!

Ante la desesperación del príncipe, Marina intentó arrojarse a sus brazos, pero su madre la tomó del cuello y la impulsó con fuerza hacia atrás, con la presteza de alguien acostumbrado a dañar cuerpos ajenos.

Costa tuvo que interponerse, pues Areias perdía los estribos y desenvainaba su espada al ver el labio partido de la última de los acuosos.

—¡No vuelvas a tocarla, princesa! —bufó con los ojos desorbitados.

Más atrás, Lina también sacó su guadaña, pero dos guardias le cortaron el acceso.

—¡Princesa! —la llamó con odio en su mirada, con las manos de esos zombis acuáticos sobre ella—. Si la vuelves a lastimar, si un solo milímetro de su piel sufre por tu culpa, mira lo que te espera.

Y en ese momento sucedió lo imposible. Toda Lina comenzó a arder en llamas y cuando los guardias la soltaron para separarse, los asió por sus manos membranosas, obligándolos a incendiarse con ella. Aquellos guardias no eran inmunes al fuego de las Profundidades, y los demás soldados y los miembros de la realeza

gritaron ante sus chillidos.

Menos Marina.

Ella sonrió con el hilo de sangre corriendo por su mentón mientras Areias y Costa la socorrían.

Lina continuó generando su fuego infernal. Con el paso de los años lo había podido controlar y mantener oculto, y ahora le venía a las mil maravillas. Cuando aquellos dos que no eran más que renacuajos a sus ojos estaban a punto de convertirse en cenizas humeantes, su cuerpo se apagó y volvió a ser de carne y hueso. En ese momento surgió una ola de diez metros en el río y así, de la nada, estuvo la Voz de las Aguas con el tridente supremo sobre su cuello.

—¿Y qué vas a hacer, pescadito? —lo toreó mirando las tres puntas del arma, sin la menor preocupación por su integridad física—. Vuelve a vivir a tu piscina salada y déjales el mundo real a los que saben. Escóndete entre tus escamas. Ya me tienes harta. No eres nada para mí. Mi rey es Newen Mapu o quizás Máximus. Y por último, Astrid. Eso sin nombrar a los Eternos que son superiores a vosotros… De todos, tú eres el perro que ladra, pero no muerde. No te tengo ni el más mínimo miedo.

La Voz de las Aguas no salía de su asombro por aquel inesperado discurso y cuando ella avanzó un poco para que el tridente la lastimara, tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no mandarla a los Infiernos. En vez de eso, siseó:

—Debí matarte durante aquel eclipse, cuando tu demonio se descontroló y te arrojó a mis dominios salados.

A Lina le costó mucho recordar el incidente en la playa, cuando vio a Máximus como una bestia por primera vez, allá por los años noventa. Había sido la noche de la ópera, cuando aún no sabía que las aguas eran tan peligrosas para ella.

Lina hizo una mueca burlona y dijo:

—Sí, pero no lo hiciste, y ahora es tarde. Ahora, la futura reina de las aguas saladas me ama y me respeta más a mí que a cualquiera de vosotros, pescadito.

Lina pagaría un precio altísimo por aquella forma de hablar.

—¡Cállate! —le ordenó él apretando el tridente.

—¡No me callo nada! —gritó fuera de sí—. No pueden llevársela si no quiere.

Ahora el que sonreía con burla era el acuoso.

—Es su padre, puede hacer lo que quiera y no tenemos por qué darte explicaciones, terrestre quemada. —Hizo una pausa para mirar algo que se movía detrás de las filas de sus soldados—. Y si

sigues hablando, entenderás el significado de mi título.

—Padre —intervino Areias—. Te lo rogamos. Costa te lo ruega…

Lina sintió a los dos príncipes junto a ella y con el rabillo del ojo vio las manos de Costa formar unas tristes palabras:

—No le hagas a ella lo que me hiciste a mí.

Lina cerró los ojos entendiendo algo obvio. Así que Costa era muda porque aquel Supremo le había quitado la voz… Pero ¿quién les enseñaba parentalidad a esos escamosos? Lina imaginó que la había castigado cuando, como el resto de las mujeres dulces, se negó a formar parte de la Gran Competencia. Dios, ardía de rabia. Quiso hacer algo, pero, con una nueva presión sobre su cuello pinchado, no se atrevió a moverse ni para tragar.

—¡Basta! —gritó una voz que Lina no había oído desde hacía más de una década.

Y luego el sonido de un par de alas al desplegarse. Alas huesudas y dobladas.

—Te salvaste esta vez —siseó el Supremo y luego girando ordenó—: ¡Llévate a tu hija, Samuel, y haz que obedezca como sea! Yo, mientras tanto, encontraré una pareja para que intente reproducirse.

Areias dio un paso adelante y con su espada golpeó el tridente. Lina esperaba gritos, sin embargo, el príncipe dijo tranquilo, pero con voz terrorífica:

—Eso no, padre. Es apenas una niña y no lo permitiré.

El acuoso superior lo miró de arriba abajo como si se tratase de algún artículo en un escaparate, y luego bajó el tridente.

—Si es que puede, es su deber como la última mujer acuática.

Siguieron en una discusión en la que hablaban muy cerca, en la típica posición de dos hombres que van a terminar pegándose de un momento a otro.

Lina apenas los escuchaba. Solo podía girarse despacio para encontrarse con esos ojos celestes encendidos. Estaba más delgado, lo que acentuaba sus bellos rasgos, y ya tenía el misticismo de un verdadero ángel caído.

A pesar de todo, Lina tuvo el absurdo impulso de ir hacia él, acariciarlo y curarlo entre sus brazos. Samuel también la miró con detenimiento y por un segundo fueron aquella parejita feliz del 11 D, en Darkhorse. Pero en un abrir y cerrar de ojos, el ángel rompió el hechizo y fue a buscar a su hija. Cuando Lina dio un paso para detenerlo, se chocó con una cortina de agua que generó de repente el Supremo maldito, y que la dejaba a ella y a los hermanos acuosos inútiles del otro lado.

Nadie lo notó, pero los ojos de Areias se nublaron mientras se odiaba por no ser más poderoso. Aunque fuese irrisorio, sentía que otra vez las injusticias del mundo le arrancaban una parte propia, como había sucedido con su amada Cordelia.

—¡Marina! —gritó Lina con todas sus fuerzas ganándole a esa pequeña catarata—. No olvidaré nunca que eres parte de mí y no lo olvides tú tampoco. No dejes que te entrenen para el odio. Tú eres más que eso. Tú eres una leona. No lo olvides: ¡mujer ayuda a mujer!

Al entregar a la última de ellos, la gente de las Aguas cometía el error más absurdo. Cuando alguien pierde a una persona significativa, lo único que puede hacer es tratar de aferrarse a una parte de esta. Es una especie de homenaje que sucede en los duelos: quedarse como propio un rasgo de la persona perdida. Y Marina fue la muchachita que se crio con la versión más rebelde de Lina Smith, así que la honraría siendo ella también una disidente. Desde aquel día, la princesa salada se convertiría en una de esas personas que bailan a su propio ritmo, que nadan en su propia corriente.

* * *

Lina cabalgó de vuelta a su cueva, pensando en mil cosas. Debía reunir todas sus fuerzas para encontrar a Marina. Quizás llamaría a Aketa sin su horrible esposo Sueño, Izzie, Ría, Costa… Quizás si se concentraba podría traer una vez más a Umah o incluso convocar a Newen Mapu para una reunión de emergencia. Tenían que rescatar a su ahijada. Justo cuando se estaba convirtiendo en una jovencita consciente de su futuro rol para lograr un mundo más justo, la raptaba su propio padre, un ángel lleno de ansias de venganza… El mismo que había prometido ir contra la vida de su dulce hijo. Lina tenía ese pensamiento que nadie debe tener: ¿qué más puede salir mal hoy?, cuando se chocó con otro acontecimiento desafortunado. Sí. Aquel iba a ser el día del infierno o quizás uno de esos días que los Ekuas habían designado como catastróficos.

De nuevo no podía creer lo que estaba pasando. Solo había querido ir a su refugio y rodearse de los objetos que le recordaban a su hijo, a su tía, a los hermanos J. J. En vez de eso se quedó allí observando la escena: un grupo de excursionistas se maravillaban con aquel descubrimiento. Eran adolescentes y guardaban lo que les parecía útil mientras que el resto lo pateaban, arrojándolo hacia el lago o a la fogata que habían improvisado, o simplemente lo pisoteaban. Después de entender el panorama general, Lina prestó

atención a los elementos aislados: sus risas al saltar sobre la pandereta de caracolas que Marina le había regalado, los gritos de jolgorio al repartirse el botín de los CD dedicados por J. J. o la despreocupación al arrancar las fotografías de su hijo para llevarse la pizarra de corcho.

A veces los humanos no tienen ni idea de lo que destruyen, como cuando piensan que solo están caminando por el bosque y aniquilan un universo de hormigas.

Lina notó que estaban borrachos. Se habían bebido el barril entero de Horse Beer que reservaba para una ocasión especial con Newen Mapu. Sin poder intervenir, esperó a que las risas se apagasen mientras los jovencitos descendían por el extremo sur de la colina. Entonces fue hacia la fogata y la apagó, para que aquella orgía de imbecilidad y hurto no terminase también en un incendio forestal. Entró en su cueva y vio que nada servía. Había hojas de revistas desparramadas, viejos dibujos de su hijo a medio quemar, jirones de tela, rocas… Su vida humana y su vida en la intemperie mezcladas en una entropía de basura. Solo en una esquina había algo aún entero. Lina se acercó y tomó la vieja cajita de música: tenía una raja de lado a lado en la tapa y le faltaban dos patitas. Al abrirla, no pudo notarlo, pero la música salió chirriante y, cuando le dio más cuerda, la bailarina con su falda de tul doblada bailaba algo patosa.

Lina se apartó el molesto cabello del rostro que se enredaba con su tiara.

«Al final, lo único que me queda es esta cajita y este cabello que ni muerta me deja en paz», pensó. Muy triste, como si aquella intrusión significase que además de perder a Marina había perdido de nuevo a su hijo, salió. Fuera, el árbol de ceibo que dominaba la colina ahora era todo ramas rotas, hojas muertas y hongos blancuzcos que trepaban por su tronco. En la puerta de la violada cueva, Lina vivía aquello como si la madre naturaleza contemplara una deforestación.

Con la cajita de música como única superviviente, fue a sentarse sobre la roca que daba al lago. Necesitaba un momento. Sus pies descalzos colgaban y su mirada se perdía en los árboles de la otra orilla. Si no hubiese estado acariciando aquella cajita, toda ella habría sido tomada por una estatua.

Al verse allí, Lina tuvo un pensamiento intrusivo: recordó una pintura que había visto hacía mucho tiempo. Era de una mujer sentada también en una roca, con una caja en la mano, vestía su desnudez con ese vestido sucio que la maldecía y llevaba el cabello

tan largo como ella. Sin embargo, la protagonista de aquel cuadro era pelirroja, un rasgo hermoso que gozaría su futura hija. Aunque, como buena mujer Smith, también odiaría su propio cabello.

—¡Lina! —Máximus había llegado lo antes posible. Descendió de su imponente corcel y fue a su lado, histérico—. Lina, ¿estás bien? Me he enterado de todo lo que sucedió. Ajustaré cuentas con la Voz de las Aguas, te lo prometo… Pero ¿qué ha pasado en tu cueva? ¿Te atacaron? ¿Fuiste tú la que destrozó todo? ¿Por Marina?

Lina negó despacio sin mirarlo. Estaba como en trance.

—Fue un grupo de muchachitos con ganas de destruir…

Máximus negó con la cabeza, cansado de los simples mortales.

—Haré que Izzie y Eron te repongan todo. En cuanto a lo otro… Lamento lo de Marina, pero debes andar con cuidado. Si quieres volver a ser humana, tienes que dejar de hacer locuras. Tengo la esperanza de que…

—La esperanza es algo peligroso, Máximus —lo cortó Lina.

Él detuvo su discurso de Supremo, se acercó a ella mientras su armadura tintineaba con el movimiento al sentarse y, con voz amable, intentó darle ánimos:

—Los humanos dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

Pasaron unos segundos en silencio hasta que Lina exclamó:

—¿Sabes de dónde viene esa expresión? —Ante el rostro mudo de él, ella sonrió y acarició la cajita de música—. Me lo contaron en una clase, en la universidad… Nos mostraban una pintura sobre Pandora, no recuerdo el nombre del artista… En fin, el mito que explica aquella frase empieza cuando Zeus, enojado con Prometeo por haberles entregado el fuego a los mortales, mandó crear a la primera mujer. Bella, inteligente y problemática. Pese a sus advertencias, el hermano de Prometeo se casó con ella y recibieron un regalo de bodas: una caja hermosa que se suponía no debían abrir nunca. Sin embargo, la curiosa Pandora la abrió y todo lo que contenía salió al mundo. Cuando su esposo se dio cuenta, la cerró y solo una cosa quedó dentro: la esperanza. —Lina hizo una pausa para volver a acariciar la cajita de música—. Pero en esta parte, el profesor nos decía que había dos interpretaciones del mito. En una, la caja o jarra de Pandora contenía todos los bienes del mundo. En la otra, todos los males. Y, aunque parezca un detalle, ahí está la clave de todo… Porque el profesor nos preguntó: ¿es la esperanza un bien o un mal para el mundo?

Su esposo la cubrió con la mitad de su capa, como gesto de protección.

—Es un bien y no debes perderla —le rogó—. Todo lo que he hecho en mi existencia ha sido para que no la pierdas.

Lina sonrió con ironía.

—Ya no puedes excusarte más en mí como razón para hacer lo que haces, Máximus. Mi *debilidad* o mi *bienestar* no pueden justificar tu comportamiento. Las decisiones que tomas, las tomas por ti, por tu necesidad de estar a cargo… De ser el poderoso.

—Lina, yo solo te pido un poco más de paciencia. Algún día entenderás…

—Ya está bien —lo cortó—. Tú puedes ser como quieras y yo también. Yo también tomo las decisiones por mí. Lo único que te pido es que seamos francos al respecto. Cada uno ha hecho lo que hizo por sí mismo, y si nos encontramos a mitad de camino y podemos andar juntos, pues genial. Si no… —Se aclaró la garganta y con un movimiento de hombros se desembarazó de su capa—. Pues si no… Ha sido un placer cabalgar contigo, Máximus.

La mandíbula de él se endureció.

—Hay cosas que no entiendes, Lina.

—Y hay cosas que tú no entiendes tampoco. Al parecer no te interesa intentar comprenderlas.

—Todo lo que hice, lo hice por amor a ti —insistió.

—Oh… —dijo ahogando el nudo en su garganta—. Esto no tiene nada que ver con el amor. O, por lo menos, no con el amor entre nosotros… Tiene que ver con uno mismo. Con la libertad, con la identidad… Con descubrir lo que nos haga más uno mismo. No lo sé, quizás estoy diciendo tonterías.

Pero no. Lina estaba siendo profundamente sabia y Máximus la admiraba más por ello. Aquella mujer era la luz de la razón y él un bendecido por poder estar a su lado.

—A veces pienso que hubiese sido mejor que nacieras antes —exclamó nostálgico—. En una época más cortés, donde mi protección no te molestara. Una época anterior a esta modernidad.

Lina negó con la cabeza.

—Si hubiese nacido antes, no te habría elegido. Me hubiese quedado con el ángel, como todas las Elegidas anteriores.

—¿Fue una cuestión de rebeldía moderna? —preguntó dolido—. ¿Una moda?

—Eso y tu pecho descomunal —bromeó sin querer explicarle tantas cosas. Ella era una hija de las Tierras, pero también de su época y realmente lo agradecía. Aunque se estuviese marchitando en un mundo de fuego, era fiel a los valores con los que había decidido vivir.

—Tienes que salir de este reino oscuro, Lina —dijo él.

—No, Máximus. Ahora soy una reina, mi pueblo me necesita. Yo nunca volveré a ser humana.

—¿De qué estás hablando, mi vida?

—Ya no soy tu vida… Mírate, no hay nada humano en ti. Y tampoco en mí. Solo —alzó su extremidad suprema— quizás esta mano me recuerde que alguna vez fui una hija de la naturaleza.

Él sabía a lo que se refería. Además del fuego infernal que había demostrado con los acuosos antes, Máximus notaba los otros detalles: sus dedos —antes movedizos e inseguros— ahora descansaban inertes sobre esa cajita de música… Los gestos nerviosos o simplemente esos tics que la caracterizaban, como pellizcarse el lóbulo derecho, ya no estaban desde hacía tiempo. Los movimientos eran solo los necesarios para concretar una acción: mover los labios para hablar, las piernas para caminar y las manos para sostener la guadaña. Sí, Lina, su Lina, estaba convirtiéndose en una cazadora líder con todas las de la ley, a expensas de su humanidad.

Para respaldar sus palabras, Lina acarició la cajita con la mano suprema y al abrirla apareció una *arctic poppy* amarilla que comenzó a girar como una bailarina ante la música que no podía oír. Lina cerró los ojos y allí, en su palma, flor y cajita se convirtieron en cenizas que retuvo en su puño supremo.

Máximus habló con verdadero dolor:

—Como lo he prometido: te devolveré todo lo que perdiste, Lina.

Ella sonrió a la nada, se incorporó un poco y quedó frente a él.

—Si alguna vez alguien hace una pintura de nosotros dos —dijo —, que sea de este momento. —Lo miró fijamente y con una mueca de cazadora líder abrió su mano y sopló. Las cenizas de la bella flor y la madera antigua se esparcieron por el rostro del Supremo de Fuego.

Ya completamente de pie, Lina se fue escuchando en su mente la vieja canción celta, convenciéndose para renunciar a su vida humana de una vez y para siempre. Pero estaba equivocada. Lina sí volvería a ser humana y, además, el cuadro que pintarían de ella y de su demonio sería de otro momento. Uno de amor y alegría, y que colgaría orgulloso en la entrada del viejo teatro Blackhorse, inspirando a la última de sus herederas, aquella que traería esperanza, la buena esperanza, la de los sueños cumplidos.

Capítulo 23

Líder natural

«—Llegué hasta donde pude, Lía, y te allané el camino para que tú anduvieras el resto. Eso es lo que hacen las madres.»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Logan y Rory estaban en las gradas, esperando las pruebas de *hockey* mientras, a lo lejos, el entrenador Lewis daba las instrucciones a los veinte jovencitos que tenía frente a él, para los seis puestos titulares y los seis suplentes.

Logan había aplazado su prueba alegando un repentino malestar de columna. La verdad es que aún le costaba controlar sus alas cuando adquiría velocidad; sin embargo, su padre era optimista: en un par de semanas ya estaría listo. Así que, sentado en su asiento de plástico, usaba el tiempo para hacer uno de sus resúmenes salvadores. Sus cuadros con flechas, subrayados y aclaraciones valían más que un libro de texto entero y el muchacho era generoso compartiéndolos con todos, incluso con Queen. Cuando nadie observaba, se aseguraba de que su hermano o una de las

animadoras de su séquito lo obtuvieran, para así ayudar a que su archirrival pasara de curso, sin entender del todo por qué lo hacía.

Por su parte, Queen obligaba a sus amigas a ir a la peluquería Susi y no a El Bucle Nervioso.

Junto a Logan, enfundada en la chaqueta enorme de su novio, Rory dibujaba pasteles que traspasaban los límites imaginables. Luego compartiría con Al sus creaciones y las pondrían en marcha. Su mente celestial le regalaba tantas ideas fantásticas que ni prestaba atención a los bordes de la hoja.

—Rory, te traje ese bloc de páginas blancas para que dejases de dibujarte los vaqueros, por favor —dijo Logan señalando las piernas de su amiga—. Pareces una obra de arte viviente y, además, estás dibujando cosas demasiado extrañas…

Ahora, dueño de la verdad, Logan cuidaba más a sus excéntricos amigos. No quería que nadie viese las imágenes de Aurora: aves nunca vistas, pasteles con alas esplendorosas…

Su padre había tratado de convencerlo para que separara a los jovencitos mestizos, pero si había alguien en el mundo que sabía lo imposible que era aquello, ese era Logan. Junto a sus amigos había sido testigo del verdadero amor. Ese que solo unos pocos experimentan.

No, separarlos no era una opción. Se limitaría a guardar el secreto —que, por otro lado, era físicamente imposible revelarles antes de que el Círculo los considerara adultos— y había sido claro con su padre guerrero: cuando lo supieran, los tres juntos tomarían una decisión. Como siempre.

De pronto, Charles Taylor lo sacó de sus cavilaciones, sentándose junto a ellos.

—Este año ganaremos las olimpiadas con el Club de Matemáticas, estoy seguro. La señorita Wáng me ha dado el cronograma de estudio y es excelente.

Los muchachos tenían suerte; la profesora del curso avanzado era extraordinaria, mientras que el profesor del curso de principiantes en el que estaban Salvador y Aurora era un horror.

Charles se giró hacia Rory y dijo:

—¿Estás segura de no poder convencer a Sal de que se nos una?

Pero Rory estaba perdida del otro lado del vidrio. La práctica empezaba y Salvador había patinado hasta allí para dibujarle un corazón, después de dejar su aliento en el cristal. Era mucho más corpulento que cualquiera de los de su clase y con el uniforme parecía un adulto profesional. A veces Salvador hasta fantaseaba con ser un jugador de los Toronto Maple Leafs —su equipo favorito,

el mismo que el de su tío—, pero la idea de marcharse lejos de Whitehorse lo angustiaba.

Charles seguía insistiendo en llamar la atención de la jovencita mientras esta se dirigía hacia su novio, pero Logan lo previno:

—Ni lo intentes. Es el momento *RorySal*.

El muchacho lo miró sin comprender.

—Es el momento en que piensan que el tiempo se detiene como en las comedias románticas —explicó Logan—. Se miran como si todo fuese lo más dramático del mundo. Por ejemplo, yo digo «vamos a Blockbuster a escoger un nuevo DVD» y ellos se besan y se miran en la puerta como si les hubiese dicho que un meteorito viene a arrasarnos.

Con la risa de Charles de fondo, Rory, ya junto al cristal, apoyó su mano en el corazón mientras suspiraba, sosteniendo la mirada fija de Salvador.

El embrujo lo rompió el señor Lewis cuando llamó con su silbato al jugador estrella. Pero no insistió mucho y le dio unos momentos extra a la parejita, ya que pensaba que aquello era un ritual y, como todo deportista, era muy supersticioso. Si Salvador saludaba a su chica o se persignaba, el entrenador estaba seguro de que tendrían una temporada llena de éxitos. Como de costumbre.

Las pruebas comenzaron al fin y, en las gradas, Logan y Rory retomaron su conversación con Charles. El tema central fue la fogata de invierno y como Logan tenía que practicar para invitar a Jenny Wilmayer. Hasta el tímido Charles ya tenía cita y le daba consejos que el muchachito alado aceptaba de buen grado. Así estuvieron varios minutos, sin percatarse de lo que sucedía en la pista. Y es que cuando fue el turno de Adam Miller para probarse en la portería, el pendenciero de Ned Freeman no esperó a que este se calzara los guantes y le golpeó el rostro con el *puck* a toda velocidad.

Sin poder explicárselo ni a sí mismo, Salvador patinó hecho una furia hasta ellos y empujó a Ned contra el hielo, donde comenzó a golpearlo con una décima de su fuerza. Pero eso era suficiente para tener al cobarde Freeman a su merced.

Desesperado, el entrenador les gritaba desde la portería, ocupándose primero de la hemorragia nasal de Adam.

—Sea lo que sea que haya hecho, se lo merecía —dijo Charles en las gradas.

Al contemplar la escena, como teledirigidos, Logan y Rory saltaron la valla separadora y atravesaron la pista con dificultad sobre el hielo. Logan intentó controlar a su amigo, con cuidado de

que no se le salieran sus propias alas.

—¡Detente, Sal! —le gritaba mientras Ned lo agarraba a él por la ropa, para intentar golpear a alguien. Y es que lo que destilaba de Salvador envenenaba a los que no eran puros de corazón.

—¡Sal! —gritó también Rory.

Los del equipo se quedaron congelados viendo la escena: la lluvia de puñetazos continuaba. Pero su capitán ya no golpeaba a Ned, sino al hielo junto a él, que se partía en dos, saltando hacia los lados. Salvador era un líder nato que exhalaba autoestima y ninguno de esos muchachos iba a cuestionarlo. Su propia inseguridad adolescente encontraba refugio en la figura de aquel líder, como quienes se conforman con la sombra de una estatua.

Sin los golpes sobre su rostro, Ned pudo hablar:

—¿Por qué defiendes a ese marica, Wildman? —Sonrió perverso —: ¿Acaso quieres que sea tu noviecito?

Salvador comenzó a reírse con bronca, detuvo sus puños y lo soltó.

—Eres un imbécil. No vales ni la pena.

—Él no vale la pena, y lo defiendes como si fuese importante… —arremetió poniéndose de pie—. Deberías fijarte en la zorra de su hermana, ella enseguida entrega todo.

Ahí fue cuando Logan se salió de sus cabales; tanto que sintió las alas latir en su interior mientras se abalanzaba hacia Ned. Este intentó darle un puñetazo que casi aterriza en el rostro de Rory, quien ya se interponía entre ambos. Y es que ella sabía que, en ocasiones, solo le bastaba tocar al otro para que se relajara, como una caricia sedante. Sin embargo, no llegaron ni siquiera a rozarse y Ned chilló al sentir los diez dedos de acero que lo detuvieron: cinco de Logan, cinco de Salvador.

—Voy a matarte por esto —bufó Salvador—. Casi la tocas.

El muchacho aullaba de dolor.

—Sal —lo llamó Rory por detrás de su hombro—. Déjalo, no fue a propósito.

Al mirarla a los ojos y sentir el aroma reconfortante a lavanda, Salvador soltó a Ned y acto seguido la acarició, como una bestia domada por una flauta mágica.

Sin que nadie lo notara, mientras Ned se retorcía de dolor, Logan utilizó su poder de ángel para volver a colocar el hueso en su lugar y que la rotura no empeorara la situación. Al oír que los gritos de dolor mermaban, pensó que esas horas en el bosque con su padre y los pobres conejillos al fin estaban rindiendo sus frutos.

—¡Salvador Wildman! —gritó de pronto la directora, que había

llegado a la pista—. Ahora, en mi despacho junto con tus ayudantes Petelman y Iron. Los heridos, a la enfermería. ¡Rápido!

Los tres amigos se miraron como carneros rumbo al matadero y ni cortos ni perezosos siguieron a la directora después de que Salvador se quitara los patines y las partes sobresalientes de su uniforme.

* * *

Antes de cerrar la puerta, Logan se deshizo en unas cuantas frases corteses con la directora, que era una señora menuda con rasgos sajones, bolsas bajo los ojos y el tic de apretarse el entrecejo por sus frecuentes migrañas.

—Así que estoy en mi oficina revisando el presupuesto de la nueva máquina frigorífica —empezó mientras se sentaba ante su escritorio—, porque el entrenador Lewis me dice que a veces el hielo se ablanda tanto que parece bailar debajo de los patines…, cuando de repente alguien entra para decirme que hay más problemas en la pista de *hockey*, que al parecer se están matando… Salvador Wildman, por favor, explícate —pidió buscando una aspirina en el primer cajón—. Y no me vengas, como de costumbre, con eso de que no eres un soplón. Si no hablas, os expulsaré ya mismo a los tres.

Logan carraspeó. Su futuro era demasiado importante para embargarlo por algún ridículo y antiguo código de caballeros. De inmediato, Salvador entendió la indirecta de su amigo y obligándose a hablar empezó:

—Freeman lanzó un tiro a puerta sin esperar a que Adam se pusiera la protección adecuada. Lo hizo adrede y luego dijo que Adam es…

La directora lo miró fijo.

—Un marica —terminó Rory, siempre ajena a las normas del lenguaje humano.

La mirada de la directora fue hacia ella y su incipiente migraña pareció esfumarse por arte de magia. Respiró aliviada, cerró el cajón y se apresuró a seguir con su papel de adulta seria.

—Gracias, señorita Petelman, pero estoy hablando con el señor Wildman.

—Oh, es lo mismo —insistió la chica—. Sabemos todo uno del otro.

Salvador se mordió los labios, sonriendo. La amaba y la deseaba tanto que la besaría allí mismo.

Intuyendo el desborde hormonal, Logan fue al rescate de esos dos locos.

—Señora Wayne —empezó con sus impecables modales—, Salvador hizo mal. Es verdad, pero Adam terminó con la nariz destrozada y, pese a todas las clases de identidad e inclusión, Ned lo acosó por su orientación sexual. Después insinuó algo acerca de otra compañera y yo también lo golpeé. Aceptaremos el castigo que usted indique. Sin embargo, Rory no ha hecho nada.

—Oh…, recuerda, Log, que intenté tranquilizarlo, porque a veces cuando toco a alguien logro que…

—Que te mire a esos ojos preciosos y se tranquilice con tu belleza —terminó Logan mientras le pasaba un brazo por los hombros y fingía una risa.

La directora los miró a los tres de arriba abajo. Realmente Ned Freeman atosigaba a ese chico Miller y urgía contener su agresividad, y por supuesto proteger a la víctima. Aunque su posición no le permitiera reconocerlo, estaba orgullosa de aquellos tres, pero también debía explicarles que no eran los salvadores del mundo y que había una cadena de mando.

—Iréis a la sala de utilería del viejo teatro —ordenó—. Dios sabe que ese lugar está en ruinas.

La junta directiva del colegio se resistía a contratar a un nuevo profesor de Teatro, en una especie de espera u homenaje hacia Lina Smith. Sin embargo, al año siguiente regresaría el otro viejo ayudante, Paul, a hacerse cargo. Con él la junta sentía que no traicionaba la memoria de la adorada sobrina del mejor pastor que tuvo Whitehorse.

—Pero tenemos que estudiar y … —empezó Logan.

La directora levantó una ceja, sintiendo que volvía a amenazarla su migraña.

—Ahora —dijo y los tres desaparecieron por la puerta.

* * *

—Esto nos llevará siglos —exclamó Logan cuando encendieron la luz de la sala y vieron el triste espectáculo: un arco plateado se caía a pedazos en la esquina junto a la diminuta ventana llena de telarañas, había máscaras cubiertas de polvo sobre el desvencijado escritorio, trajes apolillados desparramados por todas partes y bocetos de obras viejas.

—Podemos usar el tiempo para ordenar y practicar cómo invitarás a Jenny a la fogata de invierno —propuso Rory.

Su amigo la miró esperanzado.

—De acuerdo, pero vosotros dos, tortolitos, me haréis caso y haremos todo rápido, sin descansos para besuqueos.

—Prometido —contestaron los novios al mismo tiempo.

Con rapidez, Logan dividió tres sectores donde acumularían lo útil, lo que se donaba y lo que se tiraba.

—Tengo hambre —dijo Salvador cuando llevaban media hora trabajando.

Su amigo vaciló con un tarro de pegamento seco que iba directo a la basura.

—Que no me lo creo, Sal, ¿eh? Que tu sistema digestivo es una cosa que…

—Ven aquí. —Rory sacó una bolsa con galletas horneadas por ella en The Sweet Bread de su mochila y se las pasó—. Te las tenía guardadas para después de las pruebas, pero ya que estamos… ¿Por qué no hacemos un descanso, Log, y revisamos tu plan para invitar a Jenny?

—Sí… Este… Genial —balbuceó el muchacho buscando dónde sentarse.

Salvador, que ya comía a dos manos, dispuso sillas para sus amigos y un taburete para él.

Logan tomó asiento, respiró hondo y empezó como un autómata:

—Jenny, no me importa que seas producto del incesto porque tus padres son primos. Claude Lévi-Strauss decía que el incesto es una prohibición definida por cada sociedad. En algunas sociedades está bien que los primos se casen, pero está mal, por ejemplo, que coman del mismo plato. Así que las cosas son cuestión de perspectiva. Por eso me gustaría saber si tú me percibes a mí como una posible cita para la fogata.

Rory y Salvador se miraron. El muchacho casi se atraganta con las galletas.

—Lo siento. ¿Eres real, Logan? —preguntó Salvador evitando una carcajada—. ¿Acaso llegaste ayer a este planeta?

Rory se deshizo la trenza de su cabello mientras intervenía:

—Mejor prueba con algo así: Jenny, me gusta tu cabello y tus globos oculares son simétricos, y dicen que la belleza es cuestión de simetría.

Salvador se quedó boquiabierto otra vez.

—Definitivamente vosotros dos llegasteis en la misma nave espacial…

—No seas malo —lo regañó su novia mientras le pasaba otra galleta.

—Es que es un extraterrestre, hermosa —rio Salvador—. ¿Qué chica quiere escuchar sobre sus padres cuando la invitan a salir? Es decir…, ¿qué humano querría eso? Lo siento, amigo, seguro que eres un alienígena *cool* como Kal-El.

—Oh, como si lo fuera cuando se trata de ella. —Logan, lejos de ofenderse, frotó su sien con fuerza mientras se reía de sí mismo—. Jenny es mi Lois Lane. Ayudadme, por favor.

—Bien —dijo Salvador mientras se sentaba en el taburete—. Memoriza esto: Jenny, ¿quieres venir a la fogata conmigo? Puedo pasar a buscarte con Sal y Rory. Y eso es todo, compañero. No agregas ni quitas nada.

Logan asintió, reconociendo el tino de su amigo. Lo repitió varias veces y cuando le salió natural, dijo:

—Es un misterio como puedes ser tan tranquilo para algunas cosas y para otras te brota una furia incontrolable… No entiendo por qué tienes que meterte en problemas, Sal. ¿Por qué comenzaste a golpear a Ned? Si me hubieras llamado, quizás podría haber ayudado a arreglar la nariz de Adam… —Enseguida se dio cuenta de que entraba en un terreno pantanoso. Eso de tener secretos con sus mejores amigos lo estaba matando. Urgido, comenzó a soltar explicaciones que nadie le pedía—: Ya sabes, lo hubiese ayudado con lo que voy aprendiendo en los libros… Pero ¿por qué tenías que golpear a Freeman?

—Porque Freeman es un idiota —dijo Salvador levantándose y retomando su tarea—. Por eso lo golpeé.

Logan y Rory saltaron de sus asientos para imitarlo.

—Quizás Ned es un idiota porque no tiene otra opción —dijo ella al pasar.

Su novio le besó la frente mientras arrojaba una calculadora a la pila de reciclaje.

—Todos la tenemos.

—No, los que tenemos suerte la tenemos —replicó—. ¿Has visto a su padre? ¿Te los has cruzado alguna vez en las cajas del supermercado? ¿Has escuchado cómo lo insulta?

Logan asentía, pero para Salvador no funcionaba de ese modo.

—Rory…, eso no es excusa… Mírate tú. Tu madre es horrible contigo, y aun así tú eres genial.

Rory jugueteó con la cinta celeste de su muñeca mientras pensaba una respuesta.

—Yo tuve a alguien que me salvó de ser una idiota. —Ante la mirada de su novio, que se perdía en su hermosura, dijo con tono dulce—: Tú. Siempre tú, mi salvador.

Logan pedía paciencia a los Cielos mientras hojeaba revistas de peinados de los noventa.

—Te amo, Sal —continuó ella.

—Yo más, Rory.

Después de la repetición de su fórmula romántica, Salvador recordó algo de pronto:

—Amigo…, yo no fui el único que perdió la calma hoy. Sé que no soy un santo, pero tú te pusiste como un loco cuando Freeman insinuó eso de Queen.

—No es cierto —respondió con rapidez y se hizo el desentendido soltando la revista.

—Vamos, te pusiste como un toro.

—Yo me llevo mal con Queen —explicó aún sin mirarlo.

—Sí, claro —rio Salvador—. También con tu madre y la amas con toda tu alma.

Logan le arrojó un almohadón enmohecido que encontró por ahí y varias plumas salieron volando.

—¡Basta con eso! ¡No tengo complejos de Edipo con Queen!

Justo en ese momento la puerta se abrió y no otra sino la susodicha les sonrió.

—Me sumo por solidaridad —dijo—. Gracias por defender a mi hermano. En la enfermería dijeron que no es nada serio y mi padre lo llevó a casa. Así que pensé en ayudaros.

Los tres estaban petrificados observándola.

—No te preocupes, odio a Freeman —exclamó Salvador al fin, encogiéndose de hombros.

—Sí. Ojalá cambie —deseó Rory—. El quiere como Adam, pero lo oculta y su secreto sale en forma de violencia contra el mismo Adam. Es horrible…, muy muy oscuro.

Todos se la quedaron mirando. Queen despegó los labios, pero no llegó a hablar.

—Bueno, pensé que solo mi madre tenía aires de vidente —bromeó Logan para ocultar los poderes de Rory—. Vamos, ¡en marcha! Tengo que ir a estudiar, al igual, os recuerdo, que todos vosotros. Y tú, Sal, tienes que practicar un poco más para la competición de esculturas… Aún no nos has dicho qué forma harás y…

Pero Queen insistió:

—¿A qué te refieres con que él quiere como Adam? ¿Cómo sabes…?

Logan se vio en la urgencia de cambiar de tema y, como no se le ocurrió nada, agarró otro almohadón viejo y lo arrojó hacia el

desprevenido Salvador, que devoraba la última galleta. Las plumas comenzaron a volar por todos lados.

—Ya verás —rio Salvador mientras le devolvía el cojín.

Muerta de risa, Rory tomó una almohada y le pasó otra a Queen, que se sumaba a sus épicas batallas de almohadones. Aquellos cuatro reían haciendo un calvario dentro de la sala de utilería y, como siempre, en medio de la batalla de almohadones, Salvador se tomó un momento para mirar a su novia: cada cabello era un rayo de sol entre las plumas, con la luz que se filtraba por la pequeña ventanita y que parecía acariciarla. Aurora era una criatura única. Un milagro.

Y es que sí, antes Rory había tenido razón. Muchas veces el ambiente puede salvar o condenar a una persona. Cuando un pimpollo florece en un pantano, solo hay que mirar de cerca los alrededores para buscar al salvador. Los humanos pequeños siempre necesitan a otro cálido, bueno e íntegro al cual aferrarse. A muchos niños que sus padres han olvidado o no han sabido querer los rescata una abuela, un tío o hasta una paciente maestra. A Aurora Petelman la había salvado principalmente su demonio personal, y un tiempo más adelante, de la peor forma posible, la salvaría de nuevo.

Capítulo 24

Castigos y recompensas

«—Angelina Lina Smith, hasta ahora vimos tu *lado A*. Es hora de que aparezca el *lado B*.»

W. Parrot, *Whitehorse I. Cuando los Cielos y los Infiernos se abren*

La sensación de estar en un lugar de paso, donde nunca se puede vivir realmente, comenzó a embargarla. Pero en unos segundos llegaría la gota que colmaría el vaso y tendría forma de plumas, ojos celestes vengativos y una belleza casi femenina.

Lina cazaba almas en lo que imaginaba era la plaza mayor de una gran ciudad. Ya nadie la veía ni la sentía. Había pasado el día anterior reunida con Costa, Areias y su madre, Ría, pero ninguno tenía el poder de dar con el paradero de Marina. Parecía que se la habían tragado los Cielos.

Lina había intentado llamar a sus contactos angelicales: Celestine, Peter o incluso su hermanito Hansel, pero el Primer Idioma se atascaba en su garganta y no salía. Tampoco había podido convertir a Sanity en su forma de lucha ni convocar al Círculo con su guadaña de cazadora líder. Incluso había ido a

Whitehorse para ver si Al la percibía. Estaba desesperada. Su amigo alado la presintió, sí, pero no pudo más que imaginar su presencia. Solo se quitó la camisa y le mostró la suavidad de sus alas curadas: cada hueso estaba cubierto de plumas. Al menos eso consoló a Lina y le dio un mínimo motivo para continuar con su jornada.

Ahora, a su alrededor, la gente disfrutaba de la promoción de dos por uno en las bebidas de moda. Si Lina hubiese tenido un poco más de esa empatía humana que la había caracterizado, hubiese sentido pena por la bomba que iba a explotar allí en unos minutos. Pero solo estaba aburrida por la espera y así, montada sobre Sanity, comenzó a mirar sobre las brillantes y oscuras almas. Pensaba en Máximus y en cómo se habían alejado en los últimos tiempos. Era paradójico que, ahora que compartían la eternidad, sus caminos parecían ser dos carreteras paralelas que ya nunca más se cruzarían, excepto tal vez para intimar. Su mente iba a perderse en un remolino de culpas y arrepentimientos cuando algo distinto se movió tras un grupo de oficinistas. Estirando el cuello, vio caminar entre la gente a aquel muchachito que en una tarde de mariposas le había pedido su amistad y, por un segundo, Lina olvidó que aquel ser era un monstruo que usaba a sus hijas como peones de batalla contra su propio hijo. O quizás nunca lo había querido reconocer del todo.

Samuel caminaba sin sus alas extendidas, para que no se viera su atrofiamiento. Su condición maldita lo volvía vulnerable.

Lina se mantuvo en posición, mientras aparecían junto a ella cazadores que asían sus armas, como guardaespaldas. Ella los calmó con un ligero movimiento de su mano.

—Angelina —la saludó Samuel cuando llegó a su lado—, gracias por enseñarle a volar a mi hija. Tiene unas ideas interesantes sobre la vida, pero nada que su naturaleza alada no pueda enderezar.

Mirándolo desde arriba de su yegua, Lina terció:

—Creo que los Cielos ya no te favorecen, Sam. Y, cuidado, porque aquí abajo, entre esta gente —señaló a los distintos cazadores que iban apareciendo en cada esquina—, soy Dios y Diablo.

Samuel miró en dirección a los cazadores y a las almas oscuras que en unos instantes generarían ese caos; aquellos que harían explotar la bomba llevándose a justos y condenados. Una mueca le desfiguró el rostro.

—Ahora entiendes lo que sucede en las Profundidades… Algo así jamás te hubiese pasado en mi mundo. Teniendo a mi hija, habríamos sido felices y estas cosas no sucederían más. Pero el

veneno que tu hijo destila por el mundo…

Lina tanteó su guadaña.

—Estas cosas sucedían antes de él. Las Tierras siempre fueron violentas.

—Y ahora lo serán más. —Sonrió misterioso—. Tu hijo se encargará de eso, créeme. Es corrosivo como ningún monstruo antes visto. Y nosotros… —se lamentó—, mi hija, nuestra hija… Podríamos haber curado al mundo para siempre. La luz que habría tenido alcanzaría para sanarlo todo. Pero el plan divino no se cumplió porque elegiste al perro de Máximus y pariste un monstruo en vez de una diosa.

Lina tironeó las crines de Sanity para imponerse sobre él. Los cascos se oyeron despacio, como un tintineo, cuando Lina dijo:

—Tendría que haberte matado cuando tuve la oportunidad.

—Entonces hazlo ahora. Termina con mi dolor, por favor —dijo Samuel con sus ojos claros llenos de arrepentimiento y cansancio.

Lina lo miró y acarició su guadaña.

—No me tientes, Sam. Si no te aniquilo ahora es porque eso me condenaría más a mí que a ti… Pero, créeme, hay un lugar especial para ti en los Infiernos. Te llevarías bien con los ángeles poderosos que, como tú, quisieron cambiar el ritmo de los mundos.

—¿Acaso tú con tu hijo demonio no hiciste lo mismo? —le espetó, volviendo a su papel de salvador del mundo.

Esta vez Lina no cayó en la trampa.

—¿Dónde está Marina? ¡Devuélvela!

Samuel se encogió de hombros.

—¿A dónde? ¿Con su madre, que la golpea? ¿Con los de su tipo, que no le han mostrado más que dolor? ¿O contigo, que apenas te puedes cuidar a ti misma? —dijo señalando su mano suprema—. Vamos, me conoces un poco mejor que eso… Yo sigo siendo un ángel, después de todo.

Lina pensó por un momento si en efecto no era mejor para Marina estar lejos del reino salado y también pensó en medir sus fuerzas contra el ángel y obligarlo a devolverla… ¿Podría matarlo o lastimarlo siquiera? ¿Empezaría una guerra contra los acuosos y los Cielos? Por último pensó en esa maldición que los unía. Con cualquier otro no dudaría, no tendría ni la mitad de paciencia o consideración… Pero la magia de la Gran Competencia los seguía uniendo aun después de tantas mutaciones. Incluso los celos la roían y la impulsaban a querer preguntarle por qué de entre todas las mujeres del mundo había escogido a Sarah Petelman como madre de su hija… Pero no era el momento ni el lugar para

distracciones tan humanas. Respiró hondo y al final preguntó:

—¿Y a Rory también la robarás?

—Ella es distinta —dijo y por dentro pensaba: «Ella tiene el corazón de tu hijo en sus manos y por eso será mi arma letal». Sin embargo, decidió proseguir con lo que había ido a hacer—: Además, yo también tengo derecho a enseñarles cómo defenderse. El peligro existe para los dos lados.

—Salvador jamás haría… —comenzó Lina con el mismo tono maternal de quien excusa a su hijo por una amonestación en la libreta—. Sería incapaz de lastimarlas…

—¿Recuerdas lo bien que pensabas de Máximus? —la cortó Samuel—. ¿Y ahora qué tal va eso? ¿Acaso sabes lo que está haciendo esta noche?

Lina palmeó a Sanity para que se alejara un poco.

—No dejaré que me llenes de intrigas. Después de todo, tu naturaleza de ángel no te ayudó. Mírate ahora. Apuesto a que ni siquiera puedes volar.

—Tu amor me curaría —soltó él de pronto.

Lina lo miró a los ojos y el recuerdo de los dos besándose con pasión en Darkhorse la desorientó. Iba a decir algo, pero él se le adelantó:

—Angelina, te preocupas por mis hijas cuando deberías estar preocupada por tu hijo. —Ante la indiferencia de ella, fue al grano —: Esta noche es especial para tu esposo… Esta noche el Círculo se viste de gala… Esta noche —hizo una pausa— designarán a una nueva Elegida.

Lina abrió sus ojos con horror. Eso solo significaba una cosa: la inminente muerte de Salvador.

—¿Recuerdas la regla de la Sucesión? —masculló él innecesariamente—. Yo no creé esa en particular, pero sabes que no pueden existir dos niños Elegidos.

—No te creo. Will me lo hubiese dicho… —La negación trató de endulzarle a Lina aquel mal trago.

—Oh…, pero ya no es Will, ¿verdad? —ironizó—. Es Máximus, Maestro del Fuego, y tú sabes que a los Supremos les gusta el equilibrio.

Sin darse cuenta, Lina apretaba su guadaña, tanto que su mano poderosa estaba marcándola.

—No es cierto… Will no lo permitiría…

—Después de todo, no lo culpo —siguió Samuel con tono irritante mientras se echaba para atrás el cabello—. Le hace un favor al muchacho. Tras tantos años en los Infiernos, se puede

imaginar lo que le espera cuando alcance la edad adulta y se condene… —Samuel dio el tiro de gracia—: Te ve a ti sufrir todos los días y por fin se ha dado cuenta de que es mejor el Paraíso a este sufrimiento eterno. Solo está pensando en el bienestar del muchacho y de los mundos.

Ante esa explicación, Lina estuvo en una disyuntiva: creerlo o no. Samuel no era de fiar. Sin embargo, en efecto su esposo velaba ahora por el maldito *bien común*. Si Samuel mentía, todo continuaría igual, pero si decía la verdad y ella no hacía nada…

Samuel dudó una fracción de segundo al ver la expresión de dolor y desesperación que le atravesaba su dulce rostro. Aun siendo una maldita, era la mujer que amaba. Lamentablemente, los siglos de obediencia ciega fueron más fuertes que su amor y exclamó lúgubre:

—Tienes unas horas.

Lina tragó saliva.

—¿Por qué vienes a decirme esto?

—Porque lo odio, Angelina —respondió. Se había adelantado a aquel intercambio y tenía múltiples respuestas ensayadas—. Porque quisiera vengarme de ese demonio con el que te cruzaste, pero antes prefiero que de una vez por todas le quites la máscara. Te está traicionando… ¡Ve! Interrumpe la ceremonia del Círculo y compruébalo tú misma.

En ese momento la bomba humana explotó. Sin embargo, la onda expansiva ni rozó a aquellos seres. Todo se destrozó a su alrededor y ellos apenas lo notaron.

Entonces, Lina decidió: por la maldita regla de Sucesión la vida de su hijo siempre iba a pender de un hilo, así que esa o cualquier otra noche era buena para acabar con esa absurda Competencia. O al menos para intentarlo.

—¡Me tengo que ir! —dijo la cazadora líder a sus súbditos y luego ordenó—: ¡Ocupaos vosotros!

* * *

Lina cabalgaba con furia, casi arrancando las crines de Sanity. Su corona maldita centelleó mientras desmontaba en aquella parte alejada del mundo. Intentó convocar al Círculo otra vez, pero volvió a fracasar. Enloquecía. No tenía tiempo para debatir con sus amigas acuosas o con Aketa, así que debía decidir sola. En su pobre mente las palabras de Samuel se hacían reales. Movió sus manos con nerviosismo. La Gran Competencia podría estar empezando en ese

mismo momento y después de su decisión como Elegida rebelde, esta vez los competidores se asegurarían de hacerlo todo para ganar rápido.

Respiró hondo obligándose a tranquilizarse.

«Basta del paso a paso. Hay momentos para pensar y otros para actuar», se dijo a sí misma. Ya no más años de planificar. Se había cansado. Ya no quería que su vida fuese una polilla entre las palmas de los demás, que podían dejarla volar o aplastarla. Ella decidiría. De ella tendrían que tener miedo. Ahora haría ruido. Se habían metido demasiado en su vida. Estaba harta.

Y tenía razón: esa noche haría mucho ruido, porque cuando los humanos piensan que *podría haber sido peor*, obedecen, pero cuando lo pierden todo, se rebelan.

—Esta noche detendremos la Gran Competencia —le prometió a Sanity mientras le palmeaba el hocico—. Ve a buscar la ayuda que puedas conseguir, amiga mía.

La mente de Lina iba a mil. Si los Supremos estaban intentando restituir el equilibrio, tendría que hacer algo que los interrumpiera. Algo gigantesco que atentara contra ese preciado equilibrio. ¿Y luego qué? Trataría de convencerlos. Pero ¿qué les daría a cambio, si ya no tenía nada? Tal vez su mano suprema. Ambas manos. Iría a los Infiernos… Lo que fuera, pero Salvador debía vivir.

El tiempo pasaba y su compañera no regresaba. Quizás estaba hastiada de condenarse por ella. Después de todo, Umah tenía también la pesada condena eterna. ¿Podía culparla por no querer sacrificar lo que no tenía para detener la Competencia, cuando no estaban ni cerca de romper el pacto que hacía caer a los Ekuas? Pero cuando pensó que Sanity la había abandonado, vio llegar los apoyos.

—Hola, capitana —la saludó la líder de las animadoras con las otras tres detrás—. ¡Aquí estamos para lo que necesites!

Lina las miró confundida, pero no había tiempo para sorprenderse.

—Sanity fue a buscarnos —dijo Izzie apareciendo junto a Aketa Wana, extrañamente sin su esposo Sueño—. ¿Qué sucede?

—Quizás hoy el Círculo designe una nueva Elegida —explicó de forma breve—. Necesito detenerlos. Yo haré lo que tenga que hacer para interrumpir su reunión, pero sé que el primero en intentar contenerme será Máximus. Necesito que vosotras lo distraigáis. Demoradlo el mayor tiempo posible.

—Pero ¿qué vas a hacer? —quiso saber Izzie.

Lina la miró con decisión.

—Dos cosas. Primero: todo aquel que desee intentarlo, interrumpirá su cabalgada para venir hacia mí. Cada cazador que me toque se liberará de su objeto odiado. Caerán sombreros, corsés, máscaras, armas tortuosas… Lo que quieran. Penny Mallory, tú y tus animadoras correréis la voz.

Izzie intervino:

—Newen Mapu dijo que no lo hicieras, que te desgastaría.

Pero Lina, sin escucharla, continuó:

—Segundo: esta noche les daré la verdadera muerte a todos los que caigan condenados, e irán directos a los Infiernos. Cortaré manos y vosotras los llevareis hasta las Profundidades. La primera tanda me esperará en donde los hemisferios se unen. Izzie, dispón que por orden de su reina todos los reclutadores se alejen. ¿Está claro?

—Sí, mi reina —respondieron todas a la vez.

Después, dirigiéndose a Aketa, Lina le pidió:

—¿Puedes volver mi guadaña más poderosa? Como lo hiciste la noche en que nació Salvador con las armas demoníacas.

Sin hacerse de rogar, dándose prisa antes de que su esposo diera con ella, Aketa Wana fue hacia Lina y tocando el arma exclamó en Infernus:

—*¡Fuoco Infernale!* —La activación fue inmediata. El arma ardió y las esmeraldas irradiaron una luz cegadora. Aprovechando la cercanía, la demonio tomó su mano curtida de arabescos supremos y se acarició la mejilla con ella. Era pronto aún para que Lina entendiera que a Aketa Wana se le iba el alma que no tenía en esa caricia—. Buena suerte, Jinete de Fuego.

Lina le dio las gracias con rapidez. No podían demorarse más. Era hora de comenzar con el motín.

—¡Vamos a hacer ruido! —rugió Lina— ¡Esta noche rebosarán los Infiernos!

Se subió a la yegua infernal con su guadaña en alto y el fuego del arma le dio un brillo siniestro a su corona. Comenzó a galopar hacia donde sentía las almas más cercanas y, sin perder velocidad, arrancó las manos de todas las que se cruzaba. Era metódica y los cortes eran limpios. Al mismo tiempo, los cazadores se iban enterando de la orden de su líder y se retiraban para dejarla hacer.

La tierra crujió y se incendió a su paso hasta el punto donde los dos hemisferios se unían. Algunos súbditos ya la esperaban con todas las almas por cazar. Lina no tenía tiempo que perder, así que, galopando por esa hilera, les cortó las manos a todas. A su espalda, Jezabel y las animadoras daban indicaciones para que los cazadores

fuesen al mismo tiempo a las puertas de las Profundidades. Mientras, Lina continuaba a todo trote: las cordilleras, los desiertos, las islas y los rascacielos. Cada humano de alma impura iría directo a ser torturado por los demonios aquella noche.

Lina estaba obrando mal: muchas de esas almas merecían una segunda oportunidad como cazadores, pero su hijo era más importante.

En efecto, Máximus sintió aquel desequilibrio en su reino y fue de inmediato a averiguar lo que sucedía a la entrada de las Profundidades. Allí se encontró con filas y filas de cazadores aguardando su turno para depositar algún alma. A Máximus le llevó un momento comprender lo que estaba sucediendo, pero, al ver la mutilación de los condenados, lo entendió.

—Lina —dijo con la mandíbula apretada.

Al fin, se las había ingeniado para desequilibrar los mundos todavía más.

Lejos de allí, en medio de una selva tropical, Lina se encargaba de despachar a una docena de hombres muertos en una cacería furtiva; cortesía de una leona más astuta que ellos. Lina le sonrió al animal cuando las extremidades cayeron. Mientras tanto, un cazador que tenía tres navajas en su cráneo le tocó la mano suprema. La respuesta fue inmediata: las navajas se consumieron y la cabeza del cazador quedó libre. Lina volvió a sonreír. Aún tenía su toque.

Más allá de que todo aquello lo hiciese con el fin de salvar a su hijo, ella creía firmemente que era injusto que solo la herida de muerte fuese curada. Todo ese sistema estaba mal. Si Máximus hubiese muerto con varias navajas o flechas incrustadas o algún objeto enloquecedor, Lina también lo hubiese curado a él. Diablos, lo hubiese curado el primero de todos, porque para ella, lo horrible debía deshacerse… Aunque quebrara las reglas o incluso aún más cuando las quebrara.

Siguió cabalgando por unos glaciares que se consumían bajo los cascos de su yegua, acortando camino al siguiente centro de aglomeración de almas y cazadores. Se imaginaba que a esas alturas un Máximus embargado por la desesperación ya estaría buscándola, y no se equivocaba.

El Maestro del Fuego cabalgaba en el corcel negro observando el reguero de poder que Lina iba dejando a su paso. Los otros cazadores habían intentado detenerlo, pero Máximus era implacable.

En Oriente, Lina mutiló a docenas de almas y liberó a miles de

cazadores. Para ese entonces su adrenalina era tal que los condenados absorbían su magia humana con solo tocar una punta de su vestido, un cabello o incluso las crines de su yegua. Qué placer sentían los malditos cuando la corbata que los había ahorcado durante siglos se aflojaba, qué perfecto poder quitarse los collares que deformaban las articulaciones o las máscaras de tortura. Pero al igual que un trébol de cuatro hojas que regala su suerte al ser arrancado, así Lina fue salvadora y condenada al mismo tiempo. Porque, como siempre, estaba acaparando más de lo que podía manejar.

Cegada por el poder y por la misión de detener a los Supremos, Lina continuó su camino por un bosque de bambúes, rodeada de cazadores que cabalgaban salvajemente junto a ella. Escuchaba frases aisladas de sus admiradores: «Mi señora, soy Palermo». «Es un honor, mi reina.» «Mis respetos en este día, soy Benjamín.» «Mi nombre humano era Jerome.» «Gracias, salvadora.» «Es un privilegio saludarla, bella reina.» «Soy Erasmo.» «Me conocían como Prudence.» «Gracias, Reina Manca.» «Recuérdeme en sus oraciones.» «Mi nombre es Marcus.» «Es usted hermosa, nuestra reina.»

Lina estaba mareada; todos y cada uno de ellos merecían ser escuchados durante horas, y mientras esa empatía volvía a ella, miró hacia abajo. Vio a los Ekuas: a los amables primeros humanos y sus jadeos, a las riendas que los obligaban a andar, aferrándose a sus bocas, las herraduras clavadas en sus pezuñas… que también eran pies. Aquellos humanos no eran otra cosa que esclavos, y ese día ella se sentía como una libertadora.

Se acostó sobre Sanity y con suavidad la detuvo desde las crines. Desmontó mientras los cazadores llegaban de todo el mundo para tocarla. Parecía una reina en un desfile, adorada por sus súbditos, y eso le daba más fuerza para continuar.

De pronto, con el peso de cientos de dedos malditos sobre su cuerpo, tomó su guadaña con ambas manos y la clavó en el suelo con toda su fuerza.

—No más riendas para los Ekuas —murmuró mientras caía sobre sus rodillas.

Fue inmediato: la magia de la Jinete de Fuego se esparció por cada rincón del planeta y todos los corceles del reino maldito perdieron sus riendas. Excepto uno: Humble.

En ese momento el corcel negro apareció a unos metros de donde se encontraba.

—¡Lina! —gritó Máximus en la distancia.

La cazadora líder y la sencilla muchachita de Whitehorse se

irguieron con la ayuda de su guadaña y lo miraron directamente a los ojos, ahora completamente negros.

—¡Detente ahora mismo! —le ordenó mientras desmontaba y caminaba hacia ella, estupefacto ante todos los caballos sin sus monturas—. ¡¿Qué has hecho?!

—¡Ningún animal debe ser esclavo! —explicó gritando.

A Máximus le era difícil seguir esa lógica.

—Pero ¿cómo cabalgarán nuestros cazadores?

—Nos adaptaremos. Desde ahora también nosotros podremos cuidar a los Ekuas.

Efectivamente, Destiny había estado en lo cierto cuando le confió a Umah que aquella humana iba a ser la Jinete de Fuego que podía unir los mundos y salvarlos a todos.

—¡Ya es suficiente! —ordenó Máximus a todo pulmón—. ¡Ve a esperarme a tu cueva! Yo ordenaré tu desastre.

Lina levantó la barbilla y no se movió.

En ese momento unos cuantos cazadores aparecieron detrás de Máximus, pero este les cortó el paso con su espada.

—Se acabó la función. ¡Regresad a vuestras labores!

—¡Déjalos! —dijo ella y luego rugió—: ¡Cazadores, seguidme!

Montó a Sanity de un salto y dejando a Máximus con la boca abierta, desapareció. Segundos después ya estaba en una planicie y al instante varios cazadores se arremolinaron para tocarla, pero de pronto una llama brilló cerca y todos se dispersaron.

—¡¿Estás loca?! —le gritó el Supremo—. ¿Ahora pones a los cazadores en contra mía? ¿Sabes cómo deberé castigar a los desobedientes?

Lina lo miró de arriba abajo.

Un cazador jovencito apareció y Máximus lo tomó como si fuese un juguete, con su espada en su cuello. Lina alzó la guadaña, lista. No iba a permitir que lastimase a nadie por su culpa. Al verla, Máximus empujó a aquel súbdito y, con el ceño fruncido y dolor en su voz, exclamó:

—¿Blandes tu arma contra tu esposo?

—Pensé que ya no éramos esposos —respondió ella alzando más la barbilla.

—Lina, te lo ruego… —empezó—. Esta vez no hagas oídos sordos a mis consejos. Detente por amor a mí. Una vez me pediste que te recordara que me amas. No lo hice entonces, pero lo hago ahora.

—Ahora ya es tarde.

Sin esperar respuesta, Lina asió a su yegua de un costado y así

cabalgaron lejos, con su esposo pisándoles los talones. De pronto un humo negro y cenizas chisporroteantes surgieron a su lado y ella comenzó a alejarlo con su guadaña. Máximus no llegó a formarse y el humo desapareció. Entonces Lina frenó a Sanity: estaban a los pies de un volcán dormido.

En ese momento, el humo de Máximus se hizo cuerpo a cinco metros y Lina volvió a empuñar su arma con sus dos manos, corriendo hacia él como una guerrera.

—¡Esto debe parar, Lina! —Máximus usaba su espada como escudo ante los torpes ataques de ella. No quería lastimarla.

—¡Maldito Supremo! ¿Ibais a designar una nueva Elegida? —exclamó fuera de sí.

Él la miró sorprendido y Lina interpretó que lo había pillado, pero solo era sorpresa por semejante disparate.

—No lo niegas —dijo ella mientras recobraba el aliento.

Máximus dio un paso adelante.

—No debo darte explicaciones a ti —masculló para luego gritar —: ¡Eres inferior a mí! ¡Soy tu rey!

En su primera vida humana, Lina jamás había sido orgullosa, pero la corona y el exceso de poder no le sentaban bien. Ahora como cazadora cometía más errores de los que había cometido cuando estaba viva. Herida en su orgullo por aquellas palabras, Lina volvió a rugir y a tocar a Sanity. Apenas podía sostenerse porque se estaba agotando, aunque era hermoso verla luchar con todas sus fuerzas: aparecía en un acantilado y luchaba; en el pico de una colina y se erguía con su guadaña; luego entre los escritorios de una oficina cerrada, en un riachuelo, de día, de noche, con nieve, lluvia o granizo. Lina arremetía contra su rey y a su paso tocaba a cuanto cazador se le cruzaba para liberarlo.

—¿Es que no lo ves, Lina? —le gritó Máximus cuando ella corría dando tumbos por un puente colgante—. El equilibrio del mundo depende de cada detalle, de cada absurda pequeña cosita… Por eso es necesaria la existencia de los Supremos.

Lina sonrió con amargura y se giró para plantarle cara.

—Hablas como ellos, porque eres como ellos —hizo una pausa para rebajarlo con la mirada—, pero te lo advierto, si Salvador deja las Tierras, os mataré a todos.

En la punta del movedizo puente de madera y cuerdas, el rey de los condenados se deshizo en cenizas para aparecer junto a ella y se dejó atravesar por la guadaña, que rompió su armadura. De inmediato Lina retrocedió horrorizada.

—Will… No…

Pero Máximus se desprendió sin una gota de sangre.

—No es tan fácil matar a un Supremo, ¿verdad? —dijo.

En su ignorancia, Máximus empezaba a temerla. Lina era una nueva desobediente que de buenas a primeras tenía poder. Para él, una mala mezcla. Hizo surgir una bola de fuego azul, pero ella volvió a llamar a su yegua y se fue rápidamente. Cansado de luchar para hacerla entrar en razón, decidió terminar con aquello y, extendiendo su mano, hizo que Sanity, a pesar de su lucha interna, ya no pudiera desobedecerle. Sus patas delanteras cedieron ante la poderosa voz y trastabilló en medio de un túnel lleno de luciérnagas.

Lina bajó y siguió valiéndose de sus pies descalzos. Estaba cansada. Sentía el fin cerca. Eso era como agonizar.

Los cazadores retrasados de los confines del mundo se acercaban en ráfagas para tocarla y así poder liberarse de sus objetos malditos. Mientras tanto, Lina intentaba retener el fuego azul de su rey con su guadaña, corriendo en dirección opuesta.

En el inicio de aquel túnel, Máximus surgió entre humo y chispas, y con ambas manos generó llamas más fuertes, teniendo cuidado de no lastimarla. Lina frenó en seco y se giró para hacer frente al fuego mientras a su espalda todos los malditos buscaban serlo un poco menos.

—¡Daos prisa! —les gritaba ella, olvidando el sentido original de esa lucha, completamente entregada a salvar a los demás en vez de a ella misma.

Los cazadores eran un tumulto a su alrededor; murmurando agradecimientos, dejaban espacio para los miles que aún faltaban.

Las esmeraldas encendidas de su guadaña comenzaron a quemarle las palmas y sus talones se levantaron al tratar de frenar el fuego azul. Fue un acto bello. Algo propio de la que William había apodado la Gran Lina, alguna vez allá en Darkhorse.

Cuando ella no tuvo ni una pizca más de humanidad para dar, cayó.

Máximus no dejó que tocara el suelo. Como una llama que se consume y vuelve a encenderse, se materializó junto a ella y la recostó en su pecho amplio. Notó con tristeza que su mujer ya no respiraba: su humanidad se había evaporado.

Parecía que, en ese lugar de pena y condena, Lina había incendiado todo lo que había sido. Y es que, aunque ni Máximus lo sabía, de tanto estar con monstruos, no solo Lina se estaba convirtiendo en uno, sino que estaba reuniendo todos los elementos necesarios para crear al monstruo mayor: aquella princesa de fuego

y cenizas que tendría el poder de quemarlo todo. Pero ahora, a enfrentar al Círculo.

Capítulo 25

Humana caída

«Le decía que tenía debilidad por defender a todos, menos a ella misma.»

W. Parrot, *Whitehorse I. Cuando los Cielos y los Infiernos se abren*

Como la primera vez que habían visitado el Círculo, él la llevaba en brazos. Sin embargo, pronto las cosas dejaron de ser como habían sido cuando la depositó en la hierba frente a los tronos, la dejó sola y comenzó a caminar hacia el suyo. No se volvió a mirarla ni hizo grandes escenas.

Lina, sin poder incorporarse, sintió a Sanity y a la pequeña Smith que llegaban para escoltarla, siempre fieles. Notó también como Máximus ejercía una suerte de influencia sobre ambas, que no podían moverse ni un milímetro. Solo algún que otro relincho o ladrido se escapaba de sus fieles compañeras.

Cuando el Supremo se acomodó en su trono, fue Astrid la que habló:

—Bienvenida, Angelina Smith.

Lina intentó ponerse de pie valiéndose de sus manos, pero los

codos le fallaban. Entre dientes, vencida y malhumorada, respondió desafiante:

—Ya no debéis llamarme así.

—¿Cómo te atreves…? —comenzó la Voz de las Aguas.

Pero Lina no lo dejó seguir.

—Tuve un sueño extraño —dijo en tono provocativo. Quería volverlos locos antes de que designaran a una nueva Elegida—, más bien como una epifanía. Tú, acuoso, eras vencido por Marina, *mi* Marina, y yo podía escoltarte hasta los Infiernos por todo el daño que has hecho.

—Pequeña y absurda criatura, maldigo el día en que te crearon.

Lina sonrió disfrutando aquel momento. El agua del trono giraba encolerizada.

—Y yo maldigo el día en que alejaste a tus hijos de su dulce madre y la hiciste vivir la incertidumbre que yo vivo día a día, lejos de mi niño. —Se golpeó el pecho—. Niño que vosotros os empecinasteis en arrancarme, primero de mi vientre, y luego de mis brazos. Claro que en lo segundo ganasteis, y ahora habéis ido a por Marina.

—Astrid —gruñó el acuoso sin despegar los ojos de la cazadora —, déjame ahogarla hasta que vuelva a morir. Déjame enviarla a donde pertenece.

Newen Mapu intervino con un hilo de voz:

—Mi hija no pertenece a ningún reino más que a mi Tierra.

Lina volvió a reír. Estaba haciendo todo un numerito frente a ellos. Los Supremos de las Aguas y los Cielos parecían enfrascados en su actuación, mientras que Newen Mapu y Máximus se mantenían cabizbajos y demasiado al margen.

—De todas formas, pescadito —siguió Lina—, no te preocupes. Sé cómo son las cosas: mi destino lo elige ella —señaló a Astrid mientras se incorporaba al fin—. Y tú crees que tienes poder… Eres gracioso.

Astrid sonrió para sí en su trono y decidió detener aquello con diplomacia.

—Suficiente —dijo con el poder de los que no tienen que levantar la voz—. Si no quieres que te llamemos Angelina, ¿cómo quieres que te llamemos?

Lina endureció el gesto.

—Jinete de Fuego. Me lo he ganado.

—Alguna vez juraste obedecer al Círculo, Jinete de Fuego —le recordó Astrid.

—Mentí —dijo satisfecha—. Como vosotros lo habéis hecho

tantas veces.

Nadie hablaba. Astrid suspiró y acarició la tela estrellada que llevaba como arma.

—También te llaman Reina Manca y *Madame L'Mort* —soltó con voz aterciopelada—. Hasta el momento no me había atrevido a inmiscuirme porque pensé que tu Supremo podía controlarte. Además, como te dije, no es pecado castigar a los impuros, pero lo hiciste en deterioro del equilibrio. No fuiste una mala líder cuando estabas sola, pero ahora que ha vuelto tu rey, te has rebelado. ¿Por qué?

Ya estaba bien de cháchara. Lina fue a por todo:

—Porque no dejaré que hoy hagáis otra Gran Competencia.

—¿Otra Gran Competencia? —repitió confundida—. No. Hoy nos reunimos para debatir un problema de límites acuosos en el hemisferio sur —respondió Astrid con sinceridad.

Lina suspiró aliviada y luego pensó en Samuel… ¿Le había mentido o se había equivocado? ¿O quizás Astrid era la que mentía ahora? Ya no sabía en quién confiar…

—Esta vez tomaremos medidas más severas —soltó de pronto la Suprema—. Para que entiendas que el equilibrio de los cuatro reinos no se debe tomar a juego.

—¿Estás lista para aceptar tu castigo, criatura maldita? —preguntó la Voz de las Aguas, disfrutando del momento.

Lina miró hacia el trono de fuego.

—Supongo que mi exesposo me defendería.

—Tienes que aprender a comportarte, mi reina —fue la acotación de Máximus—. Sabemos que tus intenciones son… —suspiró buscando una palabra neutral— progresistas. Sin embargo, no se puede cambiar la selección natural que acompaña el proceso: algunos mueren y van a los Infiernos, otros cabalgan hasta cumplir su condena.

La espalda de Lina se endureció; las pocas fuerzas que le quedaban quería usarlas para golpearlo.

—¿Y yo cuándo he elegido? —escupió—. ¿Por qué otros pueden elegir y yo no? Quiero que me deis la opción ahora. Quiero ir a los Infiernos y cumplir mi condena. Volver a las Tierras y estar con mi hijo.

Máximus apartó la mirada.

—No funciona así, y lo sabes.

—¡Basta! —rugió la Voz de las Aguas—. No le debemos ninguna explicación.

Lina se aferró a su guadaña.

—Cállate, viejo inútil. Solo eres un secuestrador de niños. Apartaste a tus dos hijos de su madre, y luego a Salvador y a Marina de mí. No vales nada, maldito pez.

Nadie jamás le había hablado así a la Voz de las Aguas y tendría que esperar algún tiempo para que una jovencita le hablara en el mismo tono. Sin embargo, la segunda vez las consecuencias no serían en absoluto graves.

—Hija mía, ten paciencia… —intervino Newen Mapu.

Pero ya era tarde; la furia de los mares se había despertado.

—Pequeña ignorante. —La Voz de las Aguas aumentaba su tamaño en su remolino efervescente. Lina no retrocedió ni aun cuando este alzó su tridente y comenzó a caminar hasta ella. Instintivamente Sanity relinchó detrás, pero Lina la calmó con un gesto y permaneció estoica en su lugar cuando el acuoso se puso muy cerca y exclamó con satisfacción—: Tú que lo sabes todo, tú que no tienes ya maestros, hoy voy a recordarte por qué me llaman la Voz de las Aguas.

Dicho esto, la desconcertó tomándola por la garganta con un solo movimiento. Lina se despegó del suelo como una muñequita de trapo y una escena antigua la invadió: se vio en la puerta de su colegio cuando William la defendió de las habladurías del estúpido de Connor Freeman. Sin embargo, ahora Máximus no se movía de su trono.

—Habla ahora, pequeña criatura. Quéjate… —gruñó el acuoso acercándola a él.

Ocultando el latido descontrolado de su corazón, Lina no se amedrentó.

—Estás molesto porque yo pude reproducirme y ganar ese absurdo juego del que tú quieres formar parte. Escupo en los de tu tipo y te prometo que seré yo la que cabalgue delante de las mujeres de tu reino cuando ahoguemos a los fanáticos de esa maldita Competencia. Te lo prometo. —Lina cometía un error de principiante, regalando información antes de tiempo.

El acuoso hizo centellear su tridente y levantándola con una sola mano dijo:

—No has querido callar, entonces ahora ya no podrás hablar.

Lina miró hacia Máximus, que, con las manos aferradas a su trono y la mandíbula tan apretada que parecía que iba a estallar, hizo que el trono ardiera en una hoguera con él y todo. Comprendiendo que tendría que arreglárselas sola, exclamó hacia el acuoso entre jadeos:

—Cobarde, le hiciste lo mismo a tu hija y no te arrepientes…

La Voz de las Aguas aumentó la presión de su mano.

—¿Estás segura de que estas son las últimas palabras que quieres decir?

—No —dijo y giró el rostro hacia Máximus—. Te odio.

Ante otra presión del Supremo, una pequeña luz viajó desde la garganta de Lina hasta el brazo musculoso de él, su pecho y la mano con el tridente. En esa arma dorada titiló la voz de ella. Junto con la de Costa.

Lina intentó hablar, pero solo le salieron gruñidos, y era horrible, porque sentía que se ahogaba en sus palabras. Siempre fiel a sus manías de humana, en ese momento su mente divagó. A pesar de estar siendo torturada, se sentía como la Sirenita: a ella también le habían quitado la voz. Pero Lina no era una sirena. Ni una princesa de Disney.

Cuando el acuoso la soltó, Astrid se levantó de su trono y fue hacia ella mientras su compañero regresaba a su lugar, turnándose para torturarla. Mientras tanto, Lina tosía doblada en dos, junto a sus compañeras desesperadas que aún no se podían mover.

Miró hacia Máximus desconcertada. Le reprocharía aquello durante muchos años, como cuando la devolvieron a su estado natural y él la dejó sola en Darkhorse con Samuel. Pero ella también se equivocaría en la forma de cuidar a quien se ama. Mentiría y escondería para proteger, hiriendo a Máximus como nunca y también a su futura hija… Su pobre hija, que sufriría horrores por sus mentiras. Y si su hija sufría, el mundo entero lo haría también.

—No has querido ver, entonces en la oscuridad se quedará tu ser —sentenció Astrid cortando un trozo de su manto estrellado. Lina abrió sus hermosos ojos verdes y comenzó a jadear. Quiso alejarse, pero Astrid la tomó de su mano humana y no tuvo más opción que obedecer. En un reflejo, la mirada se le movió hacia Máximus, que se la sostuvo sin demostrar nada. Después miró a Newen Mapu, que, con sus ojos de barro mojado por la pena, le sonrió, alzando su única mano. Con el meñique dibujó la letra jota y luego cerró el puño con su pulgar al lado. Lina no tardó en comprender que le estaba deletreando la palabra que la definía para él: *jazmín*.

Con movimientos suaves pero certeros, Astrid movió el jirón de tela frente a ella y, por cómo lo tomaba, Lina comprendió que se trataba de una venda. Temblando, observó el rostro de Newen Mapu. Era un rostro hermoso y reconfortante, y eso fue lo último que vio antes de que Astrid le ajustara la tela.

Y entonces, la oscuridad.

—Will —gritaba para sus adentros ahora sin voz—. Will,

detenlos. Will, por favor. Will, Will, Will.

—Acércate, Máximus —ordenó Astrid como si allí no sucediera nada horroroso.

Lina escuchó el sonido de la armadura, su propia respiración entrecortada y los gemidos de sus compañeras a su espalda. Aquello era una pesadilla. El nudo en su nuca era imposible de deshacer y las manos comenzaron a sangrarle de tanto tironear. Eso podía ser tela tanto como cemento.

De pronto, escuchó la voz aplacada de Máximus muy cerca.

—No has querido oír sobre tus palabras, entonces ahora no oirás nada.

Sanity relinchó más fuerte y la pequeña Smith le mostró todos sus dientes a Máximus cuando estaba a punto de colocar sus manos sobre los oídos de Lina. Pero, de repente, un rugido se escuchó sobre sus cabezas y una nube de humo cortó el cielo nocturno, por donde apareció un caballo alado que trotaba furioso hacia ellos, arrojando fuego por su morro. Y todos vieron como de las fauces del pegaso surgía el humo después del fuego. Y aquella criatura nunca vista, solo imaginada, se posó junto a la Reina Manca, pero ahora era un hombre. Hermoso, muy alto y con unos brillantes ojos verdes.

—No más castigos para la Reina Madre —dijo el Ekuas alado. Era el mismo muchachito que había estado en las ceremonias de designación del Supremo de Fuego.

Newen Mapu le sonrió desde su trono.

No era la primera vez que un Eterno intervenía en el Círculo a favor de Lina Smith ni tampoco sería la última. Sueño ya lo había hecho en su primera muerte. Sin embargo, esta intervención no era un acto fortuito, sino un plan elucubrado con todo detalle y orquestado por Máximus.

Newen Mapu y Sueño solo habían hecho de enlace para que aquel sencillo muchacho alado detuviese la barbarie.

—Que la lleven a su mundo infernal —ordenó Astrid después de hacerle una reverencia al recién llegado—. Te agradecemos tu intervención, Eterno Whitehorse.

De haber podido entender algo, Lina hubiese ladeado la cabeza al menos al escuchar ese peculiar nombre, pero estaba perdida en un mundo de tinieblas.

Inmediatamente Máximus llamó a Izzie para que se la llevara junto con Sanity y la pequeña Smith. La cazadora pelirroja no apareció sola, sino junto a Costa, que le lanzó una mirada de odio a su padre, y las animadoras malditas, que hicieron lo propio con su

Supremo.

—Llevadla a un lugar seguro. Tiene mucho que pensar —ordenó Máximus siguiendo con su papel.

—¡Costa! —rugió la Voz de las Aguas desde su trono—. Enséñale a obedecer.

La acuosa asintió y bajó por su garganta de escamas otro trago de odio. Sin esperar más, se la llevaron lejos mientras Lina arañaba la venda enloquecida. Fue en ese momento cuando ella, que esa misma noche había despojado a casi todos los condenados de sus ataduras, comprendió de qué forma tan cruel atan a veces los objetos. La habían castigado con saña, desde sus pedestales.

Lina comprendía que hacerle un mal a alguien bajo la premisa de que es por su bien es violentarlo de la peor manera. Es quitarle su cualidad de humano y por eso tantas personas odian su infancia, porque en esta los adultos deciden. Pero, aunque se empecinasen en tratarla así, Lina ya no era una chiquilla. Lo que le habían hecho para castigarla o enderezarla estaba mal. Muy mal.

Ahora el mundo estaba desenfocado para ella.

Costa la llevó al lugar más seguro que conocía: la cabaña de su hermano. Era un buen sitio porque, ya que Lina solo oía, al menos podría tranquilizarse con el oleaje. Y, en efecto, sus sentidos comenzaron a llenarse con un lugar conocido: la madera hinchada de humedad bajo sus palmas, el aroma a sal y el sonido del agua al romper.

Todas sus amigas intentaban calmarla, pero Lina no quería quedarse quieta ni mucho menos descansar en esa vieja cama de dosel oxidado, como le rogaba Izzie.

En un rapto de ira, salió de la cabaña, arrojó su guadaña a la arena y con sus manos les pidió que la dejaran sola. No era una orden, sino una súplica. Hasta la pequeña Smith se retiró con Sanity. Fuera, aunque los ojos de Lina estaban cubiertos, la luna más bella bañaba aquel páramo.

Lina reconoció el tacto de la arena en sus pies e intentó una vez más quitarse la venda, pero era imposible, por supuesto. No cedía ni un centímetro. Comenzó a dar tumbos por entre las plantas hasta que logró salir a la costa y el sonido del mar a unos metros logró relajarla un poco. Las rocas la hicieron tropezarse, pero no dejaba de caminar. Sentarse era como aceptar su nuevo destino.

Después de unos pasos su vestido se mojó con la rompiente y, aunque recordó que también era odiada en las Aguas, se sintió más tranquila.

A lo lejos, en medio del mar, unas alas esqueléticas surgieron

chorreantes. Estaban dobladas como si tuviesen artrosis; al parecer, la fractura que el demonio le había provocado hacía tantos años aún no soldaba bien. El dueño de aquellas alas malditas las plegó, posó sus ojos celestes en Lina y comenzó a andar hacia la costa.

Al oír el aleteo, Lina corrió mar adentro. El anhelo por tocar aquel rostro conocido, la desesperación por su nueva condición… Todo la empujaba hacia él. Y, aunque los años habían pasado a un alto costo, el aroma a lavanda la seguía guiando. Lo buscaba entre las gotas de agua que levantaba a su paso, con una mano alzada, tanteando. Y él, erguido como el dios que era, la observaba con sus ojos llenos de lágrimas plateadas. Lágrimas de furia, de venganza y de odio. Todo le resultaba insoportable, inhumano para ella: los pies descalzos en la tierra mojada, los quejidos de su garganta muda, la venda maldita en el rostro humedeciéndose bajo sus ojos. Verdaderamente era la reina de los caídos, *Madame L'Mort*, la Reina Madre…

Samuel salía del centro del mar con sus alas goteando entre los huesos, sin dejar de acercarse a ella. Un quejido ancestral abandonó su pecho mientras atravesaba las olas a grandes zancadas para dirigirse a la rompiente. Eran Samuel y el mar: dos de los lugares más peligrosos al tratarse de Angelina Smith.

—Sam —formó ella con sus labios mudos—. ¡Espera!

Caminó con su mano humana en el aire. Como lo había hecho en aquel desvencijado apartamento de Darkhorse. Lloraba y la venda maldita se empapaba con su pena, pero ni aun así le regalaba siquiera una mínima sombra. El mundo de Lina sería ahora el de la oscuridad. Tropezó frente a Samuel y comenzó a palpar aquel cuerpo, desde los pies hasta los hombros… Llegó al rostro; sin embargo, no fue allí donde se aseguró de su identidad. Fue a la muñeca derecha de él a buscar la cinta celeste, confundiendo los tiempos. Al no encontrarla, dio un paso hacia atrás.

—Angelina… —la atajó él con dulzura.

Samuel era consciente de los ojos de fuego que los observaban, pero no lo amilanaron ni un poco, ni siquiera cuando ella reconoció su voz y se arrojó sin dudarlo a sus brazos.

—Sam —volvieron a formar sus labios muertos—. Ayúdame.

Fue un acto sin sentido. En su horror, después de aquella experiencia traumática, Lina quería borrarlo todo. Volver al punto de partida. Cruzarse a Samuel en el bosque y no a Máximus. Traer la luz. Luz en vez de toda esa oscuridad. Lina lloraba. Loca.

—¡Angelina! ¡Mira lo que te han hecho! —No se oía ira ni reproche en su voz. Simplemente la había estado esperando.

La tomó por los codos y la apoyó junto a su pecho. En otras páginas, escritas en otros mundos, la escena se repetiría en esa misma playa, pero con una Lina y un Samuel profundamente en paz, rodeados de niñas de cabello dorado y ojos verdes, sin ninguna maldición que los angustiase ni los hiciera mutar en criaturas de las tinieblas. Pero en el universo de esta Lina, su monstruo alado sintió compasión, y con ella en su pecho repitió:

—Mira lo que te han hecho. —Lina respiraba con dificultad, más por la emoción que por la necesidad de oxígeno—. Angelina… —balbuceó afectado—. Lo siento. No quería que…

Entonces sucedió lo increíble: Lina lo besó. No como de costumbre, con ese beso de desamor que compartían donde los dedos de uno se rozaban con los labios del otro. Este era un beso verdadero, lleno de pasión y sentimiento. Esta vez Lina se entregó a sus labios con una fuerza descomunal y el ángel le correspondió. Abrazándola por la cintura, se sumergió de espaldas sin soltarla, y en vez de terminar en un colchón de tejidos humanos, cayeron en el mar. Las telas danzaron a su alrededor con la velocidad del agua…, despacio, con esa lentitud habitual al sumergirse. Como si también allí hubiese una melodía —ajena a los oídos de Lina— que hiciera danzar sus ropas y su cabello a un ritmo lento y tranquilizante.

Lina pensó en la vida celestial que dejó ir. Fue inevitable recordar las risas y los besos de la descolorida vida que se negó a sostener en Darkhorse.

Desde la orilla, Máximus y Eron miraban la escena. El rey no decía nada, pero cuando desaparecieron de su vista, se acercó a la costa y, sin soltar su arma infernal, cayó arrodillado.

—No te reconozco —dijo Eron a su espalda.

—Tenía que hacerse —respondió como ido—. Tenía que hacerse…

Flotando en mitad del mar, Samuel le acariciaba a Lina los cabellos largos que se enredaban entre ellos como algas. La llevaría con él al reino acuático si era necesario.

—Déjamelo todo a mí, Angelina. Yo me ocuparé de todo —decía entre besos—. Todo estará bien: restituiré el equilibrio en tu mundo y el Círculo te perdonará. Y tú y yo podremos empezar una existencia juntos. Te prometo que tu hijo no sufrirá más e irá al Paraíso.

Debajo de la venda, Lina abrió los ojos: el discurso de Samuel la hizo salir del trance. Se irguió con la fuerza de una cazadora líder que no necesitaba ni flotar en esos dominios mojados y lo tomó por el cuello con la mano de Newen Mapu. Lo hundió para ahogarlo y

luego lo arrojó hacia las piedras de la orilla, como si fuese una simple marioneta de Juan Carrasco.

¿Qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto loca? Samuel era la ausencia de Salvador y todo lo que había hecho era por su hijo. Lástima que el todo que soportan las madres a veces es demasiado. Pero Lina no iba a flaquear justo en ese momento. Ya basta de historias de amor con Samuel en ríos o mares. No había alas cristalinas. Lina Smith no era un ángel, no tenía plumas. Ella tenía una yegua, el poder del fuego y su guadaña, con eso tenía que bastar. Ciega, desorientada y sola, sin saber hacia dónde nadar, comenzó a dar alaridos.

Máximus la oyó desde la orilla y fue a buscarla. Cuando llegaron a tierra, Samuel los esperaba ya. Eron quedó a un lado en silencio.

Lina sintió pesada la venda y sus pulmones llenos de agua se incineraban para evaporarla. Todo era una locura. Todo era sufrimiento. Máximus la depositó en el exterior de la cabaña de Areias y fue a enfrentar al ángel maldito.

—¡¿Cuándo entenderás que no eres el protagonista de esta historia?! —Samuel lo miró sin entender—. Esta es la historia de Máximus y de Lina —le explicó—. No la tuya. Es la mía y la de mi mujer.

—Eso está por verse. Ya fue mía una vez.

Máximus se irguió frente a él cuan alto era, mientras el ángel desplegaba sus alas malditas.

—Samuel, necesito que entiendas esto —soltó entre dientes—. Aquella vez, yo te la dejé. Dejé a mi esposa, a mi mujer. Te la entregué y ella volvió a mí, intacta. Lo que construimos Lina y yo nunca lo podrás tener. No importa si ella va al Paraíso o yo me convierto en cenizas en los Infiernos. Las cosas son así. —Hizo una pausa para calmarse. Tenía un plan y ese pajarito no lo iba a estropear—. Y siento lástima por ti: no podría imaginar un mundo sin su amor, ni siquiera si tienes un puñado de los sentimientos que yo tengo por ella… Pero voy a decirte esto una sola vez: aléjate de mi esposa y de mi hijo, porque yo solucionaré el desequilibrio del mundo. No tientes mi humor ni mi paciencia ahora que soy un Supremo.

Samuel desvió la mirada hacia el cuerpo de Lina, que a tientas buscaba su guadaña.

—Siempre supe que eras un monstruo. ¡Mírala! Mira lo que has hecho, demonio.

Lina estaba junto a la tumba de Cordelia, el amor humano de Areias. En donde varios años atrás había dicho palabras tan lindas,

tal vez llamada por su futura fatalidad. Como si aquellas palabras le hubiesen dado una clarividencia al despejar su mente de la discusión de aquellos dos que la aturdía, Lina palpó su guadaña.

Y allí tuvo una epifanía acústica.

—Fracasarás el día en que dejes de intentarlo —le decía la voz de Julie.

—Ahora ya te has levantado de la muerte. Ahora, si te destruyen, te vuelves a armar y eso es mejor que ser indestructible —le decía la voz de Eron.

—Para mí eres una *rockstar* —la animaba J. J.

—Mujer ayuda a mujer —traducía Ría de su hija Costa.

—Eres de las que fundan nuevas realidades —decía una Umah condenada y otra más antigua le prometía—: Tú nos liberarás.

Y por último su propia voz:

—Vamos, Lina, levántate.

Usando su guadaña como bastón, se incorporó. Alzó la mano de Newen Mapu y sintió el viento para ubicarse. Sostuvo su arma con su mano humana y la clavó en el suelo haciendo que un pequeño seísmo callara a esos dos y volvieran su atención hacia ella.

—No —dijo con sus manos—. Esta es *mi* historia. Ya no hay más Lina y William… Ni Samuel. Ya no hay Competencia ni Elegida. Esta es *mi* historia. —Se golpeó el pecho al final.

Estaba sola o, mejor dicho, los hombres de su vida la habían dejado sola al perseguir sus objetivos individuales. Nunca la habían considerado una igual. Ella era una cosa, algo a ganar, algo a disfrutar, algo a dejar torturar… Lina se alejó con un sinsabor, pero siendo consciente y dueña de cada parte de sí. A un precio altísimo, aquella noche se había liberado.

En el juego de la vida, Lina Smith al fin había abandonado el papel de Elegida.

Capítulo 26

Fogosidad

> «Richard Bennett era sencillamente la versión rubia de Salvador. Era seguro, valiente, hermoso… Tenía recursos. Y también se enamoraría perdidamente de Rory.»
>
> W. Parrot, *Whitehorse V. Regreso a Whitehorse*

Por fin había llegado el punto más frío del invierno en Whitehorse. Los días eran prácticamente oscuros, pero a ellos no les importaba: su pueblo estaba lleno de actividades invernales. Como ese fin de semana que tenían la competencia de trineos, el concurso de esculturas de hielo y la temida y esperada fogata.

Para no abarcar demasiado, decidieron que estaban mayores para los trineos y, además, era bueno guardar energías para el concurso; Salvador había estado practicando durante varias semanas y quería lograr la mejor escultura. Era el primer año en que era lo suficientemente adulto como para registrarse y se moría de ganas de hacerlo, ya que su padre le había enseñado a tallar casi al mismo tiempo que a empuñar una espada o un escudo. Cuanto

más crecía, más normal le parecía eso de tallar y más extraño lo de su entrenamiento en un combate que tendría lógica si hubiese vivido al menos dos siglos atrás. Sin embargo, admiraba tanto a su padre que ni lo cuestionaba. Solo era un adolescente normal que, junto con sus amigos, no podía esperar a que llegase el fin de semana, pero por más que sus ansiedades juveniles quisieran adelantar el reloj, aún era viernes y acababan de terminar una dura jornada deportiva.

Era difícil para Rory vestirse medio mojada después de natación y debía poner empeño en ello; si no, el clima helado la haría caer enferma. Aunque ya era indemne a los virus, recordaba sus primeros años febriles, dolorosos… Iguales a los de Logan. Sin embargo, ella los había pasado asustada y en un lugar no tan amable como su bello pueblo. Sin nadie que la cuidara. Hasta que llegó a Whitehorse y encontró a Salvador, por supuesto.

Queen estaba a su lado, cambiándose también.

—Así que el cobarde de Iron no se animó a invitar a Jenny, ¿verdad? —preguntó a gritos sobre los secadores de pelo de las jovencitas.

Sin entender de dobles intenciones, Rory le respondió sincera:

—Al final no… Pero Sal y yo ya le dijimos que tenía que invitarte a ti.

—¿A mí? —Toda la seguridad de reina se le escapó—. ¿Y eso por qué?

—Porque creemos que vosotros haríais una linda pareja.

Queen no supo qué decir y Rory siguió tranquila enfundándose el jersey que la tía Julie le había tejido. Le quedaba grande de mangas y un tanto ajustado en el cuello, pero abrigaba.

—En esta clase de salvamento estuviste excelente.

—No tanto como tú —murmuró Queen un poco triste por cambiar de tema.

Rory pareció percibir su emoción y otra vez la ayudó.

—¿Sabes qué? Echo mucho de menos a Sal. Hace como dos horas que no lo veo. Le he dicho que me gustaría enseñarle a nadar bien, pero dice que aprendió hace tiempo con una amiga de sus padres y que el agua no le apetece mucho… En cualquier caso, ya deben de haber terminado el entrenamiento. ¿Vamos al vestuario y de paso invitas a Logan para mañana?

Queen se llevó las manos al rostro ruborizado.

—¿Estás loca? ¿Ir a los vestuarios de los muchachos? ¿Invitarlo? Pero eso no se estila sino en el baile de *chica invita a chico*.

Con su bolso listo en el hombro, Rory le sonrió.

—Cualquier ocasión puede ser una oportunidad para que la chica invite, ¿o no?

Solo bastó un guiño de ojo como empujoncito final y Queen estuvo lista.

El vestuario que usaban los muchachos de *hockey* quedaba relativamente cerca. Dentro las recibió el vapor, las risas, desodorantes con aroma a brisa marina y un deje de madera ahumada que provenía del *center* del equipo, que se divertía junto a su mejor amigo. Como casi todos los que acababan de ducharse, solo llevaban una toalla alrededor de la cintura.

Cuando las muchachas —que no sabían por qué estaban agarradas de la mano— caminaron hacia ellos, Salvador presintió a su novia celestial y se giró. Se quedó pasmado un segundo, la vio con su cabello suelto y mojado, su piel un poco roja por el calor y esa boca que le gritaba pidiendo un beso. Allí, casi desnudo, deseó llevársela a una de las duchas y amarla salvajemente. En vez de eso, tragó su excitación y soltó:

—¡Rory! Ya te echaba de menos, hermosa.

Salvador tenía eso: nunca la hacía sentir desubicada.

Para sacudirse la sensación de vergüenza ante la mirada incrédula de Logan, Queen saludó con un beso a varios muchachos. Enseguida él comenzó a protestar ante los silbidos:

—No tenéis que estar aquí. Nos meteremos en problemas.

—Oh, relájate, Iron —dijo Queen intentando parecer casual, pero estaba perdida en los músculos que parecían rocas negras en su pecho, sus hombros brillantes por las gotitas de agua y aquel cortísimo cabello que la obsesionaba. Se imaginaba acariciándolo mientras lo tenía encima de ella.

—¿Qué hacéis aquí? —insistió.

Rory acudió en su ayuda.

—Hemos venido a hacer las invitaciones para la fogata.

Salvador entendió enseguida de qué iba todo aquello. Mientras giraba el rostro de Rory hacia él, para que sus bellos ojos no se chocaran sin querer con la desnudez de ninguno de sus compañeros, dijo:

—Por supuesto, preciosa. Me encantaría ir contigo.

—Pero si está más que claro que ibais a ir juntos —exclamó Logan ajustándose la toalla—. ¿Habéis perdido la cordura? Nos van a amonestar a todos por vuestra culpa.

Rory le dio un codazo a su amiga.

—Queen también viene a invitar a alguien.

Hubo una pausa en la que todos los jovencitos los observaron.

Menos Salvador, que acariciaba despacio el cabello húmedo de Rory; el efecto del agua en este le resaltaba los ojos zafiro. Salvador tenía que estar concentradísimo para que su excitación no se descontrolara. Por Dios, llevaba solo una toalla. Sin darse cuenta, el calor que emanaba de sus dedos adolescentes e infernales comenzó a secar el cabello de su novia y todo el lugar fue llenándose de un vapor sospechoso.

Logan no quería ningún espectáculo sobrenatural, pero aquellos dos cada día se lo ponían más difícil. Se volvió hacia su taquilla y dijo de espaldas:

—Bien, Miller. Invita a quien viniste a invitar y vete. Así me puedo cambiar e ir a invitar a Jenny, que sabe cómo funcionan las cosas.

Queen sintió como si la hubiesen golpeado en el estómago, pero no dejó que el dolor se notara. Lo tragó todo y dijo hacia Ethan Cooper:

—¡Hey, Ethan! Ponte algo atrevido mañana. A las seis pasaré a por ti… Y lleva muchos condones, que todos vosotros me habéis motivado, muchachos.

Ante los vítores e Ethan, que no podía creer su suerte, Queen asió a Rory y la arrastró hacia fuera. Antes, esta se encargó de dejar a su novio en las nubes con un beso que lo hizo golpearse contra la taquilla para bajar la dolorosa excitación. ¡Dios, ya quería tomarla!

* * *

Al día siguiente, dominados por sus espíritus juveniles, decidieron sacar el viejo trineo para llegar deslizándose colina abajo hasta el centro de esculturas. Era un día de jolgorio en el pueblo y los más jovencitos habían instaurado la costumbre de la fogata de invierno para completar un día maravilloso, con una hoguera de risas y lujuria que se terminaba justo al amanecer.

Llegaron al concurso y, tras retirar su número, se colocaron frente al bloque de hielo que le correspondía a Salvador. La mayoría de los participantes eran hombres mayores que se afanaban mostrando sus poderosas sierras de cadena. De acuerdo con las reglas del Concejo del pueblo, Salvador —que aún no había alcanzado la mayoría de edad— no podía usarlas, pero no importaba, porque era un artesano como su padre y prefería el cincel. Además, Rory era su musa y no quería que esas herramientas estuviesen cerca de ella. Salvador no lo notaba, pero el calor de sus manos lo ayudaba a moldear el hielo.

Al fin una canción de moda —*Paper Planes*, de M.I.A.— dio inicio al espectáculo que todo el pueblo quería ver.

Mientras el concurso avanzaba, Salvador, con su cuña, no dejaba de provocar una lluvia de hielo. Frente al bloque, Rory posaba y él la replicaba a la perfección; incluso la sorprendió agregándole dos alas majestuosas.

Logan se volvía loco. No solo no se había animado a invitar a Jenny, sino que aquellos dos eran tan obvios, que no entendía como no se daban cuenta de que eran un ángel y un demonio. Pero, como buen sobrino de su tío J. J., se limitaba a ser testigo y filmarlo todo con su pequeña cámara.

—Ahora, hermosa, debo hacer tu rostro —dijo Salvador—. Siéntate en esa silla y ajústate bien las gafas de protección.

—Hazme más linda, Sal —pidió Rory al acomodarse.

El muchacho se mordió el labio inferior mientras se quitaba la chaqueta, toda sudada.

—Solo Dios tuvo el suficiente talento para hacer algo tan bello como tú.

Los ojos de Logan casi le llegaron a la nuca cuando dijo:

—Sal, date prisa, que los otros te van ganando y quiero llegar a la fogata antes de que todo el mundo esté ahogado en su vómito.

Calmando a su amigo con un gesto, Salvador se movió rápido y en unos minutos terminó. Hasta tuvo tiempo para fumar un cigarrillo mientras el resto de los participantes apoyaban sus instrumentos y levantaban las manos al sonar la alarma.

La evaluación del jurado —compuesto por la editora del periódico, Helen Webber, el viejo señor Lee y la chismosa señora Clark— era la mejor parte. No solo se evaluaba el detallismo y la hermosura, sino también la habilidad de narrar una buena historia para la pieza.

Cuando fue el turno de Salvador, este los cautivó a todos con sus palabras:

—Es un ángel que se perdió de camino al cielo y ahora está entre nosotros para mejorar el mundo. Si se enamora de algún mortal puede quedarse, si no, debe regresar con los suyos.

—¡Bravo! —lo cortó Logan, que ya no sabía si hacer señales de humo para detener todo aquello. ¿Acaso era una broma? ¿Su amigo no podía hacer un maldito cisne o una pareja de patinadores como el resto de los participantes?

Por suerte todo terminó pronto. El señor Donovan ganó el tercer premio con una escultura de su hijo Joe como estrella de *hockey*; la señora Poe hizo un elegante caballo en honor al pueblo, lo que le

valió el segundo lugar, y, como era de esperar, Salvador consiguió el primer puesto. Después de retirar el cupón del premio, que consistía en una cena para dos en The Sweet Bread, le dejó el trofeo y el certificado a su abuela Barb. La señora estaba en el puesto del comité de la iglesia repartiendo chocolate caliente y pasándoselo de lujo.

—Ay, querido, siempre tan fresco —lo regañó—. ¿No sientes el frío? Por favor, ponte cerca de la fogata, pero ten cuidado. No demasiado, a ver si te chamuscas como el nieto de Connie. —La señora le subía el cierre de un liviano jersey, mientras Rory se perdía en una chaqueta gruesa que él le había pasado. Su ropa preferida era la de Salvador: sudaderas, gorros, abrigos…, y era algo de ida y vuelta. Él adoraba sentir luego el aroma a lavanda de la prenda, cuando se la devolvía. La abuela Barb siguió con ella—: Y mírate tú, querida. —Le revisaba las manos rojas por el frío—. Ni un par de guantes, ni una bufanda… Estos adolescentes… Por favor, cuidaos. Avísame cómo vas, Sal, por ese aparatito negro. Te lo ruego.

Las BlackBerry que su tío Eron les había conseguido comunicaban a todos los miembros de la familia y a Rory. Sin embargo, su abuela no se acostumbraba a que algo vibrara y lo llamaba así: el aparatito negro. Juraba que aquella moda sería pasajera, pero con un adolescente tan movedizo agradecía que estuviesen conectados. Su Lina había sido tan tranquila, siempre en su cuarto leyendo o actuando frente al espejo, hojeando revistas con Julie y dejándose peinar… O divirtiéndose con Josh y las tiras cómicas. Pero esos tres diablillos amaban el aire libre y se pasaban fuera la mayor parte del tiempo sin importarles el frío ártico.

La señora Cohen la secundó en sus preocupaciones con el ceño fruncido.

—Mi nieto, igual. Se fue a la fogata sin gorro. ¿Dónde piensan que viven? ¿En el trópico?

—No dejéis que el fuego se apague, si no os congelareis —siguió Bárbara Smith—. Dios, esta nueva costumbre de la fogata va a ser el fin de mis nervios.

Los interrumpió Logan, que los llamaba a bocinazos desde el Honda rojo.

—Vamos, abuela, no nos regañes —rogó Salvador mientras la abrazaba fuerte con sus brazos gigantes—. Ven con nosotros, apenas pareces de cuarenta.

La señora le sonrió ocultando un rubor que pensaba ya había superado en su vida, y todas sus amigas rieron.

—Si serás travieso. —Lo besó y luego le añadió otro termo en la mochila—. Vamos, marchaos y divertíos. Adiós, Rory querida. Mírate, eres un solecito en este invierno helado.

—Gracias, abuela Barb. Te quiero —respondió la muchacha.

—Yo también, ternura.

—Adiós a las bellezas de Whitehorse —saludó Salvador pícaro a todo el comité.

Las mujeres lo reprendieron con jocosidad mientras los veían subirse al coche junto con el hijo de Julie Jones. Esta se encontraba unos puestos más allá, en el *stand* de la agencia de excursiones, promocionando las salidas invernales junto con su esposo. Julie era una adulta más relajada que ellas y solo se había encargado de guardar varias Horse Beer en el bolso de su hijo y una petaquita de vodka de arándano que le traía buenos recuerdos. Si bien su hermano había resultado adicto a todo, su hijo y sus sobrinos necesitaban saborear un poco la vida, ya que pronto se las verían difíciles.

Ese día era para disfrutar.

Los tres amigos llegaron junto con varios compañeros más y aparcaron en una planicie que daba justo a la orilla del río, que se había definido como zona perfecta para la fogata. Asistían los jovencitos de las tres secundarias del pueblo, algunos universitarios rezagados y los adolescentes turistas que se habían podido desprender de sus familias. Entre las montañas nevadas, el lago congelado y los abetos blancos parecía que el fuego se burlaba del invierno.

A pesar de ser temprano, la gran mayoría estaba ebria ya y, cuando los tres mestizos de Whitehorse descendían, los jovencitos ajenos al grupo los observaron boquiabiertos, como si fuesen modelos o famosos.

Salvador subió a Rory a su espalda y bajó la colina relinchando mientras su novia inventaba con su capucha unas riendas. Con esto, el celoso muchacho lograba tres cosas: que los universitarios no quisieran acercarse a ella, que las muchachas que babeaban por él entendieran que ya estaba comprometido y que Rory olvidara que el maravilloso día pronto llegaría a su fin y ella tendría que volver con su loca madre, quien no había tenido mejor idea que despedirla por la mañana diciéndole que si volvía embarazada mejor no regresase.

Salvador la había consolado: cuando se unieran, si a pesar de protegerse hacían un bebé, él sería el hombre más feliz del mundo y se haría cargo de todo.

Logan los seguía más atrás, atrayendo las mismas miradas lujuriosas. Esa tarde las hormonas podían atraparse en el aire como moscas. El muchacho alado llevaba unos pantalones cargo, una chaqueta abrigada y una gorra al revés. Iba muy a la moda y todos se lo quedaron mirando cuando tomó su mochila y puso en la tabla que usaban de mesa común todo el alcohol que su madre le había metido allí. Entonces se convirtió en el héroe del momento.

Salvador se ocupó de la comida, ya que había aprendido a asar gracias a su tío Eron.

Al poco rato, Rory tenía los labios teñidos de chocolate y Salvador se había zampado ya tres paquetes de salchichas chamuscadas en la hoguera.

—Vamos, come una aunque sea —le insistía.

—¡Oh, me has hecho recordar! —dijo ella. Fue a su bolso y sacó un recipiente de plástico rosado—. Es una nueva receta que hice con Al. Puro chocolate, nada de canela y un toque de jarabe de arce.

Salvador probó esa especie de *brownie* celestial y lo terminó de comer en los labios de ella, que también había picoteado un poco.

—¡Eres la mejor cocinera del mundo, Rory! ¡Por favor, cásate conmigo! —esto último se le escapó mientras la alzaba por la cintura.

Rory le lamió las migas de chocolate de su mentón perfecto, sin parar de repetir: «Sí, sí, sí».

—Me muero por hacerte mía —siguió él meciéndola en un vaivén lento con sus caderas pegadas y su frente baja para apoyarla en la de ella—. Quiero estar día y noche contigo y que no tengas que regresar a tu casa. Quiero hacerte mil bebés. ¿Es eso extraño?

Rory sonrió.

—No me importa que sea extraño, porque yo quiero lo mismo.

Y así como su madre había aceptado el amor de un demonio, Salvador aceptaba el amor de una criatura alada.

—Te amo, Rory.

—Yo más.

Justo cerca de ellos, uno de los jovencitos del grupo de intercambio sacó su guitarra; Salvador los conocía del coro de la iglesia, así que los católicos enseguida comenzaron a charlar entre ellos. Rory no se sentía dejada de lado porque su español era perfecto.

Apartado de todo, Logan estaba sobre una roca congelada con un libro de poesía. Miraba a Jenny aburriéndose también junto con Nathalie Pérez, que usaba sus raíces latinas para tontear con los de

intercambio, pero pronto el muchacho se distrajo con Rory y Salvador, que, besándose con locura, tiraron la mesa haciendo que varias salchichas rodaran hasta incendiarse en la fogata.

Logan puso los ojos en blanco, pero después sonrió.

—Son imparables juntos, ¿verdad? —le dijo Queen sentándose a su lado.

Él se sobresaltó; generalmente nada lo tomaba desprevenido. Recogió el libro que se le había caído del regazo y se quedó unos segundos observando los ojos café rasgados de Queen, que brillaban entre su tez rosada. El invierno la hacía parecer más bella aún.

Divertida con su reacción, le preguntó:

—¿Tanto miedo te doy, Iron?

El muchacho negó con la cabeza y sacó la petaca de vodka que se había reservado para darse coraje. En realidad, Queen lo abrumaba.

—No te tengo miedo, Miller —mintió un poco—. Es solo que me sorprendiste y pocas personas lo hacen.

—Me siento honrada entonces —dijo coqueta, clavándole la mirada.

—¿Y Ethan? —quiso saber Logan.

—Oh…, se lo regalé a Stefany Belmont, que le gusta comer las sobras ajenas.

Sin que se lo impidiera, Queen le quitó el libro de las manos para cambiar de tema.

—Huguette Bertrand —leyó—, *Antología.*

Logan respiró hondo; al menos con su pulgar no había perdido la hoja donde él estaba. Era muy quisquilloso con los libros. Tenía la odiosa costumbre de no prestarlos siquiera, y si se lo pedía, prefería comprarle uno. De repente eso no le pareció mala idea.

—Leer poesía es una bella manera de pasar esta fogata del amor para los que estamos solos —se excusó apurando un trago.

Queen siguió la mirada de Logan y vio a lo lejos a Salvador y a Rory tonteando; más atrás estaba Jenny en un grupo, con pinta de estar aburridísima. Su hermano Adam se encontraba cerca, con la misma actitud compungida. De pronto, el sonido de la guitarra de uno de los muchachos latinos la llevó de nuevo a Salvador y Rory, que cantaban juntos.

—Petelman y Wildman hacen muy linda pareja.

—Se ven bien juntos, siempre lo han hecho… —dijo Logan ofreciéndole la bebida.

Ahora Salvador cantaba como podía una bella canción mexicana, mientras Rory usaba su talento angelical. Ambos se

abrazaban bailando como si aquella fiesta fuese la celebración de su boda.

Queen apuró otra vez la petaca y, de repente, ambos vieron que Rory abandonaba a un suplicante Salvador para correr hacia ellos.

—¡Ay, amor divino, pronto tienes que volver a mí! —cantaba Rory con un perfecto acento mientras tomaba a Queen de un brazo para arrastrarla a la pista improvisada.

Queen se resistió derramando una de sus maravillosas risas contagiosas y luego cedió a los tirones de la dulce Aurora. Fueron a la fogata y bailaron los tres. Pero de inmediato, Salvador fue a por Logan, que también se sabía la canción de memoria.

Todo el curso aprovechaba la fogosidad que emanaba del joven demonio. La nieve se derretía y Rory Petelman llenaba el ambiente con su maravillosa voz. Esta, ni corta ni perezosa, cambió de pareja al instante. Volvió al calor de las caderas pegadas de su novio y ese vaivén cadencioso que los enloquecía, y dejó a Queen con Logan. El joven ángel tomó a la reina del colegio por la cintura, despacio, y por primera vez Queen cedió un poco de poder. Lo miraba con todo el amor del mundo, como su padre gótico había mirado tantas veces a su gordita y hermosa madre. Ante el recuerdo de aquella grandiosa mujer, Queen echó otra carcajada hacia el cielo: aquel maravilloso lugar adonde, estaba segura, iban las buenas madres, y donde, por supuesto, se encontraba Valerie Simon.

Logan también cantaba en un perfecto español cada vez más cerca de los labios en forma de corazón de ella. Estaba sintiendo algo nuevo. No recordaba a Jenny, ni los nervios… ni la angustia. En ese instante, con Queen, se sentía bien, diferente…, como en un hogar… y al mismo tiempo, como en una hoguera. Su cintura en su brazo, la piel blanca contrastando con la negra suya…, los ojos encendidos y aquella seguridad… Ella ardía de un deseo que lo contagiaba. Era una reina, realmente lo era. La alzó y la hizo girar, y aquella hermosa jovencita le dedicó otra maravillosa carcajada.

Al lado, Salvador y Rory los observaron sonrientes. El muchacho demonio imitó a su amigo, robándole un gesto que muchos años atrás el padre de Rory había tenido con su madre, pero eso aún no lo sabían.

Queen no cabía en sí de felicidad.

—¿Te mueres por volver con tu libro?

—La música es poesía también —opinó él.

Entonces, la muchacha le clavó la mirada.

—Tú eres poesía, Logan Iron.

Pero justo en ese momento un universitario tomaba a Jenny y la

arrastraba para bailar, aunque pronto Adam salió en su ayuda y se quedaron de nuevo los dos sin hablar, observando el fuego, pensativos.

—Lo siento, ¿qué decías? —preguntó Logan volviéndola a mirar.

—Que la poesía es aburridísima —mintió Queen muy dolida, después de haber seguido la situación como él. E intentó desembarazarse para ir con su hermano.

Pero Logan la aferró más fuerte por la cintura y no la dejó escapar.

—A veces las mejores cosas de la vida son gustos adquiridos —le dijo volviéndose a concentrar en ella—. Como un poema fresco y palpitante has conquistado de mí cada parte. Soy tu reino entero, y es a ti a quien quiero.

Queen miró hacia abajo.

—Es el poema que escribiste para el aniversario de la reina, en sexto grado.

—¿Aún recuerdas eso? —preguntó con asombro—. Fue una tontería.

Ella asintió, se desprendió de él murmurando alguna pésima excusa sobre su buena memoria, y se fue corriendo a llorar con su hermano. El único hombre en el que realmente confiaba.

Logan volvió hecho un lío a su mundo de plumas secretas, libros y una botellita de vodka que ahogaba la verdad. Recordó de pronto que ese poema, titulado *La reina sin corona*, no había sido inspirado por ninguna monarca, sino por una niña con boca en forma de corazón que se había colado en su mente la tarde que garabateó esas palabras con sus dedos infantiles. Pero olvidó todo eso cuando vio que Stefany Belmont, borracha a más no poder, intentaba romper el abrazo de Salvador y Rory, mientras Ethan Cooper vomitaba sobre el fuego.

Suspirando, se levantó de nuevo para ir a contener la situación.

Esa noche terminaría sin cobrarse la virginidad de ninguno de los tres mestizos de Whitehorse. Al día siguiente, Salvador iría con Logan a reclamar su cena para dos en The Sweet Bread, ya que a Rory la castigarían por haber llegado al amanecer. Sin importar que había avisado a su madre varias veces, pero, angustia aparte, aquello le vendría como anillo al dedo, porque los dos amigos debían planear algo importante.

Salvador estaba decidido a pedirle matrimonio a Rory con toda la pompa.

Una vez que el plan quedó perfectamente definido, Logan se perdió en su libro de poesía tratando de sacar a Queen de su mente

y Salvador se relajó en uno de los pasteles de Al. Le encantaba estar ahí, le hacía recordar a sus padres. Sobre todo a su madre. Sin que nadie lo notara, él vivía rindiendo homenaje constante a aquella mujer, que lo había traído al mundo del amor eterno. Salvador memorizaba las canciones de los CD y casetes que esta había dejado, las obras de teatro…

Comprendía que no debía esperarla: su abuela era tajante en ese aspecto y confiaba en su padre, que había gastado cinco años de su vida en vete a saber qué mundo para al final no hallar ninguna pista, ni culpable, ni respuesta, ni nada… Pero una parte muy oculta e infantil lo impulsaba a creer que un día su madre regresaría. Así como así. En un abrir y cerrar de ojos.

Él estaría en el local de Al, leyendo algo o mirando su móvil, y ella haría sonar las campanillas. En su mágica fantasía hablaban de música y libros, porque él era todo un hombre ya y se lo demostraría. Ella estaría encantada con él, tomando pastel y té de fresas… Porque aquella escena era la última feliz que tenía con ella. Su mente a veces insistía en ahorrarle el dolor de recordar aquel fatídico almuerzo, y la mente es una buena editora, pero en ocasiones censura de más. El joven Salvador recordaba hasta su salida de The Sweet Bread, pero había borrado la visita al pueblo o el último abrazo que se había dado con su tío Harry, aquel héroe que había dado su vida para ayudarlos. Otros días, cuando no estaba tan feliz, sí recordaba el horror, los gritos, la sangre…, pero ahora, mientras Al le servía la quinta porción de pastel de chocolate, escuchando su maravilloso plan secreto para pedirle matrimonio a Rory, el muchachito no cabía en su cuerpo de contento. Sí, el joven Salvador vivía feliz en Whitehorse, lleno de esperanza por un futuro que podía casi saborear.

Lástima que, para los Smith, el paso a la edad adulta fuera siempre tan costoso.

Capítulo 27

El mundo de las sombras

«Capítulo 1: Destinos cruzados o la creación de una Eterna.»

W. Parrot, *Whitehorse I. Cuando los Cielos y los Infiernos se abren*

La nueva historia romántica de Whitehorse cambiaría pronto, porque todo está en constante movimiento siempre. Las cosas envejecen, caen, se quiebran, nacen, explotan y se congelan. Todo es cambio. Y Lina cambió. La realidad al fin la alcanzó y todo aquello que había temido en su primer tiempo humano se cumplió. No pudo salvar a William de su condena; murió sin poder criar a su hijo; dejó sola a la tía Barb; y Samuel y Marina se habían perdido en un abismo tan oscuro que ya ni siquiera llegaban rumores de ellos.

Lina descubrió pronto que hablar con sus manos sin mirarse era difícil. Como escribir a oscuras, solo recordando la curvatura de las letras. Intentaba adaptarse, pero todo la desconcertaba más en su nueva situación. Cazaba poco y cuando lo hacía se movía por inercia. Palpando los músculos de su fiel compañera Sanity, que la guiaba por los confines del mundo en su tarea infernal.

Aquel día Lina había mutilado decenas de almas. Todas directas al Infierno. Ella era jueza y parte; sin embargo, ahora era más inteligente y se cuidaba de no romper el equilibrio. Seleccionaba a las peores escorias para regalarles la verdadera muerte y su Supremo, después de la sesión de tortura que la había dejado ciega y muda, no se atrevía a hacerle ninguna observación. Izzie la escoltaba con la cabeza gacha, cual lazarillo.

Podría decirse que ahora la temía un poco, como todos. Antes la habían seguido por respeto y, si bien su reputación como humana fue impecable y los primeros años de su reinado habían sido dignos de ser alabados, en esos últimos tiempos el hambre de poder la había convertido en algo parecido a una dictadora.

La corona brillaba sobre una demacrada Lina y, ya sin el calor maternal de los sueños de Salvador, su corazón se congelaba con cada alma que torturaba. No había duda de que este era el punto más bajo de su existencia, pero si bien en ese momento aquella criatura estaba débil y dolida, se levantaría. Lina Smith retornaría con el poder de las Profundidades y la sabiduría de la humanidad en su máxima potencia. Solo había que esperar un poco más para que las heridas sanasen.

Ahora estaba en un descanso, aguardando un eclipse.

Izzie miraba de lejos la imagen de su líder, pensando que debía de ser horrible estar en un mundo de sombras y silencios. Lina acariciaba la corteza de un árbol con la pequeña Smith y Sanity a ambos lados, incapaces ya de tomar un trago de agua o disfrutar de una brizna de hierba fresca.

La cazadora líder seguía las líneas del tronco; su oído ahora más hábil escuchaba el sonido de la madera. Le gustaba rodear los árboles, le daban una seguridad que no hallaba en otros sitios. Lo hacía con sus dos manos dispares, como si aquellos gigantes fuesen compañeros de baile. Su cuerpo se adelantaba y más atrás su mano iba rozando las hendiduras de la madera. Como una niña. Eso es lo que pensó Máximus cuando la vio desde su corcel. Al sentir el sonido del humo y las cenizas que su Supremo irradiaba, Lina chasqueó su lengua contra el paladar, para que Izzie le confirmara su sospecha. Aquel era el único sonido que podía lograr con su boca.

Máximus se acercó acompañado de las palabras de Izzie:

—Mi señora, ha venido nuestro rey.

Lina frenó en seco y, sin más preámbulos, con sus manos le preguntó a Máximus por su hijo. ¿Estaba bien? ¿Había crecido mucho desde la última vez? ¿Alguna novedad de sus cambios?

Máximus no quiso preocuparla, así que con la mejor voz que pudo, respondió con oraciones simples, sin desmontar. De tener corazón se le hubiese partido al verla así. Sonreía como alejada. Como si Salvador, o el recuerdo de este, fuese el único hilo que la mantuviese unida al mundo. Y es que los humanos no solo son almas, también son sus cuerpos, y al cuerpo de Lina le habían infligido demasiado dolor.

—Gracias por las noticias —formó ella con sus dedos y despacio volvió a hacer lo que hacía antes con su amigo árbol, moviendo sus labios en una mímica distraída, como la gente demente que murmura para sus adentros.

Él la miró en su mayor debilidad. Mutilada por los líderes, en penumbras, obligada a la ceguera por unos vendajes malditos, con pasos torpes e inseguros, descalza desde el día de su muerte, con las ropas harapientas y aquel movimiento de sus labios, signo de locura… La corona pesada tenía hojas entre los hierros y las piedras preciosas, y la hacía ladear su cuello como un pequeño pájaro adormilado. Máximus movió las riendas de Humble para acercarse mientras Izzie los miraba apoyada en una roca. Viéndolos así, como dos desconocidos, costaba creer que esos dos alguna vez se habían amado.

Ante un hormigueo que sabía reconocer, se acercó a decirles:

—Ya llega el eclipse.

Enseguida, Máximus se convirtió en esa estela de humo danzante y apareció junto a Lina, que, en el momento justo en que los astros se alineaban, cayó desplomada.

—¡¿Qué ha sucedido?! —preguntó Izzie con su voz ahora más humana.

—Se durmió —respondió Máximus mientras la alzaba en brazos para mecerla.

* * *

Un brillo le lastimó la vista. Luego otro más y otro. Se cubrió el rostro con su antebrazo sin soltar lo que llevaba en las manos, porque de alguna forma sabía que no podía dejar caer aquello, y entonces reparó en que veía de nuevo. Cuando sus ojos se aclimataron, Lina se encontró con que sostenía un pastel con varias velas encendidas y sintió los flashes de las luces. Estaba en una fiesta de cumpleaños en el jardín de la casa grande. A su alrededor, un Salvador niño corría con sus amigos de rostros desdibujados. Junto a la mesa donde ella sabía que debía llevar el pastel la

esperaba una tía Barb con el cabello blanquecino y a su lado Julie, Matthew, Rory y Logan… Todos tenían sus rasgos indefinidos, como si fuesen personajes secundarios del sueño de su hijo. Porque lo entendió en el acto: había vuelto a soñar.

—¿Por qué no cantas, mami? —preguntó Salvador deteniéndose junto a ella.

Lina le sonrió, tosió un poco y la voz le volvió a salir para cantar el *Feliz cumpleaños.* Le sostuvo la mirada escudriñadora a su hijo mientras soplaba las velas junto a Rory. No supo por qué, pero se detuvo a contarlas: eran dieciocho.

Sin mediar ningún movimiento, al terminar de soplar, de pronto se dio la vuelta y notó que ahora el sueño transcurría junto al río de su pueblo, y en él nadaba Rory.

—¡No te alejes! —le gritaba Salvador—. El agua puede ser peligrosa. Debes tener cuidado.

Lina reconocía esa parte del río: quedaba cerca de su casa. Como en un sueño premonitorio, Salvador lloró frente a esa masa de agua que en poco más de un año sería testigo de un acto terrible, pero aún faltaba para eso. Ahora era el momento ideal para que una madre abrazara a su hijo y que todo el amor de su corazón se resumiese en ese gesto sin palabras.

—No te preocupes, caballito. Estará bien —lo consoló—. Eres tú quien debe alejarse del agua, mi amor.

Salvador se desprendió de ella y se alejó murmurando por lo bajo. Lina lo miró horrorizada: conocía bien esos murmullos. De pronto la figura de su hijo desapareció y el bosque se llenó de personas susurrantes. Luego los árboles y la hierba se convirtieron en un estadio y ella escuchó el temido saludo de aquella criatura siniestra:

—Angelina Lina, ¿cómo estás?

Era Destiny, por supuesto.

Lina se giró y se encontró de frente con la criatura, que llevaba una máscara hermosa con plumas, vuelos hacia arriba y puntilla. Su ropa, así como la que de repente ella tenía puesta, era blanca y de un material ajustable que Lina no había visto nunca. Y a su alrededor —había un estadio y un escenario en el fondo, así que supuso que estaban en una especie de concierto— la gente vestía trajes similares. No había diferencia entre la ropa de los hombres y las poquísimas mujeres que Lina pudo contar. Pero todos llevaban unas máscaras preciosas.

—No me digas nada. Ya lo sé. ¡La moda! —dijo Destiny jugando con su antifaz—. No hay que tirar nada, todo se recicla… Las

máscaras vuelven en el futuro, ¿te imaginas? Y estas sobre todo. No te quise colocar una, porque estarás cansada de esa venda horrorosa de Astrid.

Lina la miró de arriba abajo.

—Pensé que Sueño podía impedir que interrumpieses el tiempo con mi hijo.

—Oh, Sueño es un aburrido y un Eterno débil. Los impares son eso, después de todo.

—¿Impares? —preguntó Lina confundida.

—Los Eternos que vienen de uno en uno son débiles —le explicó Destiny bostezando—. Sueño es un Eterno débil. Los que venimos a pares, como mi hermano y yo, somos más poderosos. Hasta los Anteriores Humanos, esas criaturitas monas que tomaron el corazón de tu esposo, son inferiores a todos, pero al estar juntos… En fin, en pareja somos más fuertes.

—Qué idea tan progresista —se burló Lina.

Destiny le dedicó una de sus sonrisas afiladas.

—¿No es el amor lo que te trajo hasta aquí, Angelina Lina?

—El amor es una estafa, Destiny —dijo e hizo una pausa—. Al menos el amor romántico… Mírame a mí: por amor tuve a Salvador, a mi esposo lo ascendieron y a mí me castigaron. Como si nuestro hijo hubiese nacido por partenogénesis. El Círculo no me perdonó que trajese al mundo a… ¿cómo lo llamaste? Ah, sí: «quien tiene el poder de quemar el mundo de los vivos».

Destiny se desternilló de la risa.

—No te quiero *spoilear* nada, Angelina Lina, pero eres tan graciosa. Aunque no estás del todo equivocada, el amor romántico está sobrevalorado en tu mundo, tienes razón. Sin embargo, para los Eternos el lazo con su pareja puede ser de cualquier tipo de amor: mi hermano y yo, Tiempo y el Custodio de lo que Nunca Fue y Nunca Será… —Puso los ojos en blanco—. Lo sé, es un nombre horrible, por eso le decimos Bob. ¿No tiene cara de Bob ese loco acumulador?

Lina no sabía si reír o llorar. Aquella criatura parecía dispuesta a sacarla de sus casillas. Le iba a pedir que fuese al grano y que la dejase regresar al sueño con su hijo, pero Destiny no quería abandonar su soliloquio:

—Y luego están los Eternos impares, como te dije, Sueño y Sony. Porque están solos.

—¿Y ese muchachito sencillo? El que parece un Ekuas volador… Él me salvó en el Círculo de quedarme también sorda. No pude verlo, pero en mi reino hay rumores y dicen que echa fuego. Un

mestizo nunca visto. —La curiosidad de Lina era notable.

Destiny se quitó la máscara, contenta de captar toda la atención de Lina Smith, que se perdía en su rostro avejentado. Estaba al tanto de que ante sus ojos humanos se asimilaba a una mujer en las puertas de la última edad adulta.

—Él es el motivo por el cual te he llamado —le explicó—. Él es un regente, como tú cuando fuiste la Elegida hasta que traspasaste el mando a tu hijo, fruto de la Gran Competencia: el verdadero Elegido. Ese muchachito solo estará entre nosotros hasta que su hija esté apta para cumplir sus funciones totales.

—¿Y por qué esto me interesaría a mí? ¿Qué tiene que ver conmigo o con Salvador?

—Bueno… —Era raro verla dudar—. Desde hace mucho hay una profecía que dice que tú y Máximus sois los creadores de una Eterna; la primera en nacer de un vientre. Ese muchachito es el padre de la Eterna, pero es complicado…

—No entiendo… —balbuceó Lina.

Destiny dudó una vez más.

—Mmm… Estamos hablando de varias generaciones más adelante —dijo lentamente y luego arremetió con prisa—: Quizás nunca pase. Después de todo, cada pequeña decisión te acerca o te aleja. Lo que me preocupa, y sé que tú coincidirás conmigo, es que esa profecía tiene una segunda parte y se escapa a mi deseo, lo cual es bastante molesto. Pero se espera que esa Eterna, tu tataranieta, sea la pareja de Sueño y que al juntarse con él quede atrapada para siempre en el quinto reino.

Lina comenzó a reír.

—¿Mi tataranieta? Oh, por favor, vamos… Estoy harta de las profecías y de vuestros dramas de seres milenarios aburridos. Cuando no te gusta algo o te incomoda lanzas una profecía, tú o los Cielos. Nos hacéis danzar a todos al ritmo de esas malditas profecías.

Destiny arrugó las plumas de su máscara. Por primera vez no estaba para juegos y Lina aprovechó para consultarle lo único que le importaba:

—Mira, necesito que me digas qué será de Sal, que me ayudes a encontrar a Marina o que me ayudes a detener a Samuel sin matarlo. O, quizás, al menos puedes revelarme lo que me dijiste en el último símbolo del Infernus, a ver si eso me ayuda para salir de este torbellino de mala suerte que estoy teniendo.

—Todo a su debido tiempo, Angelina Lina —dijo despacio—. Recuerda: la revelación del último símbolo del Infernus llega en el

momento de mayor necesidad.

Lina suspiró cansada.

—De acuerdo. Entonces prefiero volver a estar sorda y muda, por favor. Es el primer eclipse en el que puedo dormirme y me has traído para divagar. Genial, muchas gracias.

El granizo que comenzó a caer sobre ella de repente no la asustó, sino que le dio más risa.

—Comprendo —dijo mirando los hielos que repiqueteaban en el suelo—. ¿Quieres mostrarme que mi vida es una pena? ¿Debería temer por las piedras que me envía el cielo? Por favor, Destiny —jadeó—. Estamos mayores para estos juegos. No quiero escucharte. Quiero volver a mi cueva… ¡Dios, hasta preferiría estar muerta que estar aquí! Estoy agotada. No quiero más Cielos, Infiernos ni profecías…

Ante sus palabras, Destiny retomó su seguridad:

—Te dije que podía llegar el día en que rogaras por la posibilidad de morir, y que ángel y demonio no pueden vivir en el mismo mundo. —Los escenarios futuros que veía Destiny cada vez eran peores. Tenía que hacer algo, así que exclamó desesperada—: ¿Quieres que una de tus descendientes sea una figurita más para Sueño? ¿Quieres condenarla? Porque tu esposo sí, y está tramando con él, sin decirte nada. Siempre apartándote, como cuando te entregó a Samuel o como cuando se convirtió en Supremo sin siquiera consultártelo. ¿No te molesta que te trate de esa forma?

Lina meditó un momento.

—Sí. Claro que sí —dijo al fin.

—Entonces, por milésima vez: juega las cartas que te regalo. Ya conoces la profecía: ángel y demonio no pueden convivir en las Tierras tanto tiempo. Debes intervenir para que Salvador mate a Aurora.

—¿Que mate al amor de su vida? —ironizó Lina—. Claro, y si quieres de paso que mate a Logan también. No, Destiny, mi hijo no hará tal cosa, antes se mata él. Es un buen muchacho.

—La profecía no funciona así. Logan es hijo de un ángel inferior devenido en hombre alado… Aurora es pura, es una oponente digna para Salvador. Además estás obligada hacia mí —le espetó—. Yo te di la Máxima Insignia para proteger a tu descendencia.

Lina abrió sus brillantes ojos verdes de par en par. No lo podía creer.

—¿Estás bromeando o eres una completa demente? Destiny, ¡jamás me diste el símbolo de tierra! Salvador está a salvo por *mi* sacrificio. Yo lo salvé de aquel asesino imbécil. ¡Aquel Caballero de

la maldita Luz!

Pero Destiny no le hacía caso.

—Tictac, Angelina Lina.

—¡Ese reloj está parado! —gruñó moviendo sus manos como antes—. Me ofreciste los cuatro símbolos para cuidar a mi hijo, pero solo me diste tres y yo morí…

—Pronto tendrás el cuarto, niña codiciosa —dijo Destiny entre dientes.

—Pero qué… ¿qué tienen que ver esa futura Eterna y Salvador y los símbolos…? Dios, no te entiendo… —Se estrujaba sus dedos humanos y supremos.

—Tu trabajo no es entender, Angelina Lina. Tu trabajo es obedecerme. No te inmiscuyas y deja que la nueva generación haga lo que tú no te animaste a hacer.

Iba a replicar, pero en ese momento una voz conocida —por ella y por millones de humanos— sonó desde el escenario.

—Dedicado a mi fan número uno.

Lina cerró los ojos con dolor. Aquel era un concierto de J. J. y la hermosa canción *Rebel in Me* comenzaba a sonar. Enojada, enfrentó a aquella criatura:

—¿Qué te hizo ser tan cruel? ¿Fue el poder?

—Oh… —le sonrió Destiny con todos sus dientes—, algún día lo descubrirás, vieja de la cueva.

Lina la miró desconcertada. Así era como los Ekuas la llamaban a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que el poder es una extraña cosa, Angelina Lina. Nos transforma a todos.

Dicho esto, comenzó a caminar hacia atrás.

—¡Espera! —Lina quiso agarrarla, pero Destiny se perdía entre la gente, mirándola divertida.

La Eterna le arrojó un beso al aire mientras caminaba de espaldas entre todos los soñantes, que la levantaron cual humana en un concierto. En cuanto estuvo con los brazos extendidos mirando hacia el cielo onírico, Destiny dejó de sonreír y su gesto fue de preocupación. Durante la historia del mundo, muchos la habían venerado como una diosa. En su nombre se habían cometido los actos más atroces, pero qué débil se sentía frente a ese par. Con todo su poder y sus escenas teatrales no lograba tejer el velo de desconfianza y recelo entre ellos dos. Porque eso era algo que el tiempo, las dificultades de la vida y las malas decisiones de ambos se habían encargado de lograr. Pero para Destiny no era suficiente;

los quería lejos, muy lejos uno del otro, porque sabía que esos dos tenían el poder de crear algo peligrosísimo.

—¡Espera! —Lina seguía corriendo entre la muchedumbre con la canción de fondo que comenzaba a escucharse despacio, como cuando el cable de los auriculares se aflojaba sin soltarse del todo de su *walkman*. La multitud se volvía densa y la ahogaba, y en ese instante, Lina vio el escenario y la figura de J. J. que se despedía. Pero había algo extraño: no era un J. J. de carne y hueso, sino una especie de holograma…

De pronto se despertó sobresaltada. Por el aroma y las rocas bajo ella notó que estaba en su cueva. La venda maldita y su garganta seca la devolvieron a la realidad. Molesta, llamó a Sanity y montó sin detenerse ni un segundo a pensar en toda la información con la que Destiny la había abrumado.

Mucho más tarde, en una ciudad lejana, la templanza volvió a ella y asió su guadaña para cazar. Su lista, ahora en braille, le indicaba que un tal señor Keller tenía la opción de ser reclutador. Pero ella tenía otros planes. Lina Smith se estaba acostumbrando a hacer de lo incorrecto algo correcto y, si bien no le había funcionado como quería, alguna vez contaría por ello con el favor de un Eterno. El más efímero de todos.

Capítulo 28

Día de los Enamorados

«Máximus miraba el atuendo de ella con curiosidad: abrigo blanco de piel falsa, falda corta y medias de red agujereadas, hasta el aroma a claveles… Y de pronto, su mente privilegiada volvió a aquella noche de mil novecientos noventa.»

W. Parrot, *Whitehorse VI. Wild Horses*

Cada catorce de febrero, Salvador Wildman hacía que todos sus compañeros se sintieran como perdedores. Él no hacía caso a la envidia ajena y se superaba a sí mismo sorprendiendo a su novia con ideas extraordinarias. Si los demás muchachos enviaban rosas, él vencía su miedo a las alturas y desde la azotea liberaba cientos de globos con forma de corazón y la palabra Rory escrita en cada uno. Si los demás contrataban mariachis, él una orquesta entera. Si los demás enviaban una carta, él se encargaba de hacer rebosar la taquilla de Rory de fotografías, notas de amor y flores en origami que el tío J. J. le había enseñado a hacer en solo ocho pasos.

Algún día, soñaba, vencería a la máquina de la anciana señora

Tucker y ganaría el peluche para ella. Y ese sería el regalo del siglo.

Pero ese año algo extraño sucedió el día de San Valentín. Una semana antes, Salvador dijo que se había resfriado —aparentemente por primera vez en su vida— y no quiso contagiar a su adorada novia. Cuando llegó la fecha esperada, los muchachos del colegio sintieron que por primera vez sus bombones, tarjetas prefabricadas y tickets para ver la última comedia romántica de Eva Gold les habían conseguido la victoria.

Mientras tanto, en el segundo período, Rory escuchaba como el profesor de Matemáticas le decía delante de todo el curso que, si no lograba entender la noción de límites y derivadas, no aprobaría el curso. Cuando ella iba a responder con un tímido «Perdón, profesor», unos toquecitos en la puerta los distrajeron a todos.

—Disculpa, Brian —era Wendy Summer, la titular del Departamento de Literatura y ganadora por cuarta vez consecutiva del galardón a Mejor Profesora. Muy campechana le pidió a su colega—: Necesito hablar contigo en el pasillo.

Cuando el profesor salió, Rory dio gracias por el respiro y aprovechó para mandarle un mensaje a Salvador, pero otra vez no obtuvo respuesta. Distraída, comenzó a garabatear sus paraísos inventados en la contraportada de su carpeta mientras los demás jovencitos se desordenaban entre los bancos, sin la vigilancia de aquel terrible profesor. Era un día de extrema ansiedad y todos tenían chismes frescos: quién tendría una cita con quién, quién iba a *perderla* aquel día… Cuando, de pronto, el chirrido de un megáfono fuera capturó toda la atención de la clase y puso fin al cotilleo.

—¡Aurora Petelman! —la voz distorsionada de Salvador hizo que todos se acercaran a las ventanas.

Rory fue la última en llegar. Desde el primer piso pudo ver el patio repleto de compañeros que no estaban en clase, y en el centro, su novio, que terminó diciendo con el megáfono:

—Esto es para ti, Rory. —Hizo una señal hacia un lado, donde se encontraba la cabecilla del Club Audiovisual, que, habiendo desparramado a su grupo por todo el colegio, pudo hackear el sistema de sonido. Así, los altavoces dejaron oír los primeros acordes de *Marry You*.

Por suerte para la humanidad, la costumbre de detenerlo todo y hacer un *flashmob* —que se puede describir como una actividad multitudinaria temporal, con una coreografía de baile— dejaría de estar de moda en las últimas décadas del siglo XXI. Sin embargo, en la primera parte de los años dos mil era moneda corriente. Todo se

frenaba. Los que no estaban involucrados no sabían qué sucedía y los que orquestaban el asunto se sentían sublimes al mostrar el fruto de sus horas de ensayo.

En realidad, pocas personas no sabían lo que iba a pasar ese día en el colegio. Queen había obligado a las animadoras a participar, bajo amenaza de sacarlas del equipo. Sin embargo, las chicas al final habían aceptado alegres: siempre era una buena opción montar, dirigir y bailar una coreografía, y más para entrenar junto a los musculosos y firmes brazos del chico más sexi del colegio.

Por su parte, Salvador confió mucho en ellas, y estas dejaron a un lado sus celos para idear el mejor homenaje para Rory Petelman. Logan, el equipo de *hockey* y hasta la profesora de Literatura, la señorita Wendy Summer, se prestaron para tan maravilloso evento.

Todos estaban en posición cuando la privilegiada voz de Bruno Mars se oyó. Con Logan y Queen a sus lados, Salvador comenzó a dar los primeros pasos. Abrió sus brazos en un círculo grande, se tocó la sien e hizo un gesto tonto. Luego levantó su mano y se arrodilló para hacer la mímica de proposición de matrimonio, la señaló y de un salto estuvo de pie. Pasó los dedos frente a sus ojos como en un paso de los setenta y dio una vuelta para alzar los hombros, para de nuevo ponerse sobre una rodilla, imitando el gesto de pedida, justo cuando Bruno Mars cantaba *I think I wanna marry you.*

Después negaba repetidamente, afirmaba, hacía un chistoso paso de salir corriendo y de vuelta la secuencia del estribillo. Era todo lo que las infinitas clases de baile le habían podido sacar.

Logan y Queen se habían vuelto locos, porque Salvador era perfecto en todo menos en dos cosas: cantar y bailar. Cantaba como su padre y bailaba como su madre. Un horror. Pero allí estaba mostrándole a Rory cuánto la amaba. Salvador era valiente, sí. Se reía de sí mismo y no le importaba hacer el ridículo, y por eso quizás nunca lo hacía. Era seguro y sabía lo que quería. Y era a Rory.

Había escogido esa canción porque tenía que decirle que estaba listo y que, aunque legalmente no se podían casar aún, lo harían de corazón y luego…

Desde el primer piso, Rory no podía creer lo que sus ojos le mostraban. Vista desde arriba, la coreografía de volteretas, saltos y gestos chistosos la deslumbró. Y no era la única. Todas las clases se habían interrumpido para que las ventanas estuviesen agolpadas de adolescentes curiosos. Hasta Bernie, el viejo conserje, se sumaba a la coreografía para alegría de todos.

Aurora sentía que su corazón iba a explotar de amor. En las últimas estrofas no lo pudo soportar y en vez de quedarse en su lugar con vista privilegiada, salió corriendo del salón, atravesó los pasillos sin cuidado de resbalarse, bajó a zancadas las escaleras y casi voló hasta la entrada.

Abajo, Salvador ya se había percatado de que su dulce princesa había abandonado la torre. Se imaginaba que saldría por las puertas en cuestión de segundos, así que se adelantó y fue hasta allí. Rory apareció y él subió de dos en dos los escalones que los separaban. Atrás, sus compañeros continuaban bailando.

Se abrazaron con tanto ahínco que solo ellos pudieron sobrevivir a la fuerza del otro.

Salvador la besó y la alzó haciéndola girar.

Extasiada, ella le gritaba:

—¡¿Cómo has hecho esto tan hermoso?! ¡Es el mejor regalo!

—¡No es solo esto el regalo! —gritaba él también—. Lo he pensado mucho y quiero casarme contigo, aunque no sea por la Iglesia. Pero quiero darte la noche de bodas que deseas. Que ambos deseamos. Y Dios entenderá, Rory, porque lo haremos por amor. Sé que faltan meses, pero la noche en que cumplamos diecisiete, daré una fiesta en la casa grande y luego nos quedaremos tú y yo, como marido y mujer… Si tú aceptas.

Rory sonrió de oreja a oreja, asintiendo, mientras él volvía a bailar como un loco lo que quedaba de la canción. No cabían en sus cuerpos de tanta felicidad. Salvador, siguiendo la melodía, bailó por última vez el estribillo y terminó sobre su rodilla, pero esta vez sacó de su chaqueta de cuero la cajita que mostraba un anillo de zafiro azul, que imitaba el color de los ojos de ella.

Cuando Rory saltó los escalones que los separaban y dijo un fuerte y claro «Sí», todos los miembros del colegio estallaron en un aplauso y un vitoreo descomunales.

En su oído, Rory agregó:

—Después de la fiesta, nos encontraremos a medianoche en el bosque, en nuestro lugar especial… Y lo haremos ahí también, entre la naturaleza. Por segunda vez. Porque tendrás todas mis veces, Sal.

Salvador la alzó y la besó tan apasionadamente como si estuviesen ya en esa noche. Con sus gruesos dedos acariciaba la seda de su pelo y la delicadeza de su cintura. ¡Dios! Iba a morir de amor.

De lejos, para no robarles el momento y filmándolo todo —como siempre—, estaba el tío J. J. Había postergado el lanzamiento de su nuevo disco solo para estar en ese momento con sus sobrinos. Y

valía la pena. A su lado, Julie lo abrazó calurosamente, haciendo peligrar la cámara. Estaba feliz de tenerlo allí y es que en el fondo deseaba que J. J. se comportara como un hijo o sobrino más; lo quería traer de nuevo a su niñez, cuando le peinaba su ensortijado cabello, y curarlo y tomar todas las decisiones por él. Mientras estuviera en Whitehorse, ella lo cuidaría. Incluso si debía secuestrarlo.

De golpe los aplausos cesaron y un silencio se adueñó del lugar de la fiesta.

—¡Señor Wildman! —La directora atravesaba furiosa las puertas de salida—. ¡Estará castigado hasta el día de su graduación! —Pero la señora fingía estar indignada, así como había fingido que la puerta de su oficina se había trabado. En realidad, solo había hecho tiempo para que los jovencitos pudiesen terminar el baile y la declaración. Después de todo, alguna vez ella también había sido adolescente, pero ahora debía mantener el orden, así que siguió—: Qué digo hasta su graduación… ¡Estará castigado hasta el fin de su vida!

Y no sabía lo verdadero de aquellas palabras.

Capítulo 29

Trono vacío

«—Cuidado, papá, puedo arrebatarte ese trono tan lindo que tienes.
Máximus rio y le dijo:
—Eres igual a tu madre.»

W. Parrot, *Bloodhorse I. Lejos de Whitehorse*

Los meses habían pasado con lentitud para Lina, pero al menos ya no le era difícil trabajar con dos sentidos menos. Cabalgaba despacio, ya que el cráneo del asesino que debía cazar aún no había sido aplastado por ese automovilista alcoholizado. Ahora más que nunca sabía que los condenados también sufrían accidentes y que las malas noticias en el programa de la noche, muchas veces, en el fondo eran buenas. Un asesino menos en el mundo de los vivos. Hurra.

Lina desmontó y después de acariciar el lomo de su compañera un rato, la palmeó para que fuese con su hijo; ella haría tiempo y caminaría hasta la carretera. La yegua relinchó en un intento de rebelarse, pero la orden de la Jinete de Fuego era poderosa. Se las podía arreglar por su cuenta, ya que su condición había mutado en

un nuevo poder: se desplazaba a otro mundo, uno de sonidos e intuiciones.

Cuando se quedó sola, sintió a lo lejos el ruido de una plaza llena de niños; las risas le llegaban apagadas, pero a sus espaldas, de pronto, escuchó el repiqueteo de pequeñas gotas. Se puso alerta de inmediato. Aquella no era agua normal y la velocidad de la caída aumentó hasta convertirse en un torbellino a su lado.

Sin que pudiese defenderse con la guadaña, la Voz de las Aguas la asió del cuello.

—No lo hago por ti, humana inmunda —farfulló en su oído y una fuerza invisible comenzó a danzar desde su tridente hasta la garganta de Lina.

Al soltarla, esta cayó presa de la peor tos de su vida. Sintió que sus cuerdas vocales volvían a calentarse y un sonido gutural le avisó de que su voz le pertenecía de nuevo.

—Sigue caminando derecho hasta los niños —fue lo último que le dijo el acuoso antes de desaparecer en un remolino de corales.

Carraspeando, Lina siguió a tientas hasta que las voces de los niños se hicieron cercanas. Ya podía caminar bien con su ceguera, pero la devolución de su voz la desorientaba. Dando tumbos llegó hasta un lugar donde los sonidos se perdían en el viento de un espacio abierto. Los niños correteaban por aquí y por allá sin poder verla.

—Hija mía —la llamó una voz familiar y cálida. Era Newen Mapu, que le sonreía con sus dientes de madera mientras le tendía la mano que le quedaba. Lina pudo ver el movimiento a través de sus oídos.

Cuando unieron sus manos, la ayudó a sentarse en un banco junto a él.

—Tu… —Lina continuaba carraspeando—. Tu… voz… suena cansada…

El Supremo solo la abrazó.

—Es una pena que no puedas ver esta hermosura —dijo—. Frente a nosotros hay una forma de piedra que enaltece a un hombre sobre un caballo y este tiene una pata levantada. He observado que hacen esto a veces, pero no lo entiendo.

Lina tragó saliva y se alegró de recordar algo humano.

—Es un mito —le explicó con voz aflautada que poco a poco se fue normalizando—. Algunos creían que el caballo de la persona representada muestra cómo murió esta. Dos patas levantadas significarían muerte en batalla; una, muerte por herida de combate, y las dos apoyadas, causas naturales. —Tosió—. Pero en realidad no

es así. Es solo un mito de los segundos humanos para idealizar las matanzas entre nosotros. Bueno, entre ellos. De todas maneras, hay algo cierto: siempre los segundos humanos usando a los primeros para su beneficio.

—Tú lo has cambiado, hija. Al menos en los Infiernos. Has liberado a todos de sus riendas. Vamos —la animó palmeándola—, tus méritos deben importarte más que tus desgracias. Estas últimas te han sido impuestas.

—Me han quitado todo, Newen Mapu —reconoció cansada—. Mi hijo, mis amigos, mi tía, Marina, la lealtad de mi esposo… No me han dejado ni una maldita cosa.

El Supremo sonrió.

—Pero si todo esto son tus cosas —dijo señalando la naturaleza del mundo. Sin quererlo, Lina se llevaba bien con los hombres que predicaban: primero su tío y ahora él—. Esto es tu hogar, pequeño jazmín, y los ángeles, los demonios, las criaturas del agua…, todos son invitados en tu casa. No lo olvides.

A Lina le calentó el corazón aquello. No estaba con él desde el día de sus torturas.

—Gracias por decirle a tu compañero que me devuelva mi voz. Supongo que se terminó uno de mis castigos.

—Oh, lo olvidaba. —Newen Mapu se movió a su lado y como si fuese lo más normal del mundo desató la venda de su nuca.

Lo primero que Lina vio fue una mancha blanca y luego el rostro de Newen Mapu, amable, casi sin hojas sobre su mentón y su cabeza… Era como un gastado muñeco de madera cuyos ojos se iban apagando poco a poco, absorbiendo la ceguera. Desesperada por la escena, intentó detenerlo.

—¡No! ¡No lo hagas! —rogó—. No te condenes otra vez por mí. ¡Por favor!

Pero era tarde; la tela de Astrid se evaporaba emblanqueciendo los ojos del Supremo, que con su tono tranquilo exclamó:

—Ahora te toca a ti describirme lo que ves. ¿Sabes a qué juegan aquellos dos de delantales a cuadros? No han parado de moverse en toda la tarde. —Un dedo resquebrajado señalaba a una parejita de niños que corrían entusiasmados, sin prestarles atención.

Lina pudo ver su entorno. Era una ciudad pobre, no un paisaje hermoso. La plaza consistía en un cubo de cemento que homenajeaba a ese guerrero perdido, unos columpios desgastados y un tiovivo con grafitis. A los lados, edificios de ayuda social se erguían con los colores apagados de la pobreza y los ruidos de fondo que Lina había escuchado eran la banda sonora de los lugares

con necesidades: gritos de discusiones, sirenas y algún que otro disparo perdido. Se concentró en el juego de los niños y lo reconoció enseguida:

—Juegan a la mancha.

—¿Cómo se juega eso? —preguntó el Supremo con intriga infantil.

—¿En serio quieres que te lo explique justo en este momento? —Lina lo miró apenada.

—Vosotros siempre tenéis cosas nuevas para enseñarme. —Tanteó su mano y la agarró más fuerte—. No te olvides de que eres hija mía. No te olvides de tus hermanos y hermanas. —Hablaba de forma acelerada y el aire parecía faltarle por momentos.

Lina se levantó y lo tomó de los hombros.

—Newen Mapu, ¿qué sucede? ¿Por qué estamos aquí?

—Estoy preparándome para volver con mis niños —le respondió tanteando su mejilla para acariciarla, ya completamente ciego.

—¿Qué puedo hacer, Newen Mapu? Dime qué hacer —hablaba desesperada, sacudiéndolo un poco—. ¿Te han lastimado? ¿A quién puedo convocar?

—Ya estás aquí, hija mía. Yo te llamé a mi lado. Ahora puedo irme en paz.

—¿Cómo irte? ¿De qué hablas?

—Ha llegado el final de mi proceso. Nací, florecí y me marchité… Ahora —suspiró—, es tiempo de descansar.

Lina comenzó a llorar. No lo había hecho en años.

—¿Te volveré a ver?

—Pero si me ves todos los días —la consoló—. Entre cada hoja del suelo y cada vena de tu cuerpo estoy yo. Estamos nosotros… Tú y yo. —Sus ojos iban cerrándose y su mano la apretaba más fuerte—. Quería pedirte un favor: guíame hasta ese olmo que está junto a los juncos.

Lina lo ayudó a levantarse y notó que casi no pesaba, como un tronco hueco cuya madera se hubiera carcomido. Fueron a paso lento hasta el único árbol del lugar y lo apoyó allí. El suelo estaba lleno de basura plástica y botellas rotas. Lina se sentó a su lado mirándole el pecho, que se movía despacio y abatido, y su mente la llevó años atrás, junto al lecho del tío Dimitri.

—Mi pequeño jazmín —empezó—, deja ya esas tonterías de andar dejando mancos a los pobres muertos. —Parecía un abuelo dándole consejos a su nieta, una tarde de domingo cualquiera—. Acuérdate de que siempre serán tus hermanos y que son hijos míos. No pierdas la esperanza en nosotros ni en tu propia humanidad.

Lina no supo qué decir, pero estaba tan acostumbrada a defenderse que lo hizo una vez más:

—Newen Mapu, cazo almas de monstruos para llevarlas a los Infiernos, ¿qué tiene eso de humano?

El Supremo se rio y para su deleite ella lo acompañó un poco. Pensó en aquella niña. Lo humano para ella eran las citas con el médico, la película en la pantalla luminosa, el tazón de leche y los besos tiernos en la frente. Acompañar en la muerte a almas atormentadas le parecía tan ajeno a ella como el interior de una cueva a un cóndor. Pero ya se había acostumbrado a aquella amnesia que empañaba los recuerdos de tiempos mágicos en todos sus hijos y no se dio por vencido.

—Eres el pimpollo que ha florecido en la penumbra. Eso tiene mucho valor.

—Pues si acaso hice algo bien, fue gracias a tu ayuda. Jamás olvidaré todo lo que me diste. Lo siento tanto…

—Tengo un último regalo, hija mía —murmuró él. Extendió su mano y en ella brotó un pimpollo que a ritmo acelerado creció hasta ser una tierna flor blanca que se abrió. Dentro, en su corazón, algo brillaba: era la alianza de matrimonio de Máximus. Él la tomó con sus dedos, con dificultad para hacer todo aquello con una sola mano, y se la dio diciendo—: Tómala. Tengo que hacer algo más antes de dejar esta forma.

Acto seguido, buscó a tientas uno de los cristales rotos junto a ellos. En su pierna talló solo tres letras: *AyN*. La savia comenzó a brotar de la herida y Lina sintió que su cuerpo temblaba; le pareció algo horrible de ver. Alguien en su estado se seguía lastimando. Sin embargo, era en realidad un gesto tierno. Era otra fórmula de romance más en este mundo lleno de pequeñas y grandes historias de amor.

—Le debo una disculpa… —balbuceó él—. Criaturas como yo no solemos tomar atajos, y al principio me pareció uno. Yo era joven… En la flor de la vida, y ella…, pero han pasado ya muchos momentos por mi cuerpo y después de todo, quién sabe… Quizás… —Lina pensó que estaba desvariando, así que solo lo dejó hablar—: Es un último adiós o uno más de los tantos que nos dimos… Dile…

De pronto sus ojos blancos centellearon y una sonrisa le atravesó el rostro desfallecido. Lina estaba segura de que la muerte lo confundía.

—Dile que la espero del otro lado… y gracias, mi pequeña flor de jazmín, por… por hacerlo posible.

—Newen Mapu, no me dejes. —Lina lloraba desconsoladamente

y se abrazó a él como a su tío muchos años atrás.

—No tengas miedo, mi niña. Estaré siempre contigo. Para vivir realmente hay que aprender a morir, y yo me voy ya marchito, mientras que tú estás a punto de florecer. No es extraño que no sueltes la vida… Te dejaré una debilidad para que te aferres a ella, solo recuerda inhalar y exhalar. —Y, como acordándose de algo, agregó—: Lina Smith —era la primera vez que él decía su nombre—, no tienes permitido olvidar quién eres. Pide ayuda, confía en la fuerza del número… Cree en ti y en los demás. Recuerda que nadie construye un mundo mejor en soledad. Aunque duela, pide ayuda… Cuando las hojas secas te traguen, pide ayuda. Florece, Lina, florece.

Entonces, como si sus actos se desencadenaran de sus palabras, el pimpollo que Lina tenía en el centro de su vestido se abrió en un bello jazmín.

—Florece…

Y diciendo aquello el cuerpo de Newen Mapu se convirtió en madera y hojas verdes y, de repente, Lina abrazaba la enorme raíz de un roble junto al olmo.

Su llanto creció hasta la congoja. Lloraba con el abdomen y su cabeza parecía que iba a explotar. Se convulsionaba y le costó trabajo entender lo que estaba sucediendo realmente: un ataque de asma. Un maldito y extraño ataque de asma.

—Señora, ¿se encuentra bien? —preguntó una vocecilla a su espalda—. ¿Por qué llora? Está respirando raro…

Lina se giró y vio esas cuatro cabecitas curiosas que la observaban. Al parecer era visible de nuevo y lo suficientemente humana como para no poder respirar. Salió a tropezones de allí y comenzó a caminar por la acera, más confundida que nunca.

Aunque Lina aún no lo comprendiera, Newen Mapu, además de devolverle la voz y la vista de nuevo, quiso dejarle aquella debilidad, porque sabía que los humanos, los buenos humanos, hacen de sus debilidades sus fortalezas. Mientras a lo lejos el trono de Newen Mapu se secaba y Lina sufría un ataque de asma, ella solo podía pensar en que tenía que cumplir su trabajo, porque le daba pánico que la volvieran a castigar. Pero no fue capaz de dar un paso más y sus rodillas ardieron cuando cayó rendida en el pavimento. Su vestido raído no tenía tela en el cuello, pero por inercia sus manos arañaban la zona, intentando abrir un canal para el aire. Sus reflejos sobrehumanos estaban mermando y no pudo escuchar los pasos que se acercaban ni sentir la lluvia torrencial que lo empapaba todo, incluso a ella misma, que se ahogaba.

De pronto vio el coche en cuestión, el frenazo, y la noción del deber fue más fuerte que ella. Se irguió, pero el automóvil pasó de largo y a su paso no había nada. Lina buscaba lo imposible, sin comprender que no estaba apta para cazar almas.

Y así, de golpe como había empezado la tormenta que el cielo envió en honor al gran Newen Mapu, también así, de buenas a primeras, el agua y los vientos se calmaron.

Mareada por la falta de aire, pero al menos con más visibilidad, Lina pudo ver la figura que era dueña de esos pasos. Se acercaba por el final de la calle. Asombrosamente, sintió el cosquilleo en su estómago que no sentía desde que lo veía esperarla frente a su escuela. Dios, eso había sido vidas atrás. Lo observó caminar hacia ella sin su humo, sin sus cenizas, sin su corona… Por un segundo lo vio con el pelo hacia atrás y su chaqueta de cuero, y Lina Smith volvió a sentirse como una mujer.

En el momento en que sus ojos se cruzaron, el corazón de ella comenzó a bombear descontroladamente y el Maestro del Fuego, allí donde tenía un agujero en su pecho, sintió algo también. Antes de que cayera, él llegó a cogerla y ambos se observaron pasmados ante la humanidad de ella que ahora los envolvía. A todas luces Lina era de nuevo una mortal necesitada de aire.

Máximus miró hacia arriba, aspiró una gran bocanada y luego la depositó en forma de beso cálido sobre los labios de la reina de los Infiernos.

—Aférrate a mí, Lina. —Fue lo último que escuchó ella antes de desmayarse.

Capítulo 30

Veinticuatro horas

«El romance era un lujo para los hombres y una condena a muerte para las mujeres.»

W. Parrot, *Bloodhorse II. La rebelión de los Ekuas*

Lina lo miraba con desconfianza, como una bestia herida y mojada, mientras Máximus se volvía a colocar frente a ella en la cocina. Su corona estaba sobre la mesa y la alianza de él también.

—Lina, ¿entiendes lo que te he explicado? —le repitió.

Ella despegó los labios despacio; los tenía agrietados e hinchados. Al parecer, el beso de un Supremo de fuego era demasiado para una humana.

—Lo que una vez fue un círculo —comenzó—, ahora volverá a ser un triángulo, al menos por un tiempo, y como regalo por la muerte de Newen Mapu tengo un día entero para lamerme las heridas como humana. Él lo dispuso así.

Máximus asintió.

—Excepto por tu mano suprema, eres humana. Como si hubieses vuelto en tu segunda vida. Lo cual hace que todos tus sentidos estén

despiertos y todos tus apetitos estallen. —Lina lo miraba igual que un animalito salvaje al cual le quieren dar su primer baño—. Escúchame, sé que es difícil resistir la tentación… Cuando vuelves después de un corto período, a algunos cazadores se les regala un envejecimiento ante los ojos del resto, como cuando yo regresaba a ver a Salvador. Es algo para despistar a los humanos, pero tú no puedes ver a nadie hoy. Sería muy confuso, ¿entiendes?

Ella asintió.

—Sí, mi rey, entiendo.

Máximus apretó la mandíbula.

—No hace falta que me llames así, mi vida. Y menos hoy. —Lina le dedicó una mueca de cansancio y ladeó su cabeza mirando hacia el ventanal de la que había sido su cocina mientras él continuaba con su explicación—: De todas maneras, nos limitaremos a estar aquí, en la casa grande. He enviado a Salvador lejos para evitar tentaciones. —Ante el nombre de su hijo, Lina volvió a clavarle la mirada. Máximus no pudo sino sentirse culpable—. Lo siento. He preparado la casa para que pases un día cómodo. Tus comidas favoritas, ropa limpia en el cuarto, sábanas para que duermas y tengo unas películas…

Lina levantó su mano suprema para cortarlo.

—Está bien. No intentaré contactar con nadie, puedes irte a seguir con tus funciones.

—El Círculo está en receso, hacemos duelo por Newen Mapu —le explicó—. Yo tengo un día y tú también.

—El bueno de Máximus —ironizó Lina—, Maestro del Fuego, siempre planeándolo todo.

—Lina, yo… —comenzó él.

—¿Puedo ir a darme una ducha? ¿O el baño también se sentiría confuso al verme?

—Por supuesto que puedes, pero antes, ¿no deseas comer algo? —le preguntó con la experiencia de quien iba y venía de los Infiernos a las Tierras.

En efecto, el estómago de Lina había estado rugiendo. Ante el tenue gesto afirmativo, Máximus se dirigió al frigorífico mientras ella se animaba a tocar la madera de la mesa. No. No se incendiaba bajo sus dedos. Todo era irreal, hasta él, que volvía a ser el esposo atento que había sido. Iba de las alacenas a la mesa disponiendo un festín: bombones de caja verde, pasteles de Al, las patatas fritas con salsa y queso de los hermanos J. J., panecillos de la tía Barb… Lina dejó de pensar en lo extraño de todo aquello y se abalanzó sobre la mesa. Comía con las manos como los humanos primitivos, sin tener

en cuenta los cubiertos de plata que él había dejado allí.

—Bebida —pidió entre bocados.

Con prontitud, Máximus le sirvió un *milk shake* envasado de chocolate y un té de fresas con jarabe de arce. Para él destapó una Horse Beer y se sentó en la silla otra vez.

Con la boca repleta, Lina soltó de pronto:

—Entonces, ¿el plan es que me convierta en Suprema?

Máximus le dedicó una de las sonrisas ladeadas que tanto la habían erotizado antaño.

—Eres muy joven, Lina. Apenas tienes casi cuarenta años humanos. Te ves como de veinte y a veces piensas como de doce.

—Y tú parece que tienes miles de años… Como si hubieses convivido con los dinosaurios —dijo con una cuchara a punto de deshacerse en su mano suprema—. Sabes qué sucedió con ellos, ¿verdad?

—¿Lo sabes tú? —la toreó jugando con el cuello de su botella.

—La cuestión es que se extinguieron.

—La cuestión es que debes tratar de no ahogarte en tu día de humana. —Máximus le limpió la barbilla, bañada en chocolate.

Ella se perdió en su aroma de cuero y madera humeante, pero se controló.

—No has dicho que no.

—Para ser Suprema deberías obedecer y me temo que eso es imposible.

Lina se levantó y tiró la mitad del contenido de la mesa. Ya estaba bien de juegos.

—¡Te quedaste ahí mientras me torturaban! ¡Me dejaron muda y ciega!

—¿Crees que fue fácil para mí? —dijo sosteniéndole la mirada de odio.

—No me importa eso. ¡No me defendiste!

—Créeme que lo hice, Lina —le aseguró—. Todo con tal de no verte ir a las Profundidades. Di mi corazón, mi humanidad, por mantenerte lejos de ese pozo de fuego… Tú no sabes lo que es la tortura, Lina. Y no lo sabrás nunca porque tu esposo se encargó de eso, y ya está. Hice lo que tenía que hacer como marido. Punto.

Lina se sentó de un golpe seco y tiró la otra mitad de las cosas de la mesa. Luego fingió calma y extrañamente se sonrojó por primera vez en años.

—¿Voy a poder tener un momento para mí sola? Necesito darme placer sexual.

Máximus se quedó de piedra con la cerveza en la mano. No se

esperaba aquello.

—Cla-roo —balbuceó.

Lina se levantó de un salto, limpiándose las manos y la leche chorreante en el vestido. Sucia de comida y de saliva, se dirigió al salón y fue directa al piso superior. La madera de los escalones se sentía tibia bajo sus pies. Vio las puertas de los cuartos y quiso ir primero al de su hijo, pero no pudo. Demasiado doloroso. Suspiró, abrió la puerta de su antigua habitación y se quedó pasmada. Todo se encontraba igual a como lo había dejado: los vaqueros desordenados, las blusas en el suelo, el libro que no había terminado de leer en la mesita de noche… Aquello era un mausoleo de una Lina antigua. Se arrodilló y acarició un pantalón con manchas de pintura, pero enseguida se recordó que ya no era una chiquilla en el cuarto de utilería.

El baño estaba impecable y no pudo evitar sonreír con alivio. Era un placer poder limpiarse en un espacio cerrado, confinado para ese propósito, y no a la intemperie en lagunas o mares salados.

Lina se desnudó y caminó hacia la ducha. Cuando el agua tibia comenzó a caer mientras ella regulaba los grifos, casi se desmaya de felicidad. Echó el rostro hacia atrás y se dejó mojar. El agua le caía desde la frente al cabello, empapando cada centímetro sucio. Jamás en su vida se había sentido tan humana como en ese momento y, por eso, se echó a llorar.

Del otro lado de la puerta, con una toalla mullida y entibiada en la secadora, Máximus la escuchaba en silencio.

Cuando Lina pudo detener el llanto, salió goteando, limpió con su mano el espejo empañado y se miró desnuda, con todo su cabello largo, casi llegando al suelo. Hacía meses que no veía el reflejo de su imagen. Aunque debía reconocer que los años de cabalgada habían sido bastante misericordiosos con ella. Buscó en el mueble la tijera y se cortó el cabello justo por debajo de las orejas. Basta de peinados de ninfa de los bosques.

Al salir vio a Máximus sentado en el sillón de cuero negro. Él abrió los ojos de par en par cuando la vio en todo su esplendor, pero, obligando a su cuerpo a ocultar el entusiasmo, no se movió más que para señalarle la toalla sobre la cama. Lina la tomó y escondió su rostro en la tela con aroma a flores.

—Se te ve bien —dijo él señalando su nuevo corte de pelo.

Lina no contestó. Fue hacia su cómoda y sacó una enagua limpia.

—Puedo poner tus ropas en la lavadora —le ofreció—. Podrás volver con lo que quieras, pero…

—Lo sé —lo cortó—. El vestido tiene la magia de las costuras de Newen Mapu. Está bien, gracias. Ponlo en ciclo delicado, por favor. —No podía creer que estaban teniendo esa conversación—. Necesito esos minutos que te pedí antes para estar sola.

Máximus se demoró en reaccionar. Quería ofrecer su ayuda, se moría por tocarla con delicadeza y calmar las ansias de ese cuerpo hermoso… Pero tragándose todas sus fantasías, fue al baño a buscar el vestido y salió.

Ya a solas, Lina se puso la enagua sobre el cuerpo mojado. Necesitaba sentir el agua en su cabello y en su piel. Y a continuación no hizo nada en absoluto. Solo se quedó allí intentando acostumbrarse de nuevo a su cuerpo, que veía y hablaba. No pasó mucho hasta que Máximus tocó la puerta, volviendo a ella como una mascota arrepentida.

—¡Entra! —exclamó Lina.

—Si ya has terminado, podemos charlar. Creo que te debo una explicación.

Ella se sentó en la cama y dijo:

—Habla.

De pie, Máximus comenzó lo que había ensayado:

—Lamento haberte mantenido al margen de mis planes. Hoy te lo contaré todo desde el principio. —Hizo una pausa para darse coraje y arremetió—: Cuando empecé a ver que tu humanidad te abandonaba, me desesperé. Los años pasaban y tu condena seguía y seguía. Entonces fui a ver a Destiny… Ya se habían cumplido los cien años de la última vez que fui a visitarla a la cueva, aunque creo que me hubiese aceptado de todas formas. Hice mis tres preguntas: ¿cómo podía devolverte a las Tierras? ¿Qué podía hacer para ayudar a Salvador? Y ¿qué podía hacer para regresar yo con vosotros? Ella me respondió que la única manera de salvarte era convirtiéndome en Supremo, porque cuando te conviertes en uno puedes pedir un deseo, igual que cuando mueres, o quizás no igual… Todos los Supremos deben estar de acuerdo con este. —Se detuvo y con gesto irónico dijo—: ¿Adivina quiénes no estuvieron de acuerdo con el mío?

Ante el silencio de Lina siguió:

—En fin… Yo pedí que tú y Salvador terminarais vuestros días en las Tierras y que nunca fueseis torturados en los Infiernos. Y como Supremo, me aseguraré de que eso se cumpla, convenceré a Astrid y a ese acuoso. Por eso di mi humanidad… Destiny me dijo que puedo ayudaros a ambos a llegar al Paraíso así, pero a cambio yo debía renunciar a este de una vez y para siempre. Me aconsejó

hablar con Ismerai y, como ya lo habrás entendido, él también quería dimitir. Igual que Newen Mapu…

Lina no rompía su silencio, solo lo miraba allí de pie frente a ella.

—No te lo dije porque Destiny me advirtió de que, de hacerlo, me lo impedirías. Me dijo que, durante un breve tiempo, serías más poderosa que yo. Supongo que fue cuando tenías tu mano suprema y yo era solo un cazador líder. Luego, al volver de las Profundidades, Astrid me ordenó que te mantuviera al margen. Los Infiernos son un reino maldito e inferior en el Círculo, y yo no tuve otra opción que obedecer. Solo hoy, en honor a la partida de Newen Mapu, se me ha permitido contarte todo esto.

Lina iba a gritarle que era un imbécil por haber confiado en Destiny otra vez. En vez de eso, dijo con la mayor calma posible:

—Bien. Eso explica lo de tu lugar en el Círculo. Ahora, dime, ¿qué explica que me hayas dejado torturar por tus compañeros?

La mandíbula de Máximus se tensó; se odiaba por ello.

—Yo necesitaba que te comportases. Cuando rompiste el equilibro del reino con tanta facilidad, los otros Supremos se asustaron. En realidad, solo el imbécil de la Voz de las Aguas y Astrid, que es tan poderosa que ni te imaginas. Ambos quieren que todo esté en su lugar. Ellos deben ver que te controlo y deben creer que soy capaz de mantener mis sentimientos a raya en pos del bien común. Creo que en ese momento aceptarán mi deseo supremo y te permitirán regresar. —Hizo una pausa breve y continuó—: Después de lo de *Madame L'Mort* y tu rechazo a cumplir las reglas, Newen Mapu y yo intuimos que algo así podría suceder. Así que, en secreto, gracias al enlace de Sueño, contactamos a un Eterno regente.

—Nuestro pariente —lo sorprendió Lina y de inmediato le explicó—: Tuve un sueño con Destiny. Entonces es verdad: él es nuestro bisnieto y será el padre de una Eterna. Lo que nos hace a nosotros los tatarabuelos de una Eterna. Y a Salvador bisabuelo… Entonces, ¿tendrá su final feliz con Rory?

—Supongo —intentó adivinar Máximus—. Con respecto al futuro, todos se muestran muy incómodos y no me han querido decir mucho. Los Eternos que manejan el tiempo son peculiares. Ese muchachito se llama Whitehorse y es un ser complejo. Se mueve por el tiempo a su antojo, aunque solo en el pasado, pero comprendo que viene de un futuro distante y peligroso. Parece que al cruzarnos tú y yo aquella noche del baile de disfraces abrimos la posibilidad de que una nueva Eterna se alzara. Sin embargo, aún

deben suceder muchas cosas, según me explicaron…

—Y por eso Sueño siempre ha estado tan interesado en nosotros —dijo Lina—, porque, según la profecía, él será su pareja y los Eternos que vienen en pares son más poderosos que en solitario.

Máximus alzó las cejas.

—Veo que Destiny te lo ha contado todo.

Lina no hizo caso y le espetó:

—¿Y estás de acuerdo en entregarle nuestra descendencia a Sueño y que la pobrecita quede atrapada en su mundo? Tú, que siempre lo has mirado mal por su moral libidinosa…

—Sueño protege a sus mujeres —reconoció él vencido.

Lina se mordió los labios y negó con la cabeza despacio; pequeñas gotitas volaron de su cabello empapado.

—Pero mira qué tolerantemente machista eres, Máximus. Mira como le vendes al mejor postor todo lo que creías…

Máximus tensó su mandíbula.

—A veces hay que sacrificar cosas por la familia.

—Oh, no me vengas con eso. Te encanta ser un Supremo. —Las manos de Lina volvieron a moverse descontroladas como antes—. Siempre te gustó el poder y por eso te convertiste en cazador líder cuando me rescataste. Destiny te lo había dicho la primera vez que fuiste a verla: siendo cazador podrías hacer lo más importante de tu existencia, por eso me salvaste cuando era una chiquilla. Para ser tú poderoso…

Entonces sucedió algo que Lina esperaba hacía mucho tiempo: Máximus le dio la razón.

—Es verdad —dijo acercándose—. En parte lo hice por sentirme poderoso, pero hay algo más. Para mí eso es amor. Protegerte con mi poder es la forma en que hasta ahora he intentado amarte. Lo cual creo que es más grave, porque mi forma de amar te salva y te lastima al mismo tiempo.

Lina no dijo nada cuando él se sentó a su lado.

—Aquel día en el Círculo no podía torturarte como los otros dos Supremos, pero debía demostrarles que velo por el equilibrio y que tú puedes ser contenida. Así que hice que Whitehorse interviniera. Lo habíamos arreglado entre Newen Mapu y yo. En la sangre de él está la nuestra y también la de algún Ekuas… No lo sé, los Eternos no quieren revelar mucho acerca de él y de nuestro parentesco. Fue una especie de actuación lo que hicimos y es que los otros Supremos son antiguos, Lina. Necesitan sentir que aún ejercen su poder. Tenías razón con respecto a Astrid. La decisión de los Cielos es la única que importa al final, pero intento ganarme un espacio

ahí y su confianza. —Suspiró—. Lamento no ser suficiente. Lamento no amarte mejor, pero te estoy dando más de lo que tengo para dar… ¿Puedes comprenderlo?

Ella asintió despacio.

—Hubo un tiempo en que creí que yo te enseñaría a amar mejor… —Movió sus hombros—. Ya sabes, de igual a igual.

—Ese camino me corresponde a mí —respondió en tono triste, pero más animado añadió—: ¿Recuerdas la historia de la caja de Pandora que me contaste? —Lina asintió con gesto agrio; aquel había sido un día duro—. Pues al diablo los mitos griegos —soltó arrancándole una sonrisa—. No somos leyendas, Lina. No somos historias. Somos dos criaturas, una de tierra y otra de fuego, intentando amarse lo mejor que se pueda mientras sobrevivimos en un universo hostil. Déjame regalarte esto: siendo yo Supremo de las Profundidades jamás irás allí. Nunca te torturarán. Ese es mi regalo para ti, hoy. ¿Me amas hoy? No para siempre… Sé que perdí el derecho de pedirte eso. No por el resto de tus días… Pero ¿me eliges hoy?

Lina posó sus brillantes ojos verdes sobre él. Aquello era nuevo y, como en todo matrimonio de años, lo nuevo se abrazaba con esperanza. Sonrió apenas. Sí, ese día lo elegía. Y al día siguiente, quizás también. Y así.

—Yo seguiré intentando romper la Gran Competencia y el pacto —le advirtió antes de responderle—. Y no te dejaré solo en los Infiernos por toda la eternidad.

—Y yo te ayudaré siempre y cuando eso no ponga en peligro mi trabajo para que tú y Salvador os quedéis en las Tierras como humanos…

Lina ladeó la cabeza.

—¿Propones una especie de tregua, entonces?

—Más bien una negociación. ¿Tal vez encontrarnos a medio camino?

—¿Y qué hay de ese juramento que hiciste con los Supremos?

—Antes de ese juramento, te entregué mi alma ante Dios cuando nos casamos.

Lina hizo un intento de sonrisa.

—Otra vez con los dioses… Eres insistente.

—Ni yo sé aún lo que hay detrás de las puertas de los Cielos, pero me encargaré de que tú vivas una vida plena como humana y luego vayas allí para conocer a ese Dios. Siempre y cuando no se interpongan con ello, te apoyaré en tus objetivos.

—¿Recuerdas cuando me ayudaste tanto para terminar la

universidad? —le preguntó ella—. ¿Cómo me insistías para que me animase a actuar? A ser *la Gran Lina*… ¿Por qué ahora es distinto? Romper la Gran Competencia y el pacto es muchísimo más importante que el hecho de que el mundo tenga una actriz más…

—Tú no serías una actriz más, Lina —la corrigió—. Serías la Gran Lina, en realidad. Y, además, con eso no te jugarías el alma ni la existencia. —La miró con el cariño de los que estarían dispuestos a cambiar la dirección de la Tierra con tal de ver al ser amado feliz y realizado, y volvió a preguntar—: Entonces, ¿me eliges hoy?

—¿Eres un Supremo o eres el irlandés sexi con el que me casé?

Máximus hizo una pausa y sonrió de lado. Luego le mostró su mano, donde brillaba la alianza que solo le llegaba hasta la mitad de su dedo índice con su nuevo tamaño.

—Haré que Aketa Wana me la arregle.

Lina no esperó un segundo más; su hambre lujuriosa la estaba quemando y, que Dios se apiadara de su alma: lo amaba locamente.

Le abrió la chaqueta y le besó el comienzo de aquel pecho descomunal.

Él no tardó en unírsele, evidentemente emocionado con tenerla medio desnuda bajo la enagua, y le quitó despacio la prenda. Después se puso de pie sin quitarle la mirada de encima, desabrochó su vaquero, pateó su calzado y en dos segundos estuvo con su cuerpo esculpido frente a ella. Lina sintió su corazón palpitar, descontrolado. Lo único que desentonaba en ella era su mano tallada, pero por lo demás era la sencilla y curiosa Lina Smith. Adoraba aquello. Valiéndose de sus codos se fue hacia atrás en la cama y separó las piernas.

Máximus cerró los ojos un instante, saboreándola por anticipado. Quería acariciarle la boca lastimada o que ella lo acariciara con esta. Estaba perdido en esa imagen; el cabello de Lina goteaba sobre sus senos mientras sus labios se entreabrían deleitándose en la enorme excitación que él no podía ocultar.

—De nuevo estás más grande, Will —susurró ella acariciando solo la punta de su masculinidad. Máximus tuvo que agarrarse a las columnas de la cama para contenerse. Debía explicarle algo antes y es que, si demonio y humana no podían estar juntos, Supremo y cazadora líder tampoco, y Supremo y humana, menos que menos.

—Será distinto, mi vida. Ahora soy más poderoso y puedo controlar el fuego, pero… tú eres más débil. —Ante las caricias rítmicas de ella, bufó—: ¿Puedo tocarte yo también? —Ella asintió deslizándose un poco más atrás en la cama, para darle espacio a lo que él planeaba hacer—. Debo tener cuidado, amor mío. No sabes

lo débil que pareces ante mis ojos y no quiero lastimarte.

Lina se incorporó sobre sus rodillas y le acarició la cicatriz del rostro.

—No puedes lastimarme más de lo que ya lo has hecho, Will.

—Ojalá algún día logres perdonarme, mi vida —dijo despacio y luego le tomó el rostro y le comió la boca.

Lina aprovechó para tumbarlo en la cama y sentarse con cuidado sobre él. Con ese nuevo tamaño, hasta sus bíceps parecían estallar y comprendió que, pese a su excitación, en verdad debían ir con cuidado. Respiró hondo mientras él la tomaba por las caderas y la empujaba hacia abajo.

—Por favor, dime si necesitas parar —balbuceó él, pero Lina sabía que si se detenían iban a morir envenenados de lujuria—. Dios, Lina, me estás matando…

—Es como la primera vez —murmuró ella mordiéndose los labios para soportar sentirse tan completa, una vez que estuvo totalmente sentada sobre él—. El desgarro…

—Lo siento, mi vida, es nuestra naturaleza chocando.

—Me gusta —jadeó—. Me hace sentir viva.

Y así continuaron. Se hablaban sobre sus labios y las palabras les pedían permiso a los besos suaves, a las respiraciones agitadas sobre sus bocas anhelantes. Por momentos los dientes de ella castañeaban y él la tomaba más fuerte por la espalda y las caderas. Lina apenas se movía, era él quien llevaba el ritmo, aun estando debajo.

—Ahora se siente mejor… —jadeó ella antes de sentir que todo su mundo era él—. Como si…

—Como si estuviésemos hechos el uno para el otro —completó Máximus siempre desde sus ilusiones románticas.

—Will…

—Lina —le reafirmó instantes antes de unirse por primera vez esa noche.

Porque, como siempre que estaban juntos, aquella fue la primera de varias.

Cuando fueron al baño a ducharse, sucios de sudor y de sus esencias, él la alzó contra los azulejos y, respirando de su aroma, la miró a los ojos para decirle:

—Te quiero humana cada día. Te quiero en las Tierras. Te quiero libre. —Lina le llevó el rostro a sus senos y él siguió hablando con la boca llena—: Quisiera tener dos lenguas para lamerlos al mismo tiempo, mi vida.

Lina sonrió mientras tocaba la piel mojada de él. Sí, ella también estaba empapada. La punta de sus dedos sentía el calor de la frente,

las mejillas de Máximus, luego los brazos y aquellos hombros, hasta llegar a la cicatriz que conmemoraba el corazón arrancado.

—Will…, te amo —dijo y se desembarazó de su ajuste. Se dio la vuelta y lo instó a que la tomara de pie. Él apoyó los brazos a cada lado de su cabeza para que el exceso de fuerza lo recibieran los azulejos. Entre aquellos músculos tensados, Lina se sentía muy poquita cosa, pero enseguida comenzó a moverse y a marcar el ritmo.

—Yo también te amo —bufó él—. Pero si te mueves otra vez así, vas a acabar conmigo.

Y así lo hizo Lina. Giró el rostro y se mordió los labios para terminar de volverlo loco, pendiente de la vena de su frente que iba a explotarle —porque al parecer su propia humanidad era tal que lo contagiaba lo suficiente para que la sangre danzara en él—. Lo tuvo a su merced y sonrió cuando ya no pudo refrenarse. La fuerza sobrante la sufrieron los azulejos, que estallaron en partículas azules mientras Máximus protegía su cabeza entre su pecho.

Después del espectáculo, la llevó hasta la cama y se acomodó por detrás, como si aquella posición fuese la natural entre ellos dos, y aspiró la fragancia a jazmines de su cabello empapado. Lina acariciaba el brazo de él que se perdía entre sus muslos, al mismo tiempo que en su espalda sentía la dura excitación, que no mermaba. Aparentemente, ser un Supremo le daba el poder de la continuidad eterna.

—¿Cómo te aguantaste para no tener sexo con cualquiera, cuando volviste la primera vez? —preguntó Lina contoneándose y volviéndolo loco—. Recuerdo que había una mujer cerca la noche de la Gran Competencia.

Él recordó aquella noche, cuando sintió los gritos de ella casi en el oído a pesar de la distancia.

—Me alegro de haber esperado por ti. —Y, conteniendo la fuerza que le daba su puesto de emperador de los condenados, entró en ella despacio pero decidido—. Nunca, no importa qué pase, amor de mi vida, dejaré de amarte y desearte así —le susurró mientras hacía tambalear la cama.

Lina pasó una mano tras él para afirmarse a su nuca.

—Muéstrame cuánto me amas, Will. Más rápido… Mmm…

—Sí, mi vida… Siénteme explotar dentro de ti. Tómame en tu cuerpo hermoso.

Lina lo tomó. Se llenó de él y otra vez sus sentidos se vieron empañados por el aroma a madera quemada y cuero —ese perfume de hombre sexi—, el sabor de sus besos, el tacto de sus enormes

dedos y su esencia perdiéndose en su interior y por entre sus piernas. Lina ya no sabía de qué otra forma entregarse a él. Ella también le había dado hasta lo que no tenía. Pensó alguna vez que iba a ser incapaz de perdonarlo, pero allí estaba, enamorada hasta decir basta. Por ahora decidió que lo mejor era darle un respiro a su intimidad, que latía por una nueva sacudida de su esposo.

—No puedo más, Will —reconoció—. No quiero dormirme de agotamiento y perder las horas que me quedan. Vamos a ver una película y a comer algo más, por favor.

—¿Mmm…? —Máximus estaba perdido otra vez en sus movimientos.

—Will…

—Sí. —Se detuvo como despertando de un sueño erótico y saliendo de la cama exclamó—: Claro, una película… Eh… Tengo una selección abajo. Hay una que sé que te va a encantar. Hace poco Julie me dijo que J. J. había quedado fascinado con ella y le dijo que tú te habrías vuelto loca al verla. Es algo sobre un fauno…

—Genial. Suena bien —aceptó Lina, volviéndose a calzar la enagua.

Bajaron y ella vio la vieja gramola. Fue hacia allí aún con el cabello goteando, porque después de años viviendo en el calor seco de los Infiernos quería aprovechar cada oportunidad de mojarse. Despacio apoyó las manos en el vidrio del aparato y sonrió ante el contacto, y aquel maravilloso sonido. *Click* y el disco se ponía en posición. *Click* y una canción de Dinah Washington llenaba la sala. Con su voz quebrada por tanto tiempo de desuso, la acompañó mientras se acercaba a Máximus, quien la miraba hipnotizado. Hacía tanto que no la escuchaba cantar.

—*What a difference a day made twenty four little hours…* —cantaba ella mientras lo tomaba con su mano humana y lo invitaba a bailar por el salón. Lo hacían lento, como si se tratase de un baile escolar. Ella se aferraba a él acostumbrándose a la debilidad humana después de tanto poderío. Porque el vértigo que sienten los cazadores a su regreso es similar al que sienten los bebés cuando salen del útero y se encuentran con la gravedad. Pero, pese a sus dificultades, ella continuaba regalándole una maravillosa serenata, mirándolo a los ojos con la cabeza echada para atrás mientras él le acariciaba la cintura despacio.

Sin embargo, el sonido del móvil de Máximus los sacó del encanto.

—Lo siento —dijo y fue a atender.

De repente, a través del aparato, la voz de su hijo llenó el

ambiente. Gritaba debido al viento que hacía donde se encontraba. Al parecer había ido solo con Rory, Logan, Matthew y la abuela Barb, porque el tío J. J. había tenido una recaída y la tía Julie se había quedado para cuidarlo. Máximus lo escuchaba mirando los ojos de su esposa, midiendo si aquello resultaría un problema. Pero el rostro de Lina era sereno.

—Sal, Paolo va a ayudarte con los preparativos para tu cumpleaños y el de Rory. —Por primera vez quería acortar la conversación con su hijo—. He depositado más en tu cuenta. Gastad sin reparos, por favor.

Cuando dejó el aparato sobre la mesita indagó:

—¿Escuchaste?

—Su voz cada día se parece más a la tuya —dijo Lina y, con sus manos en la espalda y expresión de niña buena, lo tranquilizó—: Te lo prometí: me portaré bien. Ahora pon la película, que quiero sentirme normal durante el resto del día.

Justo en ese momento entró en el salón la pequeña Smith de antes. Ella también disfrutaba como una bulldog normal. Se acostó en su cesto junto a la chimenea apagada, cansada de haber jugado en el jardín, toda llena de barro y hojas. Lina se agachó para acariciarla en silencio, mientras lágrimas pesadas se escapaban de sus ojos.

—Mi vida… —exclamó él apenado viendo la escena.

—Dale al *play*. Vamos.

* * *

—¿Has visto que a veces ser un adicto tiene sus beneficios? —preguntó J. J. desde el sillón a su hermana—. No hemos tenido que ir a esa maldita excursión.

Josh se encontraba en mitad de una de sus rehabilitaciones, así que el temblor de su cuerpo era normal. También se comía las uñas, hábito que solo tenía después de alguna buena temporada en una granja para famosos que no podían manejar muy bien la fama.

Julie le pasó una taza de té con miel y se sentó a su lado.

—La tía Barb tiene razón —prosiguió—. Jamás nos gustó tanto el aire libre como a estos chicos. Parecen perros callejeros, pero ha sido un bonito gesto que la llevaran… Después de tantos años, agradezco que Matthew haya sacado ese poder del cajón para borrarle la memoria de ese horrible episodio con Rory.

—A veces me olvido de ello, como si no hubiese ocurrido, y otras quisiera que Matthew me borrase a mí las cosas… —bromeó

Julie para luego seguir muy seria—: Dice que es parte de su poder de curación: borrar un suceso traumático.

—Me alegro de que lo haya hecho y que ahora la tía Barb pueda disfrutar de su nieto en White Pass. Eso es hermoso. —Y muy concentrado le preguntó a su hermana—: —¿Crees que al menos Lin pueda ver ahora lugares bonitos?

—Pregúntaselo a William. —Julie se colocó los rulos debajo de la cofia. Su hijo le decía que era una costumbre de vieja, pero ella insistía—. ¿Hace cuántos años que no lo ves? ¿No te interesa saber de Lina de primera mano?

J. J. alzó sus hombros a la defensiva.

—Se lo preguntaré a ella, si regresa alguna vez. No me interesa hablar con él.

—Él no tiene la culpa —lo defendió Julie.

—¿No? ¿Y entonces quién? Hubo un tiempo en que lo odiabas… Y además, él me prometió que la traería de vuelta. Cuando lo haga, entonces volveré a hablarle.

Julie puso los ojos en blanco.

—¡Ay, Dios mío! He cortado cabellos todo el día, no tengo fuerzas para esto.

—Está bien —aceptó él—. ¿Han mejorado las cosas con Matthew desde que le dijo la verdad a Logan sin consultártelo?

—Vaya, eres todo un experto en cambiar de tema —rio Julie—. ¿No quieres hablar de mi relación con papá y mamá?

J. J. se atragantó con su té de tanto reír.

Julie lo abrazó por el cuello como si nunca hubiese dejado de ser un chiquillo con la gorra de los Toronto Maple Leaf.

—Vamos, cuéntale a tu hermana pueblerina tu agitada vida de estrella de *rock*. Necesito historias de romance y pasión que me distraigan, por favor.

J. J. sorbió su té, fingiendo inocencia.

—¿Romance? ¿Pasión? No. Nada de eso. Al final creo que tú y yo no fuimos hechos para un solo amor, como Lin.

—¡Ay, por favor! —Lo empujó—. No me hagas rogarte. Vi en la tele que te pillaron tres veces con la misma chica, esa que parece que no come desde los noventa…

—Si me das algo más fuerte que un té, te lo cuento —pidió con tono manipulador.

—De acuerdo, pero salgamos, que está precioso.

Fuera, se sentaron en las escaleras donde habían visto por última vez a su amiga. Recordaron viejas anécdotas, algunas que los hicieron desternillarse de risa.

—¿Y recuerdas cuando tomaste el ramo de la tumba de la anciana Russell para la boda de Angèle?

J. J. rio y luego, alzando su botella, dijo:

—Por Lin.

—Por Angèle —lo secundó Julie.

Era un buen brindis. Necesario. Un brindis al cielo con Horse Beer, porque para aquellos dos, allí era donde estaba siempre su amiga.

—Puaj… —se quejó Josh escupiendo—. ¿Qué diablos es esto?

—La nueva línea sin alcohol de Horse Beer, ¿qué esperabas que te diera? Estás en rehabilitación, por Dios. Vamos —lo apremió mientras se levantaba de un salto—, entremos que hay un *reality* de peluqueros que quiero ver.

* * *

El reloj estaba llegando al final del día regalado para Lina. El sol se alzaba sin prisa, pero para ella todo pasaba a cámara rápida. El tiempo humano se escapaba como arena en un puño o como los días de vacaciones. A apenas unos kilómetros, los hermanos J. J. estaban amaneciendo después de una noche en la que ninguno pudo conciliar el sueño. Miraban un capítulo repetido de *Expediente X*.

Después del último encuentro con Máximus, Lina se incorporó de la cama. En silencio fue a por su vestido zurcido por la tía Barb y Newen Mapu. Esta vez fue más precavida y se colocó en la muñeca tres gomas para el cabello. Fue a su joyero y se puso las horquillas con punta de flor que su esposo le había comprado alguna vez en París. También fue a buscar sus botas grises de cordones. Si debía volver a vestirse para su condena de muerte, al menos ya no estaría descalza.

—Aún faltan unos minutos, no te vistas —ronroneó él desde la cama, desperezándose—. Vuelve a mí.

Lina lo miró allí recostado, en todo su masculino esplendor. Era poderosísimo, sin duda. Ahora podía hacer lo que le apeteciera: dormir, comer, acostarse con su esposa y hasta manejar a los humanos a su antojo. Tan superior a ella…

Sin decir palabra alguna, se preguntó si su mano suprema le respondería aun cuando Newen Mapu ya no estuviera nunca más cerca. Lo que Lina no sabía era que tenía que aprovechar esos momentos precisamente ahora que era toda humana. Durante unos minutos más no habría otro reino pujando en su cuerpo por el control, pero, a pesar de no saberlo, jugó su última carta. Se plantó

frente a la cama y se balanceó en una de sus columnas, respiró profundamente como su mentor le había enseñado y se concentró.

—Lo siento, Will —dijo al mismo tiempo que de su mano suprema salían cuatro enredaderas poderosas que lo ataron a la cama. Por su rostro, comprendió que lo había pillado desprevenido. Él comenzó a luchar con brazos y piernas.

—¡¿Qué?! ¡Lina, no! ¡No sabes lo que haces! ¡No! ¡Desátame!

Pero ella ni se detuvo a escucharlo, tomó un inhalador caducado de su mesita de noche por si acaso, y corrió escaleras abajo. Asió su corona de la mesa de la cocina y comenzó a correr por el bosque. Las botas grises se sentían extrañas, su pecho se movía acelerado y un pinchazo en su lado izquierdo comenzó a molestarla. Sin embargo, aceleró la carrera.

No pasó mucho tiempo hasta que los gritos de Máximus comenzaron a escucharse por el bosque. Corría tras ella.

Sin detenerse, Lina usó su mano suprema para desplegar cercas de ramas y hierbas que lo detuviesen, y él las incineraba también de un manotazo. Era una especie de cacería. Humana contra Supremo.

Cuando su paso se ralentizaba por el cansancio, de repente vio una mancha blanca junto a ella. No podía creerlo: era Umah en su forma equina.

—¡¿Qué haces aquí?! —le gritó sin detener la marcha—. ¡Vete con tu hijo los minutos que te quedan!

Pero la yegua relinchó y con la cabeza la instó a subirse. Lina saltó sobre ella y se abrazó a su lomo. Sin la maldición infernal iban a trote regular, pero de todas formas muy rápido. Intentó controlar sus inhalaciones y se irguió un poco. Desde esa posición le era más fácil lanzar hacia atrás todo tipo de planta que frenara a Máximus: acacias, almendros y hasta una lluvia de dientes de león para desorientarlo. Tras los tres árboles iguales, Lina divisó el final del bosque y su emoción ensordeció los gritos de fondo. En la acera saltó y con una palmada rápida despidió a Umah.

—¡Josh, Julie! —gritó desde la esquina.

Dentro de la pequeña casita, J. J. se pellizcaba el labio pensando una respuesta para su hermana: no sabía si le sentarían mejor unos huevos o unas tostadas. Al escuchar aquel grito, aún con la televisión encendida, miró a Julie con los ojos como platos. A pesar de su sorpresa, saltó del sillón y corrió hacia la puerta, que abrió de par en par. Bajó las escaleras seguido por su hermana y allí, a lo lejos, la vieron.

—¡Josh! ¡Julie! —Lina corría por su vida, por su alma…, por sus amigos.

—¡Lin! —soltó J. J. sin esperar un segundo, siempre bueno para las emergencias.

Julie estaba en *shock* mientras su hermano ya corría estirando un brazo.

—¡Lina, no lo hagas! —los rugidos desesperados de Máximus rompieron el final del bosque—. ¡Regresa! ¡Lina!

Al final de la calle, sintiendo la inmediatez del cambio, Lina hizo un esfuerzo sobrehumano para aumentar la velocidad mientras Josh corría como loco, a pesar de que su cuerpo no funcionaba bien. Con cada latido, su corazón mandaba la orden de expulsar de sus venas aquellas sustancias dañinas. Con rabia, su cuerpo quería limpiarse para darle el mejor abrazo de bienvenida a su amiga. Pero inevitablemente, aquello era otra despedida.

Sin escuchar las advertencias de Máximus, Lina también estiraba su mano. Como si tocar a Josh la fuese a devolver a la normalidad: la peluquería, las hojas de otoño, los bailes torpes frente al espejo de pie, las maratones de videoclips en el sillón, las manos apretadas de la infancia, hasta las malditas batallas de fósforos…

Qué rápido corrían aquellos dos amigos, parecía que iban a convertirse en uno cuando chocasen. Pero el sol se alzaba, y la magia de Newen Mapu se evaporaba. Apenas les faltaban unos centímetros. Incluso ambos se quedaron con sus manos extendidas en el aire cuando Máximus apareció por detrás, lleno de hierbas y espinas, y la cargó en su hombro.

—¡No! ¡Por favor! —gritó Lina en un lamento pateándolo—. ¡Por favor!

Pero en un remolino de humo y cenizas desaparecieron.

Josh cayó arrodillado, con lágrimas bañándole el rostro. Aquella escena de película romántica le quitaría otro tanto de humanidad. Humanidad que Lina pareció absorber y que necesitaría para afrontar los siguientes meses en el inframundo.

J. J. golpeaba las manos contra el asfalto de pura frustración. Sin importarle arruinar su fuente de talento. Ya no quería sujetar una guitarra, ni un micrófono, ni las baquetas de la batería…

Julie salió del trance y caminó los pasos que los separaban.

—El pelo así se le veía hermoso —murmuró.

J. J. no pudo responderle, solo se quedó allí golpeando el pavimento, rompiéndose sus privilegiadas manos y llorando a todo pulmón.

Mientras eso pasaba, Máximus depositaba a Lina en su cueva. Ya casi era una cazadora líder de nuevo.

—Lo siento, mi vida —se lamentó—. Lo siento tanto, pero es por

tu bien.

Intentó colocarle su bucle deshecho en la frente, pero Lina, con su poderosa mano, le cruzó la cara de una bofetada, mirándolo con un odio indescriptible.

Máximus observó confuso el líquido rojo que le salía de la comisura. De alguna forma estaba feliz: quería sufrir, que lo torturasen, volver a los Infiernos…

—Nunca más me tomarás como una muñeca solo porque eres más fuerte —escupió Lina entre sus dientes apretados—. Ni para separarme de mis amigos ni para sentarme en el taburete de un bar. ¡Eso se acabó!

Iba a seguir cuando un líquido ácido subió hasta su garganta y por segunda vez en su existencia lo vomitó entero. Pero esta vez, no pidió disculpas.

—Es normal —la tranquilizó—. Tu humanidad se evaporará en segundos y tu cuerpo está confundido. No te preocupes.

—No lo hago —dijo limpiándose el mentón y mirándolo con desdén—. Se acabó lo de tratarme como un títere, Máximus. Hablo en serio.

Él se incorporó asintiendo. Debía volver a sus funciones.

—Está bien, lo prometo. Ahora te dejaré sola unos días para que te recuperes. Has sufrido mucho y no estás en condiciones de cazar. Descansa y yo vendré a buscarte cuando llegue el momento. Adiós.

Lina no respondió más que con un gesto indiferente y se quedó allí sola con el olor a ácido. Odiaba vomitar. No lo había hecho en casi dos décadas. Después, sin poder tolerar su cuerpo demoníaco de nuevo, la culpa la atravesó. Josh no soportaría ese golpe, y lo que había visto no le había gustado nada: estaba ojeroso, consumido, y parecía tener más años encima de los que le correspondían. Y estaba segura de ser ella la causa de tal abandono.

Se sentía mal. ¿Cómo iba a seguir ahora? Sin Marina, sin Newen Mapu, cuya muerte absurdamente sentía que recaía sobre su conciencia… Así como las de miles de almas que podrían haber sido cazadores de no haberse interpuesto ella con su guadaña… Lina lloraba abrazándose a sí misma, sintiéndose la criatura más solitaria del mundo. Pero se equivocaba. Porque dentro de ese refugio no estaba sola, y quien la acompañaba lo haría durante un tiempo más.

Capítulo 31

Alguien como Tobías Baker

«La figura se endureció, puso los ojos en blanco como en trance y luego sonrió divertida por la broma.
—¿Cuál bebé, querida?
Lina pensó que se estaba haciendo la tonta.»

W. Parrot, *Whitehorse I. Cuando los Cielos y los Infiernos se abren*

—Esta es *la* noche, amigo —exclamó frente al espejo de pie encendiendo un cigarrillo.

—No —Logan se lo quitó de la boca—. Será la primera noche de muchas. Ya sabes que las primeras veces son por lo general horribles.

Salvador se mordió los labios, confiado, y siguió abotonándose la camisa que había comprado para la ocasión.

—No será así para mí y Rory —insistió—. La pasaré a buscar, la trataré como la princesa que es, seremos completamente uno del otro y después lo celebraremos en nuestra fiesta de cumpleaños.

Su amigo le puso tres condones en el bolsillo y dándole unas palmadas le aconsejó:

—Tienes que tener cuidado. Si sientes que no puedes contener… —carraspeó—, eh…, tu naturaleza, debes alejarte de Rory.

Salvador frunció el ceño.

—¿Mi naturaleza? ¿Qué quieres decir? Últimamente estás tan raro… —Sacó dos condones e intentó devolvérselos—. No lo haremos más de una vez. No quiero lastimarla…

—No es por eso, semental —bromeó Logan—. Es que las primeras veces son difíciles de poner y puedes romperlo o algo así.

—Tienes razón. Mejor ir *sobrepreparado*, ¿verdad? —Sonrió un poco nervioso.

—Ve a por ella. Disfrutad y luego ya me contaréis todo en la fiesta.

Se abrazaron y Salvador exclamó:

—Lamento que Jenny no haya aceptado tu invitación.

Logan se encogió de hombros. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Cuando Salvador salió, un pájaro perdido cantaba en la noche. El supersticioso muchachito católico lo interpretó como una buena señal. Se subió al coche y sintonizó la radio en su estación favorita. *A Love So Beautiful*, de Roy Orbison, sonaba para llevarlo a la que él creía que iba a ser la mejor noche de su vida. Conduciría hasta lo de Rory y luego irían juntos a la casa grande, donde tendrían su casamiento pagano y consumarían su unión. Después esa casa se llenaría de sus amigos para celebrar su amor y sus diecisiete años recién estrenados. ¿Qué panorama podía ser mejor que aquel?

Hasta habían tenido la suerte de que justo ese año su cumpleaños conjunto cayera en fin de semana. Era un regalo del calendario. Sin embargo, había otro regalo que el calendario les daría esa noche. Uno que sucedía solo quince días al año según los Ekuas. Porque Salvador Wildman, en el camino sinuoso hacia la casa de su amada, se cruzaría con un iñiquei, uno de los nacidos esos quince días extras, que solo son puestos en este mundo para esparcir catástrofes a su alrededor. Y en Whitehorse, el iñiquei por excelencia no era otro que Tobías Baker. Alguien que ya se había cruzado con Lina Smith en otra ocasión.

El ya dueño de la gasolinera paradójicamente se había quedado sin gasolina justo en la curva más peligrosa. Además, había ahogado el motor.

Salvador, fiel a sus impecables modales, se detuvo para ayudarlo. Era bueno con los vehículos, sobre todo después de pasar tantas horas en el taller del señor Belmont, arreglando viejas motocicletas.

«Solo serán cinco minutos», se dijo.

—Excelente trabajo, chico —le agradeció Tobías Baker desde el asiento del conductor mientras Salvador bajaba el capó. El motor ronroneaba como nuevo—. ¡Buena suerte en tu fiesta de cumpleaños!

No hay nada peor que un iñiquei deseando buena suerte.

—No es nada, señor Baker —lo saludó el muchacho ansioso por continuar su camino.

Miró la hora en su móvil. Debía darse prisa para no hacer esperar a su novia. Fue directo a su coche y decidió que, después de aquel desvío, era mejor acortar camino por una zona que no resaltaba más que por su simpleza. No quería llegar tarde a la cita más importante de su vida.

Su vehículo se deslizaba tranquilo cuando de pronto tuvo que aferrarse fuerte al volante. Logró frenar justo contra una roca gigante que cayó hacia la carretera. Un poco más y se hubiese estrellado. Se bajó refunfuñando.

—Maldición —masculló cuando vio los dos neumáticos traseros reventados.

El señor Baker ya lo había pasado y, aunque intentó llamar a Logan, no había señal en el móvil. Tenía que hacer dedo hasta la muerte o empezar a caminar. Se decidió por esto último hasta que se acordó de que era excelente corriendo. Qué felicidad cuando el aire cálido danzó en sus pulmones.

—¡Ya voy, Rory! —gritaba para que el viento cálido de junio le llevara sus palabras al amor de su vida. Era tan romántico que se sentía como un verdadero príncipe yendo a rescatar a su doncella.

Pero algo extraordinario llamó su atención y tuvo que cortar la marcha de un frenazo. Allí, entre las piedras y las plantas descoloridas de esa parte sencilla del bosque, vio un muro de roca y se quedó pasmado porque en su centro había una pintoresca puerta de madera gastada, con un picaporte reluciente. En honor a la curiosidad que había heredado de su madre, el joven Salvador se acercó y colocó su mano sobre el pomo dorado. Sin oponer resistencia, la puerta se abrió para mostrarle el interior de una cueva y un único camino por recorrer.

Tobías Baker lo había hecho de nuevo. Había traído, sin querer, la desgracia a aquella familia.

Salvador se debatía entre el instinto de conservación y la curiosidad. Esta última ganó, por supuesto, y, sin recordar los cuentos de advertencia que su madre le había narrado en sueños, entró. De inmediato oyó a lo lejos la melodía de la cajita de música

de su infancia. Hacía mucho ya que no la veía en su cuarto, pero no tuvo tiempo de maravillarse por ello, porque al final del camino parecía haber una luz.

Siguió adentrándose y, para mayor sorpresa, vio a una niña de rizos amarillos jugando con unas cartas grandes y unas piedrecitas.

—Hola —la llamó—. ¿Estás perdida? ¿Necesitas ayuda? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde están tus padres?

La criatura levantó la vista y le dedicó una sonrisa llena de hoyuelos.

—Puedo decir que te esperaba con entera seguridad en este preciso momento —exclamó contenta y aplaudiendo—. Ven, pasa. Es hora de que conozcas la verdad, pequeño caballito.

Salvador la miró extrañado. Nadie lo había llamado así en años.

—¿Qué…?

—Te estaba esperando desde hace mucho tiempo, primer humano demonio —siguió la criatura—. No te preocupes por Rory. Ella puede esperar.

—¿Esto es una broma? —Salvador buscaba las cámaras escondidas—. ¿Cómo sabes…?

—Oh…, querido, yo lo sé todo de ti. Incluso más de lo que tú sabes de ti mismo. —Con un movimiento, su traje de espejos reflejó los ojos negros de él y en ese momento el muchacho no tuvo más opción que escucharla, pasmado como estaba—. En este mundo de caos hay un orden. Un orden supremo —comenzó ella—, y por eso el equilibrio es importante. Cuando tú, el primer hombre de fuego, viniste a este mundo, lo hiciste acompañado por una criatura especial. Una que el primer día de clase te miró con sus hermosos ojos y te sonrió mientras la cinta celeste danzaba en su muñeca, único regalo de su padre ausente, el ángel perdedor de la anterior Gran Competencia. Y tú, el niño Elegido, deambulas ahora por las Tierras enamorado de la niña alada que habita en el mismo reino. Debes elegir: mueres tú o muere ella. Si eres como tu madre, te aferrarás a tu vida humana con garras y colmillos. Si eres como tu padre, lo sacrificarás todo por ella. —Lo que parecía una niña de cabello dorado le dedicó una risita divertida, disonante con lo que le acababa de revelar.

—¿Estás loca? —dijo él cuando terminó de oír aquel discurso veloz.

—Vamos, no te resistas. Debes escuchar la verdad sobre tu madre y tus amigos…

—Iré a buscar a algún adulto que te ayude… —Salvador comenzaba a ir hacia atrás—. Puedes venir o quedarte.

Al ver a la criatura quieta, Salvador giró sobre sus talones. Entonces, Destiny decidió ir por el camino más corto. Así que, como si de su boca saliera la voz del nefasto asesino de Lina Smith, dijo con igual tono:

—Eres una abominación. Un error que debo subsanar. Eres el mal…

—Encarnado en humano, como tu padre —completó Salvador dándose la vuelta.

Destiny dio pequeños aplausos y con su rostro angelical preguntó:

—¿Me crees ahora, pequeño caballito? Nunca compartiste esas palabras con nadie… Ven, querido, siéntate frente a mí. Tengo una historia que contarte.

Salvador hizo caso y las manos de Destiny se movieron para ordenar las piedras y las cartas. De nuevo ya no jugaba.

—Hace mucho tiempo, se inició una Gran Competencia para mantener el orden de los reinos, que son cuatro: Agua, Tierra, Fuego y Aire… Las reglas indicaban qué mujer debía escoger entre ángel y demonio para traer a un ser de luz o a uno de oscuridad al mundo de los humanos. Tú, querido Salvador, eres el primer humano de fuego, porque eres el hijo de la única Elegida rebelde. —Sonrió al ver los ojos desorbitados del muchacho—. Tu madre, Lina Smith, fue la única humana en escoger al demonio, es decir, a tu padre. William, o Máximus, como lo llaman los súbditos de los Infiernos.

—Hermana… —la regañó Freewill desde su espalda.

—¡¿Quién está ahí?! —Salvador se levantó de un brinco, más que asustado con toda aquella situación sobrenatural.

La figura comenzó a girar y un hombre agotado, con bolsas debajo de los ojos y un color grisáceo, se dejó ver. Aun con su aspecto deteriorado inspiraba más confianza que la bella niña, su siamesa opuesta.

—Tu madre es una de las personas más valientes que he conocido —le aseguró Freewill—, pero cometió un error: escuchó a mi hermana. No hagas caso y vete. Sigue con tu vida, Salvador. Son tus decisiones las que importan, no tu naturaleza.

Salvador dio un paso al frente.

—¿Mi madre *es* la persona más valiente que conoces? ¿Está viva?

Destiny sonrió de oreja a oreja y el cuerpo volvió a girar. Lo tenía en su telaraña.

—Vuelve a sentarte y te contaré todos los detalles —le ordenó.

Así lo hizo Salvador, que escuchó muy atento toda la historia de los cuatro reinos. Conoció a cada uno de los grandes personajes: los Eternos, los Supremos, Samuel, los ángeles y los demonios que ayudaron o lucharon con sus padres, la existencia de la medio hermana de su novia y hasta que tenía un tío alado que aún no podía bajar de los Cielos.

—Entonces —dijo Destiny al terminar—, debes elegir: mueres tú o muere ella.

—No… —balbuceó—. No puedo… Yo…

—Sabes que ella no lo dudará. Sabes que, si tiene que elegir entre mantenerse o mantenerte con vida, te escogerá a ti. Pero ella es luz y tú oscuridad, pequeño caballito. De los Infiernos se vuelve, pero no de los Cielos. Debes lograr que ella te odie y, luego, la naturaleza dispar entre los dos hará el resto. Los ángeles y los demonios son enemigos naturales. Así que, cuando su verdadera identidad se le revele, ese será el momento de mayor violencia para ambos. Ahí ella puede matarte con sus armas…

—¿Qué? —preguntó como ido—. Rory no tiene armas.

Destiny lo miró con ese fingido cariño que la hacía tan perversa.

—Las tendrá, créeme. Al alcanzar su madurez, dos espadines le serán arrojados de los Cielos en el momento oportuno. Esos deben quitarte la vida a ti o a ella. Eso también puedes intentarlo —soltó recordando de golpe—, como quieras. Nadie es inmune a sus propias armas, así que puedes convencerla de que se mate y ya está…

Salvador negó enérgicamente con la cabeza.

—Rory no morirá. No… Por favor, tiene que haber una tercera opción…

—El equilibrio del mundo no os soporta a ambos —le remarcó—. Si los dos continuáis aquí, el mundo como lo conocemos desaparecerá… ¿Quieres que los de su tipo la lleven al Paraíso?

—No. Rory debe vivir.

—Pues tú deberás encontrar la forma, entonces —insistió—. Porque o mueres tú o muere ella. Ángel y demonio no pueden estar por mucho tiempo en la misma Tierra, se lo dije a tu madre hasta el cansancio. Espero que tú no seas tan necio.

—Que vengan esos Supremos y me maten, entonces.

—Oh, querido, las profecías no funcionan así —le indicó—. Además, los Supremos intentan ser diplomáticos y… ¿justos? —terminó en una risita.

—Me mataré yo mismo, entonces.

—Suerte con eso —rio Destiny—. Dime, ¿cuándo fue la última

vez que sangraste? ¿Que te hiciste un simple corte con papel? ¿Que estornudaste siquiera? Lo único que tienes débil es el estómago goloso, como tu madre. Pero eres indestructible, pequeño caballito. Solo armas de los Cielos o de los Infiernos pueden matarte.

—Dame un arma infernal, entonces —propuso—. Me mataré con ella ahora mismo.

—Eres dramático como tu padre, o tal vez como el viejo Ismerai. —Destiny pensó unos segundos—. Si has prestado atención a la historia, comprenderás que solo los cazadores o demonios puros reciben armas de los Infiernos.

—¡Dios, por favor! ¡Señor, no me abandones! —exclamó Salvador de pronto hacia el techo de la cueva, desesperado. La criatura eterna lanzó una carcajada al aire. Cómo se divertía con esa familia—. Tiene que haber otra forma, por favor —rogó dirigiéndose a ella de nuevo—. Ayúdame.

Destiny suspiró satisfecha.

—Hermana… —intervino Freewill desde detrás—. Otra vez no…

Sin hacerle caso, la cínica criatura continuó con su actuación:

—Por supuesto que hay otra forma, pequeño caballito. ¿Sabes? He ayudado antes a criaturas que como tú han querido romper los límites de los mundos por amor y estás de suerte, porque tengo algo para darte que te permitirá estar con tu dulce Aurora. —Destiny sacó de la manga de su túnica un hermoso anillo con la letra R. El último símbolo que completaba la Máxima Insignia—. Aunque seais de dos mundos opuestos, podréis estar juntos. Lo prometo. Pero primero debes morir, debes lograr que las armas de ella te maten y así purgar tu parte infernal. Si mueres solo o rodeado de mestizos como tú, sin ningún testigo humano, irás por poco tiempo a los Infiernos, serás un cazador y luego volverás. Mi símbolo se ocupará de eso.

El lúcido Salvador dudó.

—Pero, según lo que me has dicho…, debo matar a alguien para ir a los Infiernos.

—Oh, querido, si tu madre fue allí siendo una humana pura, imagínate lo fácil que será para ti… Tienes pase libre. —Destiny empezó a reírse de su propio chiste.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? Debo hablarlo con mi padre antes. Yo…

—Lo siento —lo interrumpió—. Mi oferta caduca ahora. Pero, vamos, siempre has sabido que algo sobrenatural rondaba en tu vida. Tu padre entrenándote a ti; el de Logan a él… Recuerda. —Fingiendo una voz de niño recitó—: Primera reunión de

Superhéroes Secretos de Whitehorse, octubre de dos mil cinco. Temas a tratar: uno, definición de la sociedad y reglas; dos, ¿somos superhéroes realmente?; tres, ¿de qué se disfrazan los superhéroes en Halloween?

Salvador se mordió los labios desesperado.

—Dios…, tú lo sabes todo.

A Destiny le gustaba que el hijo de Angelina Smith reconociera su poderío.

—Solo ten presente —le dijo— que no puedes cumplir la regla número dos con ella.

Salvador tuvo que pensar un poco hasta que recordó:

—Si alguno descubre que tiene poderes, enseguida debe decírselo al resto.

Destiny aplaudió con sus pequeñas manitas de niña.

—¡Bingo! Tu amada está protegida por la bendición de ignorancia que le dio el Círculo. —Ahora Destiny ponía los ojos en blanco, aburrida—. Logan y tú habéis madurado más rápido y la dulce Rory se niega a reconocerse como hija de los Cielos porque sabe en su interior, muy muy en lo profundo, que cuando descubra la verdad te perderá.

—No. Nunca —negó él—. Yo soy de ella…

—Momentáneamente, querido —lo cortó—. En efecto, eres tan melodramático como tu padre, pero creo que un poquito más obediente que tu madre. Así que, ¿tenemos un trato? —le preguntó con el símbolo de las Tierras en su manita.

Salvador se acercó a ella y tomó la joya, impresionado con esos gélidos dedos.

—Ahora vete a charlar con tu amigo —exclamó Destiny.

—Pero tengo varias preguntas… ¿Cómo haré que…?

Sin embargo, con un gesto lo despachó.

—Vete ahora o no podrás salir jamás de esta cueva.

Ante la sincera amenaza, Salvador echó a correr mientras, detrás de la Eterna, Freewill habló despacio:

—Cuando Lina Smith se entere de que has metido en todo esto a su hijo, se va a enfurecer.

—¿Por qué? —preguntó haciéndose la mosquita muerta—. Solo le hago un favor al Elegido vivo. ¿Qué mejor que el resultado de la última Competencia sea el competidor de la próxima?

—Claro, pero ese detalle se te olvidó mencionarlo… —le reprochó su hermano.

—Ups… —dijo antes de volver a jugar con sus cartas y sus runas.

* * *

Fuera, Salvador miró horrorizado su móvil, que volvía a funcionar. Había estado horas allí dentro, tenía doce llamadas perdidas y otros tantos mensajes. Hasta Logan lo estaba buscando. Pensó en su amigo y fue corriendo hasta su casa.

Si la infancia de Salvador Wildman había terminado con el asesinato de su madre, su juventud lo hizo cuando se cruzó con Destiny. Y es que los monstruos tienen ese poder: arrancan a los seres de sus caminos naturales.

Ahora el pequeño caballito, Sal, el galán…, todos ellos debían aunar fuerzas y decidir como un adulto. Como siempre, la furia salía en su rescate para no dejarlo caer en la melancolía más profunda. Vivir con furia está bien para algunas cosas, pero cuando se trata de pensar en vez de actuar, la furia es mala consejera.

—¿Qué haces aquí? —soltó Logan cuando abrió la puerta—. Rory no para de llamar. Me estaba cambiando para salir a buscarte. Estábamos preocupados… o ¿has venido a por más condones? Pasa, mi madre tiene tarros de estos.

Salvador entró y se arrancó a llorar de buenas a primeras.

—¡Hey! ¿Ha sucedido algo? ¿Rory está bien? —preguntó Logan muy preocupado.

—Así que eres un ángel y yo un demonio…

Logan se quedó helado mientras Salvador comenzaba a recorrer el salón nervioso.

—Necesito tabaco —dijo y tomó el encendedor Zippo que se había olvidado su tío, encarnando la nueva parte viciosa de su vida. Con dedos temblorosos prendió un cigarrillo y esta vez Logan no se animó a quitárselo. Sin saber qué decir y aprovechando que estaban solos, ya que sus padres intentaban tener una cita romántica en el restaurante de Al, solo atinó a desabotonar la camisa que se acababa de poner para la fiesta y le mostró sus alas. Estaban cubiertas de plumas blancas y eran de tamaño moderado.

—Cuando salieron dolió como el demonio, pero ya estoy empezando a volar mejor de lo que corro o camino… —le explicó—. Y ya puedo curar animales o pequeñas heridas humanas. Siento no haber podido decírtelo… Me estaba muriendo, pero…

—Lo sé. Esos Supremos… —Salvador aspiró una bocanada de tabaco y exclamó—: Amigo, he hecho un trato con el destino.

Cuando terminó de contarle su experiencia, Logan ya había escondido sus alas dentro de su piel y todo el rato sus móviles se

turnaron con las llamadas de Rory. Sin embargo, ninguno se animaba a atenderla.

—Así que tengo un año hasta que cumplamos los dieciocho… ¿Qué tiene esa maldita edad, que todo pasa en ese momento?

—Termina la mielinización del cerebro y puedes tomar mejores decisiones —le explicó su amigo.

Salvador bufó.

—Hablando de buenas decisiones: tú te quedarás de su parte.

Logan se levantó del sofá floreado.

—Sal, es una locura. No lo creerá… ¿Así como así la despreciarás de un día para otro? ¡No es tonta!

—Se acostumbrará a odiarme como se acostumbró a amarme —aseguró—. ¡Necesito que me mate! ¡Es la única forma!

Logan recorría la habitación de arriba abajo.

—¿Estás loco? Escucha: que exista lo sobrenatural no significa que no podamos pensar lógicamente. Encontraremos otra forma. Investigaremos.

—¿Y arriesgarnos a que Rory muera? Jamás… —Salvador movía nervioso su pierna—. Después de haber sufrido tanto en esta Tierra se merece su final feliz. Aquí. Tener hijos, como desea… Y yo volveré, Destiny me lo dijo. Solo debo limpiarme esta parte demoníaca que tengo, cazando almas junto a mis padres durante un tiempo. Después la reconquistaré como exdemonio y seremos felices, pero antes debe odiarme. Será fácil porque el odio y el amor son dos caras de la misma moneda.

—¡Buen momento has escogido para hacerte el poeta! —ironizó Logan y casi a gritos se enfrentó a él—: ¡¿Estás loco, Sal?! ¿Las novelas te han podrido el cerebro? ¡Esto es la vida real!

Salvador encendió otro cigarrillo con la colilla del que acababa de terminar.

—Sí, la vida real… Tú tienes dos alas en la espalda, yo soy el hijo del rey de las Profundidades y mi novia está a punto de descubrir que tiene una medio hermana princesa, que es mitad ángel, y que su padre la buscará para enfrentarla contra mí el día menos pensado… ¡Esta es *nuestra* vida real!

Logan miró hacia la alfombra avergonzado. Salvador se acercó a él, lo tomó por los hombros y dijo en tono amistoso:

—Vamos, amigo, tienes que cuidarla por mí.

Pero Logan negó con la cabeza y sus ojos perlados se inundaron de lágrimas celestiales.

—Lo más probable es que también caiga yo, intentando salvaros a ambos. Siempre he tenido esa conexión inexplicable con Rory y

ahora sé que nos reconocíamos como hermanos de las alturas, pero tú eres mi mejor amigo desde el día en que naciste y aún recuerdo la risa de la tía Lina. Sé que mi madre la recuerda aún más cuando te oye a ti… Y sé que el tío J. J. arruinó su vida por su recuerdo… Yo no puedo perderte, Sal. Cuando mis alas salieron, no amé más a Rory ni te odié a ti. O sea —dijo sonriendo mientras se sonaba la nariz con su puño—, eres tremendamente irritable y un cabezota, y Rory parece vivir ya en las alturas, pero sois mis amigos, mis hermanos… Si hay una lucha entre vosotros, y espero que no, yo os defenderé a ambos. Lo siento. No dejaré que muera ninguno.

—Pero ¿entiendes que es mi deseo que la ayudes a ella a ponerle fin a mi vida y que, hasta ahora, es la única manera que tenemos para algún día ser felices juntos?

Logan, vencido, asintió despacio.

—Ella tiene que vivir —insistió Salvador y luego agregó—: Y, gracias. Sé que no lo decimos a menudo, pero te quiero. Siempre he sentido que el amor entre nuestras madres se traspasó a nosotros de alguna forma. Eres mi mejor amigo en la Tierra y en el Infierno.

—Y también en el Cielo, Sal —agregó Logan.

Ambos muchachos se abrazaron con fuerza y realmente sintieron que en sus cuerpos habitaban sus respectivas madres, quienes se abrazaban con la fuerza de la amistad de noches de revistas, peinados y pintalabios baratos sabor cereza. Y, aunque no lo sabían, sus hijos vivirían lo mismo: sus abrazos se sentirían repletos de Nintendos, libros de poesía y patines de *hockey*.

Al separarse, Salvador fue hacia la puerta como quien camina hacia el patíbulo.

—Ahora debo ir al taller mecánico —logró decir limpiándose las lágrimas y aclarándose la garganta—. Debo hacerlo así para que funcione… Nos vemos en la fiesta.

Capítulo 32

Salvador

[…] me pararé en la esquina a la que no vendrás,
y diré las palabras que se dicen
y comeré las cosas que se comen
y soñaré los sueños que se sueñan
y sé muy bien que no estarás,
ni aquí adentro, la cárcel donde aún te retengo,
ni allí fuera, este río de calles y de puentes. […]

JULIO CORTÁZAR, *El futuro*

Aún ignorante de las novedades de su hijo, Máximus desmontó nervioso bajo la colina donde estaba la cueva de su esposa. Había intentado sin éxito concentrarse en las obligaciones del mundo que regía. El día compartido con la Lina humana le había dejado embriagados los sentidos. Esas veinticuatro horas habían sido literalmente de otro mundo. ¿Seguiría enfadada con él? ¿Podrían volver a ser como antes? ¿Aceptaría amarse con él de nuevo? Esas y mil dudas más lo atosigaban mientras se dirigía colina arriba. En ese momento se percató de que otra vez estaba floreciente y llena de pequeños animalitos. El árbol de flores rojas resplandecía con la luz del atardecer y el suelo se bañaba con jacintos silvestres.

Encandilado por tanta belleza, se dirigió al fin a la cueva. Al

entrar, varias criaturas le cortaron el paso. A pesar de la extraña penumbra, pudo reconocer a Izzie, Costa, las animadoras, Sanity y la pequeña Smith. Con un gesto podía hacerlas obedecer a todas, pero él sabía actuar mejor.

—Lina, necesito hablar contigo, por favor —pidió educado desde la entrada, sin verla—. Te he dado varias semanas, pero los demás reclutadores no pueden con todas las almas. Vamos, te ayudaré con algunas hasta que vuelvas a acostumbrarte.

Ante una petición de la cazadora líder, las mujeres se acercaron a ella y después del saludo habitual de «mujer ayuda a mujer», solo se escuchó a Lina desde el interior con la voz quebrada:

—Dejadnos solos.

Como unidas a las palabras de su reina, todas se dispersaron; Izzie fue la última, pero antes de irse lo miró y dijo:

—Tómalo con calma, Máximus. Hay cosas peores.

Él la miró confundido y se adentró preocupado en la cueva oscura.

—¿Lina? ¿Qué sucede?

La sintió detrás de unas rocas y cuando iba hacia allí, ella lo detuvo.

—Quédate donde estás. —Y con voz penosa añadió—: Por favor.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Estás herida? —preguntó desesperado, aunque detuvo el paso.

—No —se apresuró a decir ella—. Es solo que quiero que hablemos así, ¿está bien?

Máximus reconoció dolor y algo de miedo en su voz. No quería discutir, no quería alejarla más.

—Está bien, mi vida, pero dime qué sucede.

Lina calló durante un minuto entero. A Máximus le pareció un año.

—¿Alguna vez te has arrepentido de encontrarme a mí como Elegida, Will? —dijo al fin—. ¿Crees que después de todo lo que ha sucedido en estos años podremos volver a amarnos como al principio?

—No —fue la respuesta de él y el corazón de ella dio un brinco —. Creo que ahora podemos ser mejores. Amarnos mejor, de una forma más real y adulta.

—Real y adulta —repitió Lina—. Ojalá… ¿Sabes? Muchas veces me arrepentí de haber estado en el bosque aquella noche con el imbécil de Connor Freeman. Lo lamento, pero es así, cuando estaba ciega y muda… te odié y aún te odio un poco…

—Lo sé, mi vida —suspiró él—. Pero ahora ya sabes que cada

decisión que tomé fue para que regresaras a donde perteneces, que son las Tierras.

Lina sonrió para sí.

—Siempre piensas que puedes decidir por mí, Will.

—Porque llevo más tiempo en este mundo y sé subsistir según sus reglas.

—Ese es el punto. Las reglas están mal. Necesitamos reglas nuevas. Mejores.

¿A qué venía todo aquello? Máximus comenzó a irritarse.

—Lina, vamos, deja de esconderte. Al menos déjame prender un fuego. Aquí hace frío para ti y está oscuro… Conversaremos y luego cazaremos juntos.

—No puedo cazar ni reclutar, Will… —gimió Lina apenada—. Ya no lo haré al menos por un tiempo. Ve y diles a tus compañeros Supremos que no puedo trabajar.

Máximus resopló, un poco iracundo con la situación.

—Te doy dos días más. Llora tu duelo por Newen Mapu, cúlpame por todas tus desgracias y echa de menos a Sal… Después vendré a buscarte y te quiero lista para cazar y reclutar. Tu licencia acaba en dos días más, ¿me entiendes, Lina? —Máximus esperaba que su esposa le gritara, que saliera de detrás de aquellas rocas y lo zarandeara. Cualquier cosa menos esa melancolía. Quería traerla de vuelta, volver a sentir a la mujer que amó días atrás en su casa humana. Pero Lina no dijo nada—. Muy bien —aceptó diplomático—. Me marcho ahora, entonces.

Dudó unos segundos y luego salió. Las guardianas ya no estaban. Ante sus ojos demoníacos el cambio de la oscuridad absoluta a los rayos hirientes de un atardecer no le hizo el más mínimo efecto. Caminó unos metros para aclarar su mente, sopesando si debía volver a entrar e intentar con mimos y palabras dulces que su esposa entendiera de una vez por todas que cada paso en su existencia, desde que la había conocido, lo había dado para protegerla. Protegerla de su muerte o de su condición maldita, de los Infiernos, de los Supremos… Estaba a punto de volver o de llamar a Humble o de patearse a sí mismo cuando su nombre humano en la boca de Lina lo hizo volverse.

Entonces la vio.

Su rostro tenía un aspecto demacrado, los huesos de su escote sobresalían y parecía que todo lo que faltaba de su Lina estaba concentrado en su vientre, porque vista así no le cabía ninguna duda: por asombroso que fuera, su mujer llevaba un embarazo de al menos seis meses.

—Mi vida… —balbuceó mientras iba hacia ella.

A la que alguna vez le había costado un mundo quedar embarazada, ahora había sufrido un desliz y gozaba de un vientre refulgente. Otra vez otro maldito milagro. Pero esta vez, más maldito.

Ya frente a frente, gracias a la magia que asombrosamente ella volvía a emanar, Máximus tenía los ojos llenos de lágrimas por la emoción. Ya entendería por qué el embarazo estaba tan adelantado, ahora solo podía caer rendido como cuando falleció siendo un soldado, porque enterarse de que iba a ser padre de nuevo lo volvía tan endeble y débil como cuando murió por primera vez en su amada Irlanda. Porque ser padre es enfrentarse con la vida y la muerte al mismo tiempo.

Con mucho cuidado, posó sus manos en aquel vientre como si se tratase de algo sagrado y apoyó su frente en él, intentando conectarse con su nuevo hijo. Después besó una y otra vez aquella fuente de vida.

Movida por la ternura de aquella escena, recordando los viejos y buenos tiempos, Lina le acarició el cabello.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Estás…? —Máximus balbuceaba incoherencias mientras de nuevo en pie le acariciaba el rostro y el vientre. Abrumado por tanta felicidad pensaba que aquello sin duda retrasaría sus planes para que Lina volviera a ser una humana. Pero ¿en cuántos casos se han planeado los hijos menores? Y a pesar de todo son amados.

—Este bebé es distinto a Sal… —dijo Lina con lágrimas en sus bellos ojos verdes—. Es más poderoso, lo puedo sentir. Tengo miedo y…

—Mi vida, no te preocupes. Yo…

—Tengo miedo —siguió Lina como si él no hubiese hablado— y estoy feliz. ¿Es una locura? No ha parado de crecer desde que compartimos ese día, pero es nuestro y es lo único que puedo tener estando así maldita. ¿Es egoísta que esté feliz? ¿Es egoísta que quiera traer a un bebé a este mundo?

Máximus la miró y negó con fuerza.

—No, mi vida. No te culpes por celebrar la vida, no cuando Salvador es lo mejor que hicimos juntos. Y ahora…, este pequeño…

—Quizás sea una pequeña —lo corrigió Lina—. ¿No te gustaría tener un niño y una niña?

Máximus sonrió y apoyó su frente en la de ella.

—Me gustaría todo contigo, mi vida.

Lina suspiró aliviada de que su esposo compartiera su felicidad y

de puntillas lo besó. Acariciaba el rostro sano y también la cicatriz.

—Te amo, Will. A pesar de todo, te amo.

—Yo también, mi vida. Y amo a nuestra futura felicidad —dijo acariciándole el vientre—. Me diste las horas más lindas y ahora otra vez… Creo que si es un niño podemos llamarlo Dimitri, en honor a tu tío.

Lina volvió a besarlo para ocultar su emoción.

—Y si es una niña… ¿Recuerdas lo que le dije a Areias cuando nos despedimos después de conocerlo, cuando me dio ese absurdo símbolo?

Máximus hizo memoria:

—Alguien de nuestra descendencia se llamará Cordelia. —Con solo pronunciarlo ya estaba en las nubes. Con una sonrisa ladeada añadió haciéndose el misterioso—: Es precioso, pero le falta algo más.

Lina soltó una pequeña risa.

—¿Cordelia Wildman Smith no es suficiente para ti?

Su esposo y rey le dedicó una de esas miradas que no se olvidan.

—Lía, Cordelia Lía Wildman Smith. —Ante el silencio de ella comenzó—: Si no te gusta…

—Es precioso —lo cortó emocionada—. Parece el nombre de una conquistadora. Me encanta… —Hizo una pausa—. ¿Y cuál es el plan esta vez?

Máximus le colocó el corto cabello detrás de la oreja.

—Supongo que esperar juntos al bebé.

—Me gusta ese plan —reconoció ella envuelta en una estela de paz. Dispuesta a llevar un embarazo sobrenatural, pero al menos lejos de la desquiciada de Destiny y la carrera de los símbolos que había vivido en su primer embarazo. Porque ni por un segundo Lina o Máximus pensaron que aquel nuevo bebé era en realidad quien debería usar aquellos símbolos, la criatura original de la profecía que la araña le confió a Lina en mil novecientos noventa. Y, aunque lo hubiesen sabido, ahora que en el mundo ya estaba completa la Máxima Insignia, tampoco les habría importado. Con este nuevo bebé volverían página y los designios del destino ya no los enloquecerían.

Paradójicamente, aunque estuviesen en los Infiernos, ese nuevo bebé nacería en libertad.

En unos minutos más anochecería, en el cielo se podría ver la constelación de Pegaso y en la Tierra, en aquella colina, se los podría recortar a los tres con la luz de la luna: *Madame L'Mort*, el Maestro del Fuego y aquella criatura *que tenía el poder de quemar el*

mundo de los vivos. O, más sencillamente: Lina, William y la futura Cordelia Lía.

* * *

Mientras sus padres festejaban la noticia de su futura hermana, Salvador Wildman estaba arruinando su vida y, además, no estaba cumpliendo con su papel de anfitrión.

La casa grande daba otra vez una fiesta increíble. Había un DJ, mesas con bebidas caras, bombillas divertidas, luces titilantes y carros alquilados con pizza, perritos calientes y tacos. Pronto terminaría el año escolar y el verano llegaba con promesas de juventud y planificación para el resto de sus vidas. Solo les quedaba un año más para saltar a la edad adulta, donde todo y nada es posible.

En el salón, Queen buscaba a Rory con la mirada mientras Dot le decía al oído:

—Sabes que no me gusta repetir lo que dice la chismosa de mi abuela, pero me contó que hace unas horas los vio besándose cuando fue a retirar el coche del taller.

—No puede ser, Dot… Es imposible —rio Queen.

—Bueno, pues serían noticias muy extrañas… Después de todo, la pareja número uno de Whitehorse podría romperse, ya no serían más como *Brangelina.*

Junto a ellas, Adam se animó a hablar:

—No lo creo. Salvador y Rory se aman con locura. Cualquiera puede verlo. Incluso hace poco le propuso matrimonio delante de toda la escuela.

Dot se encogió de hombros.

—Quizás se aburrió. Después de todo, Rory es un poco insípida.

—Ya te dije que no hables mal de Petelman —la regañó Queen —. Hablar mal de ella es como hacerle daño a un unicornio.

Conversaciones similares se repetían por toda la casa grande. Queen cortó por lo sano y se acercó a Logan, que estaba colocando una pila de vasos de plástico.

—Y bien, ¿dónde está tu amigo? Se están diciendo cosas absurdas por aquí, respecto a él y a Stefany.

Logan ni se podía creer lo que estaba a punto de decir.

—Es verdad… —reconoció—. Están juntos ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Que son pareja.

—¿Y Rory? —preguntó Queen con sus perfectas cejas bien

alzadas.

Logan cruzó sus brazos sobre el pecho y ocultó unas lágrimas.

—¡Qué imbécil! —exclamó ella—. Se arrepentirá toda su vida de esto.

Por primera vez, Logan y Queen estaban completamente de acuerdo en algo.

Mientras tanto, en la pequeña casita de los Smith, la abuela Barb estaba preocupada. Salvador no salía de su habitación y había llegado con los ojos rojos de llanto. La señora golpeó despacio la puerta y dijo:

—Querido, ¿no llegarás tarde a tu propia fiesta?

—Sí, abuela Barb —respondió con el mejor tono que le salió—. Ya voy.

Salvador estaba sentado en el colchón con una pequeña cámara. Aquel cacharro ya estaba obsoleto, pero sintió que era mejor hacerlo así. Antes de ir a su fiesta y hacer lo que iba a hacer —viviendo de acuerdo con la regla mayor de su generación: si no se escribía, filmaba o comentaba en una red social, aquello no existía—, decidió plasmar su tristeza.

—Día uno: querida Rory, ha sucedido lo más extraño del mundo y vas a detestarme por esto, pero, aunque ahora debas odiarme, mira estos vídeos. Por favor, por favor, por favor…

Una vez que terminó de grabar la primera cinta, se enjugó las lágrimas, bajó las escaleras, besó a la abuela Barb y se metió en su automóvil. En el lujoso coche, ahora con los dos neumáticos arreglados gracias al padre de su nueva novia, con la chaqueta de cuero y la camisa bien planchada, Salvador se deslizaba despacio por las tristes calles del pueblo. En cada esquina podía verse corretear con una pequeña de trenzas y luego besar a una jovencita hermosa. Dios, aún podía imaginar el perfume de lavanda en su piel… Aparcó junto al coche negro tantas veces arreglado, el Lotus rojo y la motocicleta de su padre. Casi arrastrando los pies, fue hasta la hamaca del porche y encendió un cigarrillo. Comenzaría a fumar como una chimenea, porque su angustia oral, sin los besos ni las golosinas de su dulce Rory, se dispararía.

El sonido de la motocicleta de Stefany lo devolvió a la realidad. La vio bajarse y quitarse el casco un poco incómoda. Se obligó a ir hasta ella y la besó con labios respetuosos y una distancia que nunca había sentido con Rory. La muchacha comenzó a parlotear para ocultar su nerviosismo. Una vez que pasaran por esa puerta sería oficial. Salvador la tomó, hizo de tripas corazón y entró en la casa, sin dejar de pensar que tenía una mano intrusa entre las suyas

y que lo único que quería hacer era correr hacia Rory. Pero ella no estaba por ningún lado.

—¡Wildman! —Era Queen quien lo empujaba un poco por detrás—. ¿Qué demonios te pasa?

Salvador se dio la vuelta y sin soltar a Stefany, que sonreía victoriosa hacia Queen, exclamó:

—No me molestes. Ve, disfruta de la fiesta. Yo voy arriba con mi novia.

Dejándola con la palabra en la boca, subieron la escalera y se dirigieron a la habitación que Salvador llenaba con cosas para Rory: ropa nueva, presentes, material escolar… y hasta el preciado animalito de felpa que atesoraba como el regalo de la boda que no pudo ser.

—¿No estamos mayores para peluches? —dijo Stefany, que en privado tampoco se mostraba muy cariñosa, como él—. Prefiero esa parte de la motocicleta que solo venden en Darkhorse.

—Te la traeré la próxima semana —prometió sin emoción—. Pronto aprenderás que ser mi chica tiene sus beneficios.

Stefany lo miró de arriba abajo.

—¿Sabes? No me molestaría que siguieras viendo a Aurora. Después de todo sois amigos desde siempre, y podríamos salir juntos… —Ante la mirada extraña de Salvador, ella se apresuró a completar—: Digo que quizás se interese por Logan ahora…

Él ni se molestó en contestar aquello y solo murmuró:

—Vamos, bajemos y lleva tu nuevo regalo contigo, por favor.

Al bajar, más allá de la música, Salvador sintió el silencio. Vio a Logan con sus ojos perlados nublados por la desolación, a Queen y a Adam con rostros similares, y al resto con expresiones desde compungidas hasta morbosas.

Rory estaba de pie junto al marco de la puerta. Iba hermosa con un vestido blanco. Aún no tenían los corazones sincronizados, pero Salvador pudo sentir dentro del suyo cuando el pecho de Rory se cerraba de pena al ver las manos de Stefany. Una de ellas se enlazaba a la de él y la otra llevaba el peluche que durante años habían intentado sacar de la máquina de la señora Tucker.

Salvador, después de horas y cientos de dólares en monedas, lo había logrado.

Por un tristísimo segundo, hubo una sonrisa en el rostro de Rory, como si quisiera decirle: «¡Lo hiciste, Sal! ¡Eres el mejor!». Porque la mente de ella funcionaba así. Siempre encontraba lo bueno en lo malo. Pero su temperamento adolescente fue más fuerte que su naturaleza celestial y, aunque no corrió como cualquier

jovencita, se acercó hacia él y dijo en tono dramático:

—Sal, ¿puedo hablar contigo afuera?

Él asintió y soltó a su nueva novia.

El viento que se mecía en la copa de los árboles pareció detenerse cuando salieron. Por supuesto que los curiosos se agolpaban en la puerta y en las ventanas, pero ambos jovencitos estaban demasiado nerviosos como para buscar más privacidad. Allí, en la escalera, comenzaron su conversación.

—Te esperé y no llegaste. Logan y tú desaparecisteis… No contestáis los móviles… ¿Qué sucede?

Contrastando con el tono dulce y paciente de ella, Salvador se obligó a inventarse un odio terrible y exclamó:

—Escúchame bien, no quiero volver a verte nunca. Ya me retuviste lo suficiente para una vida. —Se acercó a ella, pero al perderse en su aroma decidió bajar las escaleras.

—Sal, espera.

Rory lo detuvo de un brazo y lo obligó a mirarla. Él se asombró de su fuerza, pero no cedió en su plan.

—Me equivoqué, Aurora. Quiero que entiendas que no te amo, que no me atraes, y que todo este tiempo fueron la lástima y la costumbre lo que me ató a ti.

En ese momento, Queen salió de la casa para detener aquello. Sin embargo, Logan la retuvo. Uno no puede parar un terremoto, le explicaría alguna vez.

Casi en el comienzo del bosque, Salvador continuaba:

—Creo que nunca te amé y menos mal que me di cuenta de mi error antes de…

—Sal… —Rory tenía la voz temblorosa. Intentó acariciarle el rostro, pero él se echó para atrás—. Pero íbamos a casarnos… ¿Y ahora te tomas de la mano con Stef?

—No solo nos hemos tomado de las manos… —mintió Salvador. No la miraba. Eso sería un lujo del pasado. No la tocaría, tampoco, ni buscaría la soledad como acompañante entre ambos. Se mantendría esquivo y la haría odiarlo hasta el día en que ella lo matase.

—Pero ella no… —Aurora estaba perdida en cuanto a la naturaleza de Stefany.

—Ella es mejor que tú —completó él.

—¿Es porque tiene experiencia y yo no? —Lágrimas pesadas como de mercurio se deslizaron por sus mejillas—. Aprenderé rápido, te lo juro.

En ese momento de pena, Logan tomó la mano de Queen, que

ahogó un gemido, mientras Salvador metía las suyas en su chaqueta para que no lo traicionaran. Solo quería tomar a Rory del rostro y besarle las lágrimas. En vez de eso, su entereza no flaqueó.

—Eso no serviría.

—¿Por qué? —hipó Rory.

—Porque estoy enojado contigo, Aurora. Me bajaste a tu nivel. ¿Sabes una cosa? Las maestras tenían razón, me lo vienen diciendo desde siempre, y no solo ellas. Todo el pueblo sabe que estás por debajo de mi nivel… ¿Qué digo? Por Dios, mírate. Apenas puedes aprobar los exámenes. Todo te cuesta.

—¡Lo sé! —gritó Rory—. Pero pensé que alguien como tú, tan perfecto, precisamente necesitaría a alguien así como yo… Alguien que fuese mala en todo, para equilibrar algo… No lo sé, no soy buena con las palabras.

Salvador quería acurrucarla entre sus brazos. Decirle que todo iba a estar bien, asegurarle que la amaría para siempre, pero en vez de eso le gritó:

—¡Me tienes harto, Aurora! ¡Vete! Ya no eres bienvenida aquí.

Eso fue suficiente para Queen, que, sin hacerle más caso a Logan, fue hasta ellos.

—Perfecto —vociferó calcinándolo con la mirada mientras tomaba a Rory de un brazo—. Si ella no es bienvenida, pues nosotros tampoco. Ni Adam ni yo. Nos vamos con Rory. ¡Adam! —comenzó a llamar a su hermano, que enseguida corrió a su lado—. Eres un imbécil, Wildman. Y tú —se giró hacia Logan—, ¿cómo puedes permitir que le hablen a tu amiga de esta forma?

Pero Rory no los escuchaba. Saltó a los brazos de Salvador, lo besó en la mejilla y murmuró:

—Te esperaré en nuestro refugio número tres a medianoche. —Y se fue corriendo tan rápido que los árboles parecieron tragársela en esa parte del bosque.

Petrificado por el miedo que le suponía no poder cuidarla, Salvador se obligó a darse la vuelta y gritar:

—¡Qué siga la fiesta!

Queen, ofuscada, le espetó:

—Por Dios, espero que hayas tomado esos hongos raros que crecen bajo los abetos, Wildman. Es la única explicación lógica.

—Yo me ocuparé de que llegue bien a casa —le aseguró Adam a Salvador, comprendiendo algo que su melliza no podía.

—No me importa. Haced lo que queráis —mintió.

—De acuerdo —dijo el muchacho.

—¡Adam! —gritó Queen tirándole de un brazo—. ¡Que ya no le

hablamos más a este imbécil!

Los dos hermanos se fueron mascullando:

—Tranquilízate, Queen. Esto no te está pasando a ti.

—Uno: ¡estoy tranquila! Dos: ¡no me gusta que me digas «tranquila»! —le gritó—. Y tres: si me pasara a mí, sería mejor que a la pobrecita Rory.

Al menos con el consuelo de que alguien velaría por el camino de su amada, Salvador se volvió a girar hacia la casa. Solo su amigo quedaba en la puerta. Lo miró y asintió con el corazón roto.

Logan jamás olvidaría ese gesto. Al final sí había escogido un bando y lo había escogido a él. A su amigo demonio. Pero era una decisión perversa, porque estar en el equipo de Salvador significaba estar a favor de su sacrificio, de su muerte…

Antes de la medianoche, cuando el frío azotaba techos y copas de árboles en un clima helado tan extraño a las puertas del verano, Rory salió de su casa para dirigirse al punto de encuentro, aún con el corazón esperanzado. Una comezón en su espalda se estaba convirtiendo en relámpagos de dolor que la obligaban a hacer movimientos circulares con sus omóplatos. Las alas de Rory estaban desesperadas por salir. La distancia con la naturaleza demoníaca de su novio aceleraba el proceso.

Más tarde que temprano, la fiesta acabó. Todos habían mirado recelosos a Salvador y a Stefany, pero el muchacho confiaba en que pronto se acostumbrarían.

Cuando en la casa no quedó nadie, Salvador se metió con furia los audífonos en los oídos. Su nuevo iPod dejaba escapar una canción de bronca. La voz del cantante de The Killers le gritaba *Goodnight, Travel Well*. Concentrándose en la letra, intentaba que toda su ira y su tristeza se las llevara el cantante. Iba caminando por el bosque con ganas de incendiarlo todo. Él no había pedido nacer. No quería ser un demonio… Toda la alegría que había sentido en su vida se esfumaba como el humo del cigarrillo que ahora aspiraba mientras de lejos custodiaba a Rory, que lo esperaba llorando junto a los árboles.

El demonio en la tierra le rezaba a un Dios que no estaba seguro de que existiese para que protegiera a la única mujer que amaba y le rezaba con fe y desconfianza. Porque ¿qué clase de dios abandonaría a uno de los suyos? Rory era un ángel y no se merecía esa clase de vida. Pero, por otro lado, ¿acaso los mártires no eran los preferidos del Señor? No. Él sería el mártir, el sacrificio saldría de una criatura de las Profundidades, no de una mujer alada y perfecta.

—Tomadme a mí —les repetía a las alturas entre dientes—. Tomadme a mí.

Y como nunca antes, sus rezos serían escuchados y, al igual que su madre, aprendería más pronto que tarde que hay que tener cuidado con lo que se desea. Porque no faltaba mucho para que cada una de sus decisiones, las grandes y las pequeñas, se cerraran en un manotazo del mal llamado destino que lo arrebataría de su paraíso en las Tierras: su amado Whitehorse.

Epílogo

Rory está escribiendo un mensaje…

Logan, ¿sabes algo de Sal? No contesta mis mensajes… Lo echo de menos. No sé qué he hecho para que esté tan enojado contigo. *conmigo (perdón, es el maldito autocorrector).

Logan está escribiendo un mensaje…

No sé qué bicho le ha picado, Rory. Lo siento.
Creo que es mejor que lo dejes solo.

¿Es broma?

No, lo siento.

Vamos, Log.
Dime qué pasa.
Atiende el teléfono. Te estoy llamando.
Porfa, que me estoy quedando sin batería.

Logan está escribiendo un mensaje…

Lo siento, Rory.
Lamento ser yo quien te lo diga. Pero Sal está de novio hace mucho.

¿Qué quieres decir?
Por supuesto que está de novio hace mucho.
Fuimos novios desde siempre.
Logan, ¿qué sucede?

No. Él te engañó con Stefany…
Lo siento.
Se está comportando como un imbécil.
Están saliendo desde hace unos meses; desde antes de pelearse contigo.

Logan, no tiene sentido…
No sé qué sucede.

Lo siento.

Ya es oficial.
Mira su perfil de Face.

Rory está escribiendo un mensaje…

De acuerdo. No sé si leerá mis mensajes, pero hazle llegar esto:
«Sal, por favor, dame la oportunidad de disculparme por cualquier cosa mala que haya hecho. Juro que nunca haría nada a propósito contra ti. Si quieres estar con otra chica, lo comprenderé. Siempre supe que eras demasiado para mí, pero, por favor, no me quites tu amistad. Por favor. Te amo mucho y sé que tú también me amasar».
*amas.
Log, ¿se lo pasarás?

Sí. Pero no se merece tu amor, Rory.
Cuanto antes lo entiendas, mejor para ti.

Logan ya no está disponible.
Rory está escribiendo un mensaje…

Agradecimientos

A mis padres, porque en ellos comenzó mi historia y la de mis hijos imaginarios.

A Bety y a Moni, porque las cosas no me pasan hasta que se las cuento a ellas.

A Morena, por ser ella: la campeona de la vida.

A Esteban, por las risas y los juegos.

A Lautaro, por esa alegría contagiosa.

A Lorenzo, por esa picardía natural.

A Clara, por traerme el futuro.

A Ceci, porque mujer ayuda a mujer.

A Isra, por ser mi *amigogalaxia*.

A la señorita Haydee, por mostrarme que yo podía tanto como el resto.

A Merche y a Ana por ser las mejores compañeras en este camino.

A Adelaida por darme la bienvenida a esta experiencia maravillosa.

Y a los lectores que llenan de vida estas páginas.

Biografía

Hasta ahora, W. Parrot ha tenido tres bonitas sorpresas en su vida: los libros, la psicología y Whitehorse.

En sus historias y en su día a día se interesa por la igualdad y la aceptación de lo diferente.

Cordialmente te invita a compartir más de sus historias en

Whitehorse IV
Little horse
W. Parrot

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© W. Parrot, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2021

ISBN: 978-84-08-23757-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

El círculo perfecto
Moruena Estríngana

El círculo maldito
Moruena Estríngana

El círculo inmortal
Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino
Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana